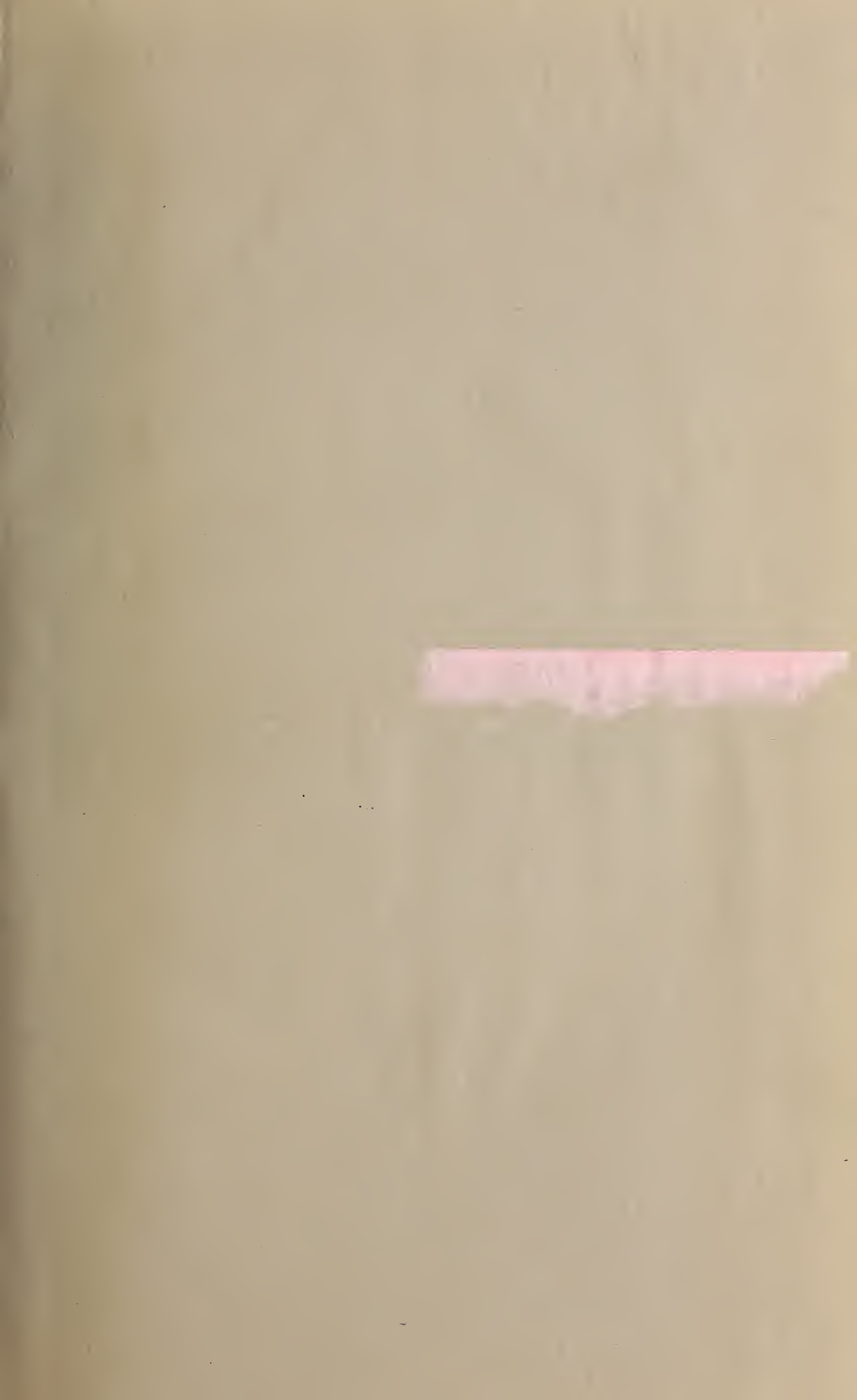


CUBA CONTEMPORÁNEA

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
MARIO GUIRAL MORENO

AÑO XII

TOMO XXXVI
(SEPTIEMBRE A DICIEMBRE, 1924)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
CUBA, 52
LA HABANA
CUBA

REDACTORES:

Carlos de Velasco.
(† 1º febrero 1923.)
Julio Villoldo.
José S. de Sola.
(† 6 febrero 1916.)
Max Henríquez Ureña.
Ricardo Sarabasa.
Leopoldo F. de Sola.
Francisco G. del Valle.
Enrique Gay Calbó.
Dulce Mª. Borrero de Luján.
Alfonso Hernández Catá.
Luis Rodríguez-Émbil.
José Antonio Ramos.
Bernardo G. Barros.
(† 20 mayo 1922.)
Emilio Roig de Leuchsenring.
José Mª. Chacón y Calvo.
Arturo Montori.
Carlos Loveira.

Cuba Contemporánea

AÑO XII

Tomo XXXVI. La Habana, septiembre 1924. Núm. 141.

LA PINTURA EN CUBA (*)

DESDE SUS ORIGENES HASTA 1900

(CONFERENCIA LEÍDA EN EL CLUB CUBANO DE BELLAS ARTES, EL 10 DE JULIO DE 1924, POR EL SR. JORGE MAÑACH.)

Señoras, Señores:



L Club Cubano de Bellas Artes, institución que debe estarse mostrando muy agresivamente bien intencionada, puesto que muchos la zahieren y sólo a ciertos comprensivos espíritus he oído aplaudirla cuanto merece, ha organizado, como sabéis, esta serie de conferencias merced a las cuales se propone divulgar a grandes trazos las principales actividades estéticas en nuestro país.

La vez pasada, fué uno de nuestros más fecundos compositores, uno de nuestros más finos y avisados musicólogos, el —no sé si llamarle Maestro o Doctor Eduardo Sánchez de Fuentes—, quien os regaló con una amenísima e instructiva plática acerca de *Los ritmos en la música cubana.* Esta vez, tócame a mí el turno honroso de hablaros sobre el desenvolvimiento de la pintura en Cuba.

(*) La segunda parte de este importante y concienzudo estudio sobre el desarrollo del arte pictórico en Cuba, que comprende el lapso de 1900 hasta el presente, fué tratada por el autor en otra conferencia, que leyó el día 25 de julio del año en curso, y que será publicada en el próximo número de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Y bien quisiera yo, no sólo por euritmia y uniformidad, sino también por cautela, poder valerme del mismo recurso de exposición que el Sr. Sánchez de Fuentes, y titular esta plática: *Los ritmos de la pintura cubana.* Ello sería cómodo en cuanto al método, y libre, en lo personal, de todo riesgo, porque a la vez que me permitiría sintetizar en una serie de momentos característicos una evolución harto prolija y accidentada, como lo ha sido la de nuestra pintura, me eximiría de la crítica pormenorizada de los individuos, aventura de la cual no suelen salir incólumes entre nosotros las simpatías personales.

Sin embargo, mi periodismo ya me tiene un poco curado de espantos y represalias. A trueque, pues, de estropearme un porvenir que siempre he ambicionado muy cordial y muy pacífico, fuerza será que renuncie a hablaros de ritmos en nuestra pintura. Y ello, por la razón simplísima de que nuestra pintura no tiene ritmos.

Si alguien propusiera, en efecto, que echásemos una ojeada a la pintura francesa en el siglo XIX, por ejemplo, ninguna empresa más fácil ni más tranquila. En el siglo XIX, el instinto estético estaba ya tan realizado en Francia, tan hondo asiento habían cobrado tradiciones y conceptos, tan rica era la actividad pictórica y tan netas y deslindadas sus modalidades, de grupos o escuelas, que, con decir neo-clasicismo, romanticismo, realismo, impresionismo y tal, quedarían perfectamente satisfechas la curiosidad y la responsabilidad más rigurosas. La historia estética se reduciría a una exposición de ritmos diversos.

Pero entre nosotros no puede ser así. Hablar de la pintura entre nosotros es necesariamente hablar de orígenes; esto es, hablar de vagarosas incipiencias más o menos casuales, de méritos relativos, de aportes difusos, de tanteos disconexos y faltos de carácter, en los cuales el progreso se realiza, no por ritmos de acción y reacción, sino por mera aritmética; igual que la historia de una villa, hasta que adquiere una cultura y una conciencia propias, se reduce a ir indicando la multiplicación puramente material de sus habitantes.

Mas, como el entendimiento humano no se resigna fácilmente a los estados caóticos y todo conocimiento no es, a la postre, sino orden, yo he tratado de clasificar en lo posible, sin desvirtuar su

natural irregularidad, este estudio del desenvolvimiento de la pintura en nuestra tierra y he fijado tres etapas perfectamente inocentes y convencionales: el Pasado, el Presente y el Futuro.

La circunstancia de no haber habido ritmos susceptibles de apreciación personal en el desarrollo genésico de la pintura en Cuba, me exime también de duplicar, en lo condensado de esta plática, la admirable labor de investigación y acopio que realizó, sobre nuestro pasado artístico, el malogrado talento de Bernardo G. Barros. Aquella clara mentalidad, aquel escrupuloso instinto de historiador, aquel "ateniense entre los romanos", desapareció a los treinta y dos años, dejándonos tronchada la primera seria promesa que tuvo nuestra crítica de Arte.

Algo más quedó tronchado también: el extenso y bien informado estudio que el autor de *La Caricatura Contemporánea* se había propuesto como discurso de ingreso en la Academia de Artes y Letras, y al cual esta corporación hubo de dar póstuma lectura en fecha todavía muy reciente. Pero la realización había quedado fragmentaria. Sorprendió la muerte a Barros cuando sólo había escrito los orígenes y el momento a él coetáneo de nuestra pintura, dejando en su manuscrito una gran laguna de todo el período que pudiéramos llamar intermedio: desde Vermay, fundador de la Academia de San Alejandro en 1818, hasta la segunda década republicana.

No he de tener escrúpulos, como dije, en glosaros las apuntaciones de Barros acerca del más añejo período. Mas tampoco hemos de detenernos en los antecedentes históricos que a él preocupan cuando se remonta, para trazar los orígenes de nuestra actividad artística, a la actitud utilitaria, heterogénea y frívola de la sociedad insular en los siglos XVI y XVII. La historia del arte en Cuba apenas puede decirse que empieza con los rudimentarios y enclaustrados esfuerzos de las comunidades religiosas, las cuales parece que dieron en no comunicar su habilidad elementalísima sino a artesanos "escogidos entre la raza de color".

De esta parcialidad racial se lamentan acremente Saco primero y luego el cronista Serafín Ramírez (autor en 1891 de unas utilísimas noticias acerca de nuestra pintura), sin que al juicio más sereno de hoy se le alcance cómo defender la actitud de aquellos clérigos. Desde luego, no se ve qué razón política ni

social podía hacer que prefiriesen instruir de acuerdo con la color de la epidermis, como no sea que la raza negra mostrase más interés y vocación, lo cual no sorprendería a quien recuerde la génesis de muchas de nuestras melodías, del *rag time*, o del *art nègre* que hoy priva en París...

Ello es que, hasta muy a fines del siglo XVIII, no se destaca en Cuba actividad pictórica alguna. Al igual que aconteció en otros países, aquí también "el arte es místico antes que aristocrático o popular"; la pintura sirve de instrumento para la expresión del culto antes de serlo para la expresión de la cultura.

Entre los pintores eclesiásticos, el primero de quien se tiene alguna noticia, aunque Barros no lo menciona, es José Nicolás de la Escalera, pintor cubano a lo que parece del actual cita Trelles una carta al rey Carlos III "fechada en La Habana en 1763, remitiéndole un retrato de D. V. Velasco, Capitán de Navío". La Casa de Beneficencia conserva el de Don Luis de las Casas, pintado por aquel artista; pero donde mejor se puede formar una idea de su arte mediocre, vallilacrimoso y celeste—arte de capilla o de aula escolástica—, es en nuestro Museo Nacional, que conserva tres telas suyas. También hay alguna obra de Escalera en la iglesuca colonial de Santa María del Rosario, donde nuestro José María Chacón una noche, con irreverencia insólita en él, ponía el grito en el cielo ante el vandalismo que el tiempo opera y la incuria—o la curia?—permite. Los viejos frescos del arco toral, apenas son ya más que lascas roídas por la humedad y el abandono.

Después de José Nicolás de la Escalera, que es anterior a 1820, la circunstancia de que las comunidades religiosas sólo impartían sus aficiones a los negros parece hallarse confirmada en Vicente Escobar. Este artista de color—harto mediocre, a juzgar por las frías e insípidas muestras que de su esfuerzo dejara—nació en La Habana en 1757 y murió en 1834. "Sin maestros ni modelos que imitar—apunta Calcagno—, guiado sólo por su genio y perseverancia, llegó a ser el primer retratista de su género en Cuba". No se conjetura qué querría significar Calcagno al decir "el primer retratista *de su género*", porque en el arte del retrato no hay más que un sólo género, el epiceno, el común a todos; y en éste, Esco-

bar decididamente no mostró "genio" aunque sí mucha "perseverancia". Fué el primer artista que tuvo taller en Cuba, y al decir de algunos biógrafos, contó entre sus discípulos a aquel humilde curioso de todas las aristocracias que fué el poeta *Plácido*.

Muchos de los retratos pintados por Escobar para la hidalgada colonial de su tiempo, entre ellos los de innúmeros Capitanes Generales, nos fueron llevados al cesar la soberanía española; con lo cual sospecho que en el orden artístico no perdió mucho nuestro Museo, pues aquel benemérito artesano no pasó de ser una elemental vocación amanerada en las recetas de frialdad y de rigidez protocolar con que se confeccionaban las efigies oficiosas en la misma España decadente, antes del estremecimiento pasional que trajo Goya.

Sin embargo, no debieron faltarle a Escobar ocasionales aciertos en su obra copiosísima y poco ponderada: "dibujaba fácilmente a la memoria—nos cuenta Calcagno—; una sola vista le bastaba para un retrato". Y digo que no debieron faltarle aciertos porque, en 1827, Doña María Cristina le mercedaba con el título de Pintor de su Real Cámara, y más tarde, luego de un extenso viaje del artista por Italia, Francia y España, "nombrábasele" en ésta Alumno de la Academia de Bellas Artes de Madrid.

Tales y tan parcas habían sido las incipiencias de nuestra pintura hasta la primera década del siglo XIX. Villa colonial, abotargada de sol, de zumos de trapiche y de medrosas reminiscencias de piratería, San Cristóbal de La Habana, summum y compendio de la ínsula, vivía quedamente a la sombra ominosa de sus murallas y de sus pragmáticas. Apenas si osaban entretenerse los ocios en cosa que no fuera el desfile abigarrado de la guarnición, en sano esparcimiento de las casas de danza, el jacarandoso estrépito de las vallas o la burda hilaridad de los corrales bufos. Sólo de tarde en tarde, algún peregrino exótico, algún artista andariego venido de extrañas tierras—un Melkaff, un Van der Lin, un Perovani—llamaba la atención del vecindario ingenuo ofreciéndole atisbos de una cultura y de una emoción más finas. Pero éstos eran influjos aislados. Falto de contactos estimulantes con otros ambientes, cerrado de hecho y casi de derecho a todo ejemplo externo que no proviniera de la Madre Patria, por entonces más ocupada en defender sus dominios que en iluminar-

los, nuestro medio no podía iniciarse espontáneamente en las disciplinas artísticas. Era menester la circunstancia favorable impuesta por quienes tenían autoridad para imponerla; era necesario, además, el adoctrinamiento, la organización y el estímulo inculcados por agentes de fuera. Y como los dioses estaban de nuestro lado, ellos proveyeron a la realización de esas dos condiciones auspiciosas: la autoridad gubernativa y la autoridad técnica. De una parte tres gobernantes generosos de su luz: el Gobernador Las Casas, el Obispo Espada, el Intendente Ramírez; de otra parte, un artista pleno de espíritu militante y catequizador: Juan Bautista Vermay.

Ninguno de estos cuatro próceres tiene un ostensible y personal recuerdo en esta ciudad de sus desvelos. No sé a ciencia cierta si la Calle del Obispo se llamó así en honor de Monseñor Espada y Landa; pero sé que, oficialmente al menos, se llama de Pí y Margall—ilustre nombre que le hubiera cuadrado mejor a la de Teniente Rey... En cuanto a don Luis de las Casas, a Ramírez, a Vermay, no se advierte sino que los tenemos en el más plácido y tropical de los olvidos.

Y sin embargo, estos tres fundadores—Espada, de las Casas, Ramírez—cifran en ellos solos la reivindicación ante la historia del verdadero espíritu colonial de España. Cerebro preclaro el uno, dechado de administradores el segundo, ejemplo Ramírez de espíritu práctico, pero franco a los más abstractos ideales, y los tres a la par generosos e imbuídos de sentido estadista, llenan toda una época y plantan, en la Isla de los tránsitos utilitarios, de la factoría y la negrada, del arrebato y la charanga, el primero y más firme jalón de nuestra cultura. En lo que al arte se refiere, las iniciativas de Monseñor Espada, sobre todo, y la de don Alejandro Ramírez más tarde, al favorecer la fundación de nuestra Academia de Bellas Artes, determinaron casi todo el esfuerzo estético posterior. Acojámonos una vez más a la metáfora habitual y digamos que fueron ellos quienes echaron los cimientos de nuestra cultura artística.

Ya hacia 1805 Monseñor Espada había requerido para el decorado de nuestra Catedral y de algunas otras iglesias y capillas, los servicios de aquel italiano, andariego y patético—José Perovani—cuyo más caro ideal en la vida había sido el de fundar

una academia de arte, cosa que no logró ni en los Estados Unidos, ni en Cuba ni en México, donde fué a dar a la postre con sus huesos septuagenarios. Entre nosotros, su estancia acaso no fué parca en éxitos e influencias. Aunque medró poco, hasta el punto de que su mujer se vió necesitada, para ayudarlo, de dar lecciones de idiomas, algún ingenio de la época pudo cantarle sin demasiada licencia poética:

¡Quién pudiera tu nombre con la lira
Llevar, Perovani, a la futura gente.
Y en todo cuanto vive y cuanto siente
Santa vida inspirar, como la inspira
Tu diestra inteligente!

De cuán inteligente era la diestra del bresciano, apenas nos queda más que el testimonio poético—y por tanto muy discutible—del citado versificador, Manuel de Zequeira y Arango. En la Catedral se conservan, empero, algunos frescos y óleos de asunto religioso, no exentos de inspiración, aunque concebidos y ejecutados a la manera meliflua de las escuelas italianas; y si es que existe todavía el ingenio antañón de los Aróstegui, el *Santa Teresa,* seguirá honrándose la manigua con los frescos que allí pintara Perovani, secundado nada menos que por el futuro Luis Felipe de Francia, por el Duque de Montpensier y el Conde de Baeaujolois, a la sazón residentes en la Isla.

Dícese por cierto, y la conjetura es plausible, que fué el mismo Luis Felipe quien indujo a venir a Cuba a su compatriota Jean Baptiste Vermay, pintor, poeta, músico, escultor y arquitecto, cuyo nombre llena, tras el de Perovani, un nuevo y trascendental período en la historia de nuestra cultura artística. A ese otro extranjero, temperamento renacentista por la multiplicidad de sus aptitudes y por la virtualidad agresiva de su vocación; a este espíritu decidido y hábil, ambicioso y mundano, que reúne en sí todas las cualidades de los fecundos iniciadores, han de agradecerle las artes plásticas, entre nosotros, el más enérgico y directo de los primeros impulsos.

Para nuestro bien, quiso la suerte hilar una trama de circunstancias que propiciaron esa intervención de Vermay en la organización de nuestra educación artística. Nacido en Tournai, Fran-

cia, cuando empezaban a insinuarse las ráfagas tormentosas de 1789, hizo su noviciado en el taller del gran pintor David, patriarca del neo-clasicismo dieciochesco; y apenas adolescente, conquistaba ya un alto lauro en la Exposición de París de 1808, con su cuadro *La muerte de María Estuardo.* Su maestro David lo protege haciéndole instructor de la Reina Hortensia, entenada de Napoleón, y el Emperador mismo lo declara exento del servicio militar, "a fin de que pueda honrar con su arte a la Patria".

Pero la patria que Vermay estaba destinado a enaltecer no era la francesa. Después de triunfar en Florencia en 1814, después de haberse adoctrinado en la ejecución de la gran pintura histórica viendo a David pintar su famosa *Coronación de Napoleón* —ejemplo que debía recordar años más tarde ante los muros vírgenes de nuestro Templete—, las pasiones políticas le llevaron a emigrar hacia las playas románticas de América.

Aventuróse primero en los Estados Unidos, que Franklin y Lafayette acababan de poner en boga. Pero la vecina nación estaba ya demasiado embargada por sus premuras utilitarias y políticas para dar férvida ecogida a nuevos platónicos de allende el océano. Por otra parte, ya dije cómo cuentan algunos que Vermay guardaba en su alforja aventurera, al venir al Nuevo Mundo, las cartas de recomendación para personajes cubanos que le habían sido dadas en Francia por el Duque de Orleans; y por si tantos motivos no bastaran, un periódico nuestro de la época asegura que, habiendo de menester el Obispo un continuador para los frescos de la catedral, comenzados por Perovani, ocurriósele consultar a Goya, quien hubo de recomendar a Vermay. Hasta ha llegado a decirse, con escasa verosimilitud, que Vermay había sido discípulo del gran aragonés; relación que no se colige ni de los datos biográficos que tenemos, ni de la obra misma del autor de los frescos del Templete, en los cuales sólo la influencia de David es ostensible. Y Goya no era maestro que hiciera discípulos sin imprimirles su huella.

Como quiera que esto sea, lo memorable es que Vermay nos vino de los Estados Unidos, y ese día se abrieron risueñas perspectivas para el arte patrio. Protegido del Obispo Espada y del Intendente Ramírez; relacionado con las más linajudas familias de La Habana y habiéndose captado en seguida las simpatías de

la Sociedad de Amigos, no tardó el francés en hacerse de un autorizado prestigio. Terminó los frescos de la catedral, hoy borrados por el tiempo; pintó numerosas visiones celestiales y ascéticas para las iglesias de la villa, copiosas efigies para la vanidad palaciega, reproducciones de célebres lienzos para nuestro tesoro artístico; y, cuando el Gobernador Vives quiso perpetuar mediante un templete la memoria de la primera misa celebrada en Cuba, hizo Vermay sus tres notorias decoraciones, de un valor histórico incalculable.

Apenas más que un valor histórico, sin embargo. La influencia de aquella pintura helenizante, estatuaria, dogmática y yerta que había admirado y aprendido en su niñez a la sombra soberana de David, no podía menos que manifestarse en la obra nostálgica realizada en Cuba. Así, estos tres episodios en el Templete son de una tropicalidad y de un sentido histórico muy superficiales. Fáltales audacia imaginativa, color local, elocuencia, lirismo de cosa sentida. La pintura es aquí especulación de *atelier,* o como si dijéramos, de gabinete; pero de gabinete girondino, desde el cual las ceibas parecen laureles, los indios anuncios de chocolate, y las señoras criollas, Diosas de la Razón, o Afroditas resucitadas en la onda bárbara del Caribe.

En cambio, ¡qué preciosa eficacia histórica la de estos tres cuadros conmemorativos! Sobre todo, qué interesante lección de contemporaneidad la de aquel en que el artista ha pintado, con su visión algo protocolar y minuciosa, los más encumbrados personajes de la época, cuando todavía la aristocracia de la sangre y del vivir no eran un mito ni un vergonzante romanticismo! Si no "el mismo valor artístico", que es mucho pedir, bien podemos creer con Bernardo Barros que este lienzo en que se nos representa la inauguración del Templete tiene para nosotros "el mismo valor histórico que la *Coronación de Napoleón,* por David, tiene para Francia"; y aun más, porque con él se consagra un ejemplar tributo a la génesis misma de nuestra civilización.

No era ésta, empero, la labor que había de hacer eternamente memorable para los cubanos el nombre de Juan Bautista Vermay. Su obra más meritoria, su más fecundo esfuerzo, fué la fundación de la Academia de Bellas Artes, que en honor del patrocinador Ramírez se llamó de *San Alejandro.* (Es-

píritus burocráticos y olvidadizos, de los que creen que cambiar el nombre de las cosas es hacerlas evolucionar, habían de sustituir un día ese nombre por el que actualmente lleva. El pueblo, sin embargo, como suele suceder en estos casos, reivindicó con su pereza el merecimiento original, y continúa llamando Academia de San Alejandro a esta "Escuela de Pintura y Escultura" con cuya historia se vincula estrechamente, desde hace un siglo, el desenvolvimiento de las artes plásticas en Cuba.)

Su establecimiento en 1818 crea ya un núcleo, un menudo foco de irradiación artística, un centro docente, un indicio oficial que servirá de ejemplar antecedente a las administraciones por venir. A partir de su fundación, la historia de la pintura en Cuba es la historia de *San Alejandro*. Los artistas más eminentes de cada época, tanto vernáculos como extranjeros, asumirán sucesivamente su dirección y reunirán en torno a sí el discipulado de su tiempo. Por la cátedra directriz pasarán, desde el ilustre Vermay que la inauguró, estableciendo su sistema básico de enseñanza: el efímero cubano Camilo Cuyás, el francés Guillermo Colson, su compatriota José Leclers: M. Miahle a mitad de la centuria; el italiano Morelli, el español Augusto Ferrán, en injusto y fecundo interinato; Francisco Cisneros, natural del Salvador, más tarde, y durante todo el último cuarto del siglo, el más viejo de los Meleros, fundador de la estirpe artística que tan luenga contribución había de aportar a la patria.

En el patio del viejo convento de San Agustín, que la imaginación se forja silencioso y plácido a la umbría de añosos framboyanes, Vermay dictaba en nasal castellano a sus raros discípulos primerizos—Julio Herrera, Agustín Zárraga, Justo Preca—la disciplina de su arte honrado, imbuído de seriedad meticulosa. No había sido menester gran instalación al fundarse la Academia. Ya en aquel mismo lugar, un año antes, el maestro francés había abierto una escuela adonde concurrían, con los escasísimos aficionados residentes en el país, cuantos artistas extranjeros traía el azar a nuestra tierra. El viejo alemán Edelmann, también de amable descendencia, debió cambiar pareceres con el maestro de Galia en la paz del patio conventual. Andando el tiempo, acaso fué también bajo las mismas arcadas donde trazó Vermay los bocetos para sus concepciones memorables del Templete: allí le posaron

quizás, en vivo o mesurado coloquio, el dulce Obispo Espada y el grave y sesudo señor de Arango y Parreño, la delicada Condesa de Fernandina y los hidalgos de Cañongo y O'Reilly, de Junco y Prado Ameno—toda la crónica social de aquella época, si se me permite el anacrónico decir, que había de quedar registrada en los muros del Templete.

Cuando en 1833 Vermay murió, después de consagrar los últimos quince años de su vida ejemplar al mantenimiento, organización y desarrollo de la academia hija de sus desvelos, vióse su obra amenazada en no pocas ocasiones por el utilitarismo, la burocracia, el recelo y la indiferencia de supervisores menos comprensivos que los anteriores. Se hacía menester, pues, otro esforzado y noble espíritu, rico en entusiasmo, fácil de iniciativa, brioso en el empeño y ungido de autoridad exótica, que llevase adelante la conquista iniciada por Vermay. Este sucesor fué Guillermo Colson.

Discípulo también del olímpico David, Colson se había hecho, como su compatriota Vermay, dentro de los más severos cánones del neo-clasicismo francés, pero atemperado ya por el ardoroso lirismo de los primeros románticos, Gros, Géricault, Delacroix—, pintores que habían llevado, a comienzos del siglo, fresca y dramática vitalidad a la decadente pintura académica de Francia. Algo contagiado ya de esas nuevas inspiraciones, sin más riqueza que su paleta ni más estímulo que alguna lectura tropicalista de Bernardino de Saint-Pierre o de *Atala,* Colson vino a Cuba y—músico él también—comenzó por establecer en La Habana una academia de piano; pero cuando se ofreció a oposición, según prevenía el Reglamento, la cátedra directriz que había dejado Vermay y ocupado interinamente el joven cubano Camilo Cuyás, Colson la obtuvo, orientando en seguida la enseñanza hacia más técnicos y rigurosos procedimientos. Serafín Ramírez nos dice que él hizo "desaparecer ciertos defectos en el dibujo, enseñando la manera ancha y el modelado magistral de las buenas escuelas de Europa". Esa "manera ancha" debió ser ya una reminiscencia del audaz Delacroix.

La nueva enseñanza no tardó en dar de sí esperanzadores resultados. Una mañana de 1840, embarcaban en un velero fletado para Europa dos criollitos adolescentes, dos alumnos de la Acade-

mia de San Alejandro. Llevaban algo azorado el ánimo y pleno de maravillosas imaginaciones. Llamábanse Francisco Larroca y Juan Peoli. Eran nuestros dos primeros pensionados... Andando el tiempo, de regreso a América, Larroca sólo había de hacerse lugar entre una benemérita medianía; pero Juan Peoli, de patriótica estirpe, estaba destinado a ganar copioso renombre criollo y exótico.

Colson ocupó la dirección de San Alejandro durante más de un lustro. "Dentro de ese período—dice Serafín Ramírez—fué Capitán General de esta Isla el príncipe de Anglona, aficionado y gran conocedor en Bellas Artes, el cual miró la Escuela con señalada predilección. Donó una cantidad alzada para la adquisición de cuadros al óleo, y a instancias de la Real Sociedad Económica, a su vuelta a Europa, compró en París, en remates de buenas galerías, 37 cuadros al óleo, entre ellos algunos originales que hoy figuran en primera línea. El ilustre cubano señor Don Francisco Arango secundó la obra comenzada por Anglona, haciendo a su vez donación de buenos cuadros que también adquirió en Europa." Es de presumir, pues, que ya se iba formando estimación y gusto de la pintura en Cuba al punto de que no se juzgasen sobradamente lujosos tan considerables donativos.

Y esta insinuación del gusto estético no podía menos que sobrevenir cuando ya comenzaba a poblarse de nuevas aspiraciones el ambiente espiritual de la Isla. Mientras en lo político, alrededor de las figuras del Padre Varela, de Tomás Gener, Saco, Betancourt y otros patricios iban cuajando audaces premoniciones de libertad, un grupo cada día más copioso de los que hoy llamaríamos intelectuales hacía cuanto le era dado por esparcir la semilla de una cultura autóctona. Bajo el mando relativamente benévolo y liberal de Vives, el infatigable Saco produce su *Revista Bimestre Cubana,* cátedra de inquietudes. El Padre Varela, Don José de la Luz, colaboran intensamente en las más nobles disciplinas. Domingo del Monte, luminoso espíritu de vanguardia, precede a Casal en la incipiencia de nuestra crítica de arte y gestiona ya la creación de una Academia Cubana de Literatura; el sonoro Heredia sigue dando a los vientos sus voces libertarias. El fracaso político de 1837, que produce la "escisión de Cuba", no es bastante a desmayar las ansias de cultura engendradas por aquellos luminosos cubanos.

En 1848, cinco años después de muerto Colson, comienza a dirigir la Academia de San Alejandro un tercer francés, M. Joseph Leclerc, que ocupó su cargo hasta 1850, realizando notables reformas durante ese período, gracias a la colaboración de don Antonio Zambrana y a las benévolas disposiciones del General Concha. Amplióse a la sazón el presupuesto de gastos de la Academia, haciéndolo ascender a medio millar de pesos, con lo cual debían establecerse las clases de escultura, pintura y dibujo lineal, "ramos todos—explicaba gravemente un acta oficial—de reconocida utilidad y de preciosa influencia para alcanzar el lauro que ofrecen las artes a sus celosos cultivadores". Dos extranjeros más, el acuarelista M. Miahle y el italiano Ercole Morelli, hábil pintor a quien Miguel Aldama encargara en un principio los cuadros de Sanz y del ilustre Gisbert que hoy posee nuestro Ayuntamiento, ocuparon fugazmente la dirección de la Academia. En los intervalos de vacante, rígela interinamente el escultor español Augusto Ferran, de cuyo parejo talento pictórico conserva nuestro Museo alguna fina y menuda muestra, y fué bajo esa interinidad cuando se trasladó la escuela al caserón que hoy ocupa en la calle de Dragones. De entonces acá, y van ya pasados muy cerca de tres cuartos de siglo, el edificio no ha sufrido—digamos mejor: no ha gozado de reparación ni apenas de sustentamiento alguno. En consecuencia, nuestros profesores y estudiantes de arte se guarecen hoy—permítasenos el optimismo de la frase—bajo una techumbre ruinosa, entre muros vencidos y vergonzantes escombros. Y de toda esa miseria que nuestras autoridades estoicamente contemplan, acaso por respeto arqueológico, han de sacar nuestros artistas fuerzas de flaqueza para honrar a la patria opulenta.

En 1852, las cosas todavía no estaban tan mal. Los alumnos trabajaban por lo menos libres de la celestial amenaza de la gotera, que hoy es una institución oficial, y la paciente aptitud del maestro Ferrán pudo instruir con tranquilidad y provecho a no pocos de ellos, que llevaron "con justísima razón—como advierte encantadoramente Ramírez—el nombre de artistas".

Siete años más tarde poníase al frente de la Academia al salvadoreño Francisco Cisneros, artista mediano pero muy entusiasta, que laboró meritísimamente por difundir entre sus contemporáneos el gusto de las Bellas Artes. Los lienzos que de él se

conservan en nuestro Museo y en la misma Academia acusan un temperamento encasillado y tímido, una técnica amanerada y una coloración rojiza que la pátina del tiempo no ha logrado disimular. Pero fué un probo y concienzudo maestro. Por su aula de colorido pasaron muchos de aquella generación de artistas del 80 que tantas esperanzas habían de infundir al arte patrio. Bajo su dirección, al promulgarse el Plan de Estudios de 1863, la Academia pasó a formar parte de éste cayendo más de lleno entre las mallas de un sistema administrativo que en nada convendría—como se ha visto después—ni a su eficacia ni a su desarrollo; y fué también entonces cuando la ingratitud o la ignorancia cambiáronle el nombre de *San Alejandro* por el que hoy lleva, en contra de la inercia reivindicadora del pueblo.

Tras de Cisneros, un venerable y admirable maestro, cuyo nombre él y sus descendientes habían de vincular durante mucho tiempo a la historia artística de Cuba, vino a ocupar la cátedra principal de la Escuela. Disciplinado en Europa, donde adquirió la bruñida técnica y el claroscuro bituminoso y algo violento entonces en boga, don Miguel Melero fué, a su vez, el generoso adoctrinador de toda una generación de pintores, alguno de los cuales aún honran su memoria. A él se le debe la introducción en nuestra enseñanza del preparado en grises como medio básico de valoración: lección cuyos espléndidos resultados —de un carácter tan técnico que no me atrevo a considerar aquí—había de engendrar el arte delicadísimo del malogrado Arburu y la más consciente y metodizada técnica del ilustre Romañach.

En el Museo se conservan tres lienzos de Miguel Melero que representan los más altos índices a que había llegado nuestra pintura hasta aquella época. En el fino boceto para el cuadro *Colón ante el Congreso de Salamanca*, échase de ver el certero concepto que Melero tenía de la amplia composición, tan solicitada por los cuadros históricos que entonces privaban en España y aun en Francia. Además se admira un romántico retrato de su hijo Miguel Angel, muy sugestivo de la pintura literalista de los Madrazo, que Melero debió haber estudiado en su juventud, y una preciosa cabeza de niña, dechado de realismo y delicadeza.

A más de su fecunda actuación creadora, tuvo Melero la honra

de ser el primero que acogió en la enseñanza del arte a la mujer, hasta entonces reducida a los escarceos domésticos; y, sobre todas cúpole la gloria de ser padre de aquel brillantísimo Miguel Angel, de quien tantas satisfacciones hubiera recibido nuestro arte si la muerte no le hubiera sorprendido muy joven en Europa, apenas pensionado por la Diputación Provincial.

Miguel Angel Melero fué, con Arburu, una de las más genuínas vocaciones artísticas que produjo entre nosotros el siglo pasado. Las soberbias academias y la vigorosa *Cabeza de Cardenal* que en el Museo se exhiben, muestran con suficiente elocuencia cuánto era el talento inicial revelado por aquel artista desde su más temprana época. Más tarde ha de pintar la lívida anatomía de ese su *Cristo yacente*—sobrio de concepción y colorido, enérgico y firme de dibujo como si fuera de la mano de Rosales, aquel otro gran malogrado de España. Y cuando por fin se pone Miguel Angel Melero en contacto con los altos ejemplos europeos, su paleta se enriquece de fortuniescos cromatismos y concibe cuadros tan vibrantes de color y movimiento como ese gran boceto para *La Batalla de Champigny,* que es una espléndida superación de Meissonier y de los fríos militaristas franceses del setenta, en los cuales halló quizás su estímulo.

Cuando en 1887 quedó súbita e inesperadamente segado aquel primer brote opulento de nuestra cultura pictórica, hubiéranse nublado de un modo desolador los horizontes del arte cubano de no haberse ya formado en la fecunda Academia una nutrida floración de nuevas esperanzas. Miguel Angel Melero dejaba en prematuro duelo una esposa, una discípula, una compañera de ideales y de afanes, de sacrificios y ternuras que, con el andar de los tiempos, había de traer lustre adicional al nombre de la familia. En Elvira Martínez se anunciaba ya la amorosa intérprete del pensil tropical, la delicada pintora de flores y de frutas que hoy ocupa el más eminente rango entre nuestras mujeres artistas. Y para mayor garantía de permanencia al prestigio del apellido, un segundo vástago del viejo Melero: este don Aurelio hoy barbicano, insinuaba entonces el primer bozo y las primeras gallardías de la vocación.

Dos grandes promesas destacaban sobre toda aquella memorable hornada de San Alejandro en que Santiago Quiñones, Se-

bastián Gelabert, Federico Sulroca, Baturone y otros se distinguían con mayor o menor relieve. Esas dos esperanzas eran Armando Menocal y José Arburu. A la misma sazón, Juan Peoli —aquel mocito que, bajo la égida de su maestro Colson habíamos visto partir como uno de nuestros primeros pensionados a Europa— acopiaba cuadros ajenos y laureles propios en Nueva York, donde instaló sus maduros entusiasmos. Allí alcanzó no escaso prestigio su pintura mórbida, tersa, acromada y fría a la manera de los académicos italianos, aunque dotada a las veces de cierta gracia elegante y de una coloración cálidamente armoniosa, en que se echaba de ver como un vago influjo tropical. Al mismo tiempo, como para completar ante los dioses que todo lo ven la radiosa perspectiva de nuestra pintura en los años por venir, allá en la entraña de la áspera manigua asombraba a los forasteros y daba que hablar a las comadres el insospechado talento pictórico de un mozo cuyo nombre iba a sonar triunfalmente muy pronto más allá de las patrias fronteras. Aquel mozo se llamaba Leopoldo Romañach.

De todas aquellas vocaciones, una de las más realizadas, la de José Arburu y Morell, estaba destinada a compartir el doloroso sino de Miguel Angel Melero. Arburu había ingresado a la Academia en el año de 1877, cuando sólo contaba trece de edad; y al igual que los demás de su generación, formárase bajo la perita vigilancia del viejo Melero, que había medido desde el primer momento la potencialidad de sus dotes naturales. Ayudado más tarde por la Sociedad Económica, infatigable y tradicional colaboradora en todo esfuerzo por nuestra cultura, logró Arburu ver realizada su primera ambición de trasladarse a Europa. Ya en España, el camino del triunfo no le opuso obstáculos comensurables con su talento. Sometióse a la cumplida disciplina de la Academia de San Fernando de Madrid, recibió las sabias enseñanzas del gran maestro Domingo y, estimulado por el ejemplo de los ricos museos y los ilustres pintores de la época—Casado del Alisal, Plasencia, Rosales, Pradilla, Ferrant—se enseñoreó muy pronto nuestro cubano de una técnica ponderada y jugosa. Su ambición inmediata era el cuadro de historia, solemne alternativa para la consagración en aquellos tiempos todavía ajenos a las inquietudes revolucionarias del modernismo, que en Francia se

incubaban. Y así, de los primeros entusiasmos y labores de Arburu, resultó un lienzo notable, *La primera misa en América,* cuyo boceto, fresco y vivaz como una acuarela de Fortuny, constituye una de las más preciadas reliquias en nuestro Museo. El tema, como todos los episodios colombinos, era tradicional y favorito entre los pintores cubanos, ansiosos ya de contribuir a la ilustración de las propias efemérides y a la exaltación orgullosa de la tierra; y en cuanto a la composición, Julián del Casal, que no era lego en la materia, la calificó de "heroica, grandiosa y conmovedora". El cuadro fué premiado por la empresa de *La Ilustración Española y Americana* en un certamen al que concurrieron más de cuarenta opositores; y es de presumir que no fué impródigo aquel temprano lienzo, pues a partir de él hubo de pintar Arburu las efigies de personas tan encumbradas como la misma Regente del Reino, los marqueses de Vicea, el Obispo de Zamora y la hermana del tribuno Castelar.

Mas él sino tenía marcados los idus de Marzo para aquel veloz conquistador. Con objeto de visitar la Exposición de París que por entonces se celebraba, Arburu tomó la ruta de Lutecia, y en aquella ciudad, matrona de las artes, madrastra de nuestros artistas, murió repentinamente, el 17 de agosto de 1889 desconocido de todos, separado de los suyos, a semejanza de su amigo y hermano en el hado Miguel Angel Melero.

La otra tarde, en la exigua y silenciosa "sala cubana" de nuestro Museo Nacional, yo he contemplado melancólicamente la paleta y los pinceles que pertenecieron a aquel reclamado de los dioses. Frente a la soberbia academia de *El hombre con la espada*—verdadero dechado de dibujo, de modelado y de rigurosa factura—; frente el primoroso bocetillo de *La primera misa,* germen de ritmos y de armonías adivinados, no pude menos que especular, partiendo de las vastas potencialidades que había en aquel finísimo y malogrado artista. Y pensé que, de haber vivido bastante, Arburu hubiera llegado a ser uno de los más grandes pintores de América. ¡Quién sabe!: acaso un maestro de nuevas visiones para la fatigada Europa...

Pero de aquella pléyades de 1885, sólo unos cuantos nombres habían de cobrar trascendental relieve. Dejemos de momento el examen somero de su obra, que pertenece ya al pe-

ríodo contemporáneo de nuestra evolución, y asomémonos nada más que un breve instante al panorama que por entonces ofrecían las artes del dibujo y la caricatura.

Aquí también cumple, por lógica pertinencia y por agradecimiento que nunca sabrá expresarse en demasía, recordar la meritísima labor de investigación realizada por nuestro malogrado Bernardo G. Barros. Su erudita obra *La Caricatura Contemporánea,* en la cual dedica todo un capítulo a Cuba, es uno de los más serios esfuerzos de crítica realizados por cubano alguno en estos tiempos de provisionalismo, de frivolidad y de simulación intelectual.

Tres nombres, alguno de ellos ya conocido, cifran toda la actividad gráfico-artística en Cuba a partir de 1860; son los de Peoli, Landaluce y Cisneros. Ninguno de estos tres dibujantes-pintores practicaron el humorismo como una disciplina seria y principal. Estaban ellos harto alejados de los foros donde se debatían las ideas estéticas, para concertarse con el movimiento europeo que se esforzaba en afirmar un paradójico concepto: el de la seriedad fundamental que hay en todo humorismo. Y no conociendo ni sospechando esa preocupación, el arte festivo y satírico de nuestros primeros dibujantes apenas fué más que un frívolo entretenimiento aportado a las revistas y periódicos. Así, Peoli no pasó de ser un simple deformador, siempre dispuesto al falaz recurso de obtener efectos cómicos desvirtuando grotescamente el aspecto y las proporciones de sus personajes, en vez de simplificarlos. Francisco Cisneros, pintor según vimos mediocre, llevó a las planas de *El Moro Muza* su técnica defectuosa y sus visiones pueriles. El más intenso e interesante de la trilogía fué el español—un español "aplatanado" en lo artístico—Víctor Patricio de Landaluce. Si como caricaturista y dibujante satírico no llegó nunca a la ingeniosa síntesis, quedándose en la comarca de lo burdo y superficial, en cambio, como dibujante de costumbres, como folklorista y tipólogo, su arte cobra a las veces un verismo tal en la observacin representada, una expresiivdad tan graciosa y pulcra en la factura, que lo hacen sumamente meritorio desde el doble punto de vista estético y social.

Cuando Landaluce muere en 1891, después de haber ilustrado con su criollismo nada cubanizante todas las publicaciones

de la época, sus epígonos Henares y Barrios comienzan ya a desentonar con el ansia de novedades espirituales que estremece el alma cubana. Julián del Casal y José Martí, los más finos y modernos espíritus de cuantos entonces presienten la cercana redención, no lamentarán en nombre del arte, por cierto, ni del ideal patrio, la desaparición de aquel bufo fecundo cuyo lápiz se había tan arteramente ensañado en contra del esfuerzo nacionalista. Si, como a español que era, pudiéronsele disculpar a Landaluce sus simpatías retardatarias, como humorista satírico cometió el pecado que a un artista de ese género nunca se le perdona: el conformismo sicofante, la inhibición servil del instinto liberal.

EL MAPA DE COLON

I

L hallazgo de un mapa—el cual podría ser considerado como un planisferio inconcluso—en la Biblioteca Nacional de Francia por el docto bibliotecario de ese instituto, no es un hecho que pueda pasar inadvertido para quienes se ocupan en las cosas—hechos y datos—que se relacionan de algún modo con el Descubridor de América y con su empresa peregrina.

L'Ilustration, antes o al mismo tiempo que otras revistas parisienses, dió a conocer a sus lectores, en una de sus ediciones de abril, el mapa en referencia y la comunicación relativa al mismo documento que el señor C. de la Ronciere—el bibliotecario y bibliógrafo francés—dirigió con tal motivo a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras. También *El Fígaro,* la revista habanera, en su doble edición del pasado junio, reproduce el planisferio e inserta una buena versión española de la interesante comunicación hecha por aquél a la docta Academia.

El hallazgo es precioso.

El mapa, ilustrado con unas cuantas anotaciones y leyendas, habla por sí mismo y es un exponente fidedigno de no pocos puntos, antes desconocidos u obscuros o imprecisos, los cuales se refieren a la vida y la obra del nauta esclarecido.

Éste es el primero: El mapa, hecho sin duda entre el año 1488 y el año 1492, o sea entre el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza y el descubrimiento de América, es como un autógrafo valiosísimo. Fué trazado e ilustrado por Cristóbal Colón, de su puño y letra, o lo fué por Bartolomé Colón, bajo el dictado y

las inspiraciones de su hermano, el futuro Gran Almirante de la Mar Océana.

Ambos eran dibujantes y cartógrafos. El bibliotecario francés, que es también un historiógrafo distinguido, lo recuerda y lo abona con algunas frases escritas luego por el Descubridor, en 1501, a los Reyes Católicos.

Éste es el segundo: Las inscripciones del planisferio, escritas en latín, reproducen ideas y aun frases textuales del intrépido navegante.

Hay una de ellas que transcribe, palabra por palabra, una de las notas, autográficas, puestas por Colón al margen de un ejemplar del *Imago Mundi* que se conserva en la Biblioteca Colombina de Sevilla. "Esa frase—escribe en su comunicación el señor de la Ronciere—equivale a la firma del Descubridor." Con ella se comprueba, ciertamente, la autenticidad del mapa recién hallado por el comunicante en la Biblioteca Nacional de Francia y el cual se le atribuye, sin vacilaciones ni reservas, al insigne explorador del piélago medroso.

Éste es el tercero: El autor del mapa era italiano y conocía a Génova, palmo a palmo, como nativo de la Liguria. Eso lo afirma, con el planisferio a la vista, el ilustrado señor de la Ronciere.

Dos inscripciones del mapa lo atestiguan. La una transcribe conocidas frases escritas por el nauta en otro documento.

Éstas: "Un marino genovés pretende haber navegado, en febrero de 1477, hasta cien leguas más allá de Tule"; y "es cierto que existe la Tule de que hablaba Tolomeo, y está donde él decía; es la tierra que los modernos llaman Frislandia". Con la otra hace una descripción —"viviente y exacta", dice la Ronciere—de la ciudad de Génova y su puerto; y explica cómo es el archipiélago portugués vecino de África.

En esa leyenda ilustrativa—escrita en latín como todas las del mapa—el cartógrafo que lo dibujó o ilustró deja constancia de que "estas islas son llamadas en lengua italiana Cavoverde y fueron descubiertas por un genovés llamado Antonio de Noli, cuyo es el nombre que aún llevan"...

¿Por qué no en castellano?

Es claro. Todavía en ese tiempo—el cual sólo fué de ini-

ciaciones y tanteos en el propósito que incesantemente lo obsedía—el obscuro navegante de la genial aventura no tenía motivos mesológicos que lo indujeron a disimular y callar su origen extranjero, como los tuvo luego y apenas la soñada y entrevista Atlántida le salió al paso como para galardonar su perseverancia y su ensueño.

Éste es el cuarto: Ignorábase hasta ahora cuál fuese la carta marítima de que se sirviera el futuro descubridor de un nuevo mundo, ni sospechado ni previsto, cuando se aventuró a penetrar en el misterio del mar tenebroso.

Nada se sabía, tampoco, acerca de la génesis de sus ideas científicas en relación con la Tierra. Henry Vignaud—a quien cita exprofeso el señor C. de la Ronciere—en más de medio siglo consagrado por él al estudio de la vida del héroe, había llegado, en sus últimos años, a esta convicción concluyente: "Jamás dijo Colón una sola palabra cierta respecto de lo que personalmente le concernía."

La afirmación es categórica.

Por eso, sin duda, se formó en torno suyo una atmósfera de leyenda. Se ha hecho notar, y no de ahora, que nunca ha habido a la mano un documento, fehaciente, para orientar a la crítica histórica en sus disquisiciones y sus búsquedas relativas a los conocimientos que Colón poseía, a las ideas que tenía formadas y al verdadero objetivo de su viaje a través de lo desconocido.

Había un documento precioso, sin embargo.

Existía tal documento—el mapa colombino—y ahora ha surgido de un rimero de papeles impresos y manuscritos. Esa carta marítima, trazada e ilustrada por uno u otro hermano, o acaso por ambos cartógrafos y navegantes, evoca el espíritu de Colón y ofrece un sumario de sus conocimientos y de sus ideas, como cosmógrafo, y hasta pone a buena luz el objetivo de su osada excursión sobre la ignorada ruta del Océano.

"El mapa recién hallado—escribe el bibliotecario a la Academia de Inscripciones y Bellas Letras—nos permite afirmar que los conocimientos cosmográficos de Cristóbal Colón eran mediocres." Pero no eran de mayor altura los del Consejo salmantino que lo tuvo por demente.

En cuanto al objeto de su afanoso empeño, mantenido a ultranza y sin desmayo, el comunicante expone: "Antilla, o la isla de las siete ciudades, indicada en el mapa casi con los mismos términos que usa en sus memorias, era el objetivo secreto de su viaje."

Antilla era la isla misteriosa y legendaria, la fabulosa isla de las arenas de oro, que había de darle su lírico nombre al maravilloso archipiélago colombino del Caribe: las Antillas!

El mapa recientemente hallado en la Biblioteca Nacional de París por su director, el historiógrafo señor de la Ronciere, expone y ofrece a quien lo estudie los siguientes datos:

1º Esa carta marítima fué trazada e ilustrada, en el cuatrienio de 1488 a 1492, por el mismo Cristóbal Colón, o por su hermano Bartolomé bajo el dictado y las indicaciones del futuro Descubridor de América. Las inscripciones que la ilustran le dan la autenticidad de un autógrafo.

2º Las inscripciones principales reproducen, textualmente, varias frases escritas por Colón en documentos posteriores, conocidos, y al margen del *Imago Mundi* que se conserva en la Biblioteca Colombina de Sevilla.

3º El autor del mapa complacíase en el idioma itálico y en la "viviente" descripción de la ciudad de Génova, cual nativo de la península, y, en sendas inscripciones, alude a dos marinos genoveses como a gente de casa: a Antonio de Noli, el que tropezó en su ruta con las islas denominadas de Cavo-verde—así, en italiano, las evoca—y al navegante audaz que pretendía haber ido hasta cien leguas más allá de la última Tule de Tolomeo.

4º El mapa colombino ha puesto de manifiesto los conocimientos cosmográficos que poseía, de relativa escasa monta, el futuro nauta perilustre. También induce a pensar, y aun a creer, que el objetivo concreto e inmediato de su aventurada excursión oceánica fué la fabulosa y codiciada Antilla.

Era su mapa. Era su carta marítima y le sirvió de norma para lanzarse a lo ignoto en su primer viaje de descubrimientos. Ese mapa suyo fué como el índice categórico del héroe—promisor y clarividente—a cuyo conjuro se deshizo el velo de brumas y de nieblas que hasta el 12 de octubre de 1492 ocultara al Nuevo Mundo.

*

Deténgome ahora, de buen grado, sin que ello sea con desdén o mengua de los otros, en uno de los cuatro tópicos relevados del mapa colombino por el culto bibliotecario y revelados por él mismo a la Academia Francesa de Inscripciones y Bellas Letras. Deténgome especialmente en el antes indicado como tercero en el orden de su enunciación y me apoyo en el primero por la relación estrecha que entre ellos existe.

El tercero se refiere a la nacionalidad genovesa, o italiana, de quien hizo el planisferio; y como—según lo afirma y comprueba el caballero de la Ronciere y se establece en el primero de los puntos enunciados—el mapa fué dibujado e ilustrado por el futuro gran navegante, o por Bartolomé, su hermano, bajo la dirección y siguiendo sin duda las inducciones cosmográficas de aquel visionario, ese mapa colombino ha venido a reforzar la vieja tesis, generalmente admitida, con la cual se le atribuye al esclarecido completador del globo terrestre el gentilicio genovés como nativo de la Liguria.

Empero, los datos ofrecidos por el inconcluso planisferio colombino, ponderados con serena crítica por el sabio historiógrafo y bibliotecario a quien se le debe su hallazgo, sólo concurren a demostrar las dos afirmaciones siguientes: *a)* el mapa es obra indirecta o directamente hecha por Cristóbal Colón; *b)* el autor de esa carta marítima conocía a Génova, como vecino de esa ciudad del golfo, y poseía el idioma italiano como suyo. Pero nada prueba—ni lo uno ni lo otro; ni ambos hechos en concurrencia—que el navegante insigne, cuyo es el mapa y a quien se le atribuye un cabal conocimiento de Génova y de la lengua italiana, fuese nativo u oriundo de la bella ciudad porteña o de cualquiera de las villas que alegran las costas de la Liguria.

A ese respecto nada concluyente y definitivo nos ha traído en sus ilustraciones el plano colombino. Las cosas permanecen dónde y cómo estaban. Que Colón conocía a Génova y hablaba de ella como un vecino de la misma y que poseía el italiano y se complacía en evocarlo como si fuese su propio idioma, aunque sirva para destruir una de las bases de la tesis gallega de su origen pontevedrés, formulada en 1898 por Celso García de la Riega, nunca será suficiente para deducir, y menos para probar, lógicamente, cuál sea el país en donde vino a la vida y cuál la ciudad o villa o aldea en

donde hubo su cuna aquel visionario y peregrino ¡el miserando! que no le daría su nombre egregio al Continente de las maravillas de la naturaleza, evocado en su noche triste del once de octubre, sino a las tres épocas—la precolombina, la colombina y la postcolombina—de la historia y la epopeya americanas.

II

En acabando de escribir cuanto dejo escrito en los párrafos que anteceden, por asociación de ideas, héme dado de nuevo a la lectura del interesante estudio que en el año 1918 produjo el Dr. Rómulo D. Carbia, Profesor de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, acerca del origen gentilicio del Descubridor de América.

Ese trabajo corre inserto, bajo el título de *Origen y Patria de C. Colón,* en el volumen de la *Revista Universitaria* correspondiente a los dos últimos meses de ese mismo año.

El análisis crítico del historiógrafo argentino, muy bien documentado, se desenvuelve en 48 páginas, con anotaciones al pie, y comprende los siguientes motivos: "Estado de la cuestión". "Alegato italiano". "Alegato español". Ese último se subdivide en: *a)* los documentos pontevedreses; *b)* el castellano de Colón; *c)* los nombres gallegos de las Antillas; *d)* el verdadero linaje del Descubridor; *e)* el enigma del origen de Colón y la declaración de su hijo Fernando.

Ilústranlo, además, treinta fotograbados de cartas y documentos destinados a comprobar la una o la otra hipótesis: el origen genovés o el origen gallego del héroe. Son 21 facsímiles tomados de la *Raccolta Colombiana,* edición oficial italiana de 1892, hecha en ocasión del Cuarto Centenario de América; y 9 de los 13 producidos por Celso García de la Riega en su libro *Colón, español: su origen y patria,* edición del año 1914.

El estudio de ambas hipótesis, o teorías, y el examen comparativo de aquellos facsímiles—o sea la crítica de sus fuentes históricas—ha llevado al culto profesor e historiógrafo rioplatense a conclusiones negativas en lo que atañe a la una y a la otra tesis.

Para refutar victoriosamente la segunda—aun más inane e insegura que la primera—con la cual se ha pretendido convertir

en gallego y judío al católico marino y servidor de la Reina Católica Doña Isabel Primera de Castilla, contó el crítico bonaerense con el concurso, decisivo para el caso, que le dieron tres publicaciones de dos institutos de España.

Éstas: la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* y el libro *Orígenes de la dominación española en América,* ediciones de Madrid, y el *Boletín de la Real Academia Gallega,* edición de Santiago de Galicia, en las cuales y sin previo acuerdo dos paleógrafos distinguidos, españoles ambos, descalificaron los trece flamantes documentos galaicos, traídos a cuento por el ingenuo husmeador de la pista colombina, denunciándolos como apócrifos y poniendo de manifiesto las adulteraciones realizadas en ellos de tal modo que en algunos "se hallaron señales de anilina".

El testimonio de ambos honestos paleógrafos, Don Manuel Serrano y Sanz y don Eladio Oviedo y Arce, es, para el caso concreto del análisis paleográfico hecho por ambos paleógrafos españoles, concluyente y decisivo.

Lo son, también, las conclusiones con las cuales el Dr. Rómulo D. Carbia, historiógrafo y profesor de la Universidad de Buenos Aires, cierra su interesante estudio crítico. El dominio de la materia las abona; la imparcialidad las inspira; la lógica las pone a salvo de argumentos y sofismas.

Son dos grupos. En el uno se reúnen las generales; en el otro, las particulares. Ambos constituyen la sístesis de ese documento de estudio. Cópiolas, en seguida, como la mejor manera, la más útil y digna, de ponerles punto a estas líneas suscitadas por el examen del mapa de Colón y por la lectura de la comunicación hecha a la Academia de Inscripciones por el docto bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Francia.

Las particulares son éstas:

1ª *La Raccolta* atribuye a Doménico Colombo, padre de Cristobal, muchos documentos que, bien estudiados, resultan ajenos a su persona.

2ª La fecha del nacimiento de Colón debe considerarse bien fijada, como lo ha hecho Vignaud, en 1451.

3ª Colón no dominó el idioma castellano y los escritos que pasan por suyos resultan, en su actual forma literaria, obra de sus secretarios y amanuenses.

4ª Los únicos autógrafos indubitables de Colón son las notas marginales a algunos libros que le pertenecieron, los cuales revelan que ni conocía a fondo el léxico castellano, ni le era familiar la gramática del mismo.

Éstas son las generales:

1ª Con los elementos de información que actualmente poseemos, no es posible admitir, de manera definitiva y categórica, que Cristóbal Colón nació en Italia. Todo lo que se sabe de cierto, a este respecto, deriva de la propia declaración del interesado y de algunas informaciones de los historiadores sincrónicos al Descubrimiento.

2ª *La Raccolta* no inserta ningún documento que pruebe el origen itálico del Descubridor o que aclare el enigma de su niñez. En consecuencia, actualmente, no se sabe nada concreto en lo que a esto se refiere.

3ª La hipótesis del nacimiento de Colón en España, que se dice fundada en documentos, carece de seriedad: *a)* porque los documentos a que se alude son apócrifos, con excepción de uno que no tiene valor probatorio; *b)* porque se apoya en supuestos equivocados; *c)* porque sus sostenedores no han demostrado mayor ponderación crítica.

4ª En términos generales: todo lo relativo al origen y a la patria de Colón se encuentra en el mismo estado en que lo dejó Humboldt, en el primer tercio del siglo XIX.

Esas conclusiones constituyen la última palabra de la crítica, en todo lo referente al solar nativo, aún desconocido, de aquel caminante y peregrino a quien pudo verse un día atravesar los campos onubenses, bañados por las aguas del Odiel, para detenerse con su hijo, como huésped agradecido y bienhallado, en el hospitalario monasterio de la Rábida; pero no es, en modo alguno, la palabra definitiva de la historia en lo que importa a la acabada biografía del egregio Descubridor del Nuevo Mundo.

Todavía subsiste el enigma en cuanto al origen y la patria del héroe...

FED. HENRÍQUEZ I CARVAJAL.

Santo Domingo, agosto de 1924.

OLAVO BILAC (*)

"NO es el poeta de América", aseguró, refiriéndose a Rubén Darío, en el prólogo que escribió para *Prosas Profanas,* el crítico uruguayo José Enrique Rodó.

En su época ningún poeta de España ni de la América latina fué más digno del título de representante genuino de la lírica castellana que el autor de *Cantos de vida y esperanza.* Pero no fué poeta americano, a pesar de ser el primer poeta de América, así como Heredia y Augusto de Armas, que nacieron en Cuba, fueron tan sólo poetas franceses. El cosmopolitismo de Rubén Darío hizo que el más grande poeta de América no fuera "el poeta de América".

Chocano, gran poeta, pero inferior a Darío, pudo aspirar con mejor derecho que el centroamericano a ostentar el título de poeta de América, que en justicia corresponde a Olavo Bilac, exquisito cantor brasilero, muerto antes de arribar a las orillas de la vejez y que hizo en el poco tiempo que vivió una hermosa labor literaria.

Esa copiosa y exquisita labor es casi del todo ignorada en el Continente. A ello ha contribuído, por un lado, el aislamiento en que viven nuestros países, tanto en lo político como en lo intelectual, y por otro, el desconocimiento para el resto de América del idioma en que Bilac escribió.

A haberse producido en castellano y no en portugués el autor de *O caçador de esmeraldas* habría alcanzado en nuestra América igual renombre que el logrado por Rubén Darío, Nervo y Casal.

En su país todos los críticos.—José Veríssimo uno de éllos—,

(*) Fragmento de un libro en preparación que contendrá una serie de trabajos de crítica impresionista referentes a poetas europeos y americanos.

consideran a Bilac el primer poeta del Brasil y la crítica europea, algo rebelde siempre a juzgar con espíritu de justicia nuestras más legítimas glorias, ha tenido elogios entusiásticos al estudiar la labor poética de Olavo Bilac. Y no sólo la crítica europea y la del Brasil han aplaudido sus versos, sino que también la norteamericana, ahora empeñada en el estudio de las literaturas castellana y latinoamericana, se ocupa con entusiasmo en la obra artística del trovador sureño.

El Doctor Isaac Goldberg ha publicado hace poco en su país un interesante libro intitulado *Brazilian Literature* donde pone de manifiesto toda la riqueza intelectual de aquel vasto país, que lo mismo atesora fabulosas esmeraldas que poetas exquisitos.

El Doctor Goldberg atribuye a la mezcla de las sangres portuguesa, india y africana la melancolía que informa el alma del brasilero y el verso de sus poetas.

No es larga la lista de los literatos que estudia en su obra el Doctor Goldberg, siendo uno de los que han merecido el honor de su crítica, Olavo Bilac.

El *World* de New York, en su sección bibliográfica, dice así acerca de *Brazilian Literature:*

In all, Dr. Goldberg discovers but eight names worthy of chapters by themselves viz, Castro Alves, a poet with a minute garland of vers; Joaquín María Machado de Asis, a novelist of some standing; José Veríssimo, critic and essayist; Olavo Bilac, poet; Euclydes da Cunha, novelist whose *Os Sartoes,* Dr. Goldberg declares "stands alone in the nation's literature"; it is a book of the people; Manoel de Oliveira Lima, man of letters; Graça Aranha, novelist of considerable power; Coelho Netto a writter of voluptuous tales; Francisca Julia, poetess; Monteiro Lobato who writes to rouse the national spirit in tale and essay.

Como se ve, sólo de tres poetas brasileros se ocupa en su libro el ilustre crítico norteamericano, siendo uno de ellos el autor de *Via Lactea* y *As viagens.*

En nuestro ligero estudio acerca de Graça Aranha, publicado hace tiempo en Cuba Contemporánea, observamos ya, que el Brasil era uno de los países de Suramérica en donde la literatura ha alcanzado un desarrollo más amplio. Y eso que en aquella época no estábamos aún familiarizados con su literatura y

sólo habíamos leído a Fontoura Xavier, Guimaraes y Graça Aranha.

A medida que hemos ido conociendo a sus artistas más preclaros, comprobamos que no nos habíamos equivocado cuando emitimos ese juicio.

Cuenta el Brasil con una pléyades de escritores muy notables, que, como José Veríssimo, Oliveiro Lima, Affonso Arinos, Amadeu Amaral, Alencar, Clovis Bevilagua, Coelho Netto, Veiga Lima, Graça Aranha y Olavo Bilac, han rejuvenecido el idioma portugués, a primera vista duro para el que no está acostumbrado a escucharlo y por tanto no percibe sus cadencias, pero tierno como pocos y como pocos sugeridor de esos estados de alma que apenas si logran traducir con vocablos otros idiomas, aun aquellos más ricos que el de Camoëns y Eça de Queiroz, pero que acaso no interpretan de modo tan fiel como el portugués los medios tintes *(nuances)* de un crepúsculo que se inicia y la melancolía vaga que se apodera de las almas atormentadas por la obsesión de lo Bello.

Sirve el portugués a maravilla para traducir matices suaves y sentimientos tiernos. Su misma rudeza superficial se presta para que determinados pensamientos, por contraste, resalten en el fondo obscuro sobre el cual se recortan, destacando así mejor sus perfiles luminosos.

Recitados en alta voz los versos de Olavo Bilac, melancólicos tanto por el ritmo que los mece en su hamaca de melodías como por el espíritu que los alienta, nos parece escuchar murmullos de hojas secas que el viento arremolina, aullidos del huracán desencandenado sobre el acantilado que el mar golpea en la negra noche, y pasos de fantasmas que recorren las ruinas de ciudades que fueron. Alguna que otra vez nuestros ojos absortos creen percibir la imagen de la belleza cándida que persiguió en sus sueños el artista.

Los poetas del Brasil son quizás los de personalidad artística más acentuada de América. Aun cuando son influídos por las corrientes de otras literaturas en boga, no se despojan de su individualismo para vestir a sus musas con los trajes lentejuelados que cortaron los modistos de Londres y París, y fuera de aquellos momentos en que son *bizarros,* por ese sentimiento de cosmopolitismo que a todos nos ha atacado alguna que otra

vez, ocultan a poco los ricos y exóticos trajes en el guardarropía y hacen que la musa que los inspira aparezca en el esplendor de su desnudez casta o cubra sus formas venusinas con el peplo de las vírgenes griegas. Olavo Bilac es un poeta personal y por eso su verso rara vez influído por el exotismo canta con frecuencia las epopeyas de la conquista, pinta los paisajes del Amazonas y exalta las virtudes de los aborígenes del Continente y de los colonizadores. La fusión completa de dos razas vigorosas ha producido al brasilero actual, *especímen* digno de observación atenta por las virtudes que lo integran.

Su pesimismo no puede parangonarse con el de Leopardi, aunque sí se da la mano con el de Stechetti. No llega hasta el primero, gracias al culto que profesa a la naturaleza, por lo que resulta menos desolado su jardín que el del genial bardo latino que sólo cultivó las amargas retamas del hastío.

Panteísta convencido, no podía ser Olavo Bilac un cantor escéptico en la verdadera acepción del vocablo, y su pesimismo, nacido del choque de la realidad que se gozara en martirizarlo, ya en lo moral, ya en lo físico, no llevó a la retorta en que elaboró su verso, el veneno sutil que mezclaron con su ambrosía otros poetas atormentados por la vida.

El símil, aunque manoseado, bastante exacto, de la abeja que de las flores venenosas extrae el líquido con que fabrica la miel áurea, puede aplicarse a este cantor que casi siempre pudo ocultar las angustias de su gran alma de vencido. Sólo en ocasiones y a impulsos del vendaval se encrespó rugiente la superficie del mar de su existencia.

Quizás la influencia celta origine esta mansedumbre de los poetas de Portugal, Galicia y Brasil, en los que el dolor, por agudo que sea, no irrita y perturba a sus trovadores al grado que a los poetas de otras razas.

La impotencia, la desilusión, el desengaño, el pesar, fundidos en el crisol de estas almas, cristaliza, no en un escepticismo sombrío y tétrico, sino en una ironía sutil y perfumada. Antero de Quental y Olavo Bilac (portugueses) y Curros Enríquez (gallego) fueron grandes poetas atormentados y sin embargo más irónicos que blasfemos.

*

Olavo Bilac cantó a los indios de América impulsado por influencias atávicas o debido a la ley de las afinidades electivas que lo llevó a simpatizar con ellos.

En su poema *A morte do Tapir* dice refiriéndose a un cacique:

E Tapir caminhava... Ante elle agora um rio
Corria; e a agua tambem, ao crebo murmurio
Da corrente, a rolar, gemia anciosa e clara:
—"Tapir! Tapir! Tapir! Que é da veloz igara,
Que é dos remos dos teus? Não mais as rêdes finas
Vêm na pesca sondar-me as aguas crystallinas...
Ai! não mais beijarei os corpos luxuriantes,
Os curvos seios nús, as formas palpitantes
Das morenas gentis de tua tribu exctinta!
Não mais! Depois dos teus de bronzea pelle tinta
Com os succos do urucú, de pelle branca vieram
Outros, que a ti e aos teus nas selvas succederam...
Ai! Tapir! ai! Tapir! A tua raça é morta!

¡Cómo vibra en estos versos la tristeza de toda una raza cuando su último guerrero vió en el negror de la noche, a lo lejos, blanqueando junto al valle los campamentos del invasor! No había ya esperanza para los aborígenes sencillos.

En la colección de sonetos *As viagens,* pinta el país del ensueño a donde llega el conquistador, así:

Bella, verás surgir, da agua azul que a retrata,
Cathay, a cujos pés o mar em flôr rebenta;
E Cypango verás, fabulosa e opulenta,
Apunhalando o céo com as torres de ouro e prata.

Y en *O Caçador de esmeraldas,* su más renombrado poema, hablando de los invasores que esclavizaron a la raza primitiva, nos los pinta así:

Mais numerosa, mais audaz, de dia em dia,
Engrossava a invasão. Como a enchente bravia
Que sobre as terras, palmo a palmo, abre o lençol
Da agua devastadora,—os brancos avançavam:
E os teus filhos de bronze ante elles recuavam,
Como a sombra recúa ante a invasão do sol.

El héroe de estos versos, el cazador de esmeraldas, Fernando Dias Paes Leme, conquistador valeroso de los vírgenes bosques brasileros, arranca a la lira del poeta estrofas vibrantes en que aparece el capitán osado en toda su grandeza épica:

Foi en março, ao findar das chuvas, quasí a entrada
Do outono, quando a terra, em sêde requeimada,
Bebêra longamente as aguas da stação,
—Que, em bandeira, buscando esmeraldas e prata,
A frente dos peões filhos da rude matta,
Fernão Dias Paes Leme entrou pelo sertão.

Y pide a la tierra árida en donde a cada paso hay un peligro para los que cruzan aquellos desiertos: los buscadores de esmeraldas, que han venido desde las aldeas europeas en pos de la riqueza, que premie sus afanes y antes de que mueran les permita ver las piedras preciosas que guarda avara en su regazo.

Mientras los aventureros avanzan cautelosos desafiando los peligros, después de haber sacrificado todos sus afectos en aras de aquel tesoro de que les hablaron los que llegaban a Europa, de las Indias, escuchan de pronto el silbido de una flecha que no se sabe de dónde viene.

Agora, o aspero morro, os caminhos fragosos...
Leve, de quando em quando, entre os troncos nodosos
Passa um plumeo cocar, como uma ave que voa...
Una frecha, subtil, silva e zarguncha... É a guerra!
São os indios! Retumba o echo da bruta serra
Ao tropel... E o estridor da batalha revôa.

Que importa o desamparo en medio do deserto,
E essa vida sem lar, e esse vaguear incerto
De terror em terror, lutando braço a braço
Con a inclemeucia do ceo e a dureza da sorte?
Serra bruta! dar-lhes has antes de dar-lhe a morte,
As pedras de Cortez que escondes no regaço!

Al cabo de muchos días de vagar por los pantanos pestilentes, por las serranías y las cañadas en busca de las esmeraldas fantásticas, cuando los aventureros se encuentran próximos al

lugar en que piensan hallar un premio a tantas fatigas robando a la tierra las piedras preciosas que los hizo atravesar el Océano y los desiertos, dejando atrás, patria y familia, el jefe Fernando Dias Paes Leme, siente que la fiebre, que en aquellos parajes es mortal como la picadura de los reptiles, de él se apodera.

Mas num desvão da matta, uma tarde, ao sol posto,
Para. Un frio livor se lhe espalha no rosto...
É a febre! O Vencedor não passará d'alli!
Na terra que venceu ha-de cahir vencido:
É a febre: é a morte! E o Heróe, tropego e envelhecido,
Roto, e sem forças cáe junto do Guaycuhy...

Y la naturaleza toda que contempla la caída del valeroso aventurero llora su muerte.

Fernando Dias Paes Leme agoniza. Um lamento
Chora longo, a rolar na longa voz do vento.
Mugem soturnamente as aguas. O ceo arde.
Trasmonta fulvo o sol. É a natureza assiste,
Na mesma solidão e na mesma hora triste,
A agonia do heróe e á agonia da tarde.

El héroe empieza en su terrible agonía a delirar y cree ver el tesoro que tanto buscó en varios años de terrible lucha contra los indios y los elementos de la naturaleza hostil.

¡Terrible delirio el del aventurero osado que muere, ya cercano a realizar sus sueños! ¡Inanidad del esfuerzo humano, lo mismo cuando busca esmeraldas, que cuando persigue la libélula de la felicidad!

Ah! misero demente! o teu thesouro é falso!
Tu caminhaste em vão, por sete annos, no encalço
De una nuvem falaz, de un sonho malfazejo!
Enganou-te a ambição! mais pobre que um mendigo,
Agonizas, sem luz, sem amor, sem amigo,
Sem ter quem te conceda a extrema-uncçao de un beijo.

Olavo Bilac para borrar la impresión de tristeza que produce el relato de la inutilidad de todos aquellos sacrificios realizados por el que a la vez que buscaba, avaro, tesoros, al mismo tiempo poblaba los bosques y trazaba los planos de las futuras ciudades,

termina el poema con unas estrofas consoladoras, impregnadas de santa piedad, que como un bálsamo maravilloso sana las heridas que abrió en nuestro espíritu la historia de aquella vigorosa existencia sacrificada, al parecer, en aras de un sueño irrealizable, y confiando en que toda semilla arrojada al surco germina, canta así en su verso lleno de fe profética, de optimismo sano:

Morre! tu viverás nas estradas que abriste!
Teu nome rolará no largo choro triste
Da agua do Guaycuhy... Morre, Conquistador!
Viverás quando, feito em seiva o sangue aos ares
Subires, e nutrindo uma arvore, cantares
Numa ramada verde entre um ninho e una flôr!

Tu cantarás na voz dos sinos nas charrúas
No esto da multidão, no tumultuar das ruas,
No clamor do trabalho e nos hymnos da paz
E, subjugando o olvido, atravez das idades,
Violador de sertões, plantador das cidades,
¡Dentro do coração da patria viverás!

*

A lo largo de toda la obra poética de Olavo Bilac puede observarse cómo lo anima la creencia en otra vida mejor. Y cuando la realidad terrible lo lapida y el desencanto hace sangrar sus plantas de peregrino que deambula por los caldeados arenales del Sahara, clava la vista a lo lejos, y finge advertir más allá del Estigia, las riberas del país donde en primavera perpetua de amor y luz, florecen las rosas, y los ruiseñores, en celo con los arroyos cantarinos, pueblan el aire de melodías.

Algunas veces, como en *No liminar da morte,* que hace pensar por la factura en Gabriel D'Annunzio, lanza en el último verso del soneto este grito ingenuo e irrefrenable del que ve transformarse su pavor de toda la vida en alegre serenidad, al advertir que al concluir la existencia cesan las angustias que nos atormentaron por largos años y comienza el reposo absoluto, cuando no una vida tranquila como la corriente de un río de caudal escaso:

Vem! que emfim gozarás entre meus braços
Toda a volupia, todos os encantos,
Toda a delicia do repouso eterno!

En *Fogo fatuo,* al ver blanquear sus cabellos pide a Dios que le conceda calma y ponga en su espíritu de hombre y de artista, una gota del bálsamo santo que consuela y restaña las grandes heridas, dice así:

Cabellos brancos! dae-me, emfim, a calma
A esta tortura de homen e de artista:
Desdem pelo que encerra a minha palma,
E ambição pelo mais que não exista.

Esta febre, que o espiritu me encalma
E logo me enregela; esta conquista
Da idéas, ao nascer, morrendo na alma,
De mundos, ao raiar, murchando á vista.

Esta melancolía sem remedio,
Saudade sem razón, louca esperanza
Ardendo em choros e findando em tedio;

Esta anciedade absurda, esta corrida
Para fugir o que meu sonho alcança,
Para querer o que não ha na vida!

Verdad que el soneto es de un tono pesimista. Confiesa lo inútil del bregar y está saturado de la más agresiva tristeza, nacida de la *Saudade sin razón* que no es más en suma que el *tedium vitæ* y el *mal del siglo* y al cual, por más esfuerzos que hizo, no consiguió sustraerse del todo el poeta de *Tarde,* libro último que publicara y en el que se inserta el anterior soneto.

El tedio de todo lo conocido, el hastío supremo, hizo pedir al más egoísta de los poetas latinos actuales, no hallando goces capaces que lo hicieran vibrar, un nuevo sentido, y en Olavo Bilac ese mismo tedio polariza haciéndolo solicitar de la vejez que se acerca, no un nuevo sentido con que gozar los encantos de la voluptuosidad, sino la calma indispensable para soportar esa melancolía incurable, y la nostalgia inmotivada y el vano anhelar, que al cristalizar se convirtieron para él en amargo llanto y en insufrible tormento.

Y ya que por dos veces hemos citado a D'Annunzio, es oportuno afirmar que si por lo que respecta a la piedad estas dos almas no se asemejan, guardan entre sí un gran parecido en lo que

al arte respecta, por su culto ferviente a la forma y por su amor apasionado a la belleza de las imágenes. *Primavera* es un soneto que tanto por su asunto como por lo impecable de la forma hace pensar en el cantor de Venecia.

Ah! quem nos déra que isto, como outr'ora,
Inda nos commovesse! Ah! quem nos déra
Que inda juntos pudessemos agora
Ver o desabrochar da primavera!

Sahiamos com os passaros e a aurora,
E no chão, sobre os troncos cheios de hera,
Sentavas-te sorrindo, de hora em hora:
"—Beijemo-nos! amemo-nos! espera!

E esse corpo de rosa rescendía,
E aos meus beijos de fogo palpitava,
Alquebrado de amor e de cançaço...

A alma da terra gorgeiava e ría...
Nascía a primavera.... E eu te levava
Primavera de carne, pelo braço!

Sostenemos que el pesimismo como credo filosófico no informa su labor de poeta. Y así es en verdad. Huyó del dolor y se refugió en la Tebaida y allí, en el recogimiento de la celda, hizo versos melancólicos y tiernos, rehuyendo siempre la tentación de hablar de los lobos hambrientos que al asaltarlo en la estepa nevada lo obligaron a enclaustrarse. Por eso hemos dicho que no fué un poeta pesimista aunque en alguna ocasión, asediado por las fieras hambrientas que desgarraron su piel, haya proferido en medio de la noche de su existencia lamentos como éstos:

Tem receio de tudo! O céo puro e azulado,
A herva, o fructo maduro, o sol, o ambiente mudo,
Tudo aqui é mortal... Tem receio de tudo!...
E é porque eu sou assim que o mundo me repelle
E é por isso tambem que eu nada quero d' elle!

que guardan parecido con los ayes tristísimos que profirió tan a menudo en su breve paso por la vida el inmortal Leopardi.

Moderno, casi modernista, hizo Olavo Bilac versos como éstos:

Raio de sol dourando a sphera
Entre as neblinas d' este inverno,
E nas regiões do gelo eterno
Fazendo rir a primavera!

Lyrio de petalas formosas,
Erguendo á luz o niveo seio,
Entre estes cardos, e no meio
D' estas euphorbias venenosas!

Los juegos de luz y sombra de estos versos reflejan el estado del alma de su autor, de la que fluía la tristeza oculta, como fluye de una jarra de cristal, por herida invisible, el líquido que contiene. De este modo es como se manifestó su dolor casi siempre. En las estrofas transcriptas, por lo que a la técnica se contrae, hay algunas pinceladas que nos hablan de Baudelaire.

En *Rio Abaixo,* hay versos tan modernos como los que siguen:

Vivo ha pouco, de purpura sangrento
Desmaia agora o ocaso. A noite apaga
A derradeira luz do firmamento...
Rola o rio, a tremer, de vaga em vaga.

Y en *Rios e pantanos* hay un terceto que parece de Rollinat o del propio Baudelaire:

Só apresenta pantanos medonhos,
Onde, os longos sudarios arrastando,
Passa da peste a legião sombria.

Esta estrofa, fácil y sencilla. recuerda a Salvador Rueda:

E, de entre as rendas e o arminho,
Saltan seus seios rosados,
Como de dentro de un ninho
Dois passaros assustados.

En su libro *Tarde* encontramos un hermoso soneto que intituló *Os amores da aranha,* donde pinta con vivos colores el

criminal amor de la hembra que no bien ha gozado la voluptuosidad suprema, asesina a su amante.

Com o veludo do ventre a palpitar hirsuto
E os oito olhos de braza ardendo em febre estranha,
Vede-a; chega ao portal do intrincado reducto,
E na gloria nupcial do sol se aquece e banha.

Moscas! podeis revoar, sem medo a sua sanha:
Molle e tonta de amor pendente o palpo astuto.
E recolhido o anzuol da mandibula, a aranha
Anciosa espera e attrae o amante de un minuto.

E eil-o corre, eil-o acode a festa e á morte. Um hymno
Curto e louco, um momento, abala e inflama o fausto
Do aranhol de ouro e seda... E o aguilhão assassino,

Da esposa satisfeita abate o noivo exausto,
Que cae, sentindo a un tempo—invejavel destino—
A tortura do espasmo e o gozo do holocausto!

El cantor de los humildes: Mauricio Maeterlinck, que también ha cantado *el reino de las abejas* y *la inteligencia de las flores*, acaso no haya estudiado la vida de los seres inferiores de la creación con más profundo amor que el que puso Olavo Bilac al observar las nupcias de las arañas.

*

Si el pesimismo, no obstante lo que sufrió el poeta, no aparece en sus versos sino alguna que otra vez, como *Leit-motiv*, constante, la obsesión que predomina, la nota que vibra de un modo intenso a través de toda su lírica, en unas ocasiones velada, y en otras, sin ropajes, es la del sensualismo. Aquí es donde su personalidad se muestra en todo su vigor y en donde su estrofa escala las más altas cumbres en persecución infatigable de la ninfas desnudas que huyendo del Centauro abandonaron el llano y treparon a las montañas bañadas por los rayos de plata de la luna.

Su existencia atormentada como un río impetuoso que halla de improviso un obstáculo en su carrera, no pudiendo abatirlo, torció su cauce primitivo y siguió su curso por el nuevo canal. Las aguas fueron ahondando hasta formar un nuevo lecho por

donde corrió tranquilo el caudal poderoso de la voluptuosidad del cantor brasilero.

En *Remorso,* escrito al comenzar el crepúsculo de su juventud, se arrepiente del tiempo que perdió, bien por virtud sincera o simulada.

Versos e amores suffoquei calando
Sem os gozar numa explosão sincera...
Ah! mais cen vidas! con que ardor quizera
Mais viver, mais penar e amar cantando.

Sinto o que esperdicei na juventude;
Choro, neste começo de velhice,
Martyr da hypocresia ou da virtude,

Os beijos que não tive por tolice,
Por timidez o que soffrer não pude,
E por pudor os versos que não disse.

El remordimiento que aquí se observa es el de quien al finalizar su juventud, y acaso sintiendo ya cerca la muerte, recuerda los besos que soñó dar en una boca de mujer linda, lo que no hizo por castidad real o simulada.

Ahora, al cabo de muchos años se arrepiente, pero ya tarde de no haber sabido embriagarse con el vino del amor epicúreo.

El soneto XVII de *Via Lactea,* dice así:

Por estas noites frias e brumosas
E que melhor se pode amar, querida!
Nem uma estrella pallida, perdida
Entre a nevoa, abre as palpebras medrosas...

Mas um perfume calido de rosas
Corre a face da terra adormecida...
E a nevoa cresce, e, em grupos repartida,
Enche os ares de sombras vaporosas;

Sombras errantes, corpos nús, ardentes
Carnes lascivas... um rumor vibrante
De attritos longos e de beijos quentes...

E os céos se estendem, palpitando, cheios
Da tepida brancura fulgurante
De um turbilhão da braços o de seios.

El cuadro pintado es por el estilo de los que gozaba en crear el genio de Espronceda.

La mujer que forja en sus ensueños duerme y al verla sobre el tálamo, le dice en otro soneto:

...Que rumor enleva
As estrellas, que no alto a Norte leva
Presas, luzindo, á tunica estendida?

São meus versos! Palpita a minha vida
Nelles, phalenas que a saudade eleva
De meu seio, a que vão, rompendo a treva
Encher teus sonhos, pomba adormecida.

Dormes, com os seios nús, no travesseiro
Solto o cabello negro... e eil-os, correndo,
Doudejantes, subtis, teu corpo inteiro...

Beijam-te a boca tepida e macia,
Sobem, descem, teu halito sorvendo
Porque surge tão cedo a luz do dia?

Y como Romeo en la noche de sus amores con Julieta, quisiera que el sol tardara en salir.

Á la misma amada, o a otra, le dice en estos tercetos del soneto XXXV de *Via Lactea:*

Porque teu nome é para mim o nome
De una patria distante e idolatrada
Cuja saudade ardente me consome:

E ouvil-o é ver a eterna primavera,
E a eterna luz da terra abençoada,
Onde, entre flores, teu amor me espera.

En *Na thebaida,* las visiones de San Antonio lo asaltan y escribe estos versos:

Beija mais, que o teu beijo me incendeia!
Aperta os braços mais! que eu tenha a morte
Preso nos laços de prisão tan doce!

Aperta os braços mais, fragil cadeia
Que tanta força tem não sendo forte,
E prende mais que se de ferro fosse!

La flor más roja del jardín en que nos encontramos ahora, es ésta:

Queiro-te inteiramente
Núa! quero tremente
Cingir de beijos tuas roseas pomas,
Cobrir teu corpo ardente
E na agua transparente
Guadar teus vivos, sensuaes aromas!

Y la estrofa de un gran poeta americano a quien la gloria no ha coronado porque su rebeldía no le permite aceptar esa corona que la inmortalidad le concederá mañana: Salvador Díaz Mirón, viene volando, por entre las rosas rojas de este jardín y como si fuera un ruiseñor se posa en uno de los rosales y rompe a cantar:

Yo quisiera ser agua y que en mis olas,
Que en mis olas vinieras a bañarte,
Para poder como lo sueño a solas
A un mismo tiempo por doquier besarte.

*

Aunque no mostró predilección por el verso libre, escribió algunos como *Satania,* que contiene estas bellas estrofas:

Um barulho
De linhos frescos, de brilhantes sedas
Amarrotadas pelas mãos nervosas,
Enche a alcova, derrama-se nos ares...
E sob as roupas que a suffocam, inda
Por largo tempo, a soluçar, se eseuta
Num longo choro a entrecortada queixa
Das deslumbrantes carnes escondidas.

Pide a la mujer que ama un *Beijo eterno:*

Quero um beijó sem fin,
Que dure a vida inteira e aplaque o meu desejo
Ferve-me o sangue. Acalma-o con tu beijo,
Beija-me assim.

Y ahora es el verso de Espronceda, el que como un coléoptero al volar produce un zumbido agudo y canta los versos inmortales de Jarifa.

Lo transcripto es bastante para destacar la personalidad de Olavo Bilac como cantor apasionado de la carne a quien el *odor di femina* arrancó de su lira los versos más robustos.

Como Flaubert, como Queiroz, como Renán, como Heredia (el poeta parnasiano), como todo artista esclavo de la forma, siempre creyó que la palabra no traducía de un modo fiel su pensamiento, y en su fiebre de soñador que juzga innoble el recipiente que ha de contener el perfumado vino que extrajo de las uvas, se lamentó en *Inania Verba* de nuestra falta de medios para exteriorizar el pensamiento:

Ah quem ha-de exprimir, alma impotente e escrava
O que a bocca não diz, o que o mão não escreve?
Ardes, sangras, pregada a tua cruz, e em breve,
Olhas, desfeito em lodo o que te deslumbrava...

O Pensamento ferve, e é um turbilhão de lava:
A Forma, fria e espessa, é um sepulcro de neve...
E a Palavra pesada abafa a Idea leve,
Que, perfume e clarão, refugia e voava.

Quem o molde achará para expressão de tudo?
Ai! quem ha-de dizer as ancias infinitas
Do sonho? e o céo que foge a mão que se levanta?

E a ira muda? e o asco mudo? e o desespero mudo?
E as palavras de fe que nunca foram ditas?
E as confissões de amor que morrem na garganta?

Como Nervo, le preocupó la otra vida e interrogó a la esfinge. Ahora que ya mora en el seno de la Gran Verdad y del Misterio, acaso, como el tierno poeta mexicano haya podido resolver el gran problema que tanto le inquietara cuando escribió:

Ah! quem póde saber de que outras vida veio?...
Quantas vezes, fitando a Via Lactea, creio
Todo o mysterio ver aberto as meu olhar!
Tremo... e cuido sentir dentro de mim pesar
Uma alma alheia, uma alma em minha alma escondida,
—O cadaver de alguem de quem carrego a vida...

El horror de la doble personalidad, del otro, está bien esbozada en los versos que intituló: *Midsummer's night dream.*

Preocupado por la idea del más allá y no resignándose a pensar que todo acaba con la vida, escribió *Estuario.*

Viverei! Nos meus dias descontentes
Não soffro so por mim... soffro, a sangrar,
Todo o infinito universal pezar,
A tristeza das causas e dos entes.

Alheios prantos, em cachões ardentes
Vêm ão meu coração e ão meu olhar:
—Tal num estuario inmenso, acolhe o mar
Todas as aguas vivas das vertentes.

Morrer o infeliz, que unicamente encerra
A propia dor, estrangulada em si...
Mas vive a Vida que em meus versos erra;

Vive o consolo que deixei aqui;
Vive a piedate que espalhei na terra...
Assim, não morrerei, porque soffri!

Y aun cuando temía no seguir viviendo en otra vida, supone que aunque así sea perdurará su recuerdo, por la piedad intensa que puso en todo pesar humano y por los consuelos que regó en sus versos, dándose en ellos a las multitudes angustiadas como el pelícano, que según el mito griego alimenta a su prole con la carne de sus entrañas. Eso, pensaba, era bastante para hacerlo merecer la inmortalidad.

Amó mucho, según confesó y como para todos, para él también el amor fué un misterio. *Última página,* soneto en que evoca viejos amores pasionales, termina con estos tercetos:

Veio o inverno. Porém, sentada em meus joelhos,
Núa, presos aos meus os teus labios vermelhos,
(Lembras-te, Branca) ardia a tu carne em flor...

Carne, que quereis mais? Coraçao, que mais queres?
Passam as estaçãos e passam as mulheres...
E eu tenho amado tanto! e não conheço o Amor!

"¡Y yo que he amado tanto no conozco el amor!" Valiente confesión de un alma fuerte por su ingenuidad.

Hay muchos versos suyos que recuerdan a Nervo. Uno de ellos es éste:

Vi-te pequena: ias rezando
Para a primeira comunhão:
Toda de branco murmurando,
Na fronte o véo, rosas na mão.
No ias só: grande era o bando
Mas entre todas te escolhi:
Minh' alma foi-te acompanhando
A vez primeira em que te vi.

Y este otro:

Lembra-te bem! Azul celeste
Era essa alcova em que te amei
Oultimo beijo que me deste
Foi, nessa alcova que o tomei!
E o firmamento que a reveste
Toda de un calido fulgor:
—Um firmamento, em que puzeste
Como una estrella, o teu amor.

Su *Symphonia,* uno de los últimos versos que escribió, es un prodigio de onomatopeya donde los violentos cobres wagnerianos alternan con los trémolos de los concertinos y las notas agudas de los clarinetes.

El poeta cuenta el historial de su vida:

Meu coração na incerta adolescencia, outrora,
Delizava e sorria aos raios matutinos,
Num preludio incolor, como o allegro da aurora
Em sistros e clarins, em pifanos e sinos

Meu coração, depois, pela estrada sonora
Colhía a cada passo os amores e os hymnos,
E ia de beijo a beijo em lasciva demora,
Num voluptuoso adagio em harpas e violinos.

Hoje, meu coração num scherzo de ancias, arde
Em flautas e óboés, na inquietação da tarde
E entre esperanças foge e entre saudades erra....

E heroico estalará num final, nos clamores
Dos arcos, dos metaes, dos cordas, dos tambores,
Para glorificar tudo que amou na terra!

Su corazón, que en la primera juventud amó el *allegro* de la aurora, poco después, ya en medio del camino del amor, iba de una boca a otra libando los besos de las mujeres que quiso, en un voluptuoso "adaggio" y al llegar al comienzo de la vejez, al crepúsculo de su breve vida, vibró en un *scherzo* de ansiedades inútiles, y predijo que estallaría al cabo en un final de metales, arcos, cobres y tambores, para glorificar todo lo que en la tierra amó.

Su libro *Tarde,* donde insertó este magistral soneto, fué una de las últimas sinfonías de aquel genial artista que llevó a su arte todos los elementos de que se valen músicos, pintores, escultores y poetas para hacer obra de ensueño.

La vida fué cruel con el cantor brasilero; martirizó su carne y atormentó su espíritu; pero no pudo anular ni amenguar su personalidad, que por el contrario se vigorizó de modo admirable con las terribles pruebas a que se vió sometido. Y ahí quedan sus versos para proclamar que quien así supo cantar es inmortal, ya que luego de pasar por la tierra, al alejarse en la barca de Caronte, rumbo al más allá, dejó en el mundo en que sufrió y gozó, el recuerdo imperecedero de su breve paso luminoso.

Para nosotros, Olavo Bilac fué el primer poeta del Brasil y uno de los más preclaros del Continente Americano.

JUAN GUERRA NÚÑEZ.

La Habana, 1923.

LOS DIOSES DE LA MONTAÑA

PIEZA TEATRAL EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE LORD DUNSANY

TRADUCCIÓN DEL DR. LUIS A. BARALT Y ZACHARIE.

PERSONAJES

Agmar.	Mendigos.
Slag.	
Ulf.	
Ugno.	
Zan.	
Malán.	
Un ladrón.	
Urander.	Ciudadanos.
Ilanaun.	
Akmos.	

Los peregrinos de los dromedarios.
Ciudadanos, etc.
Los Otros.

La acción en el Oriente.

ACTO PRIMERO

Fuera de las murallas de la ciudad. Tres mendigos están sentados en el suelo.

UGNO. Malos están los tiempos para la mendicidad.

ZAN. Si que están malos.

ULF. *(Mendigo más viejo, aunque no canoso.)* Algún mal ha acaecido a los ricos de esta ciudad. Ya no se complacen en la bene-

ficencia, sino que se han vuelto amargos y avarientos. ¡Ay de ellos! A veces los compadezco cuando en ello pienso.

UGNO. ¡Pobres de ellos! ¡Qué triste aflicción debe de ser el tener el corazón avariento!

ZAN. Sí que es triste aflicción y perjudicial para la vocación de la mendicidad.

UGNO. *(Reflexionando.)* Hace muchos meses que están así. ¿Qué puede haberles sucedido?

ZAN. Algo malo.

ULF. No ha mucho que se ha acercado a la Tierra un cometa que ha envuelto al mundo en un manto de tristeza. Los dioses están adormecidos y todo lo que en el hombre hay de divino, como la benevolencia, la embriaguez, la suntuosidad y el canto, se ha desvanecido, se ha muerto, sin que los dioses hasta ahora lo hayan resucitado.

UGNO. Es vergonzoso.

ZAN. He visto el cometa por las noches.

ULF. Los dioses están adormecidos.

UGNO. Si no se despiertan pronto y vuelven a hacer a esta ciudad digna de nuestra orden, de mí, sé decir que abandonaré mi vocación y compraré una tienda donde pueda sentarme a la sombra y traficar lucrativamente.

ZAN. ¿Tendrás una tienda?

(Salen Agmar y Slag. Agmar, aunque pobremente vestido, es alto, imponente y más viejo que Ulf. Slag le sigue.)

AGMAR. ¿Es un mendigo el que habla?

UGNO. Si, señor, un pobre mendigo.

AGMAR. ¿Desde cuándo existe la vocación de la mendicidad?

UGNO. Desde que se fabricó la primera ciudad, señor.

AGMAR. ¿Y cuándo han tenido oficio los mendigos? ¿Cuándo se han dedicado a regatear y vender y a sentarse en tiendas?

UGNO. Nunca han hecho tal cosa.

AGMAR. ¿Serás tú el primero en traicionar la vocación?

UGNO. Los tiempos están malos para la vocación por estos parajes.

ZAN. Sí que lo están.

AGMAR. ¿De modo que quieres abandonar la profesión.

UGNO. La ciudad es indigna de nuestra vocación. Los dioses dormitan y todo lo que hay de divino en el hombre ha muerto. *(Al mendigo tercero.)* ¿Verdad que los dioses dormitan?

ULF. Dormitan en sus montañas, allá en Marma. Los siete ídolos verdes dormitan. ¿Quién es éste que nos riñe?

ZAN. ¿Eres, señor, algún gran mercader? Quizás quisieras ayudar a un pobre que se muere de hambre.

SLAG. ¡Mi señor un mercader! no, no. Qué ha de ser mercader. No es tal.

UGNO. Bien me doy cuenta de que es un gran señor disfrazado. Los dioses se han despertado y lo envían a que nos salve.

SLAG. No, no. No conocéis a mi amo. No lo conocéis.

ZAN. ¿Será el mismo Soldán que ha venido a reñirnos?

AGMAR. Soy mendigo y mendigo viejo.

SLAG. *(Con gran orgullo.)* No hay otro como mi amo. Ningún viajero ha visto jamás astucia como la suya, ni siquiera los que vienen de Etiopía.

ULF. Bienvenido seas a nuestra ciudad, sobre la cual ha caído un grave mal, pues son

estos días poco favorables para la mendicidad.

AGMAR. Que nadie que haya conocido los misterios de los caminos o sentido el viento nuevo que se levanta con el alba, o que haya llamado a las almas humanas para despertar en ellas la benevolencia divina, vuelva a hablar de oficios ni de las misérrimas ganancias de las tiendas y los mercaderes.

UGNO. Hablé sin pensar, porque los tiempos están malos.

AGMAR. Yo mejoraré los tiempos.

SLAG. No hay nada que mi amo no pueda hacer.

AGMAR. *(A Slag.)* Cállate y préstame atención. No conozco esta ciudad. Vengo viajando desde lejos, después de haber casi agotado la ciudad de Ackara.

SLAG. Allí atropellaron a mi amo tres veces, una vez lo mataron, y siete veces fué golpeado y robado, y siempre alcanzó espléndida compensación. Tuvo nueve enfermedades, varias de ellas mortales.

AGMAR. Silencio, Slag. ¿Tenéis ladrones entre vosotros?

ULF. Tenemos algunos a quienes llamamos ladrones, señor, pero apenas te parecerían a ti dignos del nombre. No son buenos ladrones.

AGMAR. He de necesitar el mejor ladrón que tengáis.

(Salen dos ciudadanos ricamente ataviados, Ilanaun y Urander.)

ILANAUN. Por tanto, mandaremos galeones a Ardaspes.

URANDER. A Ardaspes directamente por las Puertas de Plata.

(Agmar coloca el grueso mango de su cayado debajo del brazo izquierdo y se apoya

sobre él con todo su peso; ya no está erguido como antes. Su brazo derecho cuelga como exangüe y paralizado. Va cojeando hasta donde están los ciudadanos, implorando socorro.)

ILANAUN. Lo siento; no puedo socorrerte. Hemos tenido demasiados mendigos y nos vemos obligados a negar socorros en obsequio de la ciudad.

AGMAR. *(Se sienta y llora.)* ¡He venido de tan lejos!

(Ilanaun vuelve a poco y le da una moneda a Agmar. Vanse Ilanaun y Urander. Agmar, otra vez erguido va a donde están los demás.)

AGMAR. Necesitamos lujosos trajes; es menester que que el ladrón ponga manos a la obra cuanto antes. Es mejor que sean verdes los trajes.

MENDIGO. Yo iré en busca del ladrón. *(Vase.)*

ULF. Nos disfrazaremos de grandes señores y nos impondremos a la ciudad.

UGNO. Eso es, diremos que somos embajadores de algún país lejano.

ULF. Y comeremos cuanto queramos.

SLAG. *(A Ulf en voz baja.)* Pero no conocéis a mi amo. Ahora que proponéis que vayamos de grandes señores, veréis cómo propondrá él algo mejor todavía. Propondrá que vayamos de reyes.

ULF. ¡Mendigos de reyes!

SLAG. Asimismo. No conocéis a mi amo.

ULF. *(A Agmar.)* ¿Qué quieres que hagamos?

AGMAR. Primero habéis de buscar los lujosos trajes de la manera que ya he indicado.

ULF. ¿Y entonces qué haremos?

AGMAR. Pues entonces nos disfrazaremos de dioses.

LOS MENDIGOS. ¡De dioses!

AGMAR. — De dioses. ¿Conocéis la tierra por donde he pasado recientemente en mis peregrinaciones? Marma, donde hay dioses tallados en la verde piedra de la montaña. Están sentados los siete contra la colina. Allí están quietos, y allí los adoran los viajeros.

ULF. — Sí, sí, conocemos esos dioses. Aquí son muy reverenciados, pero están adormecidos y nada bello nos envían.

AGMAR. — Son de jade verde. Están sentados con las piernas cruzadas y los codos derechos sobre las palmas izquierdas, el índice de la mano derecha apuntando hacia el cielo. Entraremos en la ciudad disfrazados, por el lado de Marma, y fingiremos ser estos dioses. Como ellos, seremos siete. Y cuando nos sentemos lo haremos como ellos, con las piernas cruzadas y la mano derecha hacia arriba.

ULF. — Mala es esta ciudad para el que cae en las manos del opresor, porque, desde que los dioses se olvidaron de ellos, los jueces carecen de compasión, así como los mercaderes de benevolencia.

AGMAR. — En nuestra antigua profesión puede que un hombre se esté sentado cincuenta años en la misma esquina haciendo la misma cosa, pero puede llegar el día en que deba levantarse y hacer algo muy distinto, mientras el timorato se muere de hambre.

ULF. — Pero convendría no enfadar a los dioses.

AGMAR. — ¿No es la vida toda mendicidad para los dioses? ¿No ven ellos que los hombres les están siempre mendigando y pidiendo limosnas con incienso, y campanas, ardides sutiles?

UGNO. — Sí, en efecto, todos los hombres son mendigos ante los dioses.

AGMAR. El poderoso Soldán ¿no se sienta él ante el altar de ágata en su templo real con el mismo ademán con que nos sentamos nosotros en una esquina o a la puerta de un palacio?

ULF. Así es.

AGMAR. Entonces se regocijarán los dioses cuando ejercitemos nuestra santa profesión con nuevos ardides y con sutileza, de la misma manera que se regocijan cuando los socerdotes entonan un nuevo cántico.

ULF. Sin embargo, tengo cierto recelo.

(Salen dos hombres hablando.)

AGMAR. *(A Slag.)* Vé tú a la ciudad precediéndonos, y haz que se haga allí una profecía que diga que los dioses de piedra verde que están en Marma pronto han de llegar allí en forma de hombres.

SLAG. Sí, señor. ¿He de hacer yo mismo la profecía? ¿O será preferible encontrarla en algún viejo documento?

AGMAR. Haz como si alguien hubiera visto uua vez la profecía en un documento antiguo. Y haz que de ello se hable en la plaza pública.

SLAG. Haré que se hable de ello, señor.

(Slag se demora. Salen el Ladrón y Zan.)

UGNO. He aquí a nuestro ladrón.

AGMAR. *(Alentándolo.)* Ah, es un ladrón muy ligero.

LADRÓN. Señor, no pude conseguir más que tres trajes verdes. La ciudad no tiene ahora un buen surtido de trajes verdes; además, es una ciudad muy suspicaz y que no se avergüenza de la bajeza de sus sospechas.

SLAG. *(A un mendigo.)* Esto no se llama robar.

LADRÓN. No pude hacer más, señor. No he ejercido el robo toda mi vida.

AGMAR. Has conseguido algo; puede que sirva á nuestro propósito. ¿Cuánto tiempo hace que estás robando?

LADRÓN. Robé por primera vez a los diez años.

SLAG. *(Horrorizado.)* ¡A los diez años!

AGMAR. Debemos hacerlos pedazos y distribuirlos entre los siete. *(A Zan.)* Tráeme otro mendigo.

SLAG. Mi amo a los diez años tuvo que escaparse de noche de dos ciudades.

UGNO. *(Con admiración.)* ¿De dos ciudades?

SLAG. En su ciudad natal no saben todavía a dónde fué a parar el cáliz de oro que estaba en el Templo Lunar.

AGMAR. Sí, en diez pedazos.

ULF. Cada uno de nosotros se pondrá un pedazo sobre sus harapos.

UGNO. Sí, sí, estaremos muy bien.

AGMAR. No es así como nos disfrazaremos.

UGNO. ¿Qué, no hemos de cubrir nuestros harapos?

AGMAR. Cada uno de los siete llevará un pedazo de traje verde debajo de sus harapos; de tal manera que aquí y allí se trasluzca un poco de lo verde; y los hombres dirán: "Estos siete se han disfrazado de mendigos. Pero no sabemos lo que son."

SLAG. Escucha a mi sabio amo.

UGNO. Él si que es mendigo.

ULF. Es un mendigo *viejo.*

(Telón.)

ACTO SEGUNDO

El Palacio Metropolitano de la ciudad de Kongros. Ciudadanos, etc. Entran los siete mendigos con seda verde por debajo de sus harapos.

URANDER. ¿Quiénes sois y de dónde venís?

AGMAR. ¿Quién puede decir quiénes somos o de dónde venimos?

URANDER. ¿Qué sifinifican estos mendigos y porqué vienen aquí?

AGMAR. ¿Quién te dijo que éramos mendigos?

URANDER. ¿Porqué vienen aquí estos hombres?

AGMAR. ¿Quién te dijo que éramos hombres?

ILANAUN. ¡Juro por la luna!

AGMAR. Mi hermana.

ILANAUN. ¿Qué?

AGMAR. Mi hermanita.

SLAG. Nuestra hermanita la luna viene a vernos por la noche, allá en las montañas de Marma. Cuando nueva, viene saltando por sobre los montes. Cuando joven y delgada, viene ante nosotros y baila, y cuando se pone, vieja y desfigurada, se aleja por los montes brincando.

AGMAR. Sin embargo, rejuvenece siempre y siempre vuelve a la agilidad de la juventud; vuelve bailando otra vez. Los años no pueden encorvarla, como no pueden hacer salir las canas en las cabezas de sus hermanos.

URANDER. Cosa singular.

ILANAUN. Esto se aparta de lo corriente.

AKMOS. No hay profecía que hable de esto.

SLAG. Vuelve a nosotros nueva y ágil, recordando antiguos amores.

URANDER. Sería conveniente que vinieran los profetas a ilustrarnos.

ILANAUN. Cosa igual no ha sucedido jamás. Vengan

los profetas. Que vengan a hablarnos de lo que está por venir.

(Los mendigos se sientan en el suelo en la actitud de los siete dioses de Marma.)

CIUDADANO. Hoy oí hablar a unos hombres en la plaza pública. Hablaban de cierta antigua profecía. Según ella los dioses de Marma han de venir en forma de hombres.

ILANAUN. ¿Es cierta esta profecía?

URANDER. Es la única que tenemos. El hombre sin la profecía es como un marino que navega de noche por mares inexplorados. No sabe dónde yacen los escollos ni dónde están los puertos. Para el vigía todo lo que ve es negro e impenetrable y las estrellas no lo guían, porque no sabe qué estrellas son.

ILANAUN. Sería bueno investigar esta profecía, ¿no es verdad?

URANDER. Aceptémosla. Es la pequeña luz incierta de una linterna, llevada, acaso, por un hombre ebrio, pero por la ribera de un puerto. Dejémonos guiar.

AKMOS. Puede ser que sean dioses benévolos.

AGMAR. No hay benevolencia más grande que la nuestra.

ILANAUN. Entonces poco tenemos que hacer: no auguran peligro para nosotros.

AGMAR. No hay cólera más grande que la nuestra.

URANDER. Si son dioses, conviene que les ofrezcamos sacrificios.

AKMOS. Humildemente os adoramos, si es que sois dioses.

ILANAUN. *(Arrodillándose también.)* Sois más fuertes que todos los hombres y vuestro rango es alto entre todos los dioses y sois los señores de ésta nuestra ciudad y el trueno, la tempestad, los eclipses, y los destinos

de todas las tribus humanas son vuestros juguetes, si es que sois dioses.

AGMAR. Que no azote desde luego la peste a esta ciudad, como estaba mandado; que el terremoto no la trague inmediatamente en el fragor del trueno; que ejércitos enfurecidos no agobien a los que huyen, si es que somos dioses.

EL PUEBLO. *(Horrorizado.)* ¡Sí somos dioses!

URANDER. Vamos, pues, sacrifiquemos.

ILANAUN. Traed carneros.

AKMOS. ¡Pronto! ¡Pronto!

(Vanse algunos.)

SLAG. *(Con aire solemne.)* Este es un dios muy divino.

ZAN. No es un dios cualquiera.

MALÁN. En verdad que él nos ha hecho.

CIUDADANO. *(A Slag.)* ¿No nos castigará, Señor? ¿No nos castigará ninguno de los dioses? Haremos un sacrificio, un gran sacrificio.

OTRO. Sacrificaremos un carnero que los sacerdotes han bendecido.

PRIMER CIUDADANO. Señor ¿no estás enojado con nosotros?

SLAG. ¿Quién podrá saber los tenebrosos presagios que en la mente del más viejo de los dioses se incuban? No es él un dios cualquiera como nosotros. Una vez un pastor pasó por su lado en la montaña e iba dudando y sobre él lanzó el dios su castigo.

CIUDADANO. Nosotros no hemos dudado, señor.

SLAG. Y la venganza lo alcanzó en la montaña.

CIUDADANO SEGUNDO. Haremos un buen sacrificio.

(Vuelven a salir con un carnero muerto y frutas. Ofrecen el carnero sobre un altar en el que hay fuego, y ponen las frutas al pie del altar.)

ZAN. *(Alcanzando con la mano un carnero que*

está sobre el altar.) Esa pierna no se está cociendo nada.

ILANAUN. Es extraño que los dioses se preocupen por el asado de una pierna de carnero.

URANDER. Extraño, en verdad.

ILANAUN. Casi hubiera jurado que era un hombre el que entonces habló.

URANDER. *(Alisándose la barba y contemplando al mendigo segundo.)* Extraño. Extraño, en verdad.

AGMAR. ¿Os extrañáis de que a los dioses les guste la carne asada? Para esto es suyo el rayo. Cuando el rayo flamea sobre los cuerpos humanos, sube a los dioses en Marma un olor agradable, como el olor de asado. A veces los dioses cuando están apacibles, se conforman con la carne asada del carnero. Lo mismo da: no aséis más.

URANDER. ¡No, no, dioses de la montaña!

OTROS. No, no.

URANDER. Pronto, ofrezcámoles la carne. Si comen no hay que temer.

(Se la ofrecen; todos comen menos Agmar, el cual observa.)

ILANAUN. Un ignorante, uno que no sabe, diría que comen como hombres hambrientos.

OTROS. ¡Chito!

AKMOS. Así y todo diríase que no han comido un banquete tal en mucho tiempo.

URANDER. Parecen hambrientos.

AGMAR. *(Que no ha comido.)* No he comido desde que el mundo era muy joven y la carne de los hombres era más tierna que ahora. Estos dioses más jóvenes han adquirido el hábito de comer con los leones.

URANDER. ¡Oh! divinidad antiquísima, participa del banquete.

AGMAR. No es propio que uno como yo coma. Sólo las bestias, los hombres y los dioses jóve-

nes comen. El sol y la luna y el fulgurante rayo y yo podemos matar y enloquecer, pero comer, nunca.

AKMOS. Si logramos hacerle comer, perderá toda su fuerza.

TODOS. ¡Oh, divinidad antigua, participa de la cena!

AGMAR. No más. Baste que estos hayan condescendido a entregarse a costumbre tan bestial y humana.

ILANAUN. *(A Akmos.)* Y con todo, se parece mucho a un mendigo a quien vi no hace mucho tiempo.

URANDER. Pero los mendigos comen.

ILANAUN. Hasta ahora nunca he visto a un mendigo que no aceptara un vaso de vino de Woldery.

AKMOS. Este no es mendigo.

ILANAUN. Ofrezcámosle, no obstante, un vaso de vino de Woldery.

AKMOS. Mal haces en dudar.

ILANAUN. Sólo quiero probar su divinidad. Iré a buscar el vino de Woldery. *(Vase.)*

AKMOS. No ha de beber. Pero si bébe, entonces no podrá nada contra nosotros. Ofrezcámosle el vino.

(Vuelve Ilanaun con un vaso.)

PRIMER MENDIGO. ¡Es vino de Woldery!

SEGUNDO MENDIGO. ¡Es Woldery!

TERCER MENDIGO. ¡Un vaso de vino de Woldery!

CUARTO MENDIGO. ¡Oh, día feliz!

MALÁN. ¡Oh, tiempos dichosos!

SLAG. ¡Oh, mi sabio amo!

(Ilanaun toma el vaso. Todos los mendigos extienden las manos, incluso Agmar. Ilanaun lo da a Agmar. Agmar lo toma solemnemente y con mucho cuidado derrama el vino sobre el suelo.)

PRIMER MENDIGO. Lo ha derramado.

SEGUNDO MENDIGO. Lo ha derramado.

AGMAR. *(Aspira el aroma del vino, y dice:)* Es una digna libación. Nuestra cólera se ha apaciguado un tanto.

OTRO MENDIGO. ¡Pero si era Woldery!

AKMOS. Señor, no tengo hijo, y yo...

AGMAR. No nos molestes ahora. Ha llegado el momento en que los dioses tienen por costumbre hablarse entre sí en la lengua de los dioses, y si el Hombre llegara a oírnos, adivinaría la futilidad de su destino, lo cual no es deseable para él. ¡Idos! ¡Idos!

UNO QUE SE DEMORA. Señor...

AGMAR. ¡Idos!

(Vanse. Agmar coge un pedazo de carne y empieza a comer; los mendigos se levantan y se estiran: se ríen, pero Agmar come, hambriento.)

UGNO. ¡Ah! Ahora, ésta es la muestra.

ZAN. Ahora sí que tenemos limosnas.

SLAG. ¡Amo! ¡Mi sabio amo!

ULF. ¡Qué día feliz! ¡Qué día feliz!; y, no obstante, algo recelo..

SLAG. ¿Qué temes? No hay nada que temer. No hay hombre tan sabio como mi amo.

ULF. Temo a los dioses por los que nos hemos hecho pasar.

SLAG. ¿Los dioses?

AGMAR. *(Sacándose un trozo de carne de la boca.)* Ven acá, Slag.

SLAG. *(Acercándosele.)* Sí, mí amo.

AGMAR. Estate de guardia en la puerta mientras yo como. *(Slag va a la puerta.)* Siéntate en la actitud de un dios. Avísame si se acerca algún ciudadano.

(Slag se sienta en la puerta en la actitud de un dios, dando la espalda al público.)

UGNO. *(A Agmar.)* ¿Pero, señor, no hemos de tener vino de Woldery?

AGMAR. Todo lo tendremos si sabemos obrar con prudencia al principio.

ZAN. ¿Señor, crees que sospechan de nosotros?

AGMAR. Tenemos que obrar con mucha prudencia.

ZAN. ¿Pero si no obramos con prudencia, señor?

AGMAR. Entonces, podría ser que nos hiciesen morir.

ZAN. ¡Oh, señor!

AGMAR. ... poco a poco.

(Todos se mueven con impaciencia menos Slag que sigue sentado inmóvil en el umbral de la puerta.)

UGNO. ¿Nos creerán, señor?

SLAG. *(Volviendo a medias la cabeza.)* Alguien viene.

(Slag vuelve a su posición.)

AGMAR. *(Guardándose la carne.)* Pronto lo sabremos.

(Todos asumen la actitud de dioses. Sale Uno y dice:)

UNO. Señor, deseo hablar al dios que no come.

AGMAR. Yo soy.

Señor, hoy al mediodía una serpiente mortal mordió en la garganta a mi hijo. Sálvalo, señor; aún respira, aunque apenas.

AGMAR. ¿Estás seguro de que es tu hijo?

UNO. Es mi hijo, señor.

AGMAR. ¿Tenías por costumbre no dejarle jugar cuando estaba fuerte y saludable?

UNO. Nunca me opuse a que jugara, señor.

AGMAR. ¿De quién es hija la Muerte?

UNO. La Muerte es hija de los dioses.

AGMAR. ¿Y tú, que nunca te opusiste a que tu hijo jugara le pides esto a los dioses?

UNO. *(Con cierto horror, dándose cuenta del sentido de las palabras de Agmar.)* ¡Señor!

AGMAR. No llores. Porque todas las cosas que el hombre ha edificado son los campos en que

juega esta hija de los dioses.

(El hombre se va en silencio sin llorar.)

UGNO. *(Tomando a Zan por la muñeca.)* ¿De veras que es éste un hombre?

AGMAR. Un hombre, un hombre y hasta hace poco un hombre hambriento.

(Telón.)

ACTO TERCERO

El mismo cuarto. Han trascurrido varios días. Siete tronos que semejan picos de montaña se ven al fondo de la escena. En ellos reposan los mendigos. El ladrón está ausente.

MALÁN. Nunca mendigos se dieron tan buena vida.

UGNO. ¡Ah, las frutas y el tierno cordero!

ZAN. ¡El vino de Woldery!

SLAG. Mayor placer fué ver los sabios ardides de mi amo, que comer frutas y cordero y beber vino de Woldery.

MALÁN. ¡Ah, y como espiaban para ver si mi sabio amo comía cuando se fueron!

UGNO. ¡Y cuando le interrogaron acerca de los dioses y el Hombre!

ZAN. ¡Y cuando le preguntaron porqué los dioses permitían que existiera el cáncer!

SLAG. ¡Oh, mi sabio amo!

MALÁN. ¡Qué bien ha salido su estratagema!

UGNO. ¡Qué lejos hemos dejado el hambre!

ZAN. Como si fuera un sueño del año pasado, las tribulaciones de una noche breve, hace mucho tiempo.

UGNO. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Cómo rezaban prosternados ante nosotros!

AGMAR. Cuando éramos mendigos ¿no hablábamos como mendigos? ¿No plañíamos como tales? ¿No era de mendigo nuestro aspecto?

UGNO. Éramos el orgullo de nuestra clase.

AGMAR. Pues ahora que somos dioses, seamos como los dioses, y no nos burlemos de nuestros oradores.

ULF. Yo soy de opinión que los dioses sí se ríen de sus oradores.

AGMAR. Nunca los dioses se han reído de nosotros. Estamos muy por encima de todos los pináculos que jamás viéramos en sueños.

ULF. Opino que cuando el hombre se eleva, entonces es cuando más suelen los dioses hacer mofa de él.

LADRÓN. *(Saliendo.)* ¡Señor! Vengo de estar con los que todo lo saben y todo lo ven. He estado con los ladrones, señor. Me conocen como ladrón, pero no me conocen como de este bando.

AGMAR. ¡Y bien!

LADRÓN. Estamos en peligro, señor, en gran peligro.

AGMAR. Quieres decir que sospechan que seamos hombres.

LADRÓN. Eso hace tiempo que lo sospechan, señor. Quiero decir que lo han de saber como cosa cierta. Así, pues, estamos perdidos.

AGMAR. Entonces no lo saben.

LADRÓN. No lo saben aún, pero lo sabrán, y por lo tanto estamos perdidos.

AGMAR. ¿Cuándo lo sabrán?

LADRÓN. Hace ya tres días que sospechan.

AGMAR. Más de los que tú crees nos sospechan, ¿pero conoces de alguien que se haya atrevido a decirlo?

LADRÓN. No, señor.

AGMAR. Entonces, olvídate de tus temores, buen ladrón.

LADRÓN. Hace tres días que fueron a Marma dos hombres, a lomo de dromedario, a ver si todavía estaban allí los dioses.

AGMAR. ¡Fueron a Marma!

LADRÓN. Si, hace tres días.

UGNO. ¡Estamos perdidos!

AGMAR. ¿Hace tres días que fueron?

LADRÓN. Sí, a lomo de dromedario.

AGMAR. Hoy deben estar de vuelta.

UGNO. Estamos perdidos

ZAN. Estamos perdidos.

LADRÓN. Seguramente han visto los ídolos de verde jaspe, sentados en la falda de la montaña. Dirán, "Los dioses están aún en Marma." Y nos quemarán.

SLAG. No le faltará a mi amo alguna estratagema para salvarnos.

AGMAR. *(Al Ladrón.)* Vé ocultamente a algún punto elevado y mira a ver cuánto tiempo nos queda para encontrar un ardid.

SLAG. Mi amo hallará algún plan.

UGNO. Nos ha metido en una trampa.

ZAN. Su sabiduría es nuestra perdición.

SLAG. No le faltará algún ardid.

LADRÓN. *(Volviendo a salir.)* ¡Ya es tarde!

AGMAR. ¡Ya es tarde!

LADRÓN. Han llegado los hombres de los dromedarios.

UGNO. ¡Estamos perdidos!

AGMAR. ¡Silencio! Dejadme pensar.

(Se sientan y permanecen quietos. Entran los ciudadanos y se prosternan. Agmar está profundamente pensativo.)

ILANAUN. *(A Agmar.)* Dos santos peregrinos han ido a vuestros sagrados santuarios donde acostumbrabais estar antes de que bajaseis de las montañas. *(Agmar permanece callado.)* Han vuelto en este momento.

AGMAR. ¿Nos dejaron aquí, y sin embargo fueron a buscar a los dioses? Cuentan de un pez que dió un gran viaje a lejanas tierras en busca de la mar.

ILANAUN. Muy reverenda divinidad, tan grande era su devoción que fueron a adorar vuestros santuarios.

AGMAR. Conozco bien estos hombres de gran devoción. No es la primera vez que vienen a rezar ante mí, pero sus oraciones no son aceptables. Su amor a los dioses es mezquino; no se cuidan más que de su propia piedad. Bien conozco a estos piadosos. Dirán que los siete dioses están aún en Marma. Mentirán y dirán que estamos todavía en Marma. Aquí parecerán más piadosos ante vuestros ojos, haciéndoos creer que ellos solos han visto a los dioses. Los necios los creerán y participarán de la condenación que les espera.

URANDER. *(A Ilanaun.)* ¡Chito! Que enfureces a los dioses.

ILANAUN. No sé bien a quién enfurezco.

URANDER. Puede que sean los dioses.

ILANAUN. ¿Dónde están los hombres llegados de Marma?

CIUDADANO. Aquí están los peregrinos, ahora vienen.

ILANAUN. *(A Agmar.)* Los santos peregrinos llegados de vuestros templos han venido a prosternarse ante vosotros.

AGMAR. Los hombres son escépticos. ¡Cómo odian los dioses esa palabra! La duda siempre contaminó la virtud. Que sean reducidos a prisión para que no manchen vuestra pureza. *(Levantándose.)* Que no entren aquí.

ILANAUN. Mas, ¡Oh! reverendísima deidad de la montaña, nosotros también dudamos, reverendísima deidad.

AGMAR. Habéis elegido. Habéis elegido. Y con todo no es tarde todavía. Arrepentíos y reducid estos hombres a prisión y puede que no sea demasiado tarde. Los dioses

no han llorado nunca. Y, sin embargo, cuando piensan en la condenación y los suplicios que reducen a cenizas millares de huesos, entonces, si no fueran divinos, casi podrían llorar. ¡Apresuraos! Haced penitencia por vuestra duda.

(Salen los hombres de los dromedarios.)

ILANAUN. Reverendísima deidad, es una duda profunda.

CIUDADANOS. ¡No lo ha fulminado! ¡No son pues, los dioses!

SLAG. *(A Agmar.)* Tienes un ardid, ¿verdad, mi amo? Tienes un ardid.

AGMAR. Todavía no, Slag.

ILANAUN. *(A Urander.)* Estos son los hombres que fueron a los santuarios de Marma.

URANDER. *(En voz alta y clara.)* ¿Estaban los Dioses de la Montaña sentados todavía en Marma, o no estaban allí?

(Lon mendigos se levantan precipitadamente de sus tronos.)

PEREGRINO. No estaban allí.

ILANAUN. ¿No estaban allí?

PEREGRINO. Sus santuarios estaban vacíos.

URANDER. ¡Hé aquí los Dioses de la Montaña!

AKMOS. En verdad que han venido de Marma.

URANDER. Venid, vamos a preparar un sacrificio. Un pingüe sacrificio que nos redima del pecado de vuestra duda. *(Vanse.)*

SLAG. ¡Oh, sapientísimo amo!

AGMAR. No, no Slag. No sé lo que puede haber sucedido. Cuando pasé por Marma hace sólo dos semanas, allí estaban los dioses de verdejado sentados sobre sus tronos.

UGNO. Estamos salvados.

ZAN. Sí, estamos salvados.

AGMAR. Estamos salvados, pero cómo no lo sé.

UGNO. Nunca mendigos se dieron tan buena vida.

LADRÓN. Iré a vigilar. *(Se escurre.)*

ULF. A pesar de todo, tengo cierto temor.

UGNO. ¿Temor? Si estamos salvados.

ULF. Anoche tuve un sueño.

UGNO. ¿Qué soñaste?

ULF. Nada de particular. Soñé que tenía sed y que alguien me dió vino de Woldery; sin embargo, sentí temor en el sueño.

ZAN. Yo cuando bebo vino de Woldery nada temo.

LADRÓN. *(Volviendo a salir.)* Nos están preparando un gran banquete; están matando corderos y hay doncellas con frutas y vino de Woldery en abundancia.

MALÁN. Nunca mendigos se dieron tan buena vida.

AGMAR. ¿Habrá ahora quien dude de nosotros?

LADRÓN. No lo sé.

MALÁN. ¿Cuándo será el banquete?

LADRÓN. Cuando salgan las estrellas.

UGNO. ¡Ah! Y ya se ha puesto el sol. Nos hemos de hartar.

ZAN. Veremos entrar las doncellas con cestos sobre las cabezas.

UGNO. Y llevarán frutas en los cestos.

ZAN. Todas las frutas del valle.

MALÁN. ¡Oh! ¡Bien que hemos andado por los caminos del mundo!

SLAG. ¡Oh! ¡Qué duros eran!

ZAN. ¡Y qué polvorientos!

UGNO. ¡Y cuán poco vino!

MALÁN. ¡Cuánto tiempo hemos estado mendigando y mendigando para recibir una misérrima pitanza!

AGMAR. ¡Nosotros, a quienes al fin todo ha llegado!

LADRÓN. Temo que mi arte me falle ahora que las cosas mejores vienen sin robar.

AGMAR. Ya no necesitarás más de tu arte.

SLAG. La sabiduría de mi amo nos bastará para el resto de nuestros días.

(Entra un hombre asustado.. Se hinca de rodillas ante Agmar e inclina la frente.)

HOMBRE. Señor, te imploramos, el pueblo te suplica.

(Agmar y los mendigos en la actitud de dioses permanecen callados.)

HOMBRE. Señor, es terrible. *(Los mendigos siguen sin hablar.)* Es terrible cuando vagáis de noche. Es terrible al borde del desierto por la noche. Los niños cuando os ven se mueren.

AGMAR. ¿En el desierto? ¿Cuándo nos viste?

HOMBRE. Anoche, señor. Estabais terribles anoche. Estabais terribles al atardecer, con las manos extendidas y andando a tientas. Queríais tentar la ciudad.

AGMAR. ¿Anoche, dices?

HOMBRE. ¡Estabais terribles al anochecer!

AGMAR. ¿Tú mismo nos viste?

HOMBRE. Si, señor, estabais terribles. Ciertos niños también os vieron y se quedaron muertos.

AGMAR. ¿Dices que tú nos viste?

HOMBRE. Si, señor. No como os veo ahora, sino en otra forma. Os suplicamos, señor, que no vagueis de noche. Estais terribles al anochecer. Estais...

AGMAR. Dices que no nos aparecimos como estamos ahora. ¿Cómo nos aparecimos?

HOMBRE. De otra manera, señor, de otra manera.

AGMAR. ¿Pero cómo, dí?

HOMBRE. Estabais verdes, señor, verdes de pies a cabeza al anochecer, de piedra como erais en montaña. Señor, soportamos el veros encarnados como hombres, pero es terrible ver hombres de piedra que caminan, es terrible.

AGMAR. ¿Así es como nos aparecimos?

HOMBRE. Si, señor. No es natural que la piedra camine. Los niños lo ven y no entienden. No es natural que la piedra camine.

AGMAR. Ha habido escépticos últimamente. Están satisfechos.

HOMBRE. Señor, están aterrados. Sálvanos, señor.

AGMAR. El dudar es pecado. Anda y no dudes más. *(Vase el Hombre.)*

SLAG. ¿Qué es lo que han visto, señor?

AGMAR. Sus propios temores danzando en el desierto. Han visto algo verde en el crepúsculo y algún niño les ha dicho que éramos nosotros. No sé qué será lo que han visto. ¿Qué pueden haber visto?

ULF. Algo salió del desierto y venía hacia acá, dijo él.

SLAG. ¿Qué puede venir del desierto?

AGMAR. Esta gente es tonta.

ULF. La palidez de su cara revela que, de seguro, ha visto algo espantoso.

SLAG. ¿Algo espantoso?

ULF. Los ojos de ese hombre han visto de cerca algo espantoso.

AGMAR. Somos nosotros y sólo nosotros los que los hemos asustado y sus temores los han atontado.

(Entra un sirviente con una antorcha o linterna que coloca en un receptáculo. Vase.)

ZAN. Ahora podremos ver las caras de las doncellas cuando vengan al banquete.

MALÁN. Nunca mendigos se dieron tan buena vida.

AGMAR. Escuchad. Ya llegan. Oigo pasos.

ZAN. ¡Las bailarinas! ¡Ya llegan!

LADRÓN. No oigo las flautas; dijeron que vendrían con música.

UGNO. Que botas más pesadas las suyas; diríase que eran pies de piedra.

ZAN. No me es grato su pesado andar. Ante

nosotros no han de bailar sino danzarinas de alados pies.

AGMAR. No he de sonreírles si no son gráciles.

MALÁN. Vienen muy lentamente. Debieran venir con pie ligero.

ZAN. Debieron venir danzando. Mas, la caída de sus pisadas es como de enormes cangrejos.

ULF. *(En voz alta, casi cantando.)* Tengo miedo, un antiguo temor y un presentimiento. Nuestra acción ha ofendido a los dioses. Éramos mendigos y debemos seguir siendo mendigos. Hemos abandonado nuestra profesión y estamos a las puertas del castigo. No reprimiré más mi temor; saldrá de mí y gritará; saldrá de mí gritando, como sale un perro de una ciudad incendiada; porque mi temor ya palpa el desastre.

SLAG. *(Con voz ronca.)* ¡Señor!

AGMAR. *(Levantándose.)* ¡Vamos, vamos!

(Escuchan. Nadie habla. Se acercan las botas de piedra. Por la derecha entran uno por uno, en procesión, siete hombres verdes; hasta las manos y las caras son verdes; calzan sandalias de piedra verde; andan con las rodillas muy separadas como si hubieran estado siglos enteros sentados con las piernas cruzadas; llevan el brazo derecho y el índice de la misma mano apuntando hacia arriba; el codo derecho apoyado sobre la mano izquierda; van grotescamente encorvados. Al llegar al centro de la escena doblan hacia la izquierda. Pasan por delante de los siete mendigos, que están ahora aterrorizados, y seis de ellos se sientan en la referida actitud dando las espaldas al público. El jefe, siempre encorvado, permanece de pie.)

UGNO. *(Grita al doblar los dioses a la izquierda.)* ¡Los Dioses de la Montaña!

AGMAR. ¡Estate quieto! La luz los deslumbra. Puede que no nos vean.

(El jefe de los Hombres Verdes apunta con el índice a la linterna; la llama se vuelve verde. Cuando los seis se han sentado, el jefe señala violentamente a cada uno de los mendigos, uno por uno. Al hacer esto cada mendigo a su vez sube a su trono y cruza las piernas, su brazo derecho señala con tiesura hacia arriba, y una mirada fija de horror aparece en sus ojos. E n esta actitud los mendigos permanecen inmóviles mientras cae una luz verde sobre sus rostros. Los dioses se van.

Al poco tiempo entran los ciudadanos, algunos con manjares y frutas. Uno le toca el brazo a uno de los mendigos y luego a otro.)

CIUDADANO. Están fríos; se han vuelto piedra

(Todos se prosternan, con la frente en el suelo.)

UNO. Hemos dudado de ellos. Hemos dudado de ellos. Se han vuelto piedra porque dudamos de ellos.

OTRO. Eran los dioses verdaderos.

TODOS. Eran los dioses verdaderos.

(Telón.)

LA ULTIMA ANDANZA DE DON QUIJOTE (*)


GNACIO de Loyola, en medio de la feral contienda, refrenando de improviso el palafrén impetuoso, mientras se levantan sus ojos al espacio y en los labios le tiembla una oración, simboliza eternamente el alma de la España conquistadora.

El español de la conquista va hacia lo desconocido; hostiga, combate, domina al hombre y a la Naturaleza, la cruz en alto y la espada lista. Lo que no puede la excomunión lo hará el tajo: para completar a Pizarro estará alerta el clérigo Valverde.

Ad majorem Dei gloriam, estampó la mano recia del visionario fundador en la oriflama de sus huestes espirituales: sobre las nieves de los Andes, junto al coraje del Tequendama, entre los bosques tenebrosos de los zaques; el extremeño altivo, el andaluz dinámico, el vasco hermético, escriben a mandobles en las páginas de la historia de la Conquista: *por la mayor gloria de España.*

Sin embargo, no es una gloria que se busca en la acción y el pensamiento comunes; no es el esfuerzo reflexivo y armónico de los precisos tiradores sajones profanando el misterio sagrado de la India; no es mucho menos, el propósito político que persiguen los puritanos de Mc Kinley en los campos taumaturgos de Cuba irredenta; no es tampoco la obediencia heroica aunque mecánica, de los legionarios de Guillermo Hohenzollern; es la gloria del instinto, del arrebato personal que enciende en una llamarada épica el espíritu del aventurero anónimo.

Cuando la renovación sopla sobre el valle del Anáhuac, y

(*) Trabajo leído en el seno de la Asociación Literaria "Plus Ultra", de Santo Domingo.

el Popocatepelt y el Orizaba parecen empinarse para presidir entre aquella guardia de montañas el regreso del redivivo azteca mártir: un puñado de españoles cercados por la libertad, por la fatiga, por la sed y por el hambre se oponen a la capitulación de Novalles y hacen de la mole centenaria del Castillo de San Juan de Ulúa el nuevo escenario de una nueva andanza.

¡Ni el temor de los inflexibles Consejos disciplinarios, ni el aplanamiento que a la postre produce en el hombre de armas la presión constante de la vida militar, acallan en el español la voz de su propia personalidad!

Esa característica, "plus ultra" de las energías humanas, da aliento a las singulares aventuras, que conmueven la existencia de la raza española, entregándola en muchas ocasiones a la posibilidad del ensueño y a la realidad de la desventura.

Ignacio de Loyola se sacrifica a la fe, lucha, sugestiona, concibe vastos planes e intenta plantar de por vida sobre el haz del planeta el dominio espiritual de sus continuadores. Pero mientras tal hace, obedeciendo al impulso atávico de la raza, pone valladares entre sus milicianos y las demás órdenes religiosas, con tanto afincamiento que hay momentos en que se duda si el Dios, por la gloria del cual forcejan (¡forcejan!) los enlistados de Ignacio, es el mismo Dios que baja hasta las almas en raudales de dulzura, a través de la palabra unciosa y parca de los abnegados de la Trapa.

En la perenne fábula del galeoto del Ideal: Alonso Quijano ¿no ha perfilado la pluma prócera de Cervantes, el individualismo español, con todas sus virtudes, sus aberraciones y sus ingenuidades?

El magro caballero de la Triste figura, cruza por las páginas de la novela, solo, vencedor o vencido siempre solo! y en más grande soledad, cuando a su lado murmuran: el cura, el ama o el barbero. Y ellos mismos ¿no conspiran contra el empeño del iluso, íntimamente distanciados?

Ni el escudero en quien se supone como buen criado la comunión de ideas con su señor, se obliga a espiritual vasallaje. Sancho es tan independiente como Don Quijote, y sin titubeos ni timideces, opone a la práctica fantástica del manchego su fantasía práctica.

Ni en el vértigo de los aglomeramientos y motines, en los cuales se tienden puentes de sensaciones los espíritus de unos a otros, pierde el español esa inconfundible característica.

Como en el cuento del moscovita Averchenko, el hispano siente que gira en rededor de su personalidad, la vida con sus múltiples manifestaciones. Y en tanto el personaje glacial de la estepa, supone que si las cosas no fueron hechas por él, son de su exclusiva propiedad y terminarán a la hora de su muerte; el ardoroso ibero tiene fe en que todo lo noble y lo hermoso del Universo requiere su concurso y así vivificada la muerte en vez de destruirla, llevará ante su tumba el homenaje unánime de la posteridad.

¡Energía férrea, tenacidad gigantea de una raza que esclaviza entre el estupor de los siglos, el milagro!

Tal característica, marca huella perdurable en el sobresalto de la conquista y en el afán confuso de la colonización de América, por los representantes de la audacia, en tiempo de francas contradicciones.

Desde el momento mismo en que, comprometidos con el nauta revelador, hombres de España emprenden el ignorado rumbo de los mares misteriosos, ya se manifiesta en el rasgo de Martín Pinzón, la fuerte individualidad de la raza.

Altivos, en la hora de la protesta, flagelados por la incertidumbre, bastará la frase irónica del Almirante: "¿tenéis miedo españoles?" para que creciéndose en dignidad y en orgullo, los sediciosos vuelvan a ser los argonautas. ¡Y eran los orgullosos, desheredados hidalgüelos de la llanura castellana, obscuros marinos de la soleada Andalucía!...

Juan Bermejo (1) (no Rodrigo de Triana) monta guardia, avisorando entre las sombras el advenimiento de la promesa que ha de cumplirse; y cuando, respondiendo a la consigna su voz se eleva en la noche estremecedora anunciando ¡tierra!, la emoción del instante transforma al tripulante rudo, y amo y señor para sí de la empresa, su aviso hiende los aires con el mismo impulso del bíblico *¡Fiat Lux!*

Hernán Cortés desligándose de Diego Velázquez; Francisco

(1) *La Walhalla.* Juan Faustirah.

Pizarro olvidando en la hora de los beneficios a Almagro; el contemporizador Domingo Martínez de Irala, apoderándose por intermedio de los descontentos del mando de la incipiente colonia, en las fecundas selvas paraguayas, responden fielmente al genio de la raza.

La colonización comienza generalmente en esta forma: el aventurero que traiciona al aventurero.

Sobre esa base, delictuosa e insegura, se levanta una organización social que sufre las consecuencias de su origen durante la etapa colonial y aun en plena actividad republicana.

Al arrebato sedicioso, al golpe de fuerza, se aúna entre otros, un factor circunstancial, que grava con el peso lamentable de la intemperancia la naciente sociología indohispana.

La sombra del Medio-Evo, por contraposición, despierta en los espíritus la necesidad de una firme aspiración báculo providencial, que haga menos dolorosos los tanteos. Surge entonces la preocupación religiosa, como la fórmula salvadora; pero el dogma enardece las sociedades y por la fe—ahora incierta y sombría—el hombre reafirma el viejo concepto del poeta latino: *homo hominis lupus.*

Empalar, quemar, decuartizar en la plaza pública a heresiarcas o indeferentes, es obra que abre las puertas del cielo, según afirman graves doctores de la época.

Entre la voz del fanatismo y la gratitud nacional, entre la opinión del inquisidor y la manifiesta utilidad de ciertas vidas, no hay dudas posibles. Carlos IX de Francia, dará muerte desde los ventanales del Louvre, a la flor de sus capitanes. La creencia religiosa llega a ser acicate de barbarie: la ley cíclica de la humanidad se cumple encubierta con la blanca veste de la fe. Los que mataban a título de evitar profanaciones no eran ellos mismos sino profanadores. Jesús de Galilea continuaba siendo tan incomprendido como en la hora cruenta de su sacrificio.

Los conquistadores españoles llegan a América llevando en los ojos la visión del último hereje que vieron descuartizar en alguna grave ciudad de la Península Ibérica. En Francia, a pesar de "la orilla izquierda del Sena", Esteban de Borbón aprecia "que en general la carne humana al arder huele bien." No se puede condenar la impiedad en una época de obscurantismos. Pero lo

asombroso, lo que singulariza estos furores dogmáticos del español, es la nula religiosidad de los erigidos en vengadores. En ellos lo que no puede la convicción lo hace la influencia omnipotente de las circunstancias. Su vigorosa personalidad, exacerbada por el sedimento de fanatismo que dejó en el alma española la dominación árabe, depárale un frenético entusiasmo al cual es difícil encontrarle límites. Sobre todo, cuando se trata de sostener principios, desafiando el peligro sobre el arzón de guerra a tiros de arcabuz o bota de lanza.

En el gesto altisonante de Felipe II, titulándose "Campeón del Catolicismo", está sintetizado el concepto español del siglo en materia religiosa.

Ni el aventurero de América, ni el capitán que hace la guerra en Italia, ni el letrado severo, consentirán en ser "uno de tantos": para ellos será infantil la alabanza; para los infieles su implacabilidad será *única.*

He ahí una palabra prodigiosa para la actividad mental y material de la España, siglos XV, XVI y XVII.

Por ella el soldado de fina valona y rizoso bigote, encadenará la epopeya en la rota de Flandes; por ella, la espada de Francisco Pizarro traza la línea eterna que separa la reflexión y la audacia; por ella, Pedro de Valdivia se hace inmolar, a fuerza de temeridad, en las tierras bravías del Arauco.

Nacen las ciudades coloniales bajo el hálito místico del madero simbólico; sus reglamentos y sus problemas políticos estarán supeditados a las necesidades de la Iglesia. La liturgia absorbe el mayor tiempo del funcionario. El virrey o el gobernador, ostentando sedas y oros, preside las vistosas ceremonias religiosas con tal aire de altivez que se hace equívoca su presencia en dichos actos. Su mano finamente enguantada sostiene el mejor blandón de fina cera; su pasamanería roba la tranquilidad durante largo tiempo a los jóvenes hidalgos; las plumas de su sombrero o birrete cuidadosamente seleccionadas harán época.

En la tierra del inca épico, el Alférez mayor de la ciudad, tiene derecho a penetrar en las solemnidades de *Corpus Christi* hasta el mismo tabernáculo, sobre inquieto corcel, a rendirle homenaje al Humilde entre los humildes, ¡cubierto, con la frente en alto y sin echar pie a tierra! Si en la vida de la colonia la

fe abre rumbos, en su construcción reclama puesto preferente la conveniencia estratégica. El militarismo es en el conquistador: pasión y defensa.

La inquietud de lo inesperado turba el ambiente de la colonia. Detrás del monte que domina la ciudad el español advierte al indio vigilante; en el horizonte esbozan sus velámenes los barcos piratas. La posición estratégica sacrifica el ornato público; innumerables edificios quedan inconclusos para conjurar otro peligro: el golpe imprevisto del conquistador descontento.

La ciudad o la villa, no son las fuentes generosas de vitales energías derramándose por bosques y aldeas indígenas a enlazar nuevos factores para depurarlos en la actividad munífica de la civilización. Por el contrario, son aislados cercos, atalayas en vela, signáculos de fuerza, de cuyos senos brotará fácilmente la roja llamarada de la guerra y el relámpago cegador del heroísmo.

El amor a la vida militar, que ya florece en el español del siglo XV, se intensificará en este ambiente encendido. Al toque de somatén el leguleyo montará guardia junto al infante ungido por la gloria de cien combates.

¿De dónde puede nacer esta inclinación desmedida del hispano a la existencia azarosa de las armas? Acaso a siglos de rebeldías vividos por el ibero restaurador entre las serranías abruptas de Asturias, defendiéndose y exterminando a un tiempo mismo, el pálido hijo de las tierras africanas. Venga de donde viniere esa característica, lo cierto es que marca perdurable huella en las múltiples manifestaciones de la vida nacional española.

La moza del partido hurtará merecimientos al hombre denodado en la febril excitación de las barricadas.

Hasta los santos españoles—afirma Rufino Blanco Fombona—son personalmente dinámicos y combativos, o bien cuando deciden asociarse, gustan de organizarse al modo militar. Son de veras españoles. Son conquistadores. Son hermanos gemelos de Roger de Flor y de Hernán Cortés.

A ese llamado responden generalmente los pintores españoles de ese entonces. Valdos Leal, el implacable, presenta las cabezas que aureoló la santidad y el martirio, abatidas por la muerte, con la enérgica contracción en el rostro del soldado que cae entre

el fragor del combate vislumbrando el resplandor inusitado de la gloria. La cabeza de San Pablo, la de San Dionisio o la de San Juan Bautista, del terrible sevillano, encuandran bien a la gesta heroica de Pelayo o de Gonzalo de Córdoba.

Un loco afán turba la vida del conquistador: el hallazgo de tesoros fabulosos. Persiguiendo maravillas imaginadas, cruza inmensos territorios donde cada matorral es una emboscada y cada pantano es una tumba segura.

Las ordenanzas de la colonia tendrán casi siempre por verdadera finalidad, el acopio de riquezas que malgastan monarcas y validos. El gobierno sabe apropiarse con facilidad pasmosa de la mina próvida que el viejo cacique conservó en secreto; empero no sabrá erogar, ajenos de concebir un sabio plan económico; el futuro es para el español de entonces, una idea negativa, una ilusión vana; un presente sin fronteras consume sus mejores energías y sus más cálidos entusiasmos.

¡Contradicciones sorprendentes: el descubrimiento y la colonización con toda su secuela de derroches, dan base indirecta a la Ciencia Económica que rige los destinos de los Estados modernos!

Tratando de acrecentar riquezas, el Consejo de Indias pone cese a la libertad de comercio en los puertos de América, y ahoga en realidad con tal medida el prestigio económico que había alcanzado España. Nombrar: América en la corte de Castilla, es invocar la feerica lámpara de Aladino.

Y en cambio, ese aventurero que persigue ferozmente el oro, lo derrochará a manos llenas, sin pensar y sin cuenta. Su escarcela es pródiga como es pródiga en mandobles su espada.

Obsesión religiosa, apresto militar rayano en hosquedad, búsqueda incansable de riquezas, ponen vallas infranqueables entre el enviado del Imperio "donde el sol no se pone" y el indio despojado y errátil.

La sociología americana, todavía se resiente de esa falta de poder asimilatorio en el colonizador hispano, individualista por excelencia.

Pero, si esta modalidad, latente en esas tres manifestaciones, macula la futura actividad social de la América española; trae en cambio a nuestras tierras, lo que no llevó ni llevará nación con-

quistadora alguna a su suelo de conquista: el germen fecundo de la libertad en el fondo mismo de la organización política que nos depara.

Cada virreinato, cada región, cada villa, goza de relativa independencia, no por disposiciones escritas, sino por voluntad de quienes la gobiernan. El virrey de México, no cree que tiene siquiera prolongación racial en el dorado virreinato peruano, por ejemplo; las colonias *viven su vida,* hasta el extremo de que muchas veces, la figura del monarca español es algo distante y fantástico en quien hay que poner memoria sólo en la hora de la conveniencia personal. Las leyes de Indias o las Cédulas Reales son invocadas únicamente para discutir la posesión de encomiendas o los límites de los territorios cuya conquista preside el deseo en dos o más conquistadores.

España nos prepara a la libre determinación. Las municipalidades, en donde vibra el ansia renovadora de la época, vienen a ser entre nosotros, núcleos de las patrias futuras, forjadas en el vasto estremecimiento de los combates.

Cuando la verdad libertadora se cumple, sólo ha tenido que romper exteriores formalidades políticas. La conciencia española y el pensamiento americano, antes y después de Carabobo y Zacoalco, se confunden en estrecha y divina comunión.

El Concejo Municipal, representa, bajo la lasitud del coloniaje, el espíritu democrático clamando justicia ante las Cortes españolas por la vía indirecta de la Junta de Procuradores. El arrebato precursor de Francisco Miranda se incubó bajo el negro manto de rebeldes concejales.

La Municipalidad, prístino aspecto de la vida organizada en conjunto, recoge directamente, sin estados retardatorios, las palpitaciones del hombre y las urgencias de su prolongación: la familia. Una raza, individualista por esencia como la nuestra, el agregado social en el que puede más fácilmente dar notación de vida, es dentro de ese organismo que defienden los comuneros mártires de Castilla o los regidores impulsivos de América.

¿Qué nación conquistadora del siglo XVI, ofrece dentro del restiramiento propio del tiempo, ambiente propicio, campo fácil

a la implantación de altos ideales renovadores, como la acerbamente criticada España?

¿Inglaterra?... Un historiador galo va a responder por nosotros: "Como las colonias no producían ningún artículo precioso, el gobierno las tenía en poco y ni siquiera se tomó el trabajo de organizarlas sin dar nada en cambio."

¿Francia acaso?... La patria de Vercigentorix no se dió cuenta de lo que poseía en las tierras del Nuevo Mundo, para abrirle cauce a la civilización y en cambio las infamó destinándolas a tristes refugios de penados.

Grecia, madre de la sensación plástica, fué incapaz para crear con la presa de sus conquistas, colonias que desenvolvieran plenamente los máximos aspectos de la civilización helena. La cultura griega mantuvo su ritmo inconfundible bajo el cielo luminosamente azul que imploran en idílica impotencia los enhiestos picachos del Pindo y el Peloponeso.

Roma, sugestionada culturalmente por la Helade, no es más tarde hábil para vivificar en sus lejanas satrapías, con el ardoroso torrente de su savia, la caricatura de sus fastuosas costumbres.

Hay en la vida de estos pueblos, abismos entre la metrópoli y sus colonias. La nación conquistadora mantendrá culto al halago de su supremacía y gobernará *concediendo*. A España la salva la característica racial: el individualismo, y lo que en apariencia es una negación y un obstáculo: la arrogancia de ministros olímpicos y el desdén de encopetados virreyes, es precisamente afirmación rotunda de ese vigoroso rasgo.

La fuerza espiritual que España le trasmite a América con el hervor de las conspiraciones o en la rebeldía de las municipalidades, la abona hoy para lucir en el escenario del futuro como paladín invencible de la raza.

¡Ave fénix, la estirpe española, en el mismo sitio que la crítica histórica juzgó osario de sus glorias, se levantará para redimir de la ergástula a esa virgen, hoy tímida y pánfila que se llama la justicia de los pueblos del universo!...

En el pesado ambiente de la colonia todo conspira contra el sopor feudal. En el edicto que escribe el curial de pluma de pato se deslizarán furtivos relámpagos de libertad precoz; la mano

del estanciero que esgrime el látigo echará un puñado de simientes al surco: la literatura que llega tardíamente, la farsa improvisada en las grandes solemnidades tocarán fibras nuevas en el espíritu del criollo.

José Antequera prevee a "Ayacucho" en plena noche colonial y bendice la redención desde el cadalso; la linajuda limeña presiente a Policarpa entre los salones acolchados del virrey. Cuando criollos y mestizos se encuentran, bajan atemorizados la vista porque se adivinan en los ojos un resplandor desconocido. España arrulla con la canción de cuna del coloniaje el futuro milagro.

Sin darle a América los fundamentos de una sociología armónica, le donó en el momento de la gestación el germen de una delineada personalidad, aun cuando después tuviera por tal esfuerzo que reclinarse ella—¡madre dignificadora!—sobre el blando cabezal de las triunfales añoranzas.

La arquitectura colonial, comúnmente anodina, se refugia en la grave magnificencia de las mansiones señoriales y sobre todo en los templos. En esos inmensos portafolios del pensamiento español el elemento arquitectónico nato sufre la influencia del vasto ambiente americano. Hay grandiosidad de selva, atenaceante a fuerza de encendidas aromas; hay vértigos de cascadas, hay altiveces de montañas, en esos pórticos severos, en esas naves augustas, en donde la palabra de Dios vibra como el clarín anunciador del postrer día.

España inmortaliza en la piedra su connubio con la doncella fuerte, prodigio del trópico, a quien celan los mares tormentosos y los volcanes inextinguibles.

¿No tiene el intelectualismo representación alguna en el proceso del coloniaje?...

Sobre las ciudades hispanoamericanas, muy pronto esparcieron hálito de vida la Universidad, el Liceo, la Escuela, en donde la ciencia limitada del siglo y las letras, encuentran insignes cultores y hasta propicio desarrollo.

El estudiante rebelde de la Universidad de México sigue de bracero con el estudiante díscolo de Salamanca, la senda trillada por Tomás de Aquino y Alberto el Grande. La *Suma* con síntesis complicadas, aficiona a las cosas abstractas, y el *Arte Magna*

de Raimundo Lulio, continúa manejando a su antojo el pensamiento. La escolástica, "la ciencia de la escuela" no ausculta "el corazón profundo de la humanidad".

Sin embargo, de las aulas ensombrecidas por el auge de una cultura dogmática, salía con frecuencia el licenciado combativo que planta bandera de rebeldía contra el virrey y en ocasiones contra el propio monarca.

Por América pasa aureolada cohorte de ingenios españoles. Bernardo de Balbuena, el aedo fácil y vibrante cursa estudios en la Universidad de México; preside congregaciones en Jamaica; pone su cultura teológica al servicio del magno Concilio de Santo Domingo y entra a la paz eterna en la isla de Puerto Rico, cubierto con la púrpura del episcopado.

Gabriel de Téllez, cronista de la Orden Mercedaria, reside en la Primada de las Indias y en solemnidades de Nuestra Señora de la Merced, trova en la primera justa literaria celebrada en América, alcanzando para su cabeza tonsurada el gayo laurel de los eternos verdores.

Por desgracia, el indio fué desatendido culturalmente. Se nutrió de superstición y de odio y cedió al cabo, olvidado de todos, el halago letal de la degeneración.

Excepciones a esa fatal indiferencia, son los desvelos de la misión jesuita en el fondo de las selvas guraníes, cultivando la mente del indígena hosco y perfeccionando su innata facultad para los trabajos manuales; y la piedad infinita, el amor nazareno, el alegato interminable del que redime con su sacrificio lo que pueda caber de angustioso en la fiebre de la conquista: Bartolomé de las Casas.

¿Por qué los continuadores de Ignacio, extremaron con el indio, el recargo teológico, en vez de abonarle el espíritu, despertándole lentamente la emoción religiosa? Parodiemos al poeta: culpa del tiempo fué y no de ellos.

Opiniones críticas afirman: América ha perdido trescientos años a la sombra de España. Error inconcebible. Pese a los condenadores de la España colonizadora, la América de las gestas candentes; del cholo invencible y del llanero-centauro llega por el camino que abona la colonia, como ha de llegar más tarde la América de los supremos valores. Sólo que el beneficio tendrá siem-

pre que repartirse con la amargura; que el deseo y la impaciencia no son fuerzas que en consorcio prosperen; que la evolución no es saeta que va silbante y directa al blanco, sino corriente de agua tortuosa que se detiene a fecundar los ribazos.

Parpadeos políticos, caídas sociales, amargas intemperancias se las debemos, ciertamente, a los que vinieron a levantar entre las selvas americanas la sorpresa de los futuros siglos; pero en cambio: acerado individualismo, entusiasmo proteico, resistencia admirable a toda presión extraña, se lo debemos también al hidalgo empenachado, al misionero heroico, al letrado ambicioso.

España no erró su misión en las tierras de América. La fatalidad histórica, ley inexorable, preside la vida de los pueblos. Esa fatalidad tenía que pesar intensamente en la fuerte personalidad de la nación española ante el problema grandioso del singular milagro.

Fué: la lucha de la energía orgullosamente personal con la fuerza omniscante de la Naturaleza; lo excepcional del hombre contra la naturalidad de las cosas eternas; la audacia contra lo imprevisto; la incertidumbre contra la precisión, y en torno de todo esto, envolviéndolo en muralla de sombras, este responsable solapado, la época.

Don Quijote no faltó a su ideal ni ha manchado sus blasones.

Desde Sierra Morena, cubierto con la armadura de la fe, contempla el vasto escenario de su última andanza. Y en sus pupilas, que los siglos no enturbian, la luz del ensueño resplandece de improviso; ¿acaso descubre los molinos encantados; ve llegar tal vez los galeotos que aguardan su auxilio; aparece quizás su sin par señora? No; no es la fantasía lo que le excita; es que entre la bruma azul que envuelve el Continente americano ve acercarse hacia él, con los brazos abiertos en cálida ofrenda de amor, un caballero, lo mismo que él, armado, igual que él, altivo; sólo que su mano diestra en vez de la lanza sostiene un blanco banderín donde se leen estas palabras: ¡Pinchincha, Boyacá, Carabobo!...

ANGEL RAFAEL LAMARCHE.

El autor de este trabajo—leído en la Asociación Literaria *Plus Ultra*, de Santo Domingo, y hasta ahora inédito—, es un distinguido periodista y escritor dominicano, a cuya petición acordó el Ayuntamiento de dicha ciudad dar el nombre de José Martí a

una de las calles de la capital de la vecina República antillana; y es autor, asimismo, del proyecto, esbozado hace dos años, de celebrar un Congreso de la Juventud Iberoamericana, cuya reunión habría de efectuarse en La Habana. Ha sido Director de la revista *Crisantemos*, y redactor de las publicaciones tituladas *Renacimiento*, *Claridad* y *La Cuna de América*. Entre sus producciones merecen citarse una conferencia sobre *Rubén Darío, poeta hispanoamericanista*, un *Paralelo entre Núñez de Cáceres y Juan Pablo Duarte*, y otros varios; actualmente tiene en preparación dos libros: uno intitulado *Desde la torre de mi sinceridad* (colección de ensayos, crónicas y cuentos) y la novela *El hombre que no se encontró*. CUBA CONTEMPORÁNEA le da expresivas gracias por el envío de este trabajo, que inserta gustosamente en sus páginas.

REVISTAS EXTRANJERAS

KANT Y LA LIGA DE LAS NACIONES


A *Revue de Métaphysique et de Morale* dedica su número correspondiente a abril-junio últimos a conmemorar el segundo centenario del nacimiento de Kant. Forman el número cuatro notables trabajos acerca del gran pensador alemán, y son los siguientes: *L'idée critique et le système kantien,* por L. Brunschvicg; *L'experience interne chez Kant,* por J. Nabert; *Contributions a l'histoire de l'évolution philosophique de Kant,* por L. Robinson, y *Les origines kantiennes de la Société des nations,* por Th. Ruyssen.

Este último trabajo es particularmente interesante; el autor no estudia solamente el *Proyecto de paz perpetua,* que es el escrito de Kant que la mayor parte de los comentadores examinan al tratar de las ideas kantianas de paz universal, sino que encuentra la idea fundamental del *Proyecto* en otras publicaciones del ilustre filósofo, sobre todo en una disertación publicada en 1784, once años antes de que aquél viera la luz pública, y titulada *La idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolítico.* La doctrina que contiene esta disertación, en la que las ideas de Saint-Pierre y Rousseau aparecen en cada página, puede resumirse en lo siguiente: el fin del hombre, como el de toda criatura, es realizar por completo sus disposiciones naturales, y por poseer la razón está llamado por la naturaleza a un destino más alto que el del ser irracional. Este destino es tan elevado que él no puede realizarlo dentro de los límites estrechos de su existencia individual, por hallarse paralizado por las resistencias de su naturaleza sensible. La previsora naturaleza para arrancar al hombre del mecanismo del instinto y del estéril egoísmo, suscita entre los in-

dividuos antagonismos que a primera vista parecen comprometer a cada instante las conquistas de la civilización, pero que de hecho son un estímulo indispensable para el adelanto de ella. Las luchas del hombre lo obligan a agruparse en "sociedad civil" y colocar así la libertad humana bajo la tutela de un derecho común para todos. Pero la sociedad civil, a su vez se ve amenazada por los conflictos inter-sociales; la guerra compromete al mismo tiempo la libertad interior de los Estados y la seguridad de las relaciones de pueblo a pueblo, de donde resulta evidentemente que la guerra, lo mismo que los conflictos entre individuos, no puede ser dominada sino por el reconocimiento de un derecho común que sería una abstracción vana si no se incorporara en una sociedad civil general; así el sér razonable es conducido inevitablemente a dominar el estado de naturaleza, que es el estado de guerra, para organizar la paz sobre la base de un derecho universal. Reproduzcamos las mismas palabras del gran pensador:

La naturaleza se aprovecha de la insociabilidad de los hombres y hasta de las grandes sociedades y cuerpos políticos creados por los humanos para descubrir en los antagonismos inevitables que surgen entre estos últimos, el medio de realizar un estado de quietud y seguridad; en otros términos, por medio de las guerras, por las miserias que el estado bélico origina, la naturaleza impulsa a los hombres a tentativas, al principio imperfectas, y, después de las destrucciones innumerables y del agotamiento de todas sus fuerzas internas, los obliga al fin que la razón hubiera podido asegurarles sin necesidad de lograrlo con experiencias tan funestas, y este fin es salir del estado anárquico y entrar en una sociedad de los pueblos [*Völkerbund*], donde cada Estado, hasta el más pequeño, ve sus derechos y su seguridad garantizados no por su poder o por su jurisdicción propia, sino por la *sociedad de las naciones,* es decir, por el poder general y por las decisiones tomadas en virtud de la legislación común de los Estados asociados. Por quimérica que esta idea pueda aparecer, ofrece la única solución posible a los males que se infligen los hombres mutuamente. Los Estados se verían obligados entonces a hacer lo que al salvaje también le repugna tanto, que es abandonar una libertad que es la del bruto y buscar la quietud y la seguridad en una constitución de naturaleza jurídica.

Hay que citar esta página memorable, no obstante lo pesado de su exposición, pues en la literatura filosófica es la primera vez

en que aparece la idea precisa de la Liga de las Naciones en su espíritu y en su expresión literal. El resto de la disertación no es menos notable, porque sitúa ya a la Liga en la perspectiva de la filosofía de la historia. Esa sociedad de las naciones, esa "constitución de una sociedad civil administrando el derecho universalmente", aparecía a los ojos de Kant nada menos que como la última actividad del "plan secreto de la naturaleza". En el sentir del gran filósofo hacia tal constitución la humanidad avanza, aguijoneada por la guerra que la obliga a ansiar la paz; la curva sinuosa del progreso se eleva de tal modo con dirección a este ideal, que cada recaída es una lección fecunda y un punto de partida de un nuevo avance.

Antes de examinar el *Proyecto de paz perpetua,* el autor del estudio que analizo, trata de otros escritos de Kant en el período de la vida del filósofo en que más constantemente le preocupaba el problema del progreso y del último destino de la humanidad. Desde 1785 Kant refuta vigorosamente la tesis desarrollada por Herder en sus *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad.* Herder, nutrido de Leibnitz y Spinoza, ve en el progreso el desarrollo de potencias naturales. Kant, al contrario, sostiene con energía que el hombre como "sujeto moral", puede considerarse como "un imperio en un imperio". Sin duda para el entendmiento los actos humanos son determinados a título de sucesos históricos, pero desde el unto de vista crítico, son *fenómenos de la libertad,* y toman una significación en el conjunto del destino humano. Si el individuo no es capaz de introducir un acto libre en la trama de acontecimientos determinados, la especie, por lo menos, puede desarrollarse en el sentido del ideal prescrito por la razón, y dirigirse de la anarquía política hacia el orden de la ley que gradualmente la emancipa.

En 1790, Kant publica la *Crítica del juicio:* la conclusión de esta obra es precisamente dar un sentido a la actividad humana en el conjunto de la naturaleza. Si, en efecto, el mecanismo sólo da cuenta de fenómenos físicos, si en el orden de la vida la consideración de finalidad no puede aplicarse por el "juicio reflexivo" sino como "principio regulador", no es lo mismo en el orden humano. El hombre, solamente, por ser un agente moral, puede ser considerado como un *fin de la naturaleza,* pero no siguiendo

a Rousseau cuando atribuye a ésta la función de realizar la "dicha" de la humanidad. Nada repugna más a Kant que este optimismo naturalista; su optimismo es positivo. El hombre, libre y responsable, puede en cierta medida, libertarse de la ley natural, puesto que puede asignar a sus acciones fines inteligibles. Este conjunto de fines inteligibles forma la "cultura", que Kant definía como "el desarrollo de la aptitud de un ser razonable a proponerse fines libres", y como la cultura no es posible sino en la vida social que sustrae al hombre de las garras deprimentes de la necesidad, se puede legítimamente considerar como el fin último de toda civilización, el constituir una sociedad universal que eliminaría definitivamente la guerra.

En 1795 apareció al fin el *Proyecto de paz perpetua.* Francia y Prusia acababan de firmar la paz de Basilea, que Kant saludó con júbilo. El filósofo creyó los tiempos ya maduros para el surgimiento de grandes cosas, y ya septuagenario, redactó en su *Proyecto* la carta casi diplomática de la paz universal. Los seis artículos preliminares formulan conclusiones puramente políticas, pero los tres "artículos definitivos" presentan un interés más general. Están formulados así:

1º La constitución civil de cada Estado debe ser republicana.

2º El Derecho de gentes debe estar fundado sobre una federación de Estados libres.

3º El derecho cosmopolítico debe limitarse a las condiciones de una hospitalidad universal.

No es inútil insistir sobre la relación que entre ellas guardan estas tres condiciones. Rousseau había opuesto a las *rêveries* del abate Saint-Pierre, el egoísmo de los "príncipes" orgullosos de su soberanía, y expresado que solamente una "revolución" podría asentar la paz sobre una base jurídica. Las revoluciones aparecen: las colonias inglesas de América se libertan y Kant, ante el suceso, ve en él una primera expresión, según sus mismas frases, "de la idea de un derecho público que permita a los pueblos resolver sus diferencias como en los tribunales se resuelven los procesos civiles, y no, como salvajes, por el medio bárbaro de la guerra." La Revolución francesa, al abatir los principios monárquicos, pareció dar lugar a la posibilidad de la paz, porque el

Poder Legislativo que decide la guerra queda separado en los Estados republicanos del Poder Ejecutivo; los ciudadanos que sufren tanto por la guerra exigirán que se economicen su sangre y sus recursos.

El segundo de los "artículos definitivos" enuncia propiamente el principio de la Liga de las Naciones que Kant llama otra vez *Völkerbund.* En su explicación de este artículo el filósifo niega que desee absorber todos los pueblos por un Estado único; él concibe más bien una "federación" de la cual formaría el primer núcleo un Estado republicano "culto y poderoso", y a la cual se agregarían libremente los pueblos ansiosos de abrigar sus libertades bajo la garantía de un derecho común.

El artículo tercero completa el segundo, especificando los límites del derecho interno y del internacional. Cada pueblo debe ser dueño de su vida interior, y no podrá exigir otra cosa que el respeto debido a sus ciudadanos que recorran el territorio de los demás pueblos. Este bosquejo de federación general quizás aparezca poco detallado: nada vemos en él de los diferentes poderes que se repartirían las funciones esenciales del Estado universal, nada de las fuentes de donde emanarían las leyes, nada sobre el órgano de la justicia internacional, nada sobre el cumplimiento de los fallos. Estas omisiones no deben sorprender a quien haya seguido el proceso del pensamiento de Kant, y si observamos las etapas que ha recorrido, vemos que para él la evolución del derecho ha atravesado ya dos fases: derecho público especial a cada Estado *(Staatsrecht)* y derecho internacional *(Völkerrecht),* pero concibe otra tercera más allá de la cual ningún progreso es concebible y que es el derecho cosmopolítico *(Weltbürgerlisches Recht.)* Si este resultado final del derecho es posible, como la razón práctica ordena creerlo, se realizaría por una simple prolongación de las dos primeras fases. El derecho particular de los Estados, y en cierta medida, el derecho internacional, nos enseña cuáles son los procedimientos que hay que seguir para definir el derecho universal, hacerlo ejecutar y tomar las medidas convenientes si es violado.

A Kant le preocupa más que la constitución de la *cité* universal, la constitución interna de los Estados asociados, la cual debe ser "republicana". Esta es, sin duda, la idea principal de

su sistema político. Kant ha aprendido de Rousseau que los monarcas forman el obstáculo más grande para la paz, y él, a pesar de ser súbdito de un rey prusiano, denuncia sin vacilación alguna la ligereza con que los reyes declaran la guerra "por motivos insignificantes y como si fueran a una partida de placer". La república, es en principio la constitución ideal porque es "la única que emana de la idea misma del contrato original", es decir, de un libre acuerdo de hombres iguales e independientes. Kant, sin embargo, hace la distinción entre democracia y república; por democracia entiende el gobierno directo del pueblo por él mismo, tal como lo han practicado los griegos y este régimen lo apreciaba como el peor de los despotismos. Lo que caracteriza esencialmente la república en primer lugar es el régimen representativo, y en segundo, la estricta separación de los poderes Legislativo y Ejecutivo. Sobre este modelo, el gran pensador hubiera concebido la constitución de la federación universal si hubiera desarrollado más completamente su plan de paz perpetua; sin interpretar estrecha y caprichosamente el texto del *Proyecto de paz* podemos definir la Sociedad de las Naciones imaginada por Kant, de este modo: una federación republicana de repúblicas nacionales.

En la *Doctrina del Derecho* publicada por Kant dos años después del *Proyecto,* se ocupa igualmente en este alto ideal de constitución universal, y esto desvirtúa la opinión de ciertos críticos que no han querido ver en el *Proyecto de paz perpetua* otra cosa que una fantasía senil que podría sin gran pérdida separarse del resto de la obra del gran filósofo. Si el *Proyecto* no fuera más que una especie de novela filosófica o una utopia consciente, no hubiera reservado un capítulo especial en la *Doctrina del Derecho,* al derecho cosmopolítico *(Weltbürgerrecht),* ni hubiera escrito en las líneas finales de la obra: "La fundación de una paz universal y durable constituye no solamente una parte, sino el fin definitivo del derecho en los límites de la razón pura."

LUCIANO DE ACEVEDO.

BIBLIOGRAFIA (*)

D. Pasquet. HISTOIRE POLITIQUE ET SOCIALE DU PEUPLE AMERICAIN. Tome I. Des origines a 1825 (Ouvrage illustré de 25 gravures et cartes). Paris. Auguste Picard, Éditeur. 82, rue Bonaparte. 1924. 8º, X + 410 p.

La Casa Editorial de Augusto Picard, en París, que tan excelentes obras didácticas y de fondo acostumbra dar a conocer, nos envía el tomo I de un resumen de Historia de los Estados Unidos, que hace pocos meses editó en esa ciudad el conocido publicista francés D. Pasquet, agregado de Historia y doctor en letras de la Universidad de París.

Para muchos hispanoamericanos, más versados en el conocimiento de la lengua de Moliére que en el idioma de Shakespeare, la obra del profesor Pasquet ha de ser de gran utilidad práctica para estudiar, no al pueblo americano en conjunto—que como es sabido comprende los dos Continentes de América—, sino a los Estados Unidos del Norte, cuyo desenvolvimiento político y social es el que analiza el competente historiador francés en su último libro.

La llamada Gran Guerra, que durante más de cuatro años asoló y llenó de muertos e inválidos a Europa, ha producido, en medio de sus horrores, un gran beneficio: ha despertado el sentimiento de la curiosidad entre los pueblos de distinto origen, y el deseo, cada día más intenso, de conocerse los unos a los otros. De ahí, la publicación de numerosos libros de Historia.

Como dice acertadamente M. Pasquet en el Prefacio de su obra: "Esta es la primera vez, en la historia del mundo, que los hombres han visto, en el transcurso de algunas generaciones, aparecer, por así decirlo, bajo su mirada, una nación nueva. En tanto que el origen de los otros pueblos se pierde en la obscuridad de las antiguas

(*) En esta sección serán siempre analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que se nos envíe un ejemplar, sólo tendrá derecho el remitente a que se haga la correspondiente inscripción bibliográfica. CUBA CONTEMPORÁNEA se reserva el derecho de emitir opinión acerca de toda obra, nacional o extranjera, que por su importancia merezca ser criticada.

edades, el nacimiento de éste [los Estados Unidos] se produce por completo en pleno día de la Historia. Y desde el instante en que se dieron los primeros hachazos por los colonos de Jamestown o los peregrinos de Plymouth, hemos podido seguir, paso a paso, el crecimiento de este pueblo desde el Atlántico hasta el Pacífico."

En el primer capítulo de su libro, que titula *El bosque y los indios*, M. Pasquet estudia detenidamente el aspecto que presentaba la región de América en la cual desembarcaron los primeros colonos ingleses, y las terribles luchas que sostuvieron contra la selva y sus fieros moradores; se ocupa después en las primeras exploraciones realizadas en esta parte del Continente por los ingleses, franceses y españoles, para referirse más luego a la sucesiva fundación y colonización de Virginia, Maryland, la llamada Nueva Inglaterra, las colonias centrales: New York, New Jersey, Pennsylvania y Delaware, para terminar con las Carolinas y Georgia.

En el capítulo VII, hace un concienzudo trabajo sobre los habitantes de las trece colonias durante los siglos XVII y XVIII, para llegar en el capítulo siguiente a la exposición de la rivalidad colonial entre Inglaterra y Francia—alentada por España—, y las costosas y sangrientas guerras que estallaron entre estas naciones por la supremacía en el Nuevo Mundo.

El capítulo IX lo dedica a exponer el estado político y social en que se encontraban las colonias antes de la Revolución, para hacer en el siguiente una acabada relación de la enconada lucha que sostuvieron aquéllas contra la dominación y el poderío de Inglaterra, guerra de independencia que culminó con el triunfo de los norteamericanos.

En los capítulos subsiguientes XI, XII y XIII se estudian el llamado período crítico y la Constitución; la prolongada lucha política entre federalistas y republicanos, y la guerra de 1812, que consolidó, por la victoria obtenida sobre Inglaterra, la independencia y soberanía de los Estados Unidos.

En los dos últimos capítulos del tomo, se hace un examen muy detallado de la expansión del llamado "Far West", de la Presidencia de Monroe y de la doctrina conocida por este nombre—que el autor francés trata de manera amplia y discreta—, y del desarrollo comercial e industrial iniciado a partir de la terminación de la guerra de 1812, en virtud de la libertad de los mares obtenida por los Estados Unidos.

Al final del volumen, se encuentran una copiosa bibliografía, mapas y planos antiguos, de gran utilidad para el estudiante.

La primera parte de esta obra—que nos hace esperar con impaciencia el siguiente tomo—, se distingue por su claridad, buena documentación y, sobre todo, por el espíritu de imparcialidad que mantiene el autor en todo el curso de su exposición.

JULIO VILLOLDO.

Jean Royère. Bibliothèque du Herisson. POÉSIES. (Eurythmies, Sœur de Narcise Nue. Par la Lumière Peints... Quiétude) Amiens. Librairie Edgar Malfère. 7, rue Delambre, 7. 1924. 12º, 191 p.

Jean Royère, que desde 1919, luego de sus valiosos estudios "mallarmeanos" había enmudecido, recoge ahora, en un solo libro, la labor poética de un cuarto de siglo.

La larga senda recorrida por el poeta, permite la ponderación cuidadosa de las transformaciones sufridas en su obra lírica, Quizás sea Royère, entre todos los poetas de su época, el que menos variantes fundamentales deja ver en su larga carrera literaria. Poco sensible a tendencias novísimas, y refractario por temperamento a todo radicalismo estético, ofrece su labor una permanente unidad de caracteres pocas veces observada. Él mismo ha expresado esta circunstancia, cuando afirmó que "la unidad interior es necesaria al lirismo" y al decir más tarde que "su amor ignora lo que ha afectado a otros poetas" y que "su verso, no es moderno por el contenido".

Sin embargo de esta unidad fundamental, y de esta manera única de ver la naturaleza y la vida, se pueden notar en la obra de Royère ciertas variantes, que son como tonalidades de un mismo paisaje. Así, en sus primeros ensayos líricos (1902) es predominante una interpretación directa y pudiéramos decir simplista, de la Naturaleza; en el espectáculo exterior sorprende el poeta visiones concordes con sus estados de ánimo, y es por lo común la impresión exterior, pretexto para sintetizar en un pequeño poema de *Eurythmies* (su primer libro) un intenso momento anímico.

Más tarde, su poesía se "humaniza", entran en su obra nuevas notas que la hacen más movida, sin quitarle intensidad y emoción y sin dejar de ser la naturaleza el fondo perenne de sus cuadros líricos. Hay en sus dos libros posteriores a *Eurythmies—Sœur de Narcise nue* y *Par la Lumière peints...*—, más atrevimiento en los giros y más novedad en los temas elegidos (Pasteur, Narcisse réve).

En su último libro, *Quietude,* la inspiración se hace más pura, a pesar de la pompa de algunos poemas. "Yo me oriento—dice Royère en el proemio de este libro—cada día más, hacia la expresión pura, en la creencia de que la poesía es en sí misma, una verdad." Y lo logra el poeta en cantos tan bellos como *Lumière, sceau natal.*

Es, en fin, este libro-resumen de la obra de Royère, que ahora nos ofrece la "Biblioteca de Hérisson", un breviario de inspiración robusta y de generosa orientación en que es la poesía, una "fuga hacia la beatitud", como expresa el propio poeta provenzal.

JUAN MARINEL-LO.

Antonio L. Valverde. LA MUERTE DEL PADRE VARELA. Documentos Inéditos... La Habana. Imp. El Siglo XX. 8º, 107 p., 17 grabados.

No hace un año todavía que el doctor Antonio L. Valverde enriqueció la bibliografía cubana con su importante y erudito *Elogio del Lic. José de Armas (Justo de Lara)*, que escribiera por encargo de la Academia de la Historia, de la cual es miembro de número, y ya nos ha dado otro nuevo libro cuyo título encabeza estas líneas, demostrándonos con ello su reconocida laboriosidad al par que su entusiasmo y empeño por honrar y enaltecer a las grandes figuras de nuestra patria.

Todo lo que se refiere a la vida del Padre Varela tiene interés para los cubanos, interés que aumenta cuando, como en el presente caso, se traen nuevos documentos para el estudio de tan excelso patricio. Y aunque lo fundamental se ha dicho por José Ignacio Rodríguez en *Vida del Pbro. Don Félix Varela*, sin embargo, los papeles que publica el doctor Valverde son de verdadera importancia, por cuanto que unos aclaran y rectifican errores cometidos por los biógrafos de aquél; otros plantean problemas que el propio coleccionador no ha podido resolver por falta de datos; y algunos revelan—causa pena decirlo—el abandono y olvido en que los cubanos tenían a su compatriota, a quien enviaron tardíamente auxilios pecuniarios que, al no servir para mejorar al enfermo, se emplearon en honrarlo *después de muerto;* y también el poco cuidado y caridad que tuvo con él su compañero de sacerdocio, Padre Edmundo Aubril, el cual, si es verdad que le dió asilo, no lo atendió debidamente; pues desprovisto de todo lo encontró Lorenzo de Allo al visitarlo en diciembre de 1852. La carta que éste escribió a La Habana, a un discípulo de Varela, conmueve por la descripción que hace del estado de gravedad y de desamparo y pobreza en que halló a su maestro.

Dos puntos principales destácanse, a nuestro juicio, entre los que tratan los documentos que contiene el libro que examinamos: el relativo a la defunción y el entierro del Padre Varela, y el que se contrae a la leyenda inscripta en la losa que cubre su sepulcro en San Agustín, Florida.

El autor dilucida cumplidamente este último punto con la carta que publica del actual párroco de San Agustín, Padre J. Nunan, en la que éste copia la inscripción grabada en la losa; siendo de lamentar que en el facsímile de la piedra que ilustra la página 60 del libro, bien por defecto de estereotipia, bien por deficiencias de la fotografía, no pueda leerse la inscripción puesta en ella; porque, sin duda, éste sería el documento indubitable para probar tal extremo. En cambio, el primer particular, que hubiéramos querido verlo aclarado, por ser el de mayor importancia, lo deja el autor sin resolver por haber abandonado la investigación antes de tiempo.

José María Casal, que llegó a San Agustín el día 3 de marzo de 1853, refiere en carta del día 5, que Varela murió el 25 del mes anterior, y apoya su dicho en lo que le contaron en aquella ciudad el mismo día que desembarcó. En el registro parroquial de allí—cuyo curato desempeñaba el Padre Aubril—, el mismo que asistió a Varela en sus últimos momentos y anotó la fecha de su defunción—consta que ésta ocurrió el día antes indicado (25 de febrero), que es la que aparece grabada en la losa sepulcral y se imprimió en la cubierta y portada del folleto de Charleston, editado, como se sabe, en abril del propio año. Pero el Padre S. Sheridan, al escribir en 26 de marzo de 1853 a la Archidiócesis de Nueva York, dice que Varela falleció el 18 de febrero y que lo enterraron el 25, siete días después.

El primero que advirtió tal disparidad de fechas fué José Ignacio Rodríguez, quien, sin dar razones ni traer nuevos elementos probatorios, se decide por la del Padre Sheridan, rectificando así, de manera tan ligera, la que hasta entonces teníase por cierta.

Encontramos atinada la crítica que hace el doctor Valverde a Rodríguez; porque éste no debió, sin previa investigación, rechazar una fecha y aceptar otra. ¿Por qué le dió crédito absoluto al dicho de Sheridan y descartó completamente el de Casal? ¿Por qué no tomó en cuenta la inscripción de la losa y lo impreso en la cubierta y en la portada del folleto de Charleston? Él no lo dice. Pero como hace notar muy bien el doctor Valverde, si es verdad que Rodríguez no explica el motivo de su elección, silencia, en cambio, la fecha que aparece en el citado folleto y la que el propio Casal fija en los apuntes que le envió describiendo la muerte de Varela, los cuales aprovechó aquél para su obra.

El doctor Valverde, que ha examinado y hecho el análisis de los documentos relativos a la defunción del autor de *Cartas a Elpidio* y obtenido del párroco de San Agustín tan valiosos datos e informes, ha demostrado en este caso impaciencia al abandonar la investigación cuando todavía era posible averiguar la fecha del fallecimiento.

Después de haber leído el libro del doctor Valverde no quedamos conformes con que nos dejara en la duda sobre el hecho antes mencionado; porque ¿cómo no ha de ser posible—pensábamos—fijar el día de un acaecimiento tan cercano a nosotros y de alguna significación, ocurrido en una ciudad culta y civilizada? Algún periódico tenía que haber en aquella fecha en San Agustín, y en él debió publicarse la noticia, por lo menos, de la muerte de Varela. Y aquí, en La Habana, ¿no se habría dado cuenta del hecho en los diarios de la época? En efecto; comenzando la investigación por los periódicos de esta capital, encontramos en el *Diario de la Marina* (segunda plana), correspondiente al día 11 de marzo de 1853, la siguiente nota necrológica:

"MUERTE DEL PADTE VARELA. El *Republican* de Savannah del 3 del actual contiene la noticia que traducimos a continuación:=Según vemos en el *Ancient City* de San Agustín (Florida) el Muy Reverendo Félix

Varela, prelado distinguido de la Iglesia Católica romana, falleció en esa ciudad el día 25 del pasado."

Averiguada la existencia del *Ancient City* de San Agustín, y de que en él se dió la noticia del fallecimiento de Varela, la investigación posterior en las bibliotecas de aquella ciudad o en las de Nueva York o Washington, podrá dar con la colección de dicho periódico y obtener entonces la reproducción fotográfica de la nota necrológica en él publicada.

De todos modos, la traducción que inserta el *Diario de la Marina,* debe aceptarse como verdadera; y al coincidir la fecha del fallecimiento de Varela que en ella se da, con la que señala Casal y consta inscripta en el registro parroquial de San Agustín, en la piedra sepulcral y en el folleto de Charleston, tenemos ya elementos bastantes para decidir que Varela murió el día 25 de febrero de 1853, y no el 18 como dice Sheridan y quiere Rodríguez.

La primera observación que puede hacerse al dicho de Sheridan es la de que 7 días son muchos días para que quedara insepulto el cadáver de nuestro compatriota, no constando, como no consta, que lo hubieran embalsamado. Pero Rodríguez se adelantó a decir, para desvanecer la extrañeza que habría de causar en Cuba la noticia, que en los Estados Unidos de América era costumbre dejar expuestos los cadáveres por varios días. No obstante, si se tiene en cuenta que aunque la defunción ocurrió en invierno, San Agustín está al Sur de los Estados Unidos donde la temperatura no baja tanto como en el Norte; que el difunto no tenía allí ninguna persona allegada y verdaderamente doliente que deseara estar junto e él el mayor tiempo posible; y que Varela se encontraba en aquella ciudad desde hacía poco tiempo, relativamente, *adonde había ido por su grave estado de salud,* y allí vivió oculto, abandonado, con extremada pobreza—lo que hace pensar que no tenía significación bastante para que se le tributara tal honor después de muerto—; podemos conjeturar que no lo tuvieron insepulto tantos días, como se deduce de la carta de Sheridan, sino que lo enterraron a las 24 o 48 horas de haber fallecido.

Casal en su primera carta ya citada, de 5 de marzo de 1853, dice que Varela dejó de existir el día 25 "y fué sepultado el 26"; y si es cierto que en un documento escrito por él en La Habana, mucho tiempo después (los apuntes que envió a Rodríguez y éste aprovechó para su obra), consignó otras dos fechas del entierro (27 y 28 de febrero)—lo que hace suponer que las dió a la memoria—, no por ello pierde crédito lo que manifestó en la carta; antes al contrario, dadas las circunstancias desfavorables en que fué escrito el segundo documento, debemos tener como más ajustada a la verdad las fechas que puso en aquélla, por haberla escrito en San Agustín a los dos días de su llegada a dicha ciudad. Este particular, de importancia secundaria, no creemos que sea difícil de aclarar consultando el registro de enterramientos—si lo hubo y existe—del cementerio

católico de San Agustín, o los periódicos de aquella fecha que se publicaban en la referida ciudad.

La carta de Sheridan, por las razones expuestas, es el documento que merece menos crédito; siendo admisible la hipótesis que nos da el doctor Valverde de que fué escrita en fecha muy posterior a la en ella indicada; pues de otro modo no tiene explicación el error en que incurrió al escribir que Varela falleció el 18 y fué enterrado el 25, o "ayer", como dice la carta aludida.

Tenemos ya tres fuentes de información que coinciden en que Varela falleció el día 25; y todas del propio lugar en que acaeció el hecho: la inscripción en el registro parroquial, la carta de Casal y el periódico *Ancient City;* que están reforzadas por la inscripción de la lápida que cubre el sepulcro y lo impreso en la portada y cubierta del folleto de Charleston.

Queda sólo el Padre Sheridan sosteniendo que la defunción fué el 18 y el sepelio el 25; porque el asiento hecho en la Archidiócesis de Nueva York se llevó a cabo con vista de la carta de Sheridan, que es la misma que sirvió a Rodríguez para rectificar a Casal.

Al doctor Valverde, que ha estado en relación con el párroco de San Agustín, Padre J. Nunan, le será fácil obtener de él informes sobre la existencia del *Ancien City* o de algún otro periódico de aquella ciudad, relativos a la muerte y el sepelio del eximio filósofo habanero.

FRANCISCO G. DEL VALLE.

Florian. MÉMOIRES D'UN JEUNE ESPAGNOL. Editions Bossard. Paris. 1923. 8º, 286 p. Con retrato del autor.

Adam Mickiewicz. CHEFS-D'ŒUVRE POÉTIQUES. Traducidas al francés por el autor y su hijo. Editions Bossard. Paris. 1924. 8º, 446 p.

Antonio Moreno y Oviedo. DESPUÉS DEL NAUFRAGIO. Editorial "Cultura". México, D. F. 1923. 8º, 146 p.

Alexandre Kouprine. LA FOSSE AUX FILLES (Novela). Traducción francesa del ruso por Henri Mongault y L. Desormonts (Éditions Bossard) 1924. 8º, 386 p.

A. Ostria Gutiérrez. ROSARIO DE LEYENDAS. Prólogo de Alfonso Reyes. Librería de Alejandro Pueyo. Madrid. 1924. 8º, 198 p.

NOTAS EDITORIALES

LA CUESTACION PUBLICA PARA LOS BUSTOS DE SANGUILY Y VARONA

A $ 1,264.68 asciende, hasta la fecha, el total de la recaudación obtenida por el Comité encargado de llevar a la práctica el loable propósito de erigir, en esta capital, los bustos en bronce de los eximios patricios Manuel Sanguily y Enrique José Varona, a quienes por inciativa de la juventud cubana se ha de rendir, dentro de un breve lapso, el homenaje proyectado y ya en vías de ejecución.

En la imposibilidad de insertar en estas páginas la relación completa de los primeros contribuyentes, por resultar demasiado extensa, es justo dejar consignado que como principales donantes figuran en dicha relación los siguientes nombres y cantidades: Sra. Carmela Nieto viuda de Herrera $ 50.00; Ldo. José Cabarroca y Horta $ 50.00; *Asociación Pedagógica* $ 100.00; Dr. Gonzalo Aróstegui $ 25.00; Ldo. Alfredo Zayas y Alfonso $ 100.00; Dr. Ricardo Dolz y Arango $ 50.00; Sra. María A. de Aróstegui $ 100.00; *Diario de la Marina* $ 100.00; Dr. Lorenzo de Erbiti $ 10.00; Dr. Santiago Verdeja $ 25.00; *El Liceo,* de Camagüey, $ 100.00; Sociedad Popular *Santa Cecilia,* de la misma ciudad, $ 61.00; Dr. Biosca y amigos $ 101.00; Colegio *San Francisco de Paula,* de La Habana, $31.85; *Colegio del Sagrado Corazón,* del Cerro, $ 15.00; Dr. Juan de Dios Romero y familia, $ 100.00; Dr. Cosme de la Torriente, $ 50.00; CUBA CONTEMPORÁNEA, $ 25.00; y con cantidades que oscilan entre $ 8.00 y $ 3.00 los Sres. José R. Franco, Federico Edelmann, José Durán, Dr. Santiago Gutiérrez de Celis, Ldo. Wenceslao Gálvez, Dr. Ramiro Guerra, José

M. Pardiñas, Dra. Guillermina Portela, los Grupos Normalistas 2º, 3º, 4º y adjuntos, José E. Smith, Dr. Francisco G. del Valle, el Club *Atenas,* Sra. Sissy Durland de Giberga, Dr. Ovidio Giberga, el Colegio *La Salle,* del Vedado, el Colegio *Mercedes Ballenilla,* Dr. Alfonso Betancourt, Dr. Andrés Segura Cabrera, Dr. Enrique Anglada, Dra. Julia Martínez, Dr. José M. Collantes, Leopoldo Romañach, las Escuelas Pías de Guanabacoa, y el Dr. Silvestre Anglada, siendo numerosos los contribuyentes cuyos donativos son de $2.00 o $ 1.00.

CUBA CONTEMPORÁNEA se complace en dar cuenta del resultado que va obteniendo la colecta pública iniciada hace pocos meses con el fin de honrar a dos de las más altas cumbres de la intelectualidad cubana, y espera que no ha de tardar el momento en que podamos ver erigidos, en sitios céntricos de esta capital, los bustos de ambos insignes ciudadanos, cuya actuación patriótica debe señalarse como un ejemplo digno de imitación a las generaciones de lo porvenir.

SENSACIONAL DESCUBRIMIENTO DEL DOCTOR MARIO DI MARTINO-FUSCO

Como un suceso extraordinario, tanto desde el punto de vista literario como del histórico, ha sido considerado en Europa el hallazgo hecho por el sabio y joven profesor de la Universidad de Nápoles, Dr. Mario di Martino-Fusco, de 107 libros nuevos y desconocidos de Tito Livio, el más grande literato e historiador de su tiempo.

El descubrimiento fué hecho hace más de un año, pero el doctor Martino-Fusco quiso guardar absoluta reserva, porque creyó que en ese tiempo podría tener transcriptos y traducidos dichos documentos, cálculo que le falló a causa de las dificultades que ha tenido para traducirlos. Pero no fué el descubridor quien dió la noticia al público, sino un amigo y colaborador suyo, redactor junto con el maestro napolitano, de la revista *Museon.* Quiso anotar el amigo el descubrimiento para dejar constancia del hecho; mas escogió las páginas de la revista mencionada con el

propósito de que no trascendiera al público, dado que la misma circula entre un reducido número de personas especializadas en los estudios paleográficos. A pesar de esto, los periódicos de Londres, de Roma y los de Francia divulgaron el acontecimiento, al principio con ciertas reservas, para evitar ser sorprendidos, más tarde dándole toda la significación que el hecho tiene y considerándolo cierto, dadas la reputación, sapiencia y seriedad que concurren en el descubridor, al cual la historia debe más de un famoso hallazgo, como el relacionado con la fundación de la Universidad de Nápoles.

No se sabe aún, fijamente, el lugar donde encontró el doctor Martino-Fusco los famosos documentos, porque este particular él lo silencia; dedúcese, sin embargo, por las noticias que ha dado, que en un medio conventual es donde han podido copiarse tales obras, y, a ese efecto, recuerda las fundaciones monásticas hechas en el siglo V por Casiodoro, en Nápoles, Calabria, los Abruzos y Sicilia, y las prácticas o trabajos a los cuales se dedicaban habitualmente los monjes de esa época. Los caracteres de la escritura uncial (compuesta toda de mayúsculas) empleada en los manuscritos aludidos, revelan que fueron copiados en los siglos V o VI, por ser esa la usada en los conventos mencionados y en ese tiempo.

El hallazgo consiste en 142 libros de Tito Livio, de los cuales 107 son desconocidos, y el Dr. Martino-Fusco ofrece tenerlos traducidos para fines de este año, lo que acaso no podrá llegar a cumplir, pues según las últimas noticias recibidas, el Gobierno de Italia se ha incautado, o trata de incautarse de los valiosos textos del famoso autor de las *Décadas*.

Dada la importancia del hallazgo y el alto concepto de que goza el nombre del descubridor, Cuba Contemporánea recoge en sus páginas los precedentes datos y noticias, que seguramente han de interesar a cuantos se ocupan en asuntos históricos y literarios.

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO XII

Tomo XXXVI. La Habana, octubre 1924. Núm. 142.

LA PINTURA EN CUBA (*)

DESDE 1900 HASTA EL PRESENTE

(CONFERENCIA LEÍDA EN EL CLUB CUBANO DE BELLAS ARTES, EL 25 DE JULIO DE 1924, POR EL SR. JORGE MAÑACH.)

Señoras, Señores:



OSOTROS recordaréis que, hace quince días, al completar en la primera parte de esta misma plática una veloz ojeada sobre el desenvolvimiento de nuestra pintura, desde sus orígenes hasta fines del siglo pasado, convinimos en dejar para esta otra ocasión el examen, también necesariamente somero y premioso, de los más florecidos rumbos que había de tomar el arte pictórico entre nosotros con el advenimiento de la época republicana.

Registramos las insinuaciones de gran arte—de pintura original, profunda y seria—que se habían advertido ya en las últimas hornadas de la Academia de San Alejandro, y particularmente entre aquella pléyades del 85, de la cual habían de malograrse promesas tan brillantes y cuajadas como las de los infortunados Miguel Angel Melero y José Arburu y Morell. Cuanto a los demás artistas de su generación, sólo algunos nombres, decíamos, estaban

(*) Véase el núm. 141 (septiembre, 1924) de CUBA CONTEMPORÁNEA.

destinados a pasar con prestigio de veteranidad y representación de un valor intrínseco superior, a la época contemporánea que ahora va a ocupar nuestra breve atención.

El nuevo siglo comienza, y con él un nuevo régimen político, franco a todos los vuelos del espíritu, libre para todas las insurgencias renovadoras a que la democracia es afín. Hay entonces como un soterraño remozamiento de entusiasmos en los ánimos emancipados. La roja inmersión de la guerra libertaria parece haber templado mil gallardías interiores y desconocidas; con la liberalización de las ideas se amplían los criterios hasta comprender matices insospechados antes en el ideal y en la cultura. El contacto político con la ejemplaridad civilizadísima del Norte, estimula reacciones incipientes en el pudor patrio: comienza a formarse la ambición de la cultura propia; surge la preocupación pedagógica; adquiere la Prensa una tonicidad vanidosa y alerta y se ponen rápidamente sobre el tapete de la atención pública, con los entusiasmos un poco absurdos de toda habilitación de edad, las infinitas posibilidades administrativas del nuevo régimen.

Sin embargo, advenida ya la República, la pintura, como toda otra actividad desinteresada de lo inmediato, ha de seguir, por dos lustros todavía, atenida a sus viejos hábitos. Una revolución política es más fácil de lograr que una revolución en la cultura, si se admite que la cultura sea susceptible de progresar por revoluciones. La misma plétora de entusiasmos que caracterizó los primeros tiempos de nuestra nacionalidad, sofocó no pocas de las platónicas intenciones primerizas. Y así, la práctica del arte seguirá aún revistiendo los mismos caracteres de escasez, de aislamiento, de domesticidad o de academicismo oficial que tuvo en los flacos tiempos de don Miguel Melero. Bien es verdad que ya prosperan mercaderes de cuadros y pigmentos en la Villa; pero el gusto profano no supera sino lentamente la afición elemental al cromo, a la pintura bonita y lamida, al pensil lleno de lazos y al valle lleno de palmeras. Las señoritas bien educadas comenzarán a "dar clases" y a pintar cintas y gatitos para la saleta; pero en las revistas locales, la ilustración festiva no se redimirá todavía de la bufonada de Liborio y de las orlas de diploma.

Dos excepcionales valores señalarán entonces las pautas del avance pictórico. Son Armando Menocal y Leopoldo Romañach.

Antiguos discípulos ambos de la imprescindible Academia, quedan como embajadores ante los nuevos tiempos de aquella constelación de promesas en que figuraron tan brillantemente Miguel Angel Melero y José Arburu. Ambos habían completado su aprendizaje en Europa, de donde regresaran a tiempo para rendir sus servicios a la renovación cultural que los nuevos tiempos y los nuevos gobernantes propiciaban, y que tuvo su aspecto positivo en la reorganización pedagógica inciada por la primera Ocupación norteamericana.

Menocal y Romañach son llamados entonces a desempeñar sendas cátedras en la Academia de San Alejandro. Tanto el uno como el otro venían cumplidamente autorizados por el espaldarazo del éxito. Armando Menocal había cursado laboriosos entusiasmos en España y conquistado ya nombradía entre nosotros con sus veracísimos retratos, de una técnica espontáneamente ponderada y trabajosa, pero a la cual, además, el gusto profano le imponía comedimientos reñidos con las preferencias íntimas del artista. Es incalculable, y debe siempre llevarse en cuenta, la influencia retardataria que ha tenido sobre nuestra pintura esta falta de preparación de los llamados a darle estímulo y sustento. Particularmente en el arte del retrato, no siempre es justo pedirle a un artista que desoiga las exigencias de sus modelos—sobre todo las exigencias puramente formales—, cuando de complacerlos dependen todas las demás posibilidades artísticas y profesionales. Así, muchas de las deficiencias de los retratos de Romañach—el lamido, la factura pacata y algo sobada, el efecto bonito—son imposiciones extrañas de las cuales suele reivindicarse el artista en sus lienzos de pura creación o de propia iniciativa. A éstos sólo pudiera reprochárseles, en común con aquéllos, una tendencia a la coloración violácea que les resta brillantez y encubre los méritos de la factura profunda, delicada y certera.

Menocal compartió con Romañach, no solamente la honra de algunas de las primeras jornadas de lauro y loa que tuvo nuestro arte en el extranjero, sino también la agradecida estima de cuantos han visto en los dos coetáneos pintores y colegas unos como Rómulo y Remo de nuestra profesionalización pictórica. La influencia incial de Menocal en la orientación de los primeros artistas nuevos de la República—Valderrama, Manuel Vega y Pas-

tor Argudín, por ejemplo—me parece inequívoca. Acaso él equilibró un tanto la lección de "soltura" inculcada por Romañach, cuyo temperamento no se aviene a la contenida observación y rigurosa fidelidad que el retrato exige. Educado precisamente en esta disciplina, Menocal pudo hacer valer mejor la necesidad de ponderación y cautela, la conveniencia de castigar el impulso improvisador para evitar el riesgo del "más o menos" que Rosales prevenía. Sus mismos cuadros de género, como *La muerte de Maceo,* visión a la vez dramática y épica de nuestra manigua libertadora—o como el difícil e interesantísimo lienzo que muestra, en nuestro Museo, al Dr. Domínguez Roldán experimentando en su laboratorio—, estas mismas grandes concepciones, repito, se contagian en Menocal de la modalidad cautelosa y violácea de sus retratos. Son obras excelentemente concebidas y compuestas, pero de una meticulosidad que opaca el color y el estilo. Pintor más bien de cortas distancias y de íntimos efectos, no era él a buen seguro el más indicado para obras como la decoración del hoy Palacio Presidencial, donde dejó cosas que le hacen muy pobre justicia.

Mas todas estas reservas del juicio honrado no bastarán a hacernos olvidar la fecunda ejemplaridad de este viejo pintor, que ha sido con Romañach el educador de las dos generaciones de artistas llamadas hoy a hoyuelar las mejillas de la patria. Como Menocal, Romañach había ya conquistado el aplauso difícil de la crítica española cuando se le solicitó para que desempeñara la cátedra de colorido en San Alejandro. Su primer triunfo fué el de aquella dulce y sugestiva tela *La Convaleciente,* cuyo sentimental prestigio había de crecer entre nosotros con su pérdida irreparable, ocurrida en un naufragio en el Mississippi cuando venía de ser premiada con un nuevo lauro en una exposición americana. La manera pictórica de aquel cuadro, representativo del Romañach *fundamental,* era algo muy novedoso entre nosotros. Había más ambiente allí, más sugestiva veracidad, un tino más literal—por decirlo así—en la línea, y un colorido que nos liberaba completamente, sin resabios, de los rojos y negros académicos a que nos tenían acostumbrados los pintores del siglo pasado.

He dicho que ese cuadro era representativo del Romañach fun-

damental, porque en la evolución del artista, obsedido por constantes ansias de novedad y mejoramiento, algunos estudios y viajes posteriores habían de determinar ciertas efímeras modalidades, tan criticables como reñidas con su verdadero temperamento. Así, más tarde, Romañach ha querido inclinarse hacia el impresionismo, inducido sin duda por Sorolla y los maestros franceses de esa escuela; y luego de su último viaje a Italia, ha parecido advertirse en él algunas insinceras concesiones al gusto decorativo actual. Estas desviaciones ocasionales nunca resultaron sino en tanteos ambiguos, donde el artista, voluntariosamente apartado de sí mismo, no logra convencernos de una manera plena. Preferimos el Romañach genuino, el Romañach expresivo de su verdadero tipo de sensibilidad delicada y romántica, el naturalista de *La Convaleciente,* educado en la sabia escuela del italiano Manzini; el pintor de *La Promesa,* de *La última prenda,* y, sobre todo, de ese bellísimo cuadro *Orando,* que se conserva en nuestro Museo como una de las indiscutibles obras maestras de nuestra pintura.

Pero, también aquí, lo que constituye el mérito principal de Romañach, en noble rivalidad con su compañero Menocal, son sus treinta años de generoso y prolífico magisterio. Después de Vermay, y acaso también de aquel fecundo prohijador que fué don Miguel Melero, Romañach ha sido el propulsor más eficaz de nuestra evolución artística. Si se me preguntase cuál ha sido, en lo técnico y concreto, la principal influencia ejercida por él sobre nuestra pintura reciente, yo me referiría a la que alguna vez he llamado su doctrina del gris, y que más teóricamente pudiera denominarse su "doctrina de los valores".

A Romañach débesele, como substancial aporte, más que la admisión de la luz en nuestra pintura, que algunos han apuntado, la enseñanza inteligente, tenaz y metódica del principio de valoración; es decir, que él ha cultivado la fundamental aptitud para discernir la cantidad de luz y de sombra que debe llevar cada pincelada. Esta mayor o menor luminosidad determina, no sólo la relación armónica de unos tonos de color con otros, sino también la forma y justa disposición de las diversas superficies que el artista se propone representar. Es, pues, como la clave del modelado y del dibujo interior en la pintura, y de su perfecto do-

minio dependen capitalmente la corrección, la veracidad y la belleza de la obra pintada.

Y como esa cantidad de luz y de sombra está condicionada en gran parte por la intervención atmosférica entre la retina del artista y las cosas, síguese que Romañach ha enseñado sobre todo a pintar el aire, el ambiente que envuelve la realidad visible. Para ello le ha sido menester inculcar con particular énfasis la eficacia de los tonos grises, que son los reguladores por excelencia de la valoración pictórica. Y es precisamente en la exageración de este recurso donde se echa de ver esa huella distintiva de Romañach que se delata en muchos jóvenes pintores de hoy.

Si Romañach y Menocal representan, pues, respectivamente, las que pudiera llamarse teorías del violeta y del gris, degeneradas a veces en injustificables manías, otro pintor de la transición libertaria, el paisajista Rodríguez Morey, representa el predominio del verde. En parte por educación que sospecho excesivamente personal, en parte por la cruda influencia de nuestros temas campestres, el colorido de este pintor, a las veces exquisito, se resiente de cierta acritud. En arte, nuestro paisaje estaba por hacer. A excepción de Chartrand, Peoli y algún que otro paisajista de ocasión, que se distinguieron débilmente en el siglo XIX, no había entre nosotros tradición alguna que hubiese acendrado los procedimientos y estudiado el verdadero espíritu de nuestra Naturaleza. Esta falta de antecedentes constituye, por lo tanto, la desventaja y, a la vez, el mérito de Rodríguez Morey. Su copiosa obra ha sido irregularísima, como la de todo investigador. De lo nimio, agrio y tenue como cromo de almanaque, pasa con frecuencia a la visión intensa y espléndida de nuestro campo, y es de admirar cómo ha sabido sorprender en sus mejores telas la densa, fatigosa, lujuriante exuberancia de la fronda o del valle tropical.

En el arte del retrato, en que Menocal tan prestigiosamente se había distinguido, también cobraron nombradía a principios de la nueva época Federico Sulroca y Aurelio Melero, artistas muy probos y laboriosos ambos, pero que no supieron o no pudieron substraerse a las exigencias del gusto popular, empeñado en que el retrato fuese de una veracidad "que hablara" y de una platitud técnica que no distrajera de su elocuencia puramente social

o doméstica. De este género de *portraiture* a la fotografía no había más que un paso. Y ese mal paso lo dieron y lo siguen dando muchos artistas profesionales que, como Melero y Sulroca, estaban dotados para hacer obra más intensamente artística.

Pero tampoco era dable exigir demasiada escrupulosidad estética en un ambiente casi desprovisto de verdadera y honda iniciación. Durante los dos primeros lustros de la República, la actividad utilitaria y política, encarnada en rezagos del viejo régimen y en una nueva generación asaz positivista y mediocre, absorbió todas las iniciativas y reclamó todos los entusiasmos. Pugnas ambiciosas, apetitos exigentes de pueblo joven abocado a todas las oportunidades de la democracia y a todos los rigores de la vida moderna, frivolidades del temperamento y un hondo hábito de irresponsabilidad engendrado por la colonia y acentuado por la intervención, crearon en nuestro medio un individualismo egoísta, escasamente propicio al desenvolvimiento de las empresas desinteresadas o espirituales. El concepto materialista de la vida invadió nuestra psicología. Los poetas truecan la lira por el birrete del abogado o por la péñola estridente del comentarista periódico; los literatos son tildados de quijotismo o "filomacia" y prefieren quedarse—"exquisitos inéditos"—recluídos en sus torres de marfil. Ante el público poseso de frivolidad y atento sólo al ganar y al gastar del filósofo, los dos viejos pintores Menocal y Romañach aparecen revestidos de un venerando prestigio.

Pero hé aquí que la vanidad de aquella plutocracia endiosada finge un día pujos de élite y comienza a crearse satisfacciones elegantes y necesidades lujosas. El mercader evoluciona hacia el rastacuero; el positivista quiere hacerse diletante. Una era de prosperidad adviene para la República, y el éxito se rodea de nuevos estímulos que, indirectamente, han de favorecer el avance del ideal con esa rapidez difusiva característica de las democracias. Celébranse entonces en el Ateneo de La Habana dos exposiciones de arte francés que son—ha dicho muy bien Barros—"algo así como cursos preparatorios". En ellas estuvieron representados los maestros más insignes de las modernas escuelas de París: el refinado Chartran, el cálido y rutilante Gastón La Touche; Paul Chabas, visionario de las aguas quietas y las desnudeces castas bajo el crepúsculo; el colorista Raffaelli, que exaltó las intimidades humildes

y patéticas de París; y, presidiendo la agrupación, el poderoso ejemplo de Jean-Paul Laurens, aquel sabio Michelet de la pintura histórica en Francia, como le juzgó el finísimo Mauclair.

Es fácil de imaginar la influencia que aquellas exposiciones de 1905 sembraron aun en terreno tan poco abonado y tan falto de humus espiritual como lo era el nuestro. Sus resultados se echaron de ver bien pronto. Lo utilitario solicita los servicios de lo estético, y surge tímidamente el cartel; lo frívolo se injerta en lo ideal, y brota el dibujo humorístico. Conrado Massaguer y Rafael Blanco celebran sendas exposiciones—las primeras de artistas cubanos que mis notas registran—, al tiempo que Jaime Valls abandona el oneroso y cotidiano periodismo de ilustración para consagrarse al anuncio artístico, que con tan exquisita maestría y con tan generoso provecho hubo de introducir entre nosotros.

Pero no estaban completamente solos en su brioso entusiasmo estos primeros consagrados de la nueva era. Los escaparates comerciales de la villa comenzaban a evolucionar. Acaso no haya más ostensible y elocuente indicio de las aptitudes estéticas de una sociedad en un momento determinado que esas *devantures* a las cuales el apóstol modernista parisino Guillaume Apollinaire concedía tan extraordinario valor representativo; porque el escaparate de comercio, a la vez que constituye un muestrario de novedades, de intenciones y gustos de vanguardia, refleja también la medida de la capacidad estimativa popular. En aquella época de incipiencia artística, nuestras vidrieras más conocidas eran fáciles índices de la transición que se iba operando en el gusto. En las de las casas de cuadros, por ejemplo, junto con los cuadros bonitos y banales de rápida salida, asomaban su audacia renovadora los esfuerzos de la noviciada de San Alejandro. Entre frutas "para comérselas", destinadas al comedor de la burguesía representativa; entre bohíos románticos para la sala, imágenes dulcísimas para la alcoba creyente y desnudos de los llamados artísticos para la llamada *garçonnière,* comienzan a sorprendernos trabajos vernáculos de inusitada intuición. Será, acaso, algún atisbo ardoroso e intenso de nuestra campiña, sin demasiadas palmas ya, ni "arroyos murmuradores", pero ricamente, pastosamente matizado por el pincel inquieto de Domingo Ramos. Será algún retrato de personaje de color—Morúa Delgado o Juan Gualberto Gómez—hecho con so-

briedad y soltura por un tal Argudín,—Pastor Argudín, hermano de sus modelos en la raza. O cuando no, alguna veracísima cabeza al pastel, atrevida de trazo y factura, fina de observación, acusada de carácter, encendida de matices, bajo la cual se leerá, difícilmente todavía, la firma de un joven Valderrama, que dicen recién llegado de París.

Al mismo tiempo, las corporaciones letradas, los cenáculos bohemios, las redacciones más generosas se inician también en la militancia estética. El triunfo de Manuel Mantilla en un concurso de la Academia Nacional de Artes y Letras, anuncia brillantes realizaciones que hoy están ya en la memoria de todos. Los nombres de Manuel Vega y de Ariza conquistan la letra de molde. Una compañía elaboradora de chocolates celebra una justa de carteles en que ya no se destacan con único relieve los trabajos victoriosos de Valls y de Enrique García Cabrera, dibujante delicadísimo éste, cuyo trazo firme y elegante se había admirado en la portada de algún que otro libro de versos. La crítica, que hasta entonces ha estado en pañales ingenuos, surge en seguida, atrevidilla y algo fatua, en peñas de café y revistas de colaboración espontánea. Y he aquí que muy pronto, todos esos valores denodados y primerizos recabarán la protección del Congreso o de los Municipios y éstos se decidirán a proveer sus faltriqueras, para que la inspiración moza tome las rutas anheladas, en busca de nuevos aprendizajes y de más copiosos estímulos.

Pero los estímulos también han de venir de fuera, en forma de vivos ejemplos. La prosperidad, que cubre vegas y cañaverales de un vistoso polvo de venturina, es como un espejismo alucinador para el extranjero andariego o curioso. Van llegando, del solar de la raza y de la gran cuna itálica, hombres de arte, maestros ajenos, prestigios y mediocridades exóticas—algunos muy precarios sin duda—, pero que traerán la elocuencia de lo nuevo y el pasmo ante las sugestiones de lejanos horizontes. El catalán Luis Graner, todavía en la madurez espléndida de sus facultades, hechiza al trópico con sus visiones del plenilunio sobre las aguas de Levante. El gallego Mariano Miguel, novicio agresivo, ensaya sorolladas, organiza corros críticos y hace orlas y artículos para su plana de arte en el *Diario de la Marina*. Rafael Lillo pone cátedra de dibujo y de paciencia con sus dibujos a pluma, en

los cuales evoca escenas de Andalucía y de las alcobas livianas; Vila y Pradés capta el oro de América halagando, merced a un arte mimético y superficial, las inexperiencias de nuestros aficionados. Más tarde, cuando ya la Asociación de Pintores y Escultores se ha constituído, gracias al esfuerzo inestimable de un espíritu artista y heroico por la índole al igual que por el linaje, de Federico Edelmann; cuando ya se ha fijado entre nosotros ese centro benemérito e inagotable de selección, de divulgación y de fomento artístico, ábrense sus puertas a la pintura risueña y fragante, pintura de infancia, de floreal y de vendimia con que oreó Pinazo Martínez el ánima tropical. Tras él ha de venir, para darnos lecciones de grandeza en la humildad pictórica, el suculento realismo del bodegonista Pieretto Bianco. Y así muchos otros, que si no siempre tenían virtud bastante para aleccionarnos directamente, nos procuraron una oportunidad acaso más fecunda: la del orgulloso contraste, la de la propia superioridad, el *ancor io sono pittore* de nuestra juventud.

Pero entre todos los estímulos del nuevo tiempo, ninguno tan directo en su actuación ni tan eficaz en sus consecuencias como los que se derivaron del establecimiento de la Asociación de Pintores y Escultores en 1915. Al igual que la fundación de la Academia de San Alejandro un siglo antes, aquel acontecimiento marca el comienzo de una nueva época en el desarrollo de nuestra pintura. ¡Gozosa realidad! ¡Cuajado ensueño! Estamos en 1915. ¡Ya hay suficientes artistas en La Habana para integrar de modo efectivo un organismo propio! ¡Ya ha cambiado a tal punto su humor gremial, que un espíritu de confianza, de altivez y de menuda aristocracia va a reemplazar el mohino y un poco corrido retraimiento de antaño! ¡Ya existe en la Villa un lugar donde se podrán cambiar dimes y diretes estimativos, donde hojear *La Esfera* opulenta que de España nos llega, donde mostrar al forastero los esfuerzos mejores de "el patio", donde dar clases nocturnas y conferencias divulgadoras; y sobre todo, donde exponer, ante el propio público cubano, la obra naciente y casi desconocida de los artistas de Cuba!

Aquel mismo año de 1915 en que sentó sus reales, la Sociedad celebró la primera exposición cubana de pintura y escultura, actividad tan capital en su intención que le dió al grupo su nombre

inicial de varios años, "Salón de Bellas Artes"; y como tal se justificó en una copiosa serie de exhibiciones que le granjearon sonadísimos triunfos y rápido prestigio. Tras el primer salón de pintura y escultura vino el de humoristas; luego otros y otros, generales y particulares, nacionales y extranjeros, coetáneos y retrospectivos, luchando al mismo tiempo la agrupación contra toda suerte de obstáculos materiales y desalentadoras actitudes, sosteniendo sin interrupción ni desmayo una ejemplar cruzada en contra de la ignorancia y del mal gusto ambientes.

Y aquella campaña tan bravamente emprendida y mantenida, asediada por mil estrecheces de dinero y de criterio, ha sido desde su comienzo, digámoslo otra vez, el factor capital en el fomento de todo nuestro ulterior esfuerzo estético. Las recientes disposiciones administrativas que privan totalmente y de una manera inesperada a la Asociación de los subsidios municipales con que hasta ahora venía contando para cubrir sus más inmediatos menesteres, no podrían condenarse sino con énfasis igual al del encomio que su ayuda una vez mereció.

El movimiento propicio originado en 1905, tras la Exposición de arte francés en el Ateneo, viene, pues, a cuajar con un relieve manifiesto, en formas militantes y orgánicas, diez años más tarde. En el intervalo, los talleres de Madrid, de París y de Roma adiestran a una muchedumbre de pensionados cubanos, ex alumnos casi todos de la Academia de San Alejandro, pero no siempre seleccionados con riguroso e imparcial criterio, pues también aquí ejercen su desorganizador influjo las privanzas y los fulanismos democráticos. Falta todavía un método académico-administrativo de selección que asegure el meritorio aprovechamiento de estas becas y subvenciones oficiales, hasta ahora concedidas de una manera totalmente inconsulta.

Y pronto empiezan a aparecer, revestidas de cierta personalidad propia, las que pudiéramos llamar primeras derivaciones de la enseñanza académica, perfeccionadas en el extranjero.

Esteban Valderrama, temperamento brioso y enérgico atemperado por una visión no exenta de serenidad y singularmente dotado para las amplias concepciones decorativas, es acaso el primero de los artistas de la nueva generación que se destaca con relieve parejo al de los viejos maestros. Él representa la transición

entre el concepto académico, algo formulista y penumbroso, y las nuevas vislumbres del impresionismo, atisbadas en Francia. Con una intrepidez meritísima, Valderrama ataca asuntos de gran composición y, como en su poderoso lienzo *Fundamental* de nuestro Museo, los resuelve de manera a la vez delicada y elocuente, aunque no desentendido todavía de las frialdades y durezas del novicio. Sin embargo, el difícil concepto del ritmo, que en la pintura decorativa moderna ha venido a aliviar el realismo pictórico de su antigua e inútil literalidad, es él quien lo introduce entre nosotros. En *Fundamental,* por ejemplo, hay un efecto cumulativo de la composición, una concentración tal de los focos de interés, un sentido tan realizado del "arabesco", que la obra se diferencia ya rotundamente de cuanto se había pintado anteriormente. Es Valderrama, a no dudarlo, una rica potencialidad. Pero la cátedra de San Alejandro a que fué prematuramente llamado réstale humor, energías, libertad y tiempo para cultivar los bríos renovadores que caracterizaron sus comienzos: dijérase que su labor se retarda y amanera un tanto en los últimos años, encogida por los moldes pedagógicos.

El contemporáneo de Valderrama, Manuel Vega, educado ante los realistas italianos, que directamente estudió, se demora igualmente en el cumplimiento de la brillante promesa que concretaron sus primeros envíos, alguno tan serio como el titulado *Rosario,* también en nuestro Museo. Hay en él un agudo instinto realista, una fina sensibilidad pictórica adicta a los más sobrios e intensos aspectos de las cosas; pero las exigencias de un vivir difícil han impuesto a su temperamento frivolidades y especulaciones acomodaticias que lo traicionan.

Es el duro problema de todos nuestros artistas: la pugna del lirismo con la cotidiana exigencia. Tras la audacia inusitada de profesionalizar su vocación, póneles valladares a veces insalvables la falta de ilustrada demanda estética; esto es, la inercia, la indiferencia o el inculto capricho de un público todavía no habituado a las mercaderías ideales. Mas la vocación es inaplacable. Y así, entre quebrar definitivamente los pinceles, y hacerle concesiones al público profano o entretener la necesidad y la vocación en mercantilidades más o menos artísticas, nuestros ama-

dores de belleza optan por lo último, que suele ser la ruta fatal de la menor resistencia.

Sin embargo, la chispa estética va prendiendo y cundiendo cada vez más. Nuevos paladines de la ingrata brega surgen a porrillo. La manera impresionista, que por su naturaleza y por su origen tiene especiales afinidades con el paisaje, halla fervorosa expresión en el ya aludido Domingo Ramos, enamorado de las áureas iluminaciones de Mayorca y del Valle de Viñales, y en su congénere Merlín, temperamento más refinado y romántico, que practica un impresionismo vibrante tocado de poesía rusiñolesca.

Esa escuela impresionista, hecha toda ella de vibraciones, de alardes luminosos, de coloraciones audaces, va a seducir la rutina tropical de nuestros pintores. Diríase que es como un imperativo categórico de la tierra. ¿No nos informa Serafín Ramírez que, ya a comienzos del pasado siglo, los aficionados cubanos cuando encargaban un retrato lo querían "sin sombra, es decir, sin claroscuro"? Hijos de una tierra de luz, apenas es de extrañarse que ella prive en nuestras aficiones hasta el punto de determinar una modalidad pictórica favorita—aquella que más esplendores comporte. La peregrina teoría de que la luminosidad en pintura se manifiesta en proporción inversa a la del medio ambiente, todavía no ha merecido una sanción definitiva. Y así cuando comienza a adquirir alguna insurgencia nuestro arte; cuando los pintores cubanos se dan primera cuenta de que cada uno de ellos es su venero único de originalidad, ceden al instinto de iluminación y se afilian, en la forma al menos, al credo impresionista que nos trasciende, ya algo trasnochado, desde los *ateliers* de París y de Madrid.

En la forma al menos, dije; porque el fondo de inspiración ya es para ellos otra cosa. Artistas de la raza, sienten en la fibra los dictados y sugestiones realistas de su temperamento neo-hispánico, interesándose, como los del solar, en los aspectos graves y dramáticos de las cosas. Pintarán, sí, con gayos y festiivos colores; pero su mensaje espiritual, su actitud hacia los asuntos representados, será de una seriedad velazqueña o zuloaguesca. Utilizarán los métodos alegres de Renoir o de Pissarro para expresar temas exentos de toda frivolidad o espíritu pagano. Reirá el matiz en sus lienzos en tanto que de ellos nos viene una sobria, crítica, casi

ceñuda o dolorida elocuencia. Nuestros pensionados en España se enamorarán con toda honradez de los espectáculos castizos en que, pese a las jocundas apariencias, palpitan sugestiones de contenida y atávica tragedia y pintarán Mantilla y Olivera o Domenech la ensimismada reciedumbre de los tipos castellanos, expoliados de su tierra huraña. En Italia, Ramón Loy desdeñará las lindas visiones costumbristas, para descubrirnos la melancolía un poco animal de las madres cansadas de Lombardía; en el Albaicín, Eduardo Albela preferirá a los motivos de pandereta, la trashumante tristeza de la agitanada estoica. Claro es que esa intención, ese afán tras el carácter no se revelan todavía de una manera ponderada y enfática. Acaso los mismos artistas son inconscientes de su instintiva preferencia por los significados espirituales. Pero la tendencia me parece manifiesta, y es en esa dualidad, en esa antítesis, en ese contraste del fondo sombrío con las formas esplendentes del impresionismo y sus derivados, donde creo percibir la orientación más característica de nuestros valores actuales.

Manuel Mantilla, Ramón Loy, Eduardo Albela, los tres pintores cubanos indudablemente más próximos a una realización definitiva, exhiben parejo contraste entre su inspiración y su estilo; a las veces, esa oposición se extiende a los mismos géneros, y son francamente impresionistas en el paisaje en tanto que los procedimientos realistas les solicitan con preferencia en los cuadros de costumbres o "de género".

Mantilla es ya una formidable revelación de gran pintor.

Criollo lleno de inquietudes y entusiasmos, americano escasamente compenetrado con las tradiciones de la península española, aunque amante de sus indicios naturales y sociales, inicia una audaz desviación, llevando a la pintura de tipos y escenas costumbristas los métodos revolucionarios de Monet, Renoir y Pissarro a fines del siglo pasado. Así—seguíamos apuntando en una crónica reciente—su atrevido lienzo *Los Lagarteranos* se nos impone de momento como una heterodoxa incongruencia.

Pintado con una vibrante opulencia de matices y una pincelada nerviosa y menuda, a la manera francesa, el asunto, en cambio, no puede ser de un sabor ni de una intención más castizos.

Es probable que Mantilla no se propusiera nada más que reproducir su impresión sensual, inmediata, sin reflexiones literaturescas, ante el sencillo espectáculo de tres rústicos de Lagartera que se han sentado al atardecer en una encrucijada de la aldea a apurar *un vaso de bon vino.* Se adivina que el principal interés del artista se ha detenido en los rostros ásperos, secos, rojos del bochorno castellano; en las cabezas de primitiva y tosca gañanía, con pómulos altos y pescuezos terrosos y surcados como los afines barbechos; en la estilización del castizo indumento regional: los sinuosos sombreros de anchas haldas, los chaquetones de estameña con ribetes escarlata, la vasta camisa a pleno tórax, la alta faja de diez vueltas y los calzones enjutos. Pero además, el interés ha trascendido al gesto psicológico de estas tres almas enteras y graves de Castilla; y hay en la sencillez con que está pintada la escena una sugestión de sobrio y casi solemne esparcimiento, un reticente empaque, una intuitiva y manchega hidalguía—el espíritu ostensible, en fin, de la tierra de Alonso Quijano.

La misma dualidad, pero determinada ahora por el género, según se trate de figuras o paisajes se echa de ver en la admirable labor de Ramón Loy.

Para el paisaje—escribíamos otra vez—: el verismo sin comentarios, sin interpretación demasiado personal, en que el artista no pone de sí más que la aguda sensibilidad de su retina... En los cuadros de género, el realismo psicológico a la manera española, que toma los tipos rústicos y los dispone a su guisa en ciertas actitudes expresivas, y los sorprende en los momentos peculiares de su vivir, y desentraña en los rostros de la índole temperamental, los habituales humores, las torpezas, las bestialidades, los dolores, los atavismos. Aquí el arte es arte porque trasciende la fotografía. No el aspecto exterior y efímero, sino el sociológico y permanente, de la humilde gleba, interesa al artista. Para revelarlo en toda claridad, en todo énfasis, el pintor ha buscado la manera más justa: la manera española. ¿Quién niega que, a pesar de ser bretones o lombardos los temas de algunas de esas obras [de Loy], persiste en su ejecución aquel afán de amplitud en el trazo, de suficiencia y economía en la pincelada, de equilibrio algo escénico en la composición, de sobriedad en el detalle, que animó para Loy su aprendizaje en España? Ante estas telas se piensa en los jóvenes realistas del solar: Benedito, Sotomayor, Salaverría, Eugenio Hermoso sobre todo; y se recibe, como de ellos, la misma impresión de seriedad, es decir, de arte sin artificio ni pirotecnia: intenso, racial, pleno de sugerencia filosófica, profundamente dramático y equilibrado a la vez.

Casi otro tanto pudiera decirse de Eduardo Albela, en el cual

ya privan con mayor elocuencia los efectos puramente sensuales. Realista también por la intención un poco crítica y caricaturesca de su obra, Albela nos sorprende más sin embargo por su riqueza cromática.

Se goza en la ejecución "valiente", plena de audacias de color, de espesos empastes y maravillosos juegos de espátula; ama a la Naturaleza en las horas confidenciales, cuando nada se acusa de un modo violento, pero todas las cosas se insinúan en contornos fugaces y gamas delicadas; gusta de las epidermis morenas de los gitanos o de las carnes de nácar de su *Matinal;* diviértenle la opulencia fastuosa de las frutas, el abigarrado efecto de cretona de los trapos flamencos, las musçales calidades de la vieja loza y la fina alfarería, y se adivina que, como el inglés Burne Jones, quisiera que cada trozo de su lienzo fuese en sí una gema, un esmalte, un dechado de coloración.

Sin embargo, también este copartícipe en la Gran Promesa Trina de nuestra pintura insinúa, como Mantilla y Ramón Loy, el afán caracterista de la tradición española, la intención crítica y el gusto de lo psicológico que, aplicados a nuestros temas criollos cuando esos artistas hayan perfeccionado su aprendizaje, habrán de iniciar una orientación "nacionalista" en nuestra pintura.

De 1915 para acá, las hornadas de San Alejandro han sido cada vez más copiosas y más ricas en promesa. Tras los que acabo de mencionar—artistas que ya han logrado marcas de distinción y estima en tierra extranjera—una numerosa cohorte de pintores novicios, alumnos casi todos de la oficial Academia, siembra de esperanzas la perspectiva del arte patrio.

Algunas de esas promesas están ya muy cerca de la realización definitiva. Dos paisajistas notabilísimas, Amelia Peláez y María Josefa Lamarque,—pintora ésta de figura igualmente—ensayan una interpretación nueva de la naturaleza tropical, expresándola algo arbitrariamente, aunque de manera a veces finísima, mediante las delicadezas de gama y los refinamientos en gris aprendidos de Romañach. Manuel García, Roberto Caballero y el ex discípulo de Sorolla Miguel Angel Santana traducen al trópico la visión somera y desenvuelta del gran valenciano. Hipólito Canals Ripoll sugiere melancólicamente la cruda insolación y la fatigosa exuberancia de la tierra; Augusto Oliva es un precoz que se esboza de manera felicísima; Gerardo Tejedor remeda en sus tablas la

jugosidad de los viejos paisajistas españoles, apartándose ya hacia la técnica naturalista, en tanto que María Capdevila aplica muy efectivamente a nuestro paisaje los métodos del puntillismo, hoy tan en boga entre los paisajistas norteamericanos, de los cuales esa pintora parece haber recibido ostensibles influencias.

Al lado de esa doble tendencia a lo que pudiéramos llamar, usando un vocablo acuñado por Camilo Mauclair, el "caracterismo" impresionista, se advierte una orientación más congruente, aunque, por lo mismo menos nueva, que, tomando ejemplo en los pintores escolásticos de España u obedeciendo acaso a un concepto simplista de lo que debe ser la pintura, se inclina hacia un realismo que es a la vez formal y de fondo. Es decir, que en este otro grupo de nuestros pintores novicios predomina el empeño de representar fielmente el natural, sin buscarle demasiadas implicaciones psicológicas o espirituales. No se define netamente el grupo. Siempre hay, entre estas actitudes opuestas, muchedumbre de tanteos, de eclecticismo, de vacilaciones, característicos de la mocedad personal y de los estados de cultura incipiente. Así, mientras Adrián Baster, que nos sorprendió hace dos años con un estilo enérgico y franco, voluminoso y fresco, aprendido en el taller del velazqueño español López Mezquita, se sostiene con admirable consistencia dentro de las enseñanzas realistas y un poco crudas de su maestro, otros pintores recién revelados tan pronto militan en las filas del impresionismo como se inspiran en la espiritualidad "intimista" del francés Carriére o en la pura naturalidad de Eugenio Hermoso y otros españoles. En la misma España, dos buenos pintores cubanos—Eugenio Olivera y Esteban Domenech—rinden una vigorosa interpretación de temas castellanos, aunque el primero también ha ensayado con alentador éxito asuntos tan criollos como el zapateo de la guajirada antañona. José Segura, si bien español por nacimiento, tiene la mira puesta en el ambiente cubano: su arte insinúa una curiosa combinación del interés realista con los efectos decorativos a que tal afición va cobrándole la moderna pintura. Confinado en nuestro parco medio, pese a las repetidas y gallardas muestras de su temperamento, cobra veloz relieve un adolescente brillantísimo: Enrique Caravia, llamado a grandes realizaciones. El sagüero Manuel Mesa brega in-

cansablemente entre las exigencias de un difícil vivir, lleno de prematuras responsabilidades, y las tentaciones de un temperamento pictórico espléndidamente dotado. Eugenio Campo-Hermoso (contribución modesta, pero interesante, de la raza que ha dado a la patria artistas tan distinguidos como Pastor Argudín, Merlín y Ramón Loy), esboza en nuestra pintura una nota original que no hacen desmerecer las crudezas de su técnica todavía muy incierta: aludo a la introducción del giro caricaturesco en la representación pictórica. Sánchez Araujo y Cástor González Darna se destacan con amable relieve en la pintura de paisaje, tocada en el último de cierto capricho decorativo. Entre las mujeres, María Josefa Lamarque con sus vigorosos pasteles que recuerdan las místicas encarnaciones de Carriére, y Concepción Ferrant, la más reciente expositora de la Asociación de Pintores y Escultores, representan con prometedora excelencia la numerosa mayoría femenil que, en la enseñanza oficial al menos, domina nuestra pintura novicia. Y para que no faltara el gesto radical, arbitrario, un poco disparatado, contamos también con nuestro *fauve,* un menudo salvaje lírico, a la manera de los Gauguin y los Van Gogh de la Francia revolucionaria: me refiero a Andrés Nogueira, pintor de muy escasa disciplina, porque todas las rechaza, a quien sin embargo deberá concedérsele, cuando bien se apure, el mérito de haber sido el primero en importar el *art nègre* y la violencia modernista a la ingenua virginidad del trópico.

Muchos nombres más, señoras y señores, sería cumplido añadir a esta veloz relación si no hubiese fatigado ya en demasía vuestro interés. La práctica del dibujo, por ejemplo, está tan hondamente vinculada, por afinidad natural y por circunstancial influencia, al desenvolvimiento de nuestra pintura, que apenas es lícito pasar por alto su examen ni aun en la más somera ojeada. ¿Cómo no hacer referencia a las mil inquietudes estéticas suscitadas por el arte acre, profundo, dramático, del humorista Rafael Blanco; o a la meritísima labor de familiariazación artística realizada por Conrado Massaguer, al margen de su arte fino y fácil, bienhumorado y certero en la caricatura? La probidad técnica, la elegancia y el refinado sensualismo de Jaime Valls y de Enrique García Cabrera en sus anuncios y carteles; las incipiencias del preciosismo y del gusto decorativo en dibujantes como Rogelio

Dalmau, Pedro Valer, Jesús Castellanos y Lydia Cabrera; en la caricatura personal, la evolución que vienen insinuando, del viejo modo literalista al "guarismo" sintético del español Bagaría, sus discípulos cubanos "Sirio" y "Carlos"; y en fin, la acogida dada por los dúctiles y curiosos temperamentos de José Manuel Acosta y de Angelo a los conceptos novísimos del modernismo europeo; todos éstos son aportes, elementos e influencias cuyo valor no se sabría silenciar en justicia, aunque por fuerza han de quedar hoy fuera de toda pormenorización.

Es menester que dé fin ya tardío, a la plática, con una exhortación y un programa. Si algún escollo pudiera añadirse a este índice sumario de las aptitudes pictóricas de nuestro pueblo; si no fuese prematuro recomendar la preferencia de un rumbo determinado a actividades que hoy florecen con tan lucida promesa; si se reconoce oportuno ya exigir de este arte novicio que comience a expresar el más vivo anhelo de nuestra conciencia colectiva, es decir, el ansia de conocerse a sí misma y de afirmarse y garantirse en sus propias potencialidades, yo me atrevería a decir, no sé si como vaticinio o como exhortación, que todo el porvenir inmediato de la pintura en Cuba ha de cifrarse en la producción honrada de un *arte cubano.*

No se me oculta cuáles serían las objeciones que, a título de universalidad, de ineptitud expresiva, de libre albedrío estético, de inmadurez y de una pretensa falta de sugestiones en nuestro ambiente, pudieran oponerse a la realización y hasta a la persecución de ese ideal. El aparente fracaso de un similar empeño en la literatura, y particularmente en la dramática, ha hecho concebir desalentadores escepticismos y no pocas negaciones absolutas de nuestra capacidad para formarnos un arte nacional en la inspiración. Se dice, sobre todo, que no podemos hacer arte típico—arte que traduzca nuestra psicología, que represente nuestras peculiaridades, que pinte nuestras costumbres y enaltezca los aspectos característicos de nuestro vivir y de nuestro sentir—por la razón simplísima de que no tenemos aún una personalidad nacional suficientemente definida y exclusiva.

¡Condenable falacia! ¡Como si el hecho de que un pueblo imponga su voluntad de existencia autóctona no implicase un fondo común de caracteres distintivos! ¡Como si no se hubiesen adver-

tido ya en nuestra literatura, y aun en nuestra misma ejecutoria artística, suficientes insinuaciones de ese espíritu local! ¡Como si nuestras costumbres, nuestros tipos, nuestras viejas poblaciones, las formas especiales que la insularidad y el clima, la dedicación y la tradición, han dado a la substancia hispánica no fuesen lo bastante manifiestas para diferenciarnos de tipos, costumbres y formas afines en el origen o análogas en la circunstancia! ¡Como si, en fin de cuentas, esa misma atribución de anodinismo dejase de cifrar una razón más, un estímulo superior para que escritores y artistas tratemos de penetrar la verde corteza de nuestra vida criolla, gustando la pulpa en agraz y desentrañando el hueso de donde, bien sembrado, han de germinar ciertamente las raigambres vernáculas!

Sí, señoras y señores: por lo mismo que nuestro arte está por hacer, creo yo en la posibilidad de un arte criollo. No, claro está, de un arte totalmente nuevo, ni tan técnica y substancialmente caracterizado en la tradición como pueda serlo el que ahora fomentan nuestros parientes y vecinos de México. Pero sí un arte nuestro por la intención crítica y por los asuntos. Para empezar, por lo menos una pintura de un cubanismo temático. El sabor espiritual, la peculiaridad intrínseca, vendrán luego, como vinieron a esta música criolla, tan inequívocamente nuestra.

Yo empezaba esta conferencia negando la existencia de ritmos calculados en nuestra pintura, y hé aquí que ahora la termino abogando por la formación de esos mismos ritmos, armoniosamente resueltos en una vasta sinfonía de todas las inspiraciones de la tierra. Es un error creer que sólo las sugestiones convencionalmente pintorescas, las bellezas simples y consabidas, los temas de Baedcker y de tarjeta postal pueden constituír materia adecuada para un arte propio. Hasta en la impureza hay posibilidades estéticas. La misma corrupción, determinada en las costumbres y en los aspectos concretos por los influjos modernos o exóticos, puede ser un venero de emotividad para el artista. Lo bello y lo feo son conceptos harto relativos, y ya las últimas escuelas renovadoras nos han enseñado cómo existe un verdadera antinomia, una contraposición fecunda, entre lo que cotidianamente se tiene por belleza y la belleza esencial, belleza de emoción y de carácter en que todo el arte contemporáneo se funda. Para los pueblos en que

el gusto estético no está todavía refinado, acaso convendría sentar el principio militante de que sólo lo "feo" es artísticamente susceptible de belleza.

No nos detengamos, pues, ante la aparente falta de pintoriscidad en nuestro vivir cubano. Es menester trascender de una vez la admiración simplista e ingenua a los valles consabidos, a las consabidas frutas, a los consabidos bohíos entrevistos por la guardarraya cabe el "arroyuelo murmurador". El arte no es una copla, no es un abanico, no es una práctica de álbum para señoritas románticas. El arte es lo esencialmente característico y emotivo de las cosas.

Confiemos la formación del nuestro al natural anhelo—biológico, si queréis, en el fondo—que eventualmente agita la fibra más íntima de los pueblos hacia la consecusión de una nacionalidad espiritual merced a la cual se enaltezcan, se defiendan, se caractericen y se integren. Un pueblo no merece ni ha menester existencia libre como no la funde en el orgullo de sí mismo, ni debe sentir ese orgullo a menos que, como el Narciso de la vieja mitología, pueda contemplarse íntegro, distinto y bello en las aguas milagrosas de su propio esfuerzo.

Algún día no remoto quieran los buenos dioses que se pasmen Roma y París ante el lienzo redentor donde se exprese la pálida melancolía de una guajira en el bochorno calcinante del "sitio", la serenidad hirsuta de la manigua bajo el orto plenilunar en que se enfrían las guásimas insoladas, o el regocijo de los vegueros que cambian décimas y requiebros, al sabor del café, en la ardorosa promiscuidad de su "guateque". Para entonces ya no podrá justificarse aquella cuita del pintor rústico, que oímos en nuestra niñez:

... lo que no puedo pintar
son las cuevas de Bellamar
y el nido de la lechuza...

DELMIRA AGUSTINI: SU VIDA Y SU OBRA

NO hace muchos meses aún, la casa editorial *Cervantes* dedicó a Delmira Agustini el tomo XXXIX de su colección *Las mejores poesías líricas de los mejores poetas.* Hasta entonces, los versos de Delmira Agustini circulaban únicamente en florilegios y revistas, mientras sus libros eran patrimonio de los pacientes urgadores de curiosidades literarias.

De ahí que no me extrañe la confesión de una poetisa nuestra al revelarme que desconocía los versos de Delmira Agustini, con los que yo la suponía, en reciente artículo, profunda y esencialmente identificada. A ella, pues, que tantos puntos de contacto tiene en su obra con la lírica atormentada de Delmira, me permito ahora dedicarle estos ligeros comentarios.

*

Entre los emblemas, ya numerosos, de la *volatería literaria,* donde tantos poetas han hallado las marcas de su escudo, ¿cuál es el ave simbólica que mejor pudiese representar la obra de Delmira Agustini? A pesar de la significación que pueda tener en las ya no muy nuevas orientaciones modernistas, a Delmira Agustini no corresponde, desde luego, el heráldico cisne de la fábula griega o el episodio de Lohengrin, en que Darío simbolizara su culto aristocrático de la forma, sino el pelícano de los atormentados nocturnos de Musset, a cuyo grito el viajero, cercano a la ribera, se estremece convulso y lívido en medio de la sombra.

En Delmira Agustini es nota predominante la desesperación, la fuerza trágica del *pathos* que conmovía los proscenios antiguos, el ansia insatisfecha de algún alto ensueño irrealizable y

la fiebre de alguna pasión no realizada. Hay en ella un anhelo constante de vida extraordinaria y magnífica—que ya ha señalado Zum Felde con eficaz penetración—, de vida "que la arrebata a cada instante de la realidad, opaca y espesa, al ensueño fulgurante y terrible". Ese anhelo, que es permanente en su poesía, se concreta en *La barca milagrosa:*

Preparadme una barca como un gran pensamiento...
La llamarán *La Sombra* unos, otros *La Estrella.*
No ha de estar al capricho de una mano o un viento:
yo la quiero consciente, indominable y bella.

La moverá el gran ritmo de un corazón sangriento
de vida sobrehumana; he de sentirme, en ella
fuerte como en los brazos de Dios. ¡En todo viento,
en todo mar templadme su prora de Centella!

La cargaré de toda mi tristeza, y, sin rumbo,
iré como la rota corola de un nelumbo,
por sobre el horizonte líquido de la mar...

Barca, alma hermana, ¿hacia qué tierras nunca vistas,
de hondas revelaciones, de cosas imprevistas
iremos?... Yo ya muero de vivir y soñar...

La vida interior de Delmira Agustini—esa vida de ensueño constante, en tensión el alma hacia el ideal, hacia el dolor, hacia el misterio—, está siempre en íntima y perfecta concordancia con el mundo exterior que en sus versos se revela. Dijérase que en ella el sentimiento y el paisaje se completan: suele el paisaje no ser más que pretexto o símbolo para explicar un estado de alma. Entonces el poeta se une a las cosas hasta confundirse con ellas bajo una alucinante luz de ensueño.

El alma de las cosas no es en Delmira Agustini mera abstracción simbólica o aparente, sino alma *con vida,* y lo que es más aún: con personalidad, movilidad y consciencia. De ahí que la personificación sea en sus versos reiterada y continua. Delmira Agustini no admite—dijérase mejor que no se explica—, la naturaleza muerta. Su corazón se apiada, en *Plegaria* rebelde y erótica, de las cosas sin vida. Por eso indaga a Eros:—"Eros, ¿no has sentido nunca piedad de las estatuas?"—y suplica:

Piedad para las vidas
que no doran a fuego tus bonanzas,
ni riegan o desgajan tus tormentas;
piedad para los cuerpos revestidos
del armiño solemne de la Calma,
y las frentes en luz que sobrellevan
grandes lirios marmóreos de pureza,
pesados y glaciales como témpanos;
piedad para las manos enguantadas
de hielo, que no arrancan
los frutos deliciosos de la Carne,
ni las flores fantásticas del alma...

*

Su gran fuerza lírica es la sinceridad. La unidad espiritual de su obra, y hasta, en conjunto al menos, de su técnica literaria, puede servir de eficaz comprobación. Sin embargo, su "anhelo de acrecer—como se ha dicho de Jorge Meredith—la eficacia representativa del verso", le lleva al abuso de la hipérbole. Pero en muy frecuentes casos usa Delmira Agustini la forma hiperbólica con magistral dominio de su técnica: no de otro modo puede hallar expresión, en el lenguaje estrecho de los hombres, el ímpetu de un angustioso o dulce paroxismo. La hipérbole es el idioma de las grandes emociones.

A veces, en un naufragio de alma, cree en la consoladora realización de lo imposible, y a él se resigna, con la esperanza, de espaldas a la vida, "que acaso un día retroceda el Tiempo". O ve, inmóvil, pasar la vida, y el amor, y el dolor, y todo, en fin, simbolizado en aletazos de relámpagos, deshielos de nubes, iris de paz, tropeles desmelenados de huracanes... Todo lo ve pasar, arropada en el manto pálido de su melancolía, y dice altivamente:

Pasad... Yo miro indiferente y fría,
¡indiferente y fría, como un astro!

Pero hay demasiado emoción en esta indiferencia para que no veamos en ella un sueño fugitivo de majestad y de dominio. Es que ha querido, en su anhelo de remontarse a la concepción de una vida extraordinaria y terrible, gozar la altiva aristocracia de la indiferencia. Y después que ha bebido, en cáliz repujado de

lágrimas, todos los vinos alucinantes de todas las emociones, quiere la sencillez, la frescura, la pureza, el reposo. De ahí su parabólico soneto *La Sed,* que han recogido varias antologías como uno de sus poemas que mejor la representan y definen:

¡Tengo sed, sed ardiente!—dije a la maga, y ella
me ofreció de sus néctares.—¡Eso no: me empalaga!—
Luego, una rara fruta, con sus dedos de maga
exprimió en una copa, clara como una estrella;

y un brillo de rubíes hubo en la copa bella.
Yo probé.—Es dulce, dulce. Hay días que me halaga
tanta miel, pero hoy me repugna, me estraga.—
Vi pasar por los ojos del hada una centella.

Y por un verde valle perfumado y brillante,
llevóme hasta una clara corriente de diamante.
—¡Bebe!—dijo.—Yo ardía; mi pecho era una fragua.

Bebí, bebí, bebí la ninfa cristalina...
¡Oh, frescura! ¡oh, puereza! ¡oh, sensación divina!
—Gracias, maga; y bendita la limpidez del agua.

Hasta aquí, recogidos al azar, sin orden ni concierto, comentarios en torno de su temperamento sensual, hiperestésico y vehemente. De su técnica literaria resta muy poco que decir. Su obra tiene cualidades de espontaneidad ante las que cualquier imperfección se olvida. Sus versos, no obstante, revelan sabiduría innata, concepto instintivo de la belleza y del arte. No pudo, en realidad, por las condiciones de su familia burguesa y la brevedad dolorosa de su vida, poseer una verdadera cultura literaria.

*

Para comprobarlo, baste sintetizar su biografía, sin más episodio espectacular que el desenlace. Su biografía da la sensación de la mayor parte de los sonetos, cuyos trece versos iniciales son un pretexto necesario, y más aún trivial justificación, para el rotundo epifonema. Nació en Montevideo en 1890, y murió a los veinticinco años, en 1915, asesinada por su esposo, un comerciante en caballos.

A los diez y siete años, en 1907, publicó su primer libro: el

Libro Blanco. El segundo volumen de sus poesías apareció en 1910, *Cantos de la Mañana.* Y, por último, a los veintitrés años, en 1913, publicó *Los cálices vacíos,* con un prólogo de Rubén Darío.

Es la primera vez, dice Darío, que en lengua castellana aparece un alma femenina en el orgullo de su inocencia y de su amor, a no ser Santa Teresa en su exaltación divina.

El temperamento de Delmira Agustini jamás se había resignado a la vulgaridad cotidiana del hogar. Poco después de publicar *Los cálices vacíos,* se casó con un comerciante; pero los testigos de la boda, como se ha observado con malicioso humorismo, fueron poetas y escritores.

Pocos días después—dice una nota biográfica—, se anunció que Delmira Agustini se había separado de su marido, por desavenencias, y algunas semanas más tarde, en una habitación cualquiera, donde se veían a escondidas como amantes, Delmira apareció asesinada por él, que se había suicidado.

Y de esta vida inquieta, desordenada y breve, no era posible esperar honda cultura ni madurez intelectual. Su obra es fruto de una precocidad maravillosamente intuitiva. Aunque en nuestro espíritu moderno se haya desvanecido la creencia en el carácter providencial y litúrgico del numen, frente a los versos de Delmira Agustini sentimos la necesidad de creer que "la poesía de los sabios—tal dijo Sócrates a Fedro—se verá siempre eclipsada por los cantos que respiran un éxtasis divino."

*

Muchos críticos han pretendido hallar semejanzas entre Delmira Agustini y Juana de Ibarbourou. Mejor se podrían cotejar sus versos para encontrar diferencias que para señalar afinidades. Esta cuestión la ha definido Maristany en compendiosas frases. Solamente puede haber influido Delmira Agustini en Juana de Ibarbourou para determinarla, con el ejemplo alentador, a desbordar su sinceridad.

El carácter fisiológico de la obra de Delmira Agustini—dice Maristany—, es casi opuesto al de la de Juana de Ibarbourou. Si en ésta

tiene un carácter apacible, sano e idílico, en aquélla lo tiene atormentado, morboso y trágico. La inquietud, que existe, bajo otro aspecto, si bien es accidental en Juana de Ibarbourou, es la misma esencia de la lírica de Delmira Agustini.

A los idilios sinceros de Juana de Ibarbourou y las tragedias morbosas de Delmira Agustini, se une la desolación amarga de Gabriela Mistral, para constituir el triángulo más insigne que formarse puede con nombres de mujer en la moderna literatura americana. Cada una de ellas ha traído su nota personal, única, distintiva, que no excluye la nota común que las hermana: la más abierta y noble sinceridad artística.

RAFAEL ESTÉNGER.

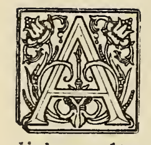
Santiago de Cuba, 1923.

DIOGENES

EL ATLETA DE LA VOLUNTAD

"Bien predica quien bien vive—dijo Sancho,—y no sé otra teología".—CERVANTES.

Pienso en la primer noche de Diógenes. Toda la antigua filosofía se fundaba en la sencillez de la vida. En ese respecto los pocos filósofos vegetarianos han hecho más por el bien de la humanidad, que todos los modernos filósofos juntos, y mientras éstos no se resuelvan a predicar con el ejemplo, llevando vida sencilla, no habrán hecho nada.—NIETZSCHE.



PESAR de nuestra decantada admiración por la cultura de la antigua Grecia, la verdad es que el mundo moderno, como bien lo observa Nietzsche, no ha acabado aún de comprender el grado de elevación a que llegó dicha cultura, ni mucho menos ha logrado compenetrarse debidamente del fondo moral que animaba a los grandes pensadores griegos.

Entre la civilización griega o greco-romana, y la nuestra, se interpuso un tenebroso abismo llamado la Edad Media, que al ahogar todo esfuerzo intelectual, impidió que se propagase en Europa, la luz de aquella cultura incomparable. De la importancia de esta última puede decirse que es recientemente, y a duras penas, que comenzamos a darnos verdadera cuenta. Y si digo *a duras penas,* es porque aún hasta en nuestros días, no han faltado filosofastros que arrastrados por las pasiones religiosas o llevados de la ignorancia, se hayan dedicado a la nada relevante misión de calumniar a los pensadores griegos, padres de la civilización europea. Especialmente aquellos pensadores cuyas obras, por des-

gracia, se perdieron, ofrecen a la diatriba singular oportunidad para ejercer cómodamente la difamación. Para ésta Pitágoras fué un necio, Empedocles un degenerado, y un sibarita Epicuro, ese modelo de frugalidad, gran moralista práctico y representante del positivismo en Grecia. Ni aun siquiera los estoicos escapan a la maledicencia, que logra dar fisonomía de bohemio y de vagabundo a Diógenes, ese sutil ironista, incomparable atleta de la voluntad y práctico moralista cuya manera de vivir rigurosamente ajustada a los principios que proclama, imprime a su personalidad una fisonomía tan característica, que le hace pasar a la posteridad como la figura más simpática que presenta la historia de la filosofía.

Nace Diógenes en Sinope el año 412 y muere en Corinto el año 384 antes de nuestra era. Presenció, pues, el apogeo de Grecia. Desde joven se propone ingresar en la escuela de Antrístenes, quien al principio lo rechaza y hasta ofrece pegarle por su insistencia. Mas Diógenes, que no se deja intimidar fácilmente le advierte: "Pégame, pero ten entendido que no hay palo bastante duro para apartarme de tu filosofía." Al fin es aceptado y al poco tiempo el discípulo supera al maestro en austeridad y se le reconoce como jefe de la escuela de los cínicos. Así como el nombre de los *estoicos* viene de que éstos se reunían en el *Stoa* o arcada del mercado de Atenas, también el nombre de *cínicos* provino de que éstos se reunían en un edificio de dicha ciudad llamado *Cinosargos*. La circunstancia de que *cinos* significa *perro,* en griego, hizo que las gentes los llamaran *cínicos* y ellos, para demostrar su desdén por el apodo, convinieron en adoptar la figura de un perro como emblema.

El principio de la filosofía de los cínicos consiste en *volver a la naturaleza;* el medio es la virtud, y el fin el predominio de la *voluntad,* que es la libertad. Diógenes desprecia el dinero, la gloria, y las comodidades de la civilización. En verano se revuelca en la arena caliente y en invierno abraza las estatuas cubiertas de nieve y anda descalzo por el hielo. Todo para hacer su cuerpo más resistente al medio natural. Su escuela es escuela de energía. Sostiene que las cosas artificiales de la sociedad son incompatibles con la verdadera moral y dice "los hombres se apresuran mucho en la consecución del dinero, pero no

en la consecución de la virtud." Afirma igualmente que "el bien más grande que existe es obrar de acuerdo con los principios de la razón y de la naturaleza." Se nota fácilmente la influencia que en Diógenes—como en todo filósofo griego—ejerció la sabiduría de la India, de Persia y principalmente del Egipto. Comparte con Buda el concepto de la unidad universal de la vida; sostiene con Zaratustra que el dolor y el hambre son favorables para la evolución y proclama con Pitágoras que la educación ha de ser repartida por igual a las tres manifestaciones humanas: física, moral e intelectual. De manera que considera absurdo dedicar toda la atención a una sola de esas tres culturas, con detrimento de las otras dos. De ahí que se mofase siempre de los atletas, a los que calificaba de seres incompletos, ya que no se ejercitaban sino en la cultura física sin importarles la cultura moral ni la intelectual.

En el cinismo hay estoicismo. Por eso la tendencia de la escuela de Diógenes era la resistencia al dolor. ¡Qué contrario de Epicuro en los medios, y qué hermano de Epicuro en los fines!... Maravilla ver que en una misma época hubiese existido sistemas filosóficos tan aparentemente opuestos los unos a los otros—tales son los estoicos, los académicos, los epicuros y los cínicos—y que sin embargo todos condujesen a un mismo fin: el naturismo. No conoce la historia un torneo intelectual tan admirable como el sostenido por las escuelas de Pitágoras, Platón, Diógenes y Epicuro. Cuatro escuelas distintas, y un solo ideal verdadero: volver a la naturaleza. En lo que contendían unas con otras era solamente en la manera de llegar más pronto a ese mismo ideal. Por eso, al hablar de la discrepancia entre los cínicos y los estoicos, dijo Juvenal en sus epigramas: "Sin embargo, no se diferencian más que en la manera de vestirse." El naturismo, es decir, el vegetarismo, fué prerrequisito incondicionalmente aceptado por todas las escuelas filosóficas, y por todos los moralistas de la antigüedad, sin una sola excepción.

Consecuente con sus principios naturistas, Diógenes, es en extremo sobrio: no posee casa, albergue, ni propiedad de ninguna clase. Da lecciones y conferencias públicas y vive de lo que buenamente le dan las gentes por sus sabias enseñanzas. Come donde y cuando le da hambre y duerme cuando y donde le da sueño,

pues no se sigue por preceptos convencionales de ningún género. Su lecho común es el suelo, y por almohada usa su túnica, que para el efecto dobla convenientemente. Esa famosa túnica constituye toda su indumentaria y toda su propiedad y la lava él mismo cada vez que se baña en el río, secándola al sol mientras permanece en el agua, Contrario a lo que generalmente se cree, Diógenes, como todo filósofo griego, es muy estricto en el aseo personal. Según nos lo hace ver el historiador Laercio, cada vez que Diógenes se baña en los baños públicos, se cuidaba de escoger aquellos que más se distinguían por su limpieza. Era tan noble su carácter, que aunque andaba casi siempre descalzo, conservó, hasta lo último, la dignidad del hombre superior. "Parecía un augusto soberano disfrazado de mendigo", exclama Dión Crisóstomo, uno de los historiadores que con mejor criterio nos han expuesto el carácter del cínico.

Por su elocuencia, el arte de convencer, y la facilidad de convertir en favorables para sí los trances más difíciles de su vida, Diógenes nos hace pensar en Pablo de Tarso, aunque habría sido demasiado inteligente para atreverse a defender la resurrección de Lázaro en el Aerópago de Atenas. Era en extremo frugal, y en este respecto más nos recuerda al Bautista, si bien es verdad que debido a su amor a la estética y a la higiene, jamás habría convenido en usar una piel por vestidura. Al opulento Crates, para aceptarlo como discípulo lo persuade a que previamente repartiera entre los pobres todas sus riquezas, costumbre que proclamaban los cínicos, no como un medio de ganar el cielo, sino por abnegación, por virtud, es decir, para hacer el bien y para alcanzar dominio de sí mismo, que es el camino de la libertad y de la sabiduría.

En realidad, hasta ahora nadie ha repartido sus bienes entre los pobres para ganar el cielo. Los que son suficientemente fanáticos para entrar en esos comercios con la Divinidad, prefieren hacerlo dando su oro directamente a esta última, antes que darlo a los pobres, lo que consideran un medio indirecto y por lo tanto inseguro para sus miras. En cambio, los que son bastante nobles para dar desinteresadamente sus bienes a los pobres, son también suficientemente inteligentes para saber que el cielo no se compra. Buda, poderoso príncipe oriental, cambia

un cetro por el bastón del mendigo cuando su sabiduría le hace ver que la riqueza no es el camino de la moral ni de la felicidad. León Tolstoy ordena distribuir sus bienes entre los pobres cuando su conciencia, toda luz y justicia, se horroriza ante la idea de que haya quien tenga lo supérfluo, cuando hay tantos que carecen de lo necesario... El alma buena de San Francisco de Asís se desposa con la pobreza por abnegación, que no otra cosa es el cinismo bien entendido. La virtud consiste en hacer el bien por el bien mismo, sin esperar ninguna recompensa. La idea de esta última desvirtúa la abnegación. "No aspiro a ser recompensado ni aquí, ni en el más allá" dice el sabio hindu, cada vez que practica el bien. Era, pues, en el sentido de la más pura abnegación, que los cínicos repartían su fortuna entre los pobres.

El carácter de Diógenes queda maravillosamente bien delineado en el conocido diálogo con Alejandro. Un día, estando éste en Corinto, le encuentra metido dentro de un tonel perteneciente al templo de Cibeles, y en donde a la sazón tomaba Diógenes su acostumbrado baño de sol. "¿Qué puedo hacer por ti?" le dice el conquistador del Mundo. "Que no me quites el sol" es la significativa respuesta que da el cínico a Alejandro, cuya enorme figura le interceptaba en aquel momento los rayos solares. Cuenta Laercio que después de esta entrevista, y dirigiéndose a su séquito, observó el emperador: "Si yo no fuera Alejandro, desearía ser Diógenes." Mucho se podría escribir sobre esta observación, en que Alejandro mostró ser digno discípulo de Aristóteles. Repetidas veces visita el emperador al cínico, quien jamás aceptó los favores reales. En su primer entrevista el orgulloso monarca se anuncia: "Yo soy Alejandro el rey"—"Y yo Diógenes el can", replica éste no menos poseído. Fué indudablemente muy oportuno Platón al lanzar a Diógenes, en cierta ocasión, esta frase que parece una paradoja: "Jamás he visto tanta arrogancia como en tu humildad."

"Los genios de primera línea tienen con la naturaleza conexiones ocultas." Beethoven, el genio supremo de la música pasa la mayor parte del tiempo viajando a pie por los campos. Diógenes hace otro tanto. Ambos desconocen por completo el arte de hacer dinero, y los hermana además el desdén por la fama y por los poderosos. De ello pueden dar fe Alejandro el Grande, y el Gran Duque de Weimar, respectivamente. "No reco-

nozco más superioridad entre los hombres, que la bondad", exclama Beethoven al negarse a descubrirse ante el Gran Duque.

La pedantería barata no se cansa de pintarnos a Diógenes con una linterna en la mano. Ya veremos que no hubo tal linterna. El único adminículo característico del filósofo es su inseparable túnica. Posee también un bastón, un saco para guardar los comestibles, un cántaro y una cuchara de madera que arroja al suelo cuando se apercibe de que un aldeano, en vez de cuchara se servía de las costras del pan para comer sus lentejas. Al ver a un muchacho beber agua en el hueco de la mano exclama: "ese muchacho me ha ganado en simplicidad", y también arroja al suelo el cántaro, con el mismo desdén con que veintiún siglos más tarde—y al convencerse de que no puede ser libre quien dependa de las horas—arrojó al suelo su reloj aquel niño prófugo llamado Juan Jacobo Rousseau, quien andando el tiempo había de llegar a ser igualmente un representante del naturismo.

La humanidad, como dice Nietzsche, está en el deber de producir el superhombre. Sin embargo, hasta ahora no ha producido más que hombres, y cuán pocos... Una vez sale Diógenes de los Juegos Olímpicos, que habían estado muy concurridos. Como le preguntasen si había allí muchos hombres, contesta "no vi ni uno solo". La trajinada fábula de la linterna (?) para buscar al homber justo (?) nació de que una vez encendió una vela en pleno día, y como algún curioso le preguntase por el objeto de ello, contestó: "busco un hombre." Es cosa difícil de encontrar. Los hombres escasean cada vez más, aunque suelen aparecer ocasionalmente. Giordano Bruno fué un hombre. El fuego de su convicción le hace insensible a las llamas. Es el primer mártir en la historia del mundo, que se deja sacrificar por el solo amor a la verdad, y sin la esperanza de una recompensa en el más allá. Reflexionad sobre esto... Veo un pensador que sin embargo de encontrarse en la mayor pobreza, rechaza fortunas con que sus admiradores quieren favorecerle. Ha escrito la obra más portentosa que conoce la filosofía moderna, y no obstante ello, se niega a publicarla en vida y pide a la posteridad que cuando la publique lo haga sin poner su nombre de autor. ¿Quién es ese que así desdeña el dinero, la fama y la gloria? Es un hombre; se llama Benedicto Spinoza. En memorable entrevista Napoleón dice a

Gœthe: "Ud. es un hombre." Sin embargo, en ese mismo instante, y no lejos de aquel mismo sitio, había un genio superior al de Gœthe y Napoleón juntos: Es Beethoven, un hombre también.

Apartando el brillo de su talento y la lógica de su filosofía, el carácter de Diógenes es, por si solo, suficiente para presentarlo como un hombre extraordinario ante las generaciones. Indiferente a los halagos de la gloria y de los poderosos, los estoicos le admiran, Epicuro le califica de "El Atleta de la Justicia", Poseidonio afirma que Diógenes practicaba la más pura virtud, y Apolodoro dice: "el cinismo es el medio más rápido hacia la virtud." El mismo Platón, con quien no siempre andaba en muy buenos términos, le compara con su ilustre maestro al llamarlo el "Sócrates Furioso".

Diógenes es muy mordaz y su ironía un cáustico terrible. En cierta ocasión comienza a discurrir y como ve que las gentes no le atienden se pone a silbar. Atraída por aquella cómica actitud acude la muchedumbre, a la que el orador increpa diciéndole: "Os apresuráis a oír mi silbido, pero no a oír la verdad." La costumbre de llevar una vida estrictamente de acuerdo con los principios de moral que predicaba, le hacían invulnerable a todo ataque. Así, pues, no es de extrañar el terror que inspiraba su palabra. Unas veces tronaba contra las multitudes; otras zahería a los poderosos, sin que se le escapasen los intelectuales, para quienes era un verdadero *enfant terrible,* a tal extremo, que ellos casi siempre rehuían su presencia. Criticaba despiadadamente a los escultores, y de los arquitectos decía que la única cosa útil que hacían, era construirle sus dormitorios. Se refería a que casi siempre dormía en algún edificio público. De los críticos literarios decía que no podía concebir cómo es que éstos pasasen la vida averiguando los errores gramaticales de los demás, sin preocuparse de los errores que ellos mismos constantemente cometían con su mal manera de vivir. A un tocador de arpa que da un concierto, es Diógenes el único de los oyentes que le aplaude, y explica tal actitud diciendo: "Ese hombre siempre tiene un mérito, pues peor es que se hubiese metido a ladrón." Cierto escritor lee una extensa composición a numeroso grupo de amigos. Cuando Diógenes, que se hallaba situado de los más inmediatos al escritor, advierte que éste se va acercando al fin de su escrito, se vuelve al grupo y exclama: "Albricias, compañeros, ya diviso orillas." En-

cuentra una vez a un filósofo muy contrito dándose abluciones sagradas para purificarse de sus pecados y le dice: "Tanto te servirán esas abluciones para limpiar las faltas ortográficas de tus escritos, como para limpiar las faltas de tu mal manera de vivir." Jactábase un atleta de haber conquistado muchos hombres en los Juegos Olímpicos y Diógenes le dice: "Tú lo que has conquistado son esclavos; quien conquista hombres soy yo", dándole así a entender que no es el volumen del músculo, sino la intensidad del pensamiento, lo que hace a los hombres.

Sostenía Diógenes que la vida no era digna de vivirse si no se obraba de acuerdo con los principios de la virtud y de la naturaleza. De los matemáticos que no viven de ese modo decía que se la pasaban viendo las estrellas y la luna, pero que no veían lo que tenían debajo de los pies. De todos, a los que más duramente fustigaba era a los oradores y a los sacerdotes que no saben vivir de acuerdo con lo que predican. Comparábalos con las *arpas* porque daban bonitas notas, pero que carecían de alma. Les reprochaba su inconsecuencia así: "Decís que despreciáis el dinero, pero en realidad sois endiabladamente amigos de lo que más pretendéis despreciar." Lisias, un boticario, le pregunta si creía en los dioses y Diógenes le contesta: "¿De qué otra manera podría yo creer que eres odiado de ellos?" Flagelaba a los glotones, y de los devotos decía: "Esos hombres hacen sacrificios a los dioses para pedirles por su salud; pero es tanto lo que comen durante los sacrificios, que terminan siempre enfermándose." No respeta grandezas ni dignidades de ninguna especie. De la escuela de Euclides dice que es una *academia de rencor* y a Platón lo califica de sofista. A Demóstenes, ese coloso de la retórica, le llama "El gran Demagogo de los Atenienses". Me figuro ver al travieso Diógenes sorprendiendo a Demóstenes en alguna flaqueza, de éste, para más tarde romper la compostura de un auditorio que oye extasiado la palabra del más insigne de los oradores, con esta contundente frase: "Médico, cúrate a ti mismo." Quien a tanto se atrevía contra esos reyes de la elocuencia, es porque muy abroquelado se ha debido sentir con su conducta.

Una vez Platón encuentra a Diógenes lavándose sus verduras y le dice: "Ya ves, si le hubieses adulado a Dionisio, hoy no

tendrías tú mismo que lavar tus verduras" y Diógenes le contesta: "Y si tú supieses lavar tus verduras, hoy no tendrías que adularle a Dionisio." Ambos filósofos se solían invitar mutuamente a comer frutas. Durante un almuerzo Platón hace incursiones demasiado frecuentes en el cesto de los higos de Diógenes y éste le advierte: "Te invité a comer higos, pero no fué para que te los comieras todos." Quizá fuese Diógenes quien pusiera al grandilocuente filósofo el conocido sobrenombre de "el come-higos" (figofagos), por su afición a dicha fruta. Mas a pesar de estas recriminaciones, ambos filósofos se admiran recíprocamente, y nada podría haber roto permanentemente los lazos de su amistad.

Alguien acusa a Diógenes de que hubiese estado preso en su juventud por haber falsificado monedas, y el filósofo replica: "Es cierto que hubo una época en que yo era como tú eres ahora; pero nunca vendrá una época en que tú llegues a ser como yo soy ahora." Los habitantes de Sinope lo condenan al ostracismo.—"Y yo los condeno a ellos a quedarse en Sinope" contesta el filósofo al comunicársele la orden. Suya es aquella frase famosa: "Soy ciudadano del mundo." Un amigo le dice: "Tú debes estar muy reconocido de las gentes que te favorecen con sus dádivas" y el filósofo replica: "Y las gentes deben también estarme muy reconocidas de que yo se las acepte, pues has de saber que más favorecido sale el que da que el que recibe", y agrega esta oportuna observación: "Ten presente que a nadie se le da, que no lo merezca." Alguien inquiere de él la causa de que las gentes estuviesen siempre prontas a dar limosnas a los mendigos, pero que en cambio fuesen renuentes a dar a los filósofos, y al punto contesta: "Toma, es porque todo el mundo teme llegar a ser mendigo, pero nadie teme llegar a ser filósofo." Le preguntan que cuál era el beneficio que había obtenido con la filosofía, y replica: "De no haber obtenido ninguno, ella sirve, al menos, para prepararlo a uno a toda clase de infortunios" y agrega "el hombre que no persigue la sabiduría, mejor es que se compre un dogal." Solía exclamar: "Opongo la fe a la suerte; la ley a la naturaleza, y la razón al sufrimiento." Refiriéndose a la muerte decía: "¿cómo puede ser ésta un mal, si no la sentimos cuando está presente?" También Epicuro afirmaba que la muerte no era un mal, ni para los sentidos, pues que no se siente, ni para la razón, puesto que

está en el orden natural de las cosas. "Si la muerte fuera un mal", dice Epicteto, "un hombre tan sabio como Sócrates, no la habría visto venir tan impasiblemente."

Tuvo Diógenes un esclavo llamado Menes, que pone en libertad diciendo: "Si Menes puede vivir sin Diógenes ¿por qué no ha de poder Diógenes vivir sin Menes?" Mofábase de los supersticiosos que le querían encontrar significado a los sueños y exclamaba: "Esas gentes se preocupan mucho de lo que sueñan dormidos, pero no de lo que hacen despiertos. De un hombre muy rico, pero muy ignorante decía que era un carnero con collar de oro. Amigo de las controversias, y brillante orador, sostenía Diógenes que de todas las conquistas de la civilización, las que más apreciaba él eran la ley y la libertad de la palabra. Un país sin éstas era, para él, un país bárbaro. Refiriéndose a los animales más ponzoñosos dice: "De los salvajes el peor es el sicofanta, y de los domésticos el adulante." Una vez se le sube a la mesa un ratón, y exclama: "¡Ya veis cómo yo también tengo mis favoritos!"

Antrístenes, discípulo y amigo íntimo de Diógenes, comparaba este último a una abeja, que hace poco ruido con las alas, pero que es temible con la picada. Friné ofrenda una venus de oro al templo de Delfi, y un día aparece sobre la venus, esta inscripción cuyo paternidad no niega el cínico: "Ofrenda hecha por la crápula de Grecia". Un escritor, hoy desconocido, pero muy en boga entonces, aun entre los verdaderos intelectuales, dábase humos de importancia hasta en el modo amanerado de andar. Diógenes, que le ve pasar, exclama: "Vaya un mundo este, en donde las cosas de más valor se venden por nada, y viceversa." En compañía del filósofo entra un viajero al templo de Samotracia, Dios protector de los náufragos, y manifiesta su admiración por la cantidad de ofrendas que allí había.—"Y aún serían muchas más", le advierte Diógenes, "si en vez de los que se salvaron, fueran los que se ahogaron, los que las hubieran hecho." A un músico que tiempla su arpa le dice: "¿No te avergüenzas de saber arreglar las cuerdas de un arpa, cuando aún no has aprendido a arreglar tu manera de vivir?" Dos abogados disputan en un tribunal, y el filósofo los condena así: "El uno se robó la cosa en cuestión, y el otro no la perdió." Dió-

genes era en veces muy chusco y se gastaba bromas pesadas. Una vez discute públicamente con Anaximenes. En el momento en que dicho orador, con gran elocuencia, comienza a hacer un violento ataque a ciertos principios del cínico, éste deja caer, en medio de la audiencia, un pedazo de pescado salado que la multitud se atropella por recoger, interrumpiéndose así la conferencia. Mostróse Anaximenes muy indignado contra tal proceder de Diógenes, más este le replica: "Tú de lo que realmente te indignas, es de ver que el público le haya dado más importancia a dos centavos de pescado salado, que a tu discurso."

No se amoldaba Diógenes a comer sin apetito por ser llegada la hora, ni a comer manjares que no eran de su agrado por cumplir con las reglas de la etiqueta. Tratábase una vez de lo bien que fué recibido Calístenes por Alejandro, y Diógenes advierte: "Yo más bien compadezco a Calístenes, pues ha tenido que comer, no cuando le daba apetito, sino cuando Alejandro quería." Se hablaba de las riquezas de Crates, y al oír alabar las exquisiteces de su mesa, con la gran variedad de extraños manjares y suculentas carnes exclama: "Preferiría echar sal en las calles de Atenas, antes que comer las exquisiteces de la mesa de Crates." Todo esto da una idea de lo que le disgustaban las costumbres convencionales. Pregúntanle que cuál era la mejor hora para comer, y contesta: "Si eres rico, cuando te dé hambre, y si pobre cuando puedas." Una vez le preguntan por qué había comido en el mercado, y contesta: "Pues sencillamente porque fué allí que me dió hambre." Otra vez, mientras come en el mercado, le rodea un círculo de curiosos. "Perro" le grita uno de éstos, y él contesta: "perros son Uds. que no cesan de verme comer."

Yendo de viaje cae en manos de unos piratas que le declaran esclavo. Al punto el filósofo se echa a reir: "Hasta ahora" dice, "tenía yo mismo que ocuparme de mi manutención; mas de hoy en adelante serán otros los que tendrán que ver por ella." Al llegar al mercado de esclavos a donde se le había conducido exclama: "El que me compre debe prepararse a obedecerme, como obedecen los poderosos a sus médicos. Se vende un dueño; a ver quién quiere comprar un dueño." Un comerciante llamado Xeniades lo compra, y al preguntarle, como era de costumbre hacer

con los esclavos, que cuál era su oficio, contesta: "No tengo ninguno, pero si los habitantes de este país necesitan un Gobernador, yo los podría gobernar." Xeniades comprende que se las había con un hombre superior, y le encomienda la educación de sus hijos. No se sabe cómo, pero de la noche a la mañana Diógenes pasa de ser esclavo a Consejero del Gobernador. Unos cuentan que cansado de vivir entre los poderosos, se vuelve a Atenas, y otros opinan que permaneció con Xeniades hasta sus últimos días, y que se le tuvo en general aprecio, tanto entre el pueblo, como entre los grandes. Diógenes enseñó su filosofía a los hijos de Xeniades, quienes aprendieron a no necesitar sirvientes, a andar descalzos por el campo, a no alimentarse sino de vegetales y a llevar una vida naturista. Diógenes mismo se la pasaba la mayor parte del tiempo fuera de la ciudad, no solamente por aprovechar el aire libre, sino para huir de los preceptos convencionales que tanto le disgustaban. Sin embargo, no abandona del todo la ciudad, pues, como él decía, "El hombre de juicio debe vivir allí donde vea que hay mayor número de insensatos... así como el médico debe estar pronto con sus servicios allí donde las enfermedades sean más prevalentes"...

Laercio cita esta irónica frase de Diógenes: "No es malo robar el templo, ni comer carne de animales, ni comer gente." Así metía el filósofo en un mismo saco, a los que acostumbran comer carne, junto con los ladrones, los sacrílegos y los antropófagos. Sin embargo, cuentan que una vez compra en el mercado un pedazo de carne y tapándose la cara con la túnica, se lo come crudo. De ser cierta esta versión, no queda duda de que el intento de Diógenes, al obrar así, no fué otro que el de lanzar una ironía a los que comen carne, ya haciéndoles ver que para ser consecuentes, como la deberían comer era cruda, o ya para manifestarles que de comerla, lo deberían hacer a escondidas, a fin de no dar un mal ejemplo con una alimentación tan contraria a los principios de la moral. La versión termina diciendo que ese pedazo de carne le causó la enfermedad que lo llevó a la tumba. Todo esto es seguramente una fábula, como lo es también aquella que atribuye la muerte de Buda a haber éste comido un pedazo de carne. Ya veremos que fué muy otra la causa de la muerte de Diógenes. De todos modos, está fuera de discusión

que un filósofo, que tanto combatía la costumbre de comer carne, y que tan estrictamente se ceñía a sus doctrinas, fuese a comer carne cruda en un mercado público, a menos que fuera, como ya vimos, por ironía, y aun así mismo, la versión esa es más que dudosa... Por otra parte Laercio, considerado como el más auténtico de sus historiadores, declara que el cínico fué en extremo parco y frugal; que no comía sino lo estrictamente necesario para el sustento, y que su alimentación se componía de frutas, higos secos, verduras y lentejas (Véase Lærtius, *De vita et moribus philosophorum, Diogenes)*. En abono de este dato histórico, viene también el conocido incidente de Mandanas, embajador de Alejandro ante Onesírico, y quien declaró que Diógenes se abstuvo siempre, estrictamente, de comer carne (Véase Springer, *Entkarpa,* pág. 147). Diógenes sostiene que "los ladrones y criminales no se reclutan de entre los frocatarianos, en tanto que de entre los que se alimentan con carne, es que salen los tiranos y los aduladores." (Porphyrius, *Opera moralia, de abstinentia,* I, 42). El cínico condena la costumbre de comer carne porque dice que ésta pervierte a un mismo tiempo las condiciones físicas, morales e intelectuales del hombre. Por eso, cuando alguien le pregunta la causa de que los atletas fuesen más crueles que las demás gentes, contesta: "Claro, es que comen carne." (Lærtius, op. cit. *Diogenes* IV). Una vez sorprende a un atleta comiendo carne, y le dice: "Ya descenderás de los Juegos Olímpicos al *Nemean*". (Lærtius, op. cit.). Otra vez da el filósofo a entender la importancia de los vegetales y la inutilidad de la carne, con esta frase: "Si llegase a desaparecer todo el oro y la plata del mundo; si un terremoto acabara con todas las casas; si todo el ganado y demás animales desaparecieran, mis comodidades continuarían siendo siempre las mismas mientras exista aire que respirar, mientras haya ríos donde aplacar la sed, y mientras la tierra produzca manzanas, trigo, cebada, lentejas, que es el más barato de los alimentos, nueces, y el fruto de la cornelia, con que Homero hace que Circe regalara a Ulises. Es un alimento capaz de sostener las bestias más enormes." (Dionis Chrysostomi, Opera, Diogenes sive Tyrannide.)

Fuerza es reconocer que entre las circunstancias que más han favorecido a ciertos criticastros modernos, ensañados contra

los filósofos antiguos, figuran no solamente algunos inconsecuentes discípulos de éstos, sino también la falta de selección con que varios historiadores, sin la requerida preparación crítica, han recopilado a trompa y talega frases y anécdotas atribuídas por la tradición a aquellos pensadores, pero que a todas luces son apócrifos, como el que comentamos en el párrafo anterior. De ahí que en veces nos encontremos no solamente con inconcebibles discrepancias, sino hasta con sandeces, puestas en labios de quienes jamás pudieron haberlas dicho. Entre los historiadores que con mejor estilo y juicio nos hablan de Diógenes, y que más admiración y respeto guardan al filósofo, merece citarse Dion Crisistomo, cuyos trabajos contienen páginas que en mi concepto constituyen el retrato más fiel que existe de la noble figura del cínico. Es de una de esas páginas, que extracto el anécdota siguiente: Cierto día asiste Diógenes como espectador a los Juegos Olímpicos del Istmo, cuando de pronto se le ve coronado de laurel y sentado en el lugar destinado a los vencedores. Esto produjo una conmoción entre el público y una lluvia de protestas por parte de los campeones, que no podían admitir que fuese coronado quien ni siquiera había tomado parte en las justas. Pero el filósofo se yergue y les habla de esta manera:

Si la meta de vuestras aspiraciones es correr ligero, sería el ciervo, en tal caso, el ideal humano; si es que la fuerza muscular constituye para vosotros la perfección, aún tenéis mucho que aprender del león y del buey. ¿Creéis por ventura que la misión humana es regresar hacia el ciervo y el buey? Mirad; yo he vencido enemigos mil veces más poderosos que los que vosotros en vano os empeñáis en vencer. He vencido la pobreza, el destierro, la desgracia; he tenido fuerzas para rechazar los halagos de príncipes y potentados, conquistando así mi libertad como hombre; he vencido el placer, el deseo, el dolor, la ira, el miedo, y, finalmente, he vencido un enemigo mil veces peor que todos esos juntos: he vencido las pasiones. Decidme ahora, cuál de vosotros ostenta una sola de estas conquistas, y yo mismo os colocaré en vuestras sienes la corona del triunfo...

Cuando Diógenes llegaba a esta parte de su discurso, el público ya lo aclamaba como el único y verdadero vencedor, y los campeones, mohinos, se largaban furtivamente del circo, jurando no volver jamás a tomar parte en unos Juegos Olímpicos, a los que asistiera el cínico.

Diógenes murió a los 90 años de edad, según Demetrio, el mismo día en que murió Alejandro. Extraña coincidencia de los dos extremos de la grandeza. Parece una paradoja, pero el suicidio no ha sido una rareza entre los grandes moralistas de la antigüedad. Es Diógenes mismo, quien declara que "no hay mayor desgracia para el hombre, que llegar a la vejez en la pobreza" y consecuentemente se resiste a la idea de inspirar lástima y de tener que mendigar. Esto era vergonzoso en una época en que el sol de la caridad humana no había despuntado por sobre las verdes lomas de Galilea, ávido de encender el fuego del amor en el corazón de los hombres. Séneca se corta las venas. Zenón se estrangula con sus propias manos, acto de suprema voluntad, muy digno del estoico. Pero es Diógenes quien supera a todos en ese sentido. Laercio, apoyado también por Corcidas de Creta y por Antristenes, el discípulo del cínico, declara que este último se suicidó, parando simplemente la respiración. Hasta en la manera de suicidarse es Diógenes original y sencillo. Se requiere ser un verdadero atleta de la voluntad para poder detener la respiración hasta dejar de existir. El maestro de la sencillez y de la simplicidad obra un prodigio de fuerza de voluntad, digno de un semidiós; prodigio que hasta ahora ningún otro mortal se ha atrevido ni siquiera a imitar.. ¡Qué humildad tan soberbia!...

Consecuente con los principios de Zaratustra, Diógenes ordena que no lo entierren, sino que echen su cadáver a los animales para que pueda ser utilizado como alimento, en vez de podrirse sembrado en la tierra. De las obras de Diógenes, consideradas como genuinas, según Sotión, se citan los *Diálogos sobre la Virtud; Los Dioses, El Amor, El Mendigo, El Leopardo,* y algunas más, pero todas, por desgracia, se perdieron. Entre sus discípulos más notables figuran Antristenes, Zenón, Crates, Demetrio, Luciano y otros filósofos más.

En el lugar en que fué Diógenes enterrado, sus admiradores erigieron un monumento que consistía en un perro de mármol sobre una columna. También se le erigieron estatuas en varias ciudades. Con la muerte de Diógenes se extinguió un sol de primera magnitud en el cielo de la filosofía. La desaparición de sus obras es una desgracia que el mundo no podrá lamentar jamás lo suficiente. Pero lo que no se pudo extinguir ni destruir, fué el

ejemplo de sobriedad que el cínico dió al mundo, demostrando que el hombre puede y debe vivir conforme a los principios que sustenta. No es, pues, con abstrusas teorías, sino con su vida práctica, con lo que Diógenes hace extremecer de admiración al mundo. Descubrámosnos reverentes, ante la memoria de uno de los más ilustres y consecuentes representantes que ha tenido el naturismo...

CARLOS BRANDT.

Nueva York, 1924.

LA DAMA QUE ASESINÓ

(Cuento)

ACÍA más de dos meses que mamita Dolores había muerto y ni sus nietas ni su hijo, el Dr. Alba, tenían aún valor de revolver sus cosas. Tal como ella las dejó encontrábanse: guardadas en los escaparates, en la cómoda, en el escritorio, o, a la vista, en el amplio salón de sencillez colonial que ocupara en la casona, durante los últimos años.

Próxima a inaugurarse la legislatura federal, debía el Dr. Alba, como diputado, trasladarse a Buenos Aires, abandonando aquella su vida de ocupaciones campestres, tan añorada por él al sentirse arrollado por el vertiginoso latir de la capital; al revés de lo que les ocurría a sus hijas, las que sobrellevaban el aburrimiento y soledad de la finca de campo tucumana, pensando tan sólo en la temporada porteña.

Había que decidirse de una vez, a poner en orden las cosas de mamá Dolores y a romper muchas seguramente, dada su manía inveterada de guardarlo todo.

—¡Pobre mamita!—exclamó con voz de lloro, Nelly, la menor de las nietas, la mimada por la desaparecida que hizo con ella de madre, cuando al nacer perdió la suya, entrando aquella mañana en el cuarto, mientras su hermana abría de par en par las cuatro ventanas y el anchote balcón de esquina, dejando que el sol se esparciera a raudales.

—Paréceme verla allí,—continuó.—¿Te acuerdas Nena? En su sillón, al lado de esa ventana que da a la huerta, contemplando el valle de Lulés, que, según ella, recordábale sus campos de

Cuba. Siempre, cosiendo o tricoteando para los chiquillos de los colonos o de las puesteras, al mismo tiempo que leía sus libros en francés, inglés o en alemán, colocados sobre ese atril... Y en verano, allá, tras de la huerta, al borde de la barranca, igualmente cosiendo y leyendo o contándonos cosas de su vida, a la sombra del molle, cuyo tronco acariciaba diciendo era también un individuo de la familia... ¿Te acuerdas? ¡Pobre mamita Dolores!

La otra hermana, más filósofa, menos sensible o quizás más moderna, sin hacer caso, abrió una alhacena atestada de libros:

—Oye Nelly, me quedo con estas novelas inglesas y algunas francesas—dijo, luego de haber pasado los ojos por varias cuyos títulos parecieron a su candorosa malicia altamente sugestivos. De los demás libracos, como de estas gramáticas, tú harás lo que quieras.

Nelly nada replicó; plena del recuerdo de mamita Dolores, repasábalo todo devotamente, acariciando con sus manos los muebles, en cuyas curvas y molduras viejas y lustrosas, parecía encontrar algo de la tan querida.

El Dr. Alba, tintineando un manojo de llaves, entró en el salón, preparándose definitivamente el arreglo de todo aquello.

De la cómoda y de los dos escaparates salieron encajes, sombrillas raras, toaletas antiguas, telas de colores que en tiempos lucieron, resaltando la belleza de quien las portó, ahora ajadas, descoloridas, con indicios de rasgones que al tocarlos corríanse... tan muertas ya como su misma dueña.

Nelly mirábalas, no pudiéndose imaginar a mamita Dolores aderezada con ellas, pues siempre la conoció vestido de negro su encorvado cuerpo, que en juventud fué erguido, y con cabellos blanquísimos, rebosando bajo la cofia de encaje, negro también. Sin embargo, infinidad de retratos amarillentos se la hacían ver así, y el gran cuadro del salón de recibo representábala en toda la lozanía espléndida de los 26 años, a poco de tener su único hijo. Cuadro al óleo que hacía juego con el del abuelito de mozo, luciendo el uniforme diplomático. Para ella, mamita Dolores fué siempre mamita Dolores. Recordaba que de niña, interrumpía a menudo sus cuentos y lecturas para exclamar: "Dí mamita, ¿tú has sido chiquitita como yo?"

Nena echaba sus cálculos, pensando que con aquellos encajes que su padre decía eran legítimos, podía hacerse en Buenos Aires algo bonito para la temporada próxima; aunque de luto, pensaba ir a muchos lados; no iba a encerrarse.

Nelly apartaba unas miniaturas de los padres de mamita Dolores y de viejos parientes de Cuba, de los que la buena señora, en su arreglo, se había cuidado de escribir en papelitos pegados al dorso, nombres, nacimiento, muerte y parentesco que con cada uno de los retratos les unía.

El Dr. Alba sentado ante el escritorio de su madre, revolvía papeles y comenzaba a tirar a un cesto algunos en pedazos.

—Esto hay que guardarlo—dijo, interrumpiendo su busca y mostrando a sus hijas dos paquetes de cartas de trazos parduzcos y papel amarfilado. Es la correspondencia dirigida por mi abuelo a su mujer y a su hija, desde el campo de la revolución. Entonces ellas estaban refugiadas en Nueva York. Mirad ésta, es de fecha de agosto de 1870, justo dos meses antes de caer prisionero y ser fusilado en Puerto Príncipe.

—Trae papá, trae; yo las guardaré—exclamó Nelly adelantándose.

—Ya tenemos en la familia la continuadora de la chifladura de guardar papeles—dijo Nena.

—Si eso le gusta...—disculpó el padre, añadiendo en sonrisas:—Lo mejor es que te quedes con este escritorio de tu abuela y en él guardes todo lo que quieras para que, pasados los años, mis nietos, hagan lo mismo que estoy yo haciendo.

—Sí, sí, regálamelo; ahí guardaré todo, mejor que en el mueblecito de mi dormitorio.

Nena, abstraída de la conversación, había descocido unas blondas de vieja manteleta, extendiéndoselas sobre la falda para calcular efectos.

Nelly concluyó por arrodillarse al lado de su padre, cada vez más interesada por todo lo que el escritorio iba vaciando.

—¿Y esto?

—Cartas mías cuando estaba en el Colegio. Mira el telegrama de felicitación que desde aquí, me envió cuando le anuncié que era doctor en Leyes. ¡Pobre mamá!

—¿Y estas otras?

—¡Figúrate!—[leyendo]—cartas de ella y de mi padre cuando eran novios.

—¡Trae, trae!

—Quita mi hijita. ¿No será mejor romperlas? Respetemos esas intimidades de amor.

Y la misma nieta, en recortes chiquirritísimos, fué aventando sobre el cesto aquella llovizna de papelillos blancos con los que se esfumaba para siempre un pasado henchido de mil nadas que en aquella época de noviazgo parecerían mundos; prometedoras ilusiones que un amor santo convirtió en realidades fielmente duraderas.

Uno de los cajones de la cómoda de mamita Dolores chirrió, como en protestas, ante los nerviosos forcejeos de Nena por abrirlo del todo, ansiosa de unos pañizuelos de nansú, avizorados allá en el fondo.

—¡Lo que me esperaba!—dijo al doctor leyendo en la cubierta de un cuaderno "Notas íntimas de mi vida".—Era imposible que ella, que tanto se complacía en el recuerdo, no tuviera esto.

—Ahora me explico los ratos que se encerraba aquí a escribir. Ay, papito, debe ser sumamente interesante. Dámelo...

—Muchacha, espera... [Leyendo]:

Nací en la ciudad de Puerto Príncipe, capital del departamento central de la Isla de Cuba, el día 30 de octubre de 1846, a las tres de la tarde, siendo mis padres D. Mariano de Arrayán y Arada, Relator de aquella Audiencia, y Doña María de los Dolores Bernales y Sotolongo, ambos también naturales de la misma ciudad de Puerto Príncipe.

Pasando páginas:

—Aquí está el día en que su padre se fué al campo, al iniciarse la guerra de los diez años. Luego la huída de ellas a Nueva York con el poco dinero que pudieron salvar. Hasta la costa fueron como Dios les dió a entender, a veces con fuerzas cubanas, ocultándose de día, acompañadas siempre de Ángeles y Toño, los criados de color de cuya fidelidad tantas cosas nos hablaba. En una playa cerca de Nuevitas, consiguieron puesto en un barco de escaso tonelaje que regresaba a la Florida, después de haber traído de allá municiones para los patriotas.

Salimos de Puerto Príncipe no pudiendo rehuír por más tiempo las persecuciones de que éramos objeto, confiscadas nuestras propiedades, con dos mil pesos que tío Antonio nos pudo facilitar.

Leyendo y resumiendo en alta voz:

—En Nueva York viven con las lecciones que mamá da de francés y español y con eso, y gracias al compañerismo de los cubanos allí refugiados, pueden ir tirando entre mil estrecheces.

—¡Pobre mamita!

—Aquí está la noticia del fusilamiento de su padre:

El día 14 de noviembre de 1870, nos vino a visitar D. Carlos de Varona, notificándonos el fusilamiento de mi queridísimo padre, acaecido en Puerto Príncipe el día 13 de octubre del mismo año a las seis menos un cuarto de la tarde.

—Este párrafo es el fiel reflejo del carácter entero y firme que siempre demostró mamá. Figúrate lo que encierran esas cuatro líneas escuetas y sin comentarios.

—¡Qué interesante!

—El 1º de enero de 1871 se casa en Nueva York con mi padre que se encontraba en Washington como agregado a la Legación Argentina. Se conocen en casa de una familia colombiana, interesándose mutuamente.

D. Jacinto Alba y Romanes García, caballero argentino, se unió a mí en matrimonio llevándome diez años justos de edad, el día 1º de enero de 1871, dándome patria, felicidad y posición.

—¿Cuanto tiempo estuvieron casados?

—Espera (hojeando):

El 28 de marzo de 1901, muere Alba en nuestra finca de Tucumán, víctima de una congestión habiéndome sembrado de flores continuamente la vida durante los 30 años, dos meses y 28 días que ha durado nuestro matrimonio. Dios me dé fuerzas para sobrellevar pena tan grande.

Volviendo a las páginas que revisaban antes.

—Papá, ¿nada dice de los sitios que recorrieron como diplomáticos?

—Sí: México, Londres, Italia y últimamente a mi padre lo hacen Ministro en Lisboa... Aquí está:

Llegamos a Lisboa procedentes de Italia, el 20 de septiembre de 1883. Alba, Ministro por primera vez, presentó sus credenciales el 5 de octubre. Yo, fuí presentada a mi v z a los Reyes el día 18 del mismo mes. El rey Don Luis hácese simpático desde el primer momento; en su tipo, color y expresión de los ojos azules revela su sangre alemana. El día en que lo conocí llevaba uniforme de marino, según me dicen el que más usa no sólo porque a ese Cuerpo perteneció cuando ni pensaba en ser rey, sino por la comodidad de la levita abierta en consonancia con su incipiente obesidad. Al enterarse de que yo pintaba, nos habló de arte con gran conocimiento. Doña María Pía da la justa impresión de la verdadera reina. Sus facciones que en sí, nada tienen de particular, en conjunto resultan bellas. Estuvo sumamente afectuosa, extrañándome tenga fama de seca, gustándole mucho saber que veníamos de Italia y haciéndonos infinidad de preguntas del Rey su hermano, de aquella corte y de la sociedad. "¡Oh, Roma, Roma!" exclamó varias veces.

—¡Qué interesante!...

—Se ve que terminó estos apuntes en los últimos años. Aquí habla mucho de la casa en que vivíamos en Lisboa, situada en el barrio de Lapa, con gran jardín y hermosísimas vistas:

Nuestra casa es sumamente cómoda, y en su amplio jardín, con subidas y bajadas debido a los desniveles del suelo de Lisboa, la que, al igual de Roma, extiéndese sobre siete colinas, juega encantado nuestro hijo. Esto ha de sentarle muy bien.

—Yo, debía tener de 8 a 10 años por esta época; recuerdo aquella casa y sobre todo el jardín donde pasaba el día jugando con el hijo del jardinero, un rapaziño dulde y acomodado a todas mis ideas.

La casa está situada al final de la calle del Prior, en el barrio de Lapa. Calle silenciosa y en su mayoría formada por altos murallones de jardines. Como el paraje es elevado, desde nuestros balcones divísase el hermoso panorama del Tajo, parte de los muelles y los pueblecillos blancos de la otra rivera.

El Dr. Alba siguió hojeando varias páginas.

—Aquí dice algo de V. mamita Dolores—exclama Nelly, la que leía por sobre el hombro de su padre.

—Sí, habla de un preceptor que me pusieron:

El canónigo D. Henrique dos Lagos Teixeira, se hizo cargo de la

educación de nuestro hijo desde el día 1º de enero de 1884. Aprovechando todos los ratos que puedo al día, enseño al niño a que ame a Cuba, pues aunque argentino, debe respetar y compadecer a la isla hermosa y desdichada en que nacieron su madre y sus abuelos y por cuya independencia supieron morir y arruinarse muchos de la familia.

—El estilo sencillo de mamá es encantador.

Siguen pasando los ojos por las páginas.

—¿Qué es esto?

—¡A ver!

Exclaman al mismo tiempo padre e hija, al doblar una hoja.

En la noche del 5 de abril de 1886 he matado a un hombre!...

No, no era ilusión; ante ellos fulguraba la línea escueta, lacónica y firme, imantando la mirada de los dos, avizorada por la sorpresa, impidiéndoles proseguir y enturbiando todo el resto de la página donde destacábase tan sólo, con insistencia de pesadilla, la frase inesperada. Conociendo la rectitud de la desaparecida, ninguno dudó de la verdad ni de la razón de lo enunciado.

El Dr. Alba volvió la cabeza buscando a su otra hija y, alegrándose de no encontrarla, cerró la puerta, volviendo a su sitio.

Nelly, de pie, inclinada sobre su padre, pasándole el brazo por el cuello, pálida y trémula, siguió la lectura, escuchando al propio tiempo las mismas frases que él iba repitiendo.

El doctor leía casi en voz baja... Su voz, apagada por la emoción parecía de otro; de alguien invisible que allí, junto a ellos, les iba susurrando la verdad; el secreto terrible de la muerta, nunca sospechado...

Y ante sus ojos atónitos y el alma en sobresaltos, pasaron las escenas:

En la noche del 5 abril de 1886, he matado a un hombre. Al Vizconde Joaõ da Serra d'Acunha. A los pocos días de llegar a Lisboa fueme presentado en una comida de la Legación de Inglaterra, dedicándose, desde el primer momento, a hacerme la corte.

Perteneciente á una de las mejores familias del reino, tenía entrada y creo que hasta un cargo en la corte, siendo admirado en esta sociedad por su riqueza y fama de conquistador afortunado. Buen mozo, unos 30 años, soltero, e inepto para todo lo que sea levantado y útil. Un completo ignorante, fuera de las frases superficiales de sociedad.

Creíase inrresistible. "Donde no llega mi amor llega mi dinero", repitióme varias veces, al notar la frialdad con que recibía sus insinuaciones. Al oír tal frase consideréme ofendida. Durante tres años ha sido mi sombra, pero, ducho en el arte de perseguir, no ha despertado sospechas en Alba, al que nada dije, no sólo por no alterar su tranquilidad, sino por bastarme yo sola para mi defensa. No pude prohibirle me hablara porque eso levantaría sospechas entre nuestro mundo. Decidí frecuentar poco la sociedad pretextando jaquecas causadas por el viento, en Lisboa casi constante y al que no estaba acostumbrada.

Tuvo el atrevimiento de escribirme, al no verme. La carta se la devolví sin haberla abierto.

Una amiga mía, hermana de otro diplomático hispanoamericano, vino por aquellos días a tomar el te conmigo y hacerme compañía. Indignada me contó que él declara a todos su inclinación hacia mí y su seguridad de vencerme. ¡Infame! Si Alba hubiera oído algo... ¡No quiero pensarlo! Por otra parte, la sociedad nuestra es tan mala que, con tal de entretenerse, inventa.

El día 1º de abril se fué Alba con unos colegas a visitar el norte, pensando ir al monasterio de Batalha. No quise acompañarlo para no dejar solo a nuestro hijo. La excursión duró apenas ocho días.

La noche del día 5, después de acostar al niño, me acomodé en el gabinete de la planta baja que da al jardín, quedándome leyendo hasta tarde. Alba había recibido unos libros de París y comencé a abrir sus páginas y revisarlos, concluyendo por interesarme en uno de ellos. La noche templada hízome entreabrir la ventana.

Sin haber sentido ni el ruido más ligero, mis nervios me avisaron la presencia de alguien. Miré, deslumbrada por la lectura, hacia la oscuridad del jardín y, montado en la barandilla de la ventana en esfuerzos de entrar, reconocí al Vizconde. Saltó a la habitación y en voz baja, sonriéndose, como cosa natural, declaró su deseo... Tuve que morderme la mano para ahogar un grito de indignación, no de sorpresa ni de miedo; pensando al mismo tiempo en la manera de alejar a aquel hombre, sin escándalos ni socorros. No perdí un momento mi presencia de ánimo. Con ademanes le ordené la salida. Él, murmuraba palabras amorosas que sonábanme a insultos y, avanzando, trató de abrazarme. En una de mis manos conservaba aún el puñalito de afilada punta con que acostumbro a abrir los libros; una frase de Alba dicha cuando me lo compró, "Con esto se puede perfectamente matar a un hombre", deslumbró mi amaginación como un relámpago, y, sin pensarlo o en conciencia, esperé se acercara hincándoselo en el cuello con todas mis fuerzas... Detúvose asombrado, palideció hasta la lividez, pero el fatal deseo supo imponerse y estrechóme fuertemente la cintura con su brazo, tratando de besarme. Ciega de ira hinquéle el puñalito repetidas veces, hasta que se derrumbó sobre un sofá. Al sentirle desmayado salí al jardín, comprendiendo su entrada al ver entreabierta la puerta de la verja. Volví a la casa, toda en silencio,

para tratar de sacar a aquel hombre. Seguía desmayado, un hilillo de sangre metíasele del cuello por entre la camisa, siendo anhelosa su respiración. Traté de ponerle en pie pero doblegóse y a rastras, lo saqué al vestíbulo, atravesé el jardín, cuya arenilla rechinando al roce del cuerpo me hizo temer delaciones, y, confirmando la soledad absoluta de la calle, lo dejé en el suelo de la rua, apoyado al muro de una casa frontera.

De vuelta a mis habitaciones comprendí toda la enormidad de lo ocurrido. ¿Debí llamar para que echaran a aquel hombre, antes de hacer lo que hice? ¿Y, el escándalo, y la duda arraigando quizá en el alma de mi marido; y el mundo con sus sospechas y procacidades?... ¿Hice entonces bien?...

El resto de la noche lo pasé entre rezos y en sopores de fiebre. Después caí enferma con unas calenturas nerviosas que duraron días.

Convaleciente ya, Alba contóme el gran suceso acaecido durante mi enfermedad: El vizconde Joaõ da Serra d'Acunha había aparecido, frente a nuestra misma casa, asesinado misteriosamente. Nadie sabía nada, no consiguiendo la policía desentrañar lo impenetrable del delito. El móvil del asesinato no había sido el robo; una cartera con bastante dinero, estaba en uno de los bolsillos del traje del cadáver.

Todo el mundo interesóse, hasta la obsesión, con lo ocurrido, interpretándolo cada cual a su modo, pero... la verdad nunca se supo. He rezado mucho por el alma del muerto durante toda mi vida y espero que Dios me perdone teniendo en cuenta que defendí mi honor, la tranquilidad y el nombre de los míos.

—¡Pobre madre!

—Era una santa...

ALVARO DE HEREDIA.

El distinguido escritor cuyo es el seudónimo *Alvaro de Heredia* con que suscribe este bello e interesante relato, pertenece desde hace algún tiempo al servicio diplomático de nuestra República, habiendo sido Secretario de la Legación de Cuba en Lisboa, y más tarde de la de Caracas (Venezuela). Fué redactor de la revista *El Fígaro* y del diario *Heraldo de Cuba* durante la época en que lo dirigía su fundador, Manuel Márquez Sterling. CUBA CONTEMPORÁNEA agradece al notable publicista su valiosa y muy estimada colaboración.

DEL LIBRO *LA CIUDAD INVISIBLE*

CUANDO CIERRO LOS OJOS

Cuando cierro los ojos yo sé que me quisiste.
Hasta mis huesos llegan tus ondeadas pestañas.
Vienes en un temblor cuando me siento triste
y sin mirar mi muerte ríes y me acompañas.

Yo besaré las rosas que perfuman los muros
de mi casa tranquila. Sorberé la belleza
de vetustas estrellas en horizontes puros.
¡Seré como un panal que llora su tristeza!

La gracia de tu cuerpo, tu hermosa cabellera
viven en mí: los besa mi sangre agradecida.
Algo tuyo hasta Dios iría si muriera.
Mirándome a los ojos has honrado mi vida.

Antes de que vinieras era el mundo un sollozo;
en sus redes de plomo me envolvió el sufrimiento.
Iba por los caminos sin hallar el reposo
cuando tú viniste besándome en el viento.

Yo sé que me quisiste. Aunque Saturno tienda
sus redes sobre el mundo no borrará el latido
que abrió tu corazón cuando vino a mi senda.
¡Toda la eternidad estaré conmovido!...

ASCENSION

Ayer, mañana, hoy. ¡Yo caí tantas veces
que el corazón ya tiene surco para morir!
Para mí las estrellas son bosques de cipreses.
¡Se me olvidó la hora única de ser feliz!

Cada vez más aéreo y cada vez más solo.
Yo soy en el martirio la constante ascensión.
Cierro los ojos y oigo cómo llora en el Polo
mi propia vida. ¿Acaso ha de escucharme Dios?

Están todos los siglos trémulos en mis venas.
Siento la marejada que da la eternidad.
Nadie miró mis llagas ni vió mis azucenas.
Frente a mi propia muerte yo comencé a llorar.

Mi corazón asciende hacia Dios como Elías.
Detrás de cada herida me perfumo de luz.
Aventará la muerte en un grito mis días
y a ti mujer ¡qué espanto si no te he hallado aún!

Las alas de mi madre me siguen en el vuelo
y mis claras abejas cantan en su panal.
Mi corazón lloroso ha fatigado el cielo.
¡Acaso estoy llorando toda la eternidad!

UNICO PLACER

Y mi único placer fué la tristeza.
En su pozo bañé mis pensamientos.
¡Y había tanto júbilo en mi muerte!...

Yo no te hubiera amado en la alegría
que hace pequeño el mundo.
Con mis ojos
sólo he mirado los caminos turbios
y el desencanto de los niños pobres.

¡Yo nunca tuve tiempo para el júbilo!

A través del cilicio
brotan mis alas, suaves de ceniza.
¡Voy muriendo en el vuelo de los pájaros!

Hasta la hierba del sendero humilde
acrecentó el amor que a ti me lleva.

¡Cómo hacer el milagro
de darte eternidad como a los montes
y de mirarte hasta morir inmóvil
en la llama del cielo, como el mástil
del navío de Dios enorme y solo!...

AVION

Explorador azul, buzo del cielo,
sembrador de estrellas
que deshojas el día con la hélice,
sobre tus alas Icaro solloza.

En el viento restallas
como el océano en torno de las islas.
La ciudad te contempla
desde sus torres de silencio y oro
y tú, volatinero de la luz,
desmenuzas los puntos cardinales.

Cuando la tarde hace cantar los vidrios
de los barrios humosos
y en los árboles pobres llora el mundo
desciendes del espacio
y en tu hélice el sol se vuelve gris.

¿Explorador azul viste en el cielo
a Elías en su carro fulgurante
sembrando estrellas?

Caes sobre el llano
y cuando quedas en la sombra inmóvil
y se hacen tenebrosos
los discordantes mares taciturnos,
el cielo arremolina
sus infinitas hélices de oro.

EN ESTA LENTA LLAGA...

Te daré mi archipiélago de estrellas
y el día lacerante de mi muerte
iré a buscarte ¡Nada más poseo!
Harás que mi pobreza me avergüence.

Rey de las cumbres.
Mi reino empieza en el temblor de un ala.
Rey de las islas más allá del cielo,
nunca mi corazón echó las anclas...

Yo tendí mis sentidos
hacia la eternidad, puentes de sombra
y atravesé los turbios hemisferios.
¡Sobre todas las playas fué mi ola!...

A ti me quedé vuelto hasta la muerte
desde aquel día en que miré tu rostro.
¡Cómo me duele tu perfil hundido
en esta lenta llaga del Otoño!...

LA SEDA DE TUS HOMBROS

Ya no temo a la muerte.
¡Me defienden tus manos y tus ojos!

Estoy tranquilo como un prado verde
donde sonrien los infantes de oro.

Ya no temo a la muerte.
¡Dios empieza en el canto de tus ojos!

Mi corazón se duerme
como un ciego en la llama de un sollozo.

¡Se alza la luna siempre
más allá de la seda de tus hombros...!

ELLA PASÓ, SEÑOR...

Levantaré una cúpula
amarga de sollozos
y lanzaré a los cielos
como dardos mis ojos
y quemaré estas manos
que tocaron su rostro.
¡Ella pasó, Señor
y me he quedado solo!

Que se abran estas venas
heridas al Otoño,
venas que perfumó
su perfil melancólico.
Ya nunca más mi vida
se alzará de sus hombros.
¡Ella pasó, Señor
y me he quedado solo!

¿Hacia qué mar extraño
va su vela de oro?
¿Hacia qué estrella tiende
la llama de su rostro?
Y ahora en esta noche
¿quién le besa los ojos?
¡Ella pasó, Señor
y me he quedado solo!

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA.

Santiago de Chile, 1924.

REVISTAS EXTRANJERAS

LA LITERATURA INGLESA EN 1923



N *La Vie des Peuples* correspondiente a julio último, Léonie Villard presenta el balance literario de Inglaterra en 1923, examinando la producción de las letras británicas en dicho año en sus distintas manifestaciones: novela, poesía lírica, teatro, crítica, ensayos.

Comienza por estudiar la novela, expresando que las mejores del año no han sido escritas por escritores jóvenes o nuevos, sino por autores ya conocidos y célebres desde hace largo tiempo. Pero éstos no se han limitado a explotar la vena a que han debido sus primeros éxitos: unos han renovado su manera, otros han ensanchado y profundizado su visión de la vida, al mismo tiempo que han afirmado, una vez más, su maestría en el lenguaje.

La primera novela que examina la autora del artículo, es la de H. G. Wells titulada *Los hombres parecidos a los dioses*. Cuando apareció, el público y la crítica vieron en ella una vuelta del autor a su primera manera, es decir, a la narración fantástica del género de *Los primeros hombres en la luna* y *La guerra de los mundos,* pero pronto tuvieron que reconocer que aun cuando la obra evoca un mundo utópico, el autor ha sabido crear para el país soñado, una atmósfera que no es fantástica, sino la de un país parecido al nuestro, habitado por hombres como nosotros, que con paciencia e inteligentemente, modifican la existencia social conforme a un ideal de orden y belleza. La novela está impregnada de una confianza ardiente en la perfectibilidad humana y una fe completa en una regeneración inevitable y necesaria.

Examina después Léonie Villard, *The rover* del célebre Joseph

Conrad. Esta novela, dice, debe el elemento romántico de su atmósfera exterior al hecho de que la época escogida es la de la Revolución francesa y el lugar de la acción la costa cálida que se extiende entre Hyères y Tolón. Entre los personajes, cuyas fisonomías están admirablemente indicadas, hallamos a Scévola el revolucionario y a la pequeña Arlette, dominando a todos por su vida poderosa el vagabundo Peyrol, que vuelve a su país natal antes de emprender su última y trágica aventura, y es un carácter como Conrad sólo sabe crearlos, un ser de fuerza y valor, uno de esos solitarios que son los verdaderos amantes del mar, un hombre cuya alma es siempre mayor que el destino, lo mismo en el éxito que en el fracaso.

La novela publicada por Arnold Bennett en 1923 se titula *Ryceman steps* y representa una vuelta del novelista al realismo de sus primeras obras. Las escenas se desarrollan en un barrio populoso de Londres; lo pintoresco de las calles y plazas, las tiendas sórdidas, toda la parte de la capital británica que vive en el trabajo y la incuria, y que desde el tiempo de Dickens casi había desaparecido de la novela inglesa, reaparece en este libro con gran exactitud. Los amores de un librero de viejo, ya de alguna edad, con la pastelera que habita frente a su establecimiento, que en otras manos hubiera dado lugar a episodios medio sentimentales, adquieren una firmeza y relieve extraordinarios al ser dominados por una pasión: la avaricia obtusa y tenaz del protagonista. También es una novela de la vida real la que ha publicado una de las mejores novelistas contemporáneas, Sheila Kaye-Smith, con el título de *El fin de la casa de los Alard.* Esta obra, escrita en un lenguaje límpido, a veces irónico, y que conserva siempre un acento de sencillez, posee un doble interés. Primeramente, es lo que la novela inglesa siempre ha sido o ha querido ser: una historia que reproduce el calor y el movimiento de la vida, y además es una de esas obras donde queda fijado un momento de la civilización de un país. En su novela, Sheila Kaye-Smith ha contado la útlima etapa, el último esfuerzo antes de su desaparición de la nobleza territorial inglesa, de la *gentry. El fin de la casa de los Alard* por su misma verdad alcanza una amplitud simbólica. Esta novela cierra la serie de retratos inaugurada por Fielding en *Tom Jones,* y termina la historia del *squire,*

en el mismo momento en que desaparece ahogado por la onda ascendente de las transformaciones democráticas.

Después de estas cuatro grandes novelas que son las mejores de sus autores y los mayores éxitos de librería del año, se deben mencionar *Jeremy and Hamlet,* por Hugh Walpole; *Kangaroo,* por D. H. Lawrence; *Antic Hay,* por Aldous Huxley y *Told by an idiot,* por Rose Macaulay.

Los cultivadores del cuento y las novelas cortas, que los franceses llaman *nouvelles* y los ingleses y norteamericanos *short stories,* han publicado en 1923 algunos volúmenes de valor, sobresaliendo los de Walter De la Mare, Galsworthy y Lawrence. Kipling ha publicado sus *Cuentos de mar y tierra* dedicados a lectura de adolescentes, pero dignos son de ser leídos por lectores de toda condición, pues en ellos resaltan las brillantes dotes de artista literario que distinguen al gran escritor.

La autora del artículo que extracto comienza su estudio de la producción lírica examinando el libro de John Masefield *El buen rey Cole,* al que califica de obra extraña, haciendo notar que junto al realismo acostumbrado en el autor se halla una vena de misticismo, una mezcla de sobrenatural y de magia. La parte de realismo es lo que el poema contiene de más mérito. Hay mucha distancia del realismo de Masefield a la nobleza un poco fría de Sturge Moore que en el año ha publicado un poema titulado *Judas* en el que el drama de la Pasión es interpretado de un modo nuevo, expresado por inolvidables imágenes y lleno de profundo pensamiento filosófico. D. H. Lawrence ha publicado un volumen de versos *(Animales y flores)* en el que ha anotado las impresiones recibidas por un civilizado, un habitante de las ciudades, ante el primer contacto con los grandes espacios y la naturaleza inculta. En los *Últimos poemas* de Alice Meynell se hallan el mismo aliento místico, la misma inspiración, la misma intuición de la belleza espiritual que distinguen a la autora y que en otro tiempo le valieron la entusiasta admiración de Ruskin.

Se han publicado en 1923 varias antologías, siendo muy notable la que el poeta Davies dedica a los *shorter lyrics* de 1900 a 1922, y que contiene con casi todas las obras maestras del género, otras ignoradas hasta el presente. También es muy completa la que Thomas Moult ha reunido bajo el título *Los mejores*

poemas de 1923, donde se halla la flor de la producción lírica de los poetas de habla inglesa, tanto británicos como norteamericanos.

Al referirse a la literatura dramática, Léonie Villard hace notar que junto con los maestros del teatro inglés (Shaw, Barrie, Gaslworthy, Bennett), una nueva generación de autores ha aparecido cuyo áspero realismo y la protesta algunas veces violenta contra los ilogismos del destino, hace que parezcan de una serenidad clásica las más audaces obras de sus antecesores. Pero por interesantes que sean las piezas de la joven escuela, hay una obra dramática que por su valor intrínseco, su belleza, puede considerarse como la obra maestra de 1923. El decano, el patriarca de las letras inglesas, Thomas Hardy, el maestro de la novela, el poeta tan admirado por la generación actual, ha agregado a sus obras un drama, *La famosa tragedia de la reina de Cornouailles.* Sesenta años después de sus comienzos como escritor, Hardy ha iluminado la legendaria historia de los amores de Tristan e Isolda con las luces de su genio, más sincero y más profundo que nunca. Apoya y funda el drama legendario en los aspectos dolorosamente humanos de los trágicos amores, en la incurable pena de una ternura desdeñada, en la mortal fiebre del amor culpable. Escrito para ser representado sin decoraciones, esta obra tiene el ritmo amplio y sencillo de una obra de la antigüedad clásica, y las "canciones" y estrofas líricas que alternan con la cadencia regular de su verso blanco, producen sin esfuerzo una emoción directa y poseen una frescura parecida a los trozos líricos de un Shakespeare o un Ben Johnson. Además de esta obra notable se han producido en la escena inglesa otras de valor, descollando entre ellas, *Robert E. Lee* por John Drinkwater, especie de biografía dramática del célebre jefe del Sur en la guerra civil norteamericana; *Hassan,* por James Elroy Flecker que abre al público que quiera escapar de las vulgaridades de la vida corriente, una brillante perspectiva sobre el Oriente de los poetas, formando un espectáculo lleno de pasión y de colores. Entre las comedias de costumbres, las que más éxito han obtenido pueden citarse *Hacia otras orillas* por Sutton Vane, y *La mentira* por el veterano del teatro inglés, Henry Arthur Jones.

En 1923, tanto o más que en los años anteriores se han publicado un gran número de volúmenes consagrados a ensayos y

entre ellos una obra perteneciente a la crítica literaria propiamente dicha, y que es *El teatro antiguo y moderno* por William Archer, luminoso resumen del teatro inglés. El notable escritor Edmund Gosse ha reunido en volumen una serie de artículos de crítica que publicó en el *Times*. Como en sus precedentes volúmenes, en éste estudia los más variados autores, revela al público obras desconocidas y señala las tendencias que comienzan a presentirse; trátese del pasado o de la actualidad, une a la crítica literaria más ilustrada y penetrante, la amenidad que distingue a todos sus escritos. Un debut interesante en la crítica ha sido el del joven poeta y novelista Edward Shanks cuyos *Primeros ensayos literarios* audaces y llenos de originalidad espontánea contienen páignas sugestivas consagradas a Keats, Samuel Butler y Rabindranath Tagore. Se ha publicado también en el año una edición completa de tres volúmenes de los ensayos del profesor Saintsbury.

Para los aficionados a la historia y a la anécdota histórica, se ha publicado al fin el *Diario* de Faringdon que encierra interesantes detalles e informes sobre la sociedad inglesa y los personajes más notables de los círculos literarios y mundanos de Londres de 1793 a 1827. El volumen tercero de las *Memorias* de William Hickey también es muy interesante; en él se describe la vida fastuosa y libre de los nababs de Calcutta y de los directores de la Compañía de las Indias en el siglo XVIII. También han visto la luz pública este año las cartas de George Meredith a Alice Meynell, escritas desde 1896 a 1907 y que unen a la atracción de su gran valor literario el mérito de precisar y esclarecer algo de lo que ya sabíamos de los últimos años de la vida del gran escritor, agregando algunos rasgos exquisitos a la fisonomía de Meredith y a la de la poetisa a quien van dirigidas.

Las Memorias, que siempre encuentran gran número de lectores en Inglaterra, han sido en 1923 abundantes; algunas son excelentes y otras medianas. De las obras de esta clase, las más interesantes han sido los *Souvenirs* de Lady Rose Weigall y las *Reminiscenses* de H. A. Sayce, que vienen a ser como una especie de ojeada retrospectiva arrojada con ingenio sobre todos los sucesos curiosos o memorables presenciados durante una larga vida.

Si el año 1923 no ha revelado ningún genio literario, ningún nombre que parezca asegurado de la gloria futura, puede decirse que su aporte no es de despreciarse: en un número de obras cada vez mayor, las letras inglesas confirman la misma manera de pensar y sentir, la misma concepción de la forma que el porvenir tendrá por característica de la producción literaria británica en la era post-victoriana.

LUCIANO DE ACEVEDO.

NOTAS EDITORIALES

UN BRINDIS DEL CÓNSUL DE CUBA EN HAMBURGO

Nuestra República ha sido objeto recientemente de una señalada distinción en la persona de nuestro muy estimado compañero el Sr. Luis Rodríguez-Émbil, Cónsul de Cuba en Hamburgo, al ser designado entre todos los Cónsules Generales allí residentes, para pronunciar el brindis, en español, del banquete con que los representantes de los pueblos hispanoamericanos han acordado celebrar este año la Fiesta de la Raza, el día 12 del corriente mes de octubre.

La circunstancia de haber tenido que entregar el Sr. Rodríguez-Émbil su discurso con anticipación al acto de referencia, para ser traducido al alemán y preparada su contestación por el Burgomaestre de la ciudad de Hamburgo, según es práctica usual en actos de esta índole, permite a nuestra Revista la oportunidad de dar en este número las primicias de ese bello discurso, en el que su autor traza, a grandes rasgos y con vigorosas pinceladas, un hermoso cuadro sobre el porvenir de Hispano América.

En el acto antes expresado únicamente harán uso de la palabra: el Alcalde o Burgomaestre de la ciudad de Hamburgo y Diputado al Reichstag, Dr. Carl Petersen, para contestar el discurso del representante de los pueblos hispanoamericanos; el Cónsul General de Portugal; y acaso también el ex Canciller Cuno.

Hé aquí el brindis del Cónsul de Cuba:

Señor Burgomaestre de la Ciudad Libre y Hanseática de Hamburgo; Señoras y Señores:

En nombre de la Junta Directiva de los festejos de la Semana Iberoamericana que me ha honrado con el encargo de pronunciar estas frases, y del Cuerpo Consular hispanoamericano a que pertenezco, he

de dar ante todo las gracias a Vuestra Magnificencia, señor Burgomaestre, al Alto Senado de Hamburgo y demás dignas autoridades que han prestado su valioso apoyo y su muy apreciado concurso a los festejos mismos, así como a los distinguidos colegas y a las damas y caballeros del comercio, la industria y la sociedad hamburgueses que realzan con su presencia esta fiesta de clausura.

Invitado a ello no he creído poder eximirme al honor inmerecido de llevar la palabra en este acto, confiado en que la benevolencia de mi distinguido auditorio habrá de ayudarme a cumplir la tarea que me he impuesto de evocar, en breves palabras, la significación de esta fecha, una de las de más enorme e incalculable trascendencia en los anales de los hechos humanos.

Hé aquí, en efecto, la fecha en que por vez primera posó la planta un europeo en suelo americano. No ha habido aún Homero alguno que cante para siempre esta Odisea colombina como cantaron, entre otros Virgilio la *Eneída*, las *Geórgicas* Ovidio, las *Luisiadas* Camoëns. Este hecho inaudito y sin ejemplo de descubrir un mundo—coincidiendo con el esplendor del Renacimiento, y la invención de la imprenta por Guttenberg—, es tan inmenso, que casi sobrepasa la grandeza del pensamiento humano y, por ello sin duda, no habrá de hallar jamás la fórmula que lo encierre definitivamente en una obra de arte. Colón desembarcando en América es el Destino mismo, el Destino del mundo en marcha. De su acto surgen, por consecuencia ineludible y en sucesión como inacabable, emigraciones, nacimientos y desapariciones de pueblos y razas, revoluciones, guerras, el *Mayflower*, los Conquistadores, una suma casi infinita de dolor, de trabajo y de esfuerzo, el caos al principio—el caos que, como dice hermosamente Nietzsche, es necesario para que brote de él la estrella—, el establecmiento de nuevas culturas, la muerte de otras, Bolívar, Washington, San Martín, O'Higgins, Artigas, Juárez, Céspedes, Morazán y, el último en el tiempo ya que no en el valor intrínseco, Martí...

Cuatro siglos de vida humana, es decir, de lucha; es decir, de éxitos y fracasos, de sangre y sacrificio e ideal... Y, como fruto de todo ello, al final de estos cuatrocientos años cargados con la carga ponderosa de destino que el acto de Colón hubo de traer consigo, al final de estos cuatrocientos años dos culturas triunfantes: la Norte y la Iberoamericana, y veinte repúblicas establecidas en el vasto y generoso suelo de América.

De estas dos grandes ramas de la vieja cultura europea, una es la nuestra, la ibérica o hispano-portuguesa, y a la rama hispana de ella pertenecemos diez y ocho naciones. Y hé aquí, una vez más, el día de la Fiesta de la Raza, fiesta de amor e inteligencia mutuos entre nuestras repúblicas y sus nobles naciones progenitoras, día de recapitulación y de memoria, día de mirar hacia el camino recorrido y hacia el camino por recorrer, día de pasado y de presente, y aun más tal vez, de porvenir...

El pasado fué, como ya queda dicho, de lucha y esfuerzo; de él no resta en los corazones de nosotros los descendientes de la Madre España otra cosa que afecto sincerísimo hacia ella, culto de las virtudes que ella nos transmitió, de las costumbres y del ilustre e incomparable idioma que nos legara; amistad y estima cariñosas entre las ramas robustas surgidas del fuerte y venerable tronco; admiración cordial y profundo aprecio hacia la grande y gloriosa República del Norte y hacia nuestros también grandes y gloriosos primos hermanos del Brasil. El presente está lleno de promesas halagadoras y asimismo, y al igual que todo presente, de interrogaciones. Hacia adelante hemos de mirar sobre todo, y la mirada retrospectiva es útil en el sentido de fortalecernos la vista y los nervios para mirar hacia el futuro.

La América de habla española ha realizado mucho ya; le falta sin duda por realizar mucho más todavía. Ha fundado diez y ocho repúblicas, ha dado al mundo una docena de grandes ciudades, poetas como Rubén Darío y Amado Nervo, guerreros como Sucre y Maceo, hombres de ciencia como Finlay, gobernantes como Sarmiento; ha poblado desiertos y asimilado razas. Le falta aún mucho por realizar, lo repito. Ante todo, ha de tratar de unirse más de lo que está—unirse material, intelectual, moralmente: en lo físico, por medio de vías de comunicación más numerosas, rápidas y frecuentes, por el intercambio cada vez más vivo de sus respectivos productos; en lo intelectual y moral por el conocimento recíproco, y cada vez más intenso y hondo, de sus diversos pueblos entre sí, por el intercambio también, por el respeto y el amor crecientes. Sólo así podremos llegar a poner en práctica el consejo del Libertador Simón Bolívar, el mayor de los hispanoamericanos, quien dijo que "una sola debe ser nuestra Patria". En tal sentido bien puede afirmarse que nos hallamos aún en el estadio en el cual se hallaron Alemania antes del Emperador Guillermo I y Bismark, Italia antes del Rey Víctor Manuel II, Garibaldi, Mazzini y Cavour... Hemos de aprender a sentir como propios los dolores o reveses de cada una de nuestras patrias más pequeñas, y a sentir cada vez con más intensidad y altura el patriotismo de la raza; hemos de no dejar nacer en nuestros pechos odio alguno, que es siempre estéril además de malo, sino tratar de unirnos, firmes en nuestro derecho y nuestra índole y llenos de deferencia y comprensión hacia el derecho y la índole ajenos; aprendiendo de los demás lo mucho sin duda que podemos aprender sin poner en riesgo nuestro propio genio. Y para coronar y completar la obra ingente que a la América hispana aguarda, y para dar cima a otro pensamiento complementario del Libertador mismo, ha de ser libre nuestra América y ofrecer un libre y seguro asilo a todos los hombres de buena voluntad. Y por encima de todos los demás valores, y sin desdeñar ni descuidar ninguno de ellos, ha de poner los valores espirituales, que son a la postre, señoras y señores, los únicos que perpetúan la memoria de las razas y constituyen su real y definitiva grandeza.

Si nos unimos más íntimamente cada vez, si abrimos nuestras puertas cada vez más a la humanidad, con tal que acate y respete nuestras leyes y usos, y si, desprovistos de toda mala voluntad en el fondo de nuestros corazones, sabemos así preparar—agradecidos a las enseñanzas que hemos recibido y recibimos de la vieja Europa, en la que figura entre las primeras naciones Alemania, y de nuestros amigos y vecinos—el porvenir radiante que a América con toda certeza aguarda, podrán celebrar con creciente gozo y orgullo este día las generaciones venideras, y se habrá realizado íntegramente el pensamiento del inmortal Bolívar.

Alzo mi copa, pues, y brindo por América y Europa; por las amadas naciones progenitoras; por la gran nación alemana que nos alberga; por esta hermosa y gran ciudad de Hamburgo y su ilustre Burgomaestre; por la unión y el porvenir de toda nuestra raza.

Cuba Contemporánea al transcribir los precedentes párrafos, se complace en reconocer y aplaudir el tacto exquisito y la forma discreta con que ha sabido esbozar nuestro distinguido compañero de Redacción un hermoso plan de acercamiento intelectual y material entre todos estos pueblos de común origen, sin caer en las insinceras apreciaciones y ridículas exageraciones de los que, olvidando o tergiversando importantes antecedentes históricos, se empeñan en crear antagonismos y prejuicios por cuestión de razas, habiendo escogido a ese propósito, para proclamar la identificación entre las Repúblicas de habla española y su antigua Metrópoli, la fecha del 12 de octubre, que sólo debiera conmemorarse en el Continente colombino como la del aniversario de un hecho histórico de importancia trascendental indiscutible—el Descubrimiento de América—, pero sin olvidar que ella también señala el acto inicial de la Conquista, cuyo recuerdo evoca en todos los pueblos colonizados por España en el Nuevo Mundo, dolores, infortunios, sufrimientos y amarguras...

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO XII

Tomo XXXVI. La Habana, noviembre 1924. Núm. 143.

MANUEL DE LA CRUZ (*)

El sentimiento de la patria.



CABAMOS de ordenar para la imprenta el tomo último de las obras de Manuel de la Cruz. Hemos asistido al través de la lectura de esas páginas, la mayor parte dispersas en periódicos y revistas, a la formación espiritual de un escritor esencialmente cubano, típicamente cubano. Con honda y recogida emoción hemos visto cómo en los momentos más diversos de una actividad literaria, cómo en medio de las encontradas ideas, el sentimiento de la patria, lejana aun en su formación política, clara y firme en su realidad espiritual, ha sido la nota dominante en toda esta obra vasta y distinta, el centro donde convergían sus más ocultas intenciones y sus tendencias más diáfanas y afirmativas.

Este sentimiento fundamental explica algunas de las naturales limitaciones de la obra del escritor; evidencia, con más enérgica precisión, sus innegables excelencias, sus peculiares virtudes nativas.

(*) Estudio que aparecerá al frente del tomo primero, ya en prensa, de la edición completa de las obras del ilustre escritor cubano cuyo es el nombre que sirve de título a este trabajo. A CUBA CONTEMPORÁNEA cabe la satisfacción de darlo a conocer en sus páginas.

La vida.

Fué muy breve la vida de Manuel de la Cruz. Nació en La Habana el 7 de septiembre de 1861; murió en New York el 19 de febrero de 1896. No hubo en esta vida diáfana ruidosos acontecimientos exteriores. Su actividad literaria se consagró primeramente a la novela. Era el momento del auge naturalista: en el incipiente autor cubano hubo una aspiración ahincada por seguir las normas de la nueva escuela en sus novelas breves, de ambiente cubano, más interesantes en sus momentos descriptivos que en la acción dramática, demasiado recargada casi siempre, y que en la pintura de los caracteres, vagos y borrosos en medio de sus mismos matices violentos. En 30 de septiembre de 1884 asiste a una de las célebres veladas de la *Revista de Cuba* y da a conocer allí su novela *Carmen Rivero:* es el acto más evidente de la iniciación pública de nuestro escritor. Somete su obra a la discusión de sus amigos. Opinaron sobre ella, entre otros, José Manuel Mestre y Manuel Sanguily. Hubo respeto para el autor, se aplaudió su propósito, se encomiaron algunas de las condiciones externas de la narración, pero la novela, en sí misma, no pudo salvarse. Manuel Sanguily hizo un análisis minucioso, implacable. Cuando terminó aquella velada, Manuel de la Cruz no tendría ya esperanzas en su vida de novelista. De esta época son sus novelas cortas *La Hija del Montero* (que tuvo cierta popularidad, sin duda por su acentuada nota melodramática) y *La Hija del Guardiero,* donde el ambiente local (la descripción de la vida del ingenio es enérgica y llena de animación y bríos) está mucho más logrado que en la anterior y que en otras producciones análogas. En los papeles que hemos visto del autor no hay vestigios de *Carmen Rivero:* no debió sobrevivir a la infortunada noche de la *Revista de Cuba.*

Hizo Manuel de la Cruz un viaje a España cuando se iniciaba en su vida literaria (en 1884). Residió en Cataluña casi todo el tiempo que duró su ausencia de Cuba y escribió entonces una serie de impresiones de viaje bajo el título *En la madre patria,* donde el crítico y el patriota comienzan a definirse. El viaje acentuó el cubanismo del autor y le dejó completamente convencido de la imposibilidad de una solución española al problema

de Cuba. No parece haber recibido influencia del medio literario español; quizás más que conocerlo directamente sólo llegó a intuirlo. Pero la intuición, si la hubo, no tuvo un solo momento el nexo de la simpatía.

Al regresar a La Habana, después de haber hecho una rápida visita a París (1), colaboró Manuel de la Cruz en los principales periódicos cubanos, bien con su propio nombre bien con los pseudónimos de *Juan Sincero, Bonifacio Sancho* y *Juan de las Guásimas*. Va predominando en su labor la especulación crítica. Quedan del novelista de ayer las condiciones descriptivas, tan admirables en su abundancia, pero tan peligrosas para la adecuada expresión del juicio. Culmina en este momento la exaltación patriótica del autor. En el folleto *Tres caracteres* (Cortina, Varona y Sanguily) ofrece a sus contemporáneos todo un programa de afirmación patriótica. En la *Revista Cubana* traza las siluetas de los cubanos más representativos de su tiempo que, en forma ampliada, componen su libro *Cromitos Cubanos* (La Habana, 1893.) Dos años antes había publicado los *Episodios de la Revolución Cubana* donde recoge los recuerdos de la primera guerra de la independencia de Cuba, transmitidos directamente a Manuel de la Cruz por algunos de los principales actores de aquella contienda. Los *Episodios* y los *Cromitos* son libros paralelos: el primer libro es la apoteosis de los hombres de acción que pugnaron por la libertad de Cuba; el segundo, la exaltación de los que dieron espiritualidad, los que crearon la idealidad necesaria para que aquella acción tuviera una realidad duradera. Desde esta época toda la actividad de Manuel de la Cruz no tiene otra orientación que la que reflejan esos dos libros.

El círculo de las relaciones de nuestro escritor se había ampliado considerablemente. En 1889 comienza su colaboración en *La Nación* de Buenos Aires. Una amplia perspectiva se abre entonces a la infatigable curiosidad de Manuel de la Cruz. Múltiples asuntos solicitan su atención crítica: Bourget y sus relaciones al través de Taine con los psicólogos ingleses, la prosa y la poesía de Heredia, el mozo; Obligado y los novelistas representativos de nuestra América; la Pardo Bazán y el realismo en

(1) Hay un recuerdo de ella en su artículo sobre Verdaguer, el poeta de la *Atlántida*. Nada especial sobre este viaje he encontrado en los escritos de Cruz.

la novela española; Quintana y su biógrafo Piñeyro; Loti y sus viajes maravillosos... Manuel de la Cruz tiende su ávida mirada por un vasto escenario; va sintiéndose cada vez más íntimamente unido a la tierra natal, mientras es más amplio el panorama que contempla. Al través de Francia, de la que se sentía totalmente tributario, se acercó a la curiosidad del cosmopolitismo.

En la poesía cubana la voz inquietante y purísima de Julián del Casal anunciaba un nuevo momento; la cultura de la Colonia por medio de los cursos de Filosofía de Varona y las *Hojas Literarias* de Manuel Sanguily, adquiría vastísimos horizontes; ya podía hablarse si no de un espíritu enteramente autóctono de esa cultura, de algo muy apartado de las tradiciones coloniales. Manuel de la Cruz comprendió toda la transcendencia de este momento. Sintió que la personalidad ideológica en formación señalaba el advenimiento de una nueva personalidad política. Y alternó, en sus trabajos periodísticos de *La Nación,* la nota de fervorosa propaganda nacionalista (dando a conocer a toda América desde esa amplia tribuna periodística la obra de Luz y Caballero, de Poey, de Varona, de Sanguily...) con la crítica impresionista de valores puramente literarios.

No había intervenido Cruz en el movimiento político cubano. En las cartas que dirigió en 1893 a Manuel Sanguily desde *El Fígaro,* con motivo de la publicación de *Cromitos Cubanos,* definió su posición política: respetaba el ideal del Partido Autonomista, admiraba a los directores de aquel movimiento, pero no creía que el problema político cubano podría solucionarse dentro de esas normas.

Claramente se adivinaba aquí al separatista. No parecía próxima esta solución: Manuel de la Cruz en un campo esencialmente literario contribuía por todos los medios a que fuese la misma fatalmente necesaria. Su carta a Don Vicente Barrantes, publicada en la *Revista Cubana* en 1890, afirmó el espíritu cubano con sus carácteres propios, frente al peculiar de una colonia; su *Reseña del movimiento literario en Cuba,* estudio publicado simultáneamente en 1891 en la antología de Lago Maggiore *La América Literaria* (Buenos Aires) y la *Revista Cubana,* intentaba dar una base tradicional a la innegable existencia de ese es-

píritu. Era una nota de continuidad histórica, que no siempre es posible aceptar.

En la apariencia era sólo literaria (en su sentido más amplio) la actividad de Manuel de la Cruz. En realidad era un factor utilísimo en el movimiento separatista, preparado y alentado con generosidad heroica por José Martí desde los Estados Unidos. Como emisario de los directores de la próxima revolución, hizo nuestro autor a fines de 1894 un viaje a la parte oriental de Cuba, cuyos recuerdos han recogido en sendos e interesantes artículos los periodistas Don Gastón Mora y *Ducazcal* (2).

Muy importante fué el resultado de este viaje para la unidad de acción en aquella zona, de los Jefes del proyectado movimiento revolucionario.

En 24 de febrero de 1895 estalló la contienda. Se trasladó en seguida Manuel de la Cruz a los Estados Unidos. Residió en New York. Su obra revolucionaria la desenvolvía en el libro y en el periódico. Su folleto: *La Revolución cubana y la raza de color* (Key West, 1895) continuó su obra utilísima, iniciada en su memorable viaje a Oriente, de unificar el movimiento revolucionario. Intensificó en *La Nación,* de Buenos Aires, su campaña cubana, hasta el punto de que el Administrador del periódico, D. E. de Vedia, en curiosa carta de 4 de noviembre de 1895 hubo de llamar la atención del autor sobre los peligros que para la misma causa cubana, con la cual el gran periórico argentino no podía ocultar sus simpatías, significaba una exaltación tan apasionada. En la mencionada publicación apareció la historia de la iniciada revolución, obra de vastas proporciones que no le dejó concluir la muerte. Súbitamente llegó ésta para el escritor cubano en la mañana del 19 de febrero de 1896. Desempeñaba entonces el puesto de Secretario particular del Jefe de la Delegación revolucionaria en los Estados Unidos Don Tomás Estrada Palma. Al morir dejaba casi terminado su estudio sobre Ignacio Agramonte, obra a la que consagró los mejores momentos de su vida y que hubiera sido la más personal entre todas las suyas.

El escritor que tan profundamente había sentido la independen-

(2) *Los hombres civiles del separatismo,* por Gastón Mora y Varona, *El Fígaro.* La Habana, 1902; *Manuel de la Cruz en Oriente,* por *Ducazcal. El Cubano Libre.* Santiago de Cuba, 20 febrero 1898.

cia cubana, moría en el momento más agudo de la contienda. Su muerte tuvo que pasar casi en silencio por la prensa periódica de Cuba. *El Fígaro* fué la única publicación que dió breve noticia del infausto suceso al pie de un retrato de Manuel de la Cruz. Al día siguiente el Director del periódico, Don Manuel S. Pichardo, representativo de un período de transición en la poesía cubana, era llamado por el Gobernador de La Habana y se le conminaba con la clausura del periódico si volvía a hablar de algún otro separatista.

Cuba independiente cumplió con aquel gran hombre civil de la revolución: trasladó solemnemente sus restos a La Habana y le consagró en uno de los principales paseos de dicha capital un sencillo monumento. La presente edición de las obras de Manuel de la Cruz, revelando aspectos casi ignorados de su actividad, evidenciará si ello fuera necesario, la justicia de esos póstumos homenajes.

Lo pintoresco y la precisión.

En el anterior esquema de la vida de Manuel de la Cruz hallamos indicados algunos de los caracteres más salientes de su obra. Señalamos las virtudes descriptivas de sus breves e incipientes novelas. Precisamente es ésta una de las notas constantes, más persistentes en la producción de Manuel de la Cruz. Era él un gran imaginativo y un imaginativo visual. Todo se presentaba a sus ojos con pletórica riqueza de color. Cuando publica su primer libro de crítica, con cierta aspiración sistemática, no puede darle otro título que el de *Cromitos Cubanos.* El título resulta una síntesis de íntimas modalidades y tendencias del autor: su percepción cromática, su sentido visual junto a la apasionada obsesión por la patria.

El sentimiento de la descripción le obliga a dispersarse. Su imaganación colorista le lleva fácilmente a la opulencia verbal. La opulencia verbal cuando no se tiene un magistral dominio de la lengua, es el peligro mayor que puede encontrar la obra del crítico. En Manuel de la Cruz, en el Manuel de la Cruz de *Cromitos Cubanos* el crítico estuvo subordinado al brillante forjador de imágenes, al colorista inagotable, difuso en ocasiones.

Manuel de la Cruz, que sentía la necesidad de la precisión crítica, que aspiraba a dar a su juicio cierta norma científica *(Carta*

a Mitjans, en el segundo tomo de esta edición), comprendía que en su obra realizada hasta entonces había un predominio excesivo de la imaginación colorista. Lealmente lo reconoce en las cartas dirigidas a Manuel Sanguily y publicadas en 1893, en *El Fígaro* de La Habana. Respondía en ellas, no impugnando, sino aclarando y explicando conceptos, al examen fundamental, verdaderamente definitivo que hizo de *Cromitos Cubanos* Manuel Sanguily en *Hojas Literarias* (1893).

No se subordinaba únicamente el crítico en el Manuel de la Cruz de aquel libro (muy anterior a la fecha de su aparición según se deduce de las cartas arriba mencionadas) al opulento imaginativo. Había en nuestro autor una cualidad íntima, una condición entrañable que ejercía su imperio sobre todas las otras de aquel espíritu nobilísimo. A ella tenía que subordinarse el crítico, el artista, el hombre. Sin ella no podría comprenderse ni éste ni los otros momentos de Cruz. Esta íntima condición es la del patriota. *Cromitos Cubanos* es el libro apasionado de un autor que sacrifica su finalidad crítica a su finalidad patriótica. La luz del juicio puro aparece opacada por la fulgurante pasión de la patria. No hacemos sino señalar un hecho, para nosotros evidente: si por el mismo, la certeza y la precisión del juicio pueden padecer, ¡qué ímpetu creador, qué atrayente simpatía, qué valor humano da a la obra de Manuel de la Cruz esta condición de su temperamento!

Disciplinas.

Manuel Sanguily en el admirable análisis que dedicó a *Cromitos Cubanos,* cita muchos ejemplos de la confusión de conceptos y de la exageración del juicio producidas por el exceso de imaginación verbal en el expresado libro. Uno muy significativo y al que Sanguily alude, pero sin transcribirlo, es el comienzo de la semblanza de Rafael Montoro, el gran orador cubano. Las líneas iniciales son éstas:

El coloso de la tribuna cubana, se yergue sobre este pedestal de su estatua viva, más que un hombre de nuestra edad parece un antiguo visto a la luz indecisa de la historia, que es luminar de apoteosis. A su lado Castelar, el mago indio, parece un trovador napolitano salmo-

diando un miserere; Martos, el acróbata japonés de la sintáxis, un romano de decadencia que se produce en castellano con los circunloquios de la construcción latina; Cánovas un godo moderno, iracundo y verboso...

Pocos ejemplos más expresivos de la imaginación verbal encontramos en *Cromitos Cubanos.* La comparación sólo tiene aquí un valor externo, de palabras ajenas al concepto crítico. Y el espíritu cubanísimo del autor se complace en ella y la coloca fuera de todo límite estético o histórico, porque se exalta así a un tribuno representativo, al verbo por excelencia del autonomismo, doctrina política que expresó muchos años las más genuinas aspiraciones cubanas.

Y esta falta de continencia verbal, esta ausencia de la ponderación crítica, este olvido del concepto histórico ¿son el producto únicamente de una pasión avasalladora y del predominio absoluto de la facultad imaginativa? Pasión y facultad pudieran señorear en el ánimo del escritor y en el natural conflicto afirmarse la vocación crítica, el espíritu diáfano de la verdad crítica. Pero entonces hay en el escritor una virtud de disciplina armoniosa, un ánimo de seguridad maestra que son la consecuencia de un lento y constructivo proceso de cultura.

En Manuel de la Cruz, gran ejemplo del glorioso autodidactismo americano, no pudo haber esta formación segura, precisa y lenta de la cultura; faltaron en él los medios imprescindibles para su conquista sistemática, que en nuestro autor se suplieron por un entusiasmo generoso por todas las empresas del espíritu, por un ansia infatigable del saber, por una curiosidad universal y muy moderna, por una aspiración un poco candorosa por el rigor científico, por el método del positivismo, con todo el lastre de sociología estéril peculiar a la escuela, aplicado a la especulación crítica.

Hay en toda la obra de Cruz un espíritu de persistencia, de tenacidad en el trabajo que esta labor, realizada muchas veces con mil apremios, en medio de una lucha áspera, adquiere una significación distinta a la meramente literaria, algo así como un valor de ética individual. Y toda ella está animada de una intención generosa, llena de un sentido de bondad, de simpatía amplia, muy humana, de un anhelo de modernidad y de un ardor apa-

sionado por la adquisición de la verdad. Frente a nosotros está el índice analítico de la edición de sus obras que hoy empiezan a publicarse. El panorama es vastísimo; en la dilatada perspectiva son múltiples y diversas las tonalidades. Uno piensa en la vida breve del autor. Recuerda cómo no hubo un solo acto de aquella existencia que no se consagrase a la idea de la patria. Asiste al proceso de su cultura, de su formación espiritual; contempla cómo el último resultado de esta evolución tan rápida, tan bruscamente interrumpida, no es una obra de valor relativo, adecuado a las circunstancias en que se produjo, sino de un carácter más permanente, más rica en realidad absoluta: la brillantísima exaltación de las notas propias, peculiares de la personalidad ideológica de la patria, la amplia perspectiva proyectada sobre otras literaturas cuyo espíritu se aunaba apasionadamente y cuya influencia se sentía como necesaria en el que impulsaba a la nuestra; el sentimiento de la sinceridad, junto a un íntimo entusiasmo por las formas de la belleza y los impulsos nobles de la vida. Entonces en el sencillo estudioso que cree aún ingenuamente en la crítica valorativa, que quiere llegar a la comprensión objetiva de una obra, hay la inquietud emocionante de que su intento de imparcialidad crítica, de comentario sin prejuicio y desapasionado puede confundirse con el frío espíritu libresco, tan falto de comprensión humana, tan lejano de la generosidad. Desistiría en tal momento de proseguir sus anotaciones externas, si no le disuadiese del intento la convicción de que las obras fuertes personales y brillantes y los espíritus claros como las obras y el espíritu de Manuel de la Cruz, admiten distintos sistemas de interpretación y su luz se hace más viva ante toda intención de examinarlos con el ánimo lleno de pasión por la verdad, siquiera sea únicamente la limitada verdad literaria.

El ambiente. La generación del autonomismo.

El cubanismo entrañable de Manuel de la Cruz tenía honda raíz en su temperamento, pero se nutría y se renovaba sin cesar en el medio que rodeaba al escritor. Es un período de esencial afirmación cubana. Una afirmación crítica. No se produce aisladamente, no es el producto de una sola generación ni de un pe-

ríodo histórico. Recoge una herencia, mantiene una tradición. La obra final la realizan los hombres de la *Revista de Cuba* y de la *Revista Cubana,* el crítico y el historiador de *Hojas literarias,* el filósofo y el artista de los Cursos libres en la Academia de Ciencias (el insigne Varona); los oradores del Partido Autonomista, tan nutridos de la realidad cubana, tan llenos de sentido histórico, tan abnegados en su mismo estéril sacrificio; el poeta y el orador prodigioso que en intuiciones geniales (es imprescindible esta solemne palabra siempre que se habla de José Martí) recoge y funde con los prestigios de una nueva creación los resultados manifiestos de un lento proceso histórico. Pero si heroica conducta humana encontramos en el momento definitivo de este proceso, la hora de su iniciación no conmueve menos el ánimo por el altísimo sentido de un sacrificio ideal que hubo en los primeros hombres que se asomaron llenos de emoción a la conciencia cubana y fueron los primeros en afirmar y definir su existencia. Esos hombres sentían también la necesidad de hacer una obra crítica para descubrir la personalidad cubana; para crear la personalidad cubana. Son los hombres de la antigua *Revista Bimestre.*

Una y otra generación, la de la *Revista Bimestre* y la de las Revistas *de Cuba* y *Cubana,* realizan obras paralelas. Predomina en las dos el sentido crítico; en las dos hay una renovación del ambiente por obra de influencias no españolas. En la más antigua de las dos el esfuerzo de la erudición pura es mayor, por lo mismo que la lucha era menos viva, que no habían llegado los tiempos de la plenitud de la acción. En la más moderna, la aplicación inmediata del esfuerzo intelectual, cierta razón pragmática, es una nota distintiva, peculiar, Ambas ganeraciones realizan obras cíclicas: la obra de Saco, la obra de Varona. Ambas generaciones tienen sus maestros del humanismo, sus hombres clásicos, que saben abrir también su espíritu a las corrientes modernas, que saben sentir el arte local, la poesía cotidiana del pequeño ambiente: Domingo y Ricardo del Monte, tan próximos en la obra literaria como en la relación familiar que les unió. La generación de 1831, la que crea la *Revista Bimestre Cubana,* la generación de del Monte, Varela, Luz, Saco, es el producto de una grande y severa disciplina; la

que surge en Cuba con la paz del Zanjón; la que prepara la última guerra de independencia, representa también la fuerza de una disciplina, el desarrollo armonioso de un sistema. Una y otra son esencialmente intelectualistas. Y cuando producen un tipo místico como el Luz y Caballero de los postreros años, el del *Diario de la muerte de su hija,* o un tipo de extraordinaria fuerza fantástica y de esencial lirismo, como el Borrero y Echevarría de las *Aventuras de las Hormigas* o las íntimas poesías, no es sin que Luz ni Borrero hayan realizado al principio o simultáneamente una labor positiva, una obra donde se afirmen las características de la generación: la fuerza lógica, el sentido crítico, el culto a la verdad pragmática. Y un sentido ideal de la patria surge límpido y vigoroso de la producción de los escritores de la *Revista Bimestre,* cuyo espíritu sobrevive a la publicación y de los que renuevan su recuerdo glorioso en las Revistas *de Cuba* y *Cubana.*

A esta formación de la personalidad cubana colaboran todos los escritores representativos de la época de Manuel de la Cruz. Aunque hubiera dos tendencias bien precisadas en esta época, dentro del grupo que pudiéramos llamar por excelencia cubano, la de los autonomistas y la de los separatistas, la obra crítica de unos y otros coinciden y por ello se evidenció la debilísima base de la realidad colonial. Así pudo decir Manuel Sanguily en medio de la dura contienda, en memorable discurso pronunciado en New York en 10 de octubre de 1895:

> El factor más poderoso de la revolución, bien que partiendo de principios opuestos a los que inspiraban a los conspiradores cubanos y con tendencias muy diversas, el auxiliar más eficaz de la propaganda apostólica de Martí—y no os asombre como una novedad lo que justifican la razón y los hechos históricos—fué sin duda la constante y magnífica propaganda autonomista (3).

La obra de la generación autonomista encarnaba de esta suerte, diversas, fecundas y no sospechadas derivaciones. Ella da denominación a uno de los más interesantes períodos de la historia de Cuba, que espera aún su historiador definitivo. Dentro de su espléndido cuadro, en el que la fuerza tribunicia sorprende por su

(3) Manuel Sanguily. *Discursos y Conferencias,* tomo I, pág. 424. La Habana, 1918.

dignidad majestuosa, su sobriedad precisa, su concertado y armonioso poder ideológico en Rafael Montoro, el hegeliano de ayer; en el que la crítica literaria adquiere un sentido de ponderación y mesura, una seguridad maestra que no se manifiesta nunca con alardes dogmáticos en la obra—dispersa aún en periódicos y revistas para vergüenza de nuestra cultura—; en Ricardo del Monte, nuestro crítico clásico; en el que el doctrinarismo político llega a la especulación filosófica y la honda visión histórica de las monografías y artículos de Eliseo Giberga, genuino tribuno del panhispanismo; dentro de este espléndido cuadro, no ya por razón cronológica, sino por coincidencias intelectuales, puede considerarse también la gran obra de afirmación cubana de Manuel Sanguily y Enrique José Varona, los maestros por excelencia del doctrinarismo revolucionario.

Hay una nota de criticismo que une la obra de los separatistas cubanos con la sincera de los autonomistas. Hay la misma perspectiva proyectada sobre los países que representaban la nueva cultura; hay la misma necesidad de la precisión científica; las corrientes del positivismo llegan igualmente a los hombres del ideal autonómico que a los propagadores del separatismo. Y para que la relación sea mayor, uno de los maestros del separatismo, Enrique José Varona, en quien culmina el arte literario en Cuba, por su fondo de educación humanista, por su temprano aprendizaje de erudito y filólogo, da a nuestra cultura algunas de sus más serias contribuciones al estudio de temas esenciales de la Literatura Española (4).

Varona y Sanguily simbolizan el espíritu crítico de la época. En Varona el esfuerzo discriminativo tiene un matiz de sobriedad, de continencia, un tono inesperado de meditación íntima: realiza una labor profundamente regeneradora y no se pierde nunca este ambiente meditativo y silencioso. Positivista por esa condición temperamental suya, puede librarse de la nota de concreto prosaísmo, de sistematización excesiva de la superstición científica que acompaña a la importación del positivismo en América. Ha podido renegar de la metafísica—quizás por lo que hubiera en ella de rígido y de escuela y no por ella misma—, pero

(4) Las Conferencias de Varona sobre Cervantes—para no citar sino un ejemplo—inician una nueva base en estos estudios: la psicológica.

su espíritu dúctil, su finísima percepción de la belleza le han hecho acercarse lleno de emoción trémula a las formas más nuevas e ideales del sentimiento lírico. Así el poeta clásico de las Anacreónticas, el expositor y comentarista sagacísimo, con aspectos muy interesantes de creación personal, de la nueva filosofía (nueva filosofía en 1890, tan lejana ya) en los cursos libres de la Academia de Ciencias, ha sido el lírico puro y simple, el sencillo artista cotidiano de los poemitas en prosa, libro de su ancianidad fecunda, libro meditativo, libro de una tarde silenciosa, en la que se ve pasar en una clara lejanía la sombra inefable de Rabindranath Tagore.

Sanguily es el espíritu crítico encarnado en la elocuencia. Nunca quien escribe estas líneas ha sentido una emoción intelectiva tan intensa como cuando oyó contar al insigne tribuno, al crítico magistral su vida de lector, su necesidad de cultura en la década de nuestra primer guerra de independencia. El hombre de la creación revolucionaria, no podía amortiguar el poder dominante de la especulación pura, de la idea intelectualista y generatriz. Todo parecía cerrarse en el horizonte de aquel gran espíritu; perdida la esperanza en el triunfo, contristado el ánimo ante las desavenencias de los mejores, amargado el espíritu por el humano fracaso, todo parecía definitivamente concluído, pero fulguraba la lumbre intelectual, la idea renovaba su labor interior, la razón crítica daba realidad de espíritu a lo que la fuerza histórica de los hechos había arruinado. Y fué una ciega creencia en la fuerza constructiva de la inteligencia, la que pudo vencer en el espíritu de Sanguily la indudable crisis de entonces y todas las que después han podido producirse. Sanguily, gran discriminativo, maestro del análisis crítico, como no recuerdo otro igual en la historia de nuestra cultura, ha sentido en una forma tan apasionada este poder incontrastable de la vida intelectual, que su medio natural de expresión ha sido la elocuencia. No importa que su procedimiento se aparte del usual de un discurso; no importa que llegue a unos límites de precisión increíble en los mismos detalles, en el hecho de apariencia fugaz (¡cuántas páginas hay que lo atestiguan en *Hojas Literarias,* la revista que dirigió y casi solo publicó durante dos años!), no importa que la obra aparezca con un carácter esencialmente científico *(Los Caribes de las Islas):* la pa-

sión; la gran pasión intelectualista de Sanguily le ha llevado y le llevará siempre a la elocuencia. Y como es una pasión que se renueva diariamente porque la cultura de Manuel Sanguily es la obra de una renovación constante, sistemática, la influencia que ha ejercido entre sus contemporáneos, que ha ejercido después ha sido profundísima y llena todo un ciclo de nuestra cultura. Bajo ella, conservando sus notas brillantemente personales, se desenvolvió la obra de Manuel de la Cruz. Nuestro autor como un señalado título honorífico, la ha proclamado con júbilo singular en un documento de valor autobiográfico (5).

Estas indicaciones someras no agotan ni con mucho el cuadro brillantísimo de la generación de Manuel de la Cruz. Se desenvuelve en torno a dos grandes revistas—la *de Cuba,* fundada y dirigida por José Antonio Cortina, y la *Cubana,* que continuó la anterior y dirigió Enrique José Varona. Es eminentemente crítica, es positivista y con frecuencia encubre a un fino espíritu poético—Esteban Borrero—, o a una sagaz inteligencia literaria—José Varela Zequeira—bajo la disciplina hermética de las ciencias experimentales. Tiene sus figuras de excepción: un poeta nuevo, Julián del Casal, que permanece solitario en un largo período que representa en la lírica la influencia extranjera, principalmente la de los simbolistas y parnasianos, como Varona la representaba en la filosofía y Sanguily en la crítica literaria: un artista singular en las literaturas americanas; más cerca de la tradición española de lo que se cree, pero de la gran tradición clásica, José Martí, el poeta de *Los Dos Príncipes,* verdadero romance tradicional, el poeta de *Versos Sencillos,* el prosista en quien se siente la inesperada influencia de Gracian (6). Martí estuvo fuera de la órbita de esta generación, ya que su principal labor la realiza en sus peregrinaciones por América. Pero ¿cómo silenciar este gran nombre al tratar de esta época? Y para que no faltara un leve matiz nacional en el amplio cuadro, tuvo esta generación en Diego Vicente Tejera su genuino poeta cubano, poeta musical y de claras y sencillas emociones, poeta tropicalísimo,

---

(5) Véanse las cartas a Sanguily que aparecieron en *El Fígaro* (La Habana, 1893) y que se publicarán en el apéndice a *Cromitos Cubanos.*

(6) José de Armas *(Justo de Lara),* sugiere la tesis en su precioso artículo sobre Martí en *Ensayos de Literatura Inglesa y Española.* Madrid. 1909.

pero sin los vicios extremados (no podía consentirlo su delicado gusto) de la tristemente célebre poesía de Fornaris. Por último, en sus postrimerías, comienza su obra un crítico hispanista, que en la época republicana había de desenvolver con plenitud su fuerte personalidad: José de Armas *(Justo de Lara),* quien en la época de Manuel de la Cruz, 1890, había escrito ya su admirable ensayo sobre *La Dorotea,* encomiado con calor por Marcelino Menéndez y Pelayo (7).

Evoluciones.

Manuel de la Cruz, que murió apenas cumplidos los treinta y cuatro años, realiza una labor vastísima, mucho más de lo que pudo parecer a sus contemporáneos porque gran parte de la misma vió la luz en periódicos y revistas americanas, principalmente en *La Nación* de Buenos Aires, que entonces y aun ahora tienen una circulación muy escasa en Cuba. Esta obra tiene múltiples manifestaciones: puede decirse que las más importantes de la actividad literaria, con exclusión de la *poesía en verso* (empleemos la denominación que da a uno de sus últimos libros el gran lírico español contemporáneo). En los manuscritos que he examinado

(7) No se ha querido hacer en las líneas precedentes un índice de nombres notables, representativos. Sólo se ha pretendido indicar las direcciones, las normas de una época esencialmente formativa, creadora de la historia de Cuba. Figuras insignes de nuestras letras realizan en el extranjero, difundiendo por múltiples modos el espíritu naciente de la personalidad cubana, una labor crtica, que en Merchán, tan unido a la historia de la cultura colombiana, tiene un carácter filológico, humanístico, diríamos más bien, y en Enrique Piñeyro una nota cosmopolita, cierto espíritu de curiosidad universal de diletante, junto a la maestría segura y a la percepción luminosa del especializado, del técnico, del profesional. En tierra cubana Nicolás de Heredia, con gran finura, con sobría elegancia, con agudo sentido histórico simultáneamente que a su creación personal de novelista *(Leonela)* llega a las vastas síntesis generales *(La sensibilidad en la poesía castellana)*—el libro se publica en Cuba después de la independencia, pero se venía elaborando mucho tiempo antes y había aparecido algún fragmento en la *Revista Cubana*—que, si como todas las síntesis no pueden ser aceptadas totalmente—y en este caso concreto nos parece fundamentalmente errónea—evidenciaron el serio esfuerzo crítico y el espíritu constructivo de aquel insigne escritor. La curiosidad cosmopolita se mantiene viva por Aniceto Valdivia al través de una fecunda, brillante y original obra periodística. Notas de crítica técnica encontramos en Néstor Ponce de León, el heredero del importantísimo archivo de Bachiller y Morales, patriarca de la erudición cubana, escritor de vastísima cultura (basta para honrar su memoria, su *Diccionario Tecnológico)* y de fina percepción histórica (sus estudios sobre los primeros poetas cubanos son muy importantes en nuestra erudición). Y el esfuerzo crítico de esta generación y su conciencia de la tradición cubana llegan en forma popular, con cierto aire de convincente alegato jurídico, al gran público en *Cuba y sus jueces* de Raimundo Cabrera, libro que es un insigne servicio a nuestra nacionalidad.

de Cruz, en sus cuadernos de notas, en sus magníficos proyectos asoma la dilatada variedad de géneros y subgéneros de la antigua retórica, menos los que por excelencia y por su forma de expresión llamamos poéticos. ¿Hay en esta heterogénea y fecundísima actividad un sentido de dirección, un pensamiento capital que sea inicial impulso y justificación última de la obra?

Las breves novelas de Cruz, que pueden decirse son la primera etapa de su vida literaria tienen sentido del ambiente, tienen una interesante nota local que, en el espléndido colorista que fué nuestro autor, evidencian la preocupación por un arte autóctono, la aspiración a dar un carácter nacionalista, cubano, a las juveniles producciones. Cuando el ensayo novelesco se olvida y comienza a delinearse en Cruz su personalidad crítica, las obras de más representación están consagradas a Cuba: la reseña histórica de nuestra literatura, la enérgica y elocuentísima refutación a Barrantes, las semblanzas tan llenas de emoción patriótica, tan brillantes en su estructura, tan vigorosas en su ardor pasional de los *Cromitos Cubanos* y quizás con más relieve en las de algunos compatriotas insignes que escribió para *La Nación*. (Ya veremos cómo estas correspondencias anuncian respecto a los *Cromitos*, una evolución del estilo, una afirmación y seguridad en el gusto.) Después de esta consagración a la vida cubana, el cuadro de la actividad de Cruz ofrece una natural perspectiva: la de la vida americana, hispanoamericana. En su pensamiento estuvo escribir una serie de semblanzas paralelas a las de *Cromitos Cubanos*, que se llamarían *Cromitos Argentinos*, *Cromitos Uruguayos*... En las pocas que pudo escribir, principalmente en la excelente que consagró a Acevedo Díaz, el novelista uruguayo, se define y se exalta al espíritu del arte americano, se habla con profunda convicción del carácter autóctono de las literaturas americanas. Nacionalismo... americanismo... ¿Cuál será la nueva perspectiva?

El culto a Francia. Una afirmación de latinidad sugerida por la influencia deslumbradora de la cultura, del espíritu de Francia. En su artículo sobre la influencia francesa (que aparecerá en el tomo de *Crítica y Filosofía)*, esta tendencia de Cruz se razona, se justifica y llega a un grado como tenía que ser forzosamente en aquella impresionable y brillantísima personalidad, de máxima exal-

tación. Toda una serie de artículos tienen esa dirección: el ensayo sobre Bourget muy importante en su primera parte, donde el autor apunta la tesis de que "la emoción filosófica" es la característica del novelista y ensayista y hace muy sugestivas indicaciones (para explicar esta modalidad de su temperamento) sobre la relación de Bourget con los psicólogos ingleses (8); la semblanza de José María de Heredia, el mozo, (su adaptación sorprendente a Francia, su espíritu como peculiar creación francesa), sus páginas descriptivas dedicadas a Pierre Loti, donde el colorista y el hombre imaginativo y errante, imaginariamente errante, que nunca dejaron de alentar en nuestro autor, encuentran la razón segura de una profunda convicción. Y aparte de la dedicación material expresa está la implícita consagración a todas las formas de la cultura francesa, de su espiritualidad, dirigente, para Cruz, de la civilización latina. Tres afirmaciones centrales se recogen así de los escritos de Cruz y animan su producción entera el cubanismo, el hispanoamericanismo, el latinismo simbolizando esta dirección última en el espíritu de Francia. Y frente a estas afirmaciones, una negación: la negación hispanista.

Nació esta actitud convencida de nuestro escritor de una realidad del ambiente, de una dolorosa realidad colonial. Espíritu de percepciones rápidas, por naturaleza brillante, propendía a la generalización, a la síntesis concluyente, sin atenuante ni excepciones. Todo se originaba en una profunda convicción (impone respeto siempre la obra de Manuel de la Cruz, por su íntima sinceridad); pero no se apuraba el proceso histórico, no se situaba el espíritu en esa perspectiva que da a la realidad pasada, libre de toda pasión del momento, una perfecta diafanidad. Así no pudo llegar Cruz a los grandes momentos de la cultura española. No hubo en él sentido de *amoroso conocimiento* de aquellas épocas culminantes, porque frente a él estaba, oprimiendo su ánimo patriótico, una realidad contemporánea, la realidad de la restauración. Frente a ella, la actitud de Cruz con las explicables exaltaciones fué la que después asumió en España la llamada genera-

---

(8) Manuel de la Cruz escribió este largo ensayo en 1893. En el homenaje que dedica *La Revue Hebdomadaire* a Bourget (núm. 50, 16 de diciembre de 1923), el interesantísimo artículo de George Grappo, *Le voyageur: l'Angleterre et l'Amerique*, evidencia qué fecundo punto de vista fué el adoptado por Manuel de la Cruz.

ción del noventa y ocho. En la revisión de los valores de aquel momento de la historia y la cultura españolas pocos han llegado a nuestros días con prestigio definitivo. La generación que sucede a los hombres de la restauración se sitúa en un plan de sistemático examen negativo. Es una crisis de los valores tradicionales, de los próximos, de los inmediatos valores tradicionales. Por que los mismos hombres que negaban la realidad inmediata, contribuyen a iluminar con sus interpretaciones personales muchos momentos definitivos del espíritu español. Así crea *Azorin* su peculiar sentimiento de lo clásico, de lo castellano, que sin propósito expreso, sin ostentosa intención, viene a ser una de las obras más íntimamente españolas que se han realizado en estos tiempos.

Los ensayos que escribió Cruz sobre temas diversos de la cultura española deben considerarse antes que nada como medios ardorosos de polémica; no como un producto de pura especulación. En ocasiones el escritor brillantísimo, el hombre apasionado por las formas de la belleza se siente impuesto por una obra de penetrante sentido poético y manifiesta sin trabas su generoso entusiasmo: así en las rápidas impresiones sobre Verdaguer, artículo interesante con mucho de sugestiva *interview* periodística. En otras es la obra prolífica de Emilia Pardo Bazán, principalmente en su esfuerzo renovador de la novela española, lo que le produce profunda impresión y le mueve a escribir un elogio próximo al ditirambo. En general, cuando se acerca a un tema con ánimo puramente literario la realidad aparece más luminosa a sus ojos, es más asequible a su espíritu. Las generalizaciones psicológicas, las vastas síntesis históricas son las que ofrecen más peligro para nuestro autor (para todo el mundo, bien pudiéramos decir); no un peligro para la afirmación crítica, para la certeza crítica: un peligro casi insuperable para la misma información, para la exactitud del dato histórico. Por ello vemos con sorpresa en el artículo sobre la imaginación española, que al grupo castellano (hay un plan de clasificación étnica de España en ese estudio), se le juzga como *remilgado* y *retórico*. El pueblo que convive con las manifestaciones más profundas de la belleza y no pierde su actitud cotidiana (invoquemos a la sombra inmortal de Barros que supo descubrir en esta nota el secreto de Toledo), el pueblo que siente los autos sacramentales durante siglos y lo

sobrenatural llega a él desnudo de afectismo y de simulación, el pueblo de los romances viejos... ¡un pueblo remilgado y retórico!

La obra formal de Manuel de la Cruz señalaba en sus años postreros positivas rectificaciones. El pensamiento del autor quedó incompleto por una muerte prematura y no pudo ofrecer un cambio paralelo al de la expresión literaria del mismo. Desaparecida la realidad colonial; la realidad española se le hubiera presentado en una lejanía más diáfana: no pudo ver este momento Manuel de la Cruz y así no pudo sentir cómo tiene una honda realidad histórica el principio de la unión hispanoamericana.

¿Qué cambios formales hubo en la obra de Manuel de la Cruz? En carta a Clemente Palma, que el escritor peruano recuerda en un artículo dedicado a nuestro autor (9) decía éste que había estado a punto de echar al fuego su libro *Cromitos Cubanos,* porque había en él plétora de *colorido chillón y carencia de precisión y sobriedad.* En las cartas a Manuel Sanguily insiste Cruz en este punto y finalmente en un artículo dedicado a *Ducazcal,* entona con voz conmovida una confesión de sus pecados literarios que eran principalmente los mismos a que había aludido en la mencionada carta a Clemente Palma. Esta conciencia del autor de su propia obra explica su cambio de orientación en un orden formal.

Iníciase en los mismos *Episodios de la Revolución Cubana,* no obstante el natural tono de exaltación que tiene carta libre. Fué compuesto después de muchas de las semblanzas de *Cromitos,* aunque éstas se publicasen en forma de libro algunos años después. El inicio de la transformación creo descubrirlo en cierta nota de intimidad de ambiente que hay en algunas narraciones. Compárese con la producción novelesca del autor y el cambio aparecerá con gran relieve; compárese con muchas de las páginas de *Cromitos,* y se percibirá en *Episodios* un inesperado acento lírico, que es lo más contrario que puede existir en el mundo literario al exceso de color. Recuérdese en el enérgico y conmovedor relato *En la Guinea,* la figura de Via-

(9) *Algo sobre Manuel de la Cruz. Las Tres Américas.* New York, 1896.

monte, el niño que fué explorador, que miraba siempre de frente al enemigo y en la rápida silueta se encontrará una emoción de intimidad y lirismo. No será este carácter distintivo del libro, que tiene un tono medio de bella relación periodística, pero basta que se insinúe en algún momento para comprender cómo no era un simple propósito el de Manuel de la Cruz cuando hablaba de imprescindibles cambios de procedimiento: era una positiva evolución de su técnica, de su estilo.

Más vivamente se observa este cambio comparando un tema desenvuelto en *Cromitos* y vuelto a tratar más tarde. Las semblanzas de Casal es un ejemplo muy característico. Cuando escribió sobre Casal, Manuel de la Cruz, en su *Reseña histórica del movimiento literario en Cuba,* habló de los *versos serenos, redondos pero sin unidad,* del autor de *Nieve*. Nada más relativo podía decir nuestro autor sobre su íntimo amigo: no podía percibirse entonces el caso lírico de Julián del Casal (en la *Reseña* el capítulo más afortunado es el consagrado a los géneros didácticos; el menos logrado el dedicado a la poesía, en donde se afirma que *"Plácido* sigue a Heredia en el tiempo y en genio"). En *Cromitos Cubanos* la figura tan sencilla en el orden humano, del gran poeta, aparece deslumbradora; pero de su poesía profundamente inquietante sugiérese una explicación positivista, con miras a la patología. El cuadro es de los más brillantes del libro, pero la íntima figura del doloroso poeta llega como desvanecida en aquella aguda visión plástica y colorista. Poco tiempo después muere el poeta. El largo artículo que le consagra Cruz en *La Habana Elegante* tiene una nota de ponderación, de mesura en el juicio, que el férvido elogio se mantiene en los justos límites de una evocación bellísima y familiar o de un delicioso cuadro íntimo. Cuando en el autor se precisa este sentido de la intimidad, cuando llega profundamente a su corazón el eco de lo cotidiano, va reduciendo a sus adecuadas proporciones el señorío espléndido de las imágenes, el agobiante ímpetu verbal.

Y en muchas de las correspondencias de *La Nación* se hace evidente el cambio. En este primer tomo de las obras de Cruz hay muchas pruebas de ello. En el interesantísimo artículo sobre el libro de Piñeyro *Manuel José Quintana* hay una semblanza clara y severa del insigne crítico que contrasta con las pági-

nas excesivas y elocuentes que le dedica en *Cromitos,* donde la corrección elegante del escritor cubano es equiparada con el estilo armonioso y puro, tan próximo al canon de la belleza clásica de Ernesto Renan. ¡Qué distinta de estos paralelos abrumadores e innecesarios es la semblanza precisa, de tan poderosos relieves que aparece en el artículo posterior. Basta que citemos unas líneas aisladas:

Piñeyro fué siempre un melancólico que no ha traspasado las fronteras del pesimismo. Su melancolía más o menos intensa, ha pasado siempre, para tomar forma, por un doble matiz: el buen gusto, que en él alcanza la depuración extrema; el buen sentido que lo ha encerrado en límites precisos, impidiéndole los arrebatos. Su mismo dolor contenía el elemento que había de templarlo y de neutralizarlo: la resignación.

Quien escribía últimamente así con tan manifiesta contención era un escritor distinto del ardiente e imaginativo autor de *Cromitos Cubanos.* El dominio de las palabras, el sentido preciso de la palabra adecuada, conducía a Cruz a una precisión mayor de los conceptos que no se subordinarán ahora al esplendor de la imagen o al brillante efecto cromático. Y las primitivas virtudes descriptivas, la animación verbal, la personalidad de la frase no se perderán en la evolución sino serán el justo matiz del estilo, más diáfano y por lo tanto más expresivo y enérgico. Esta evolución tan lógica, tan legítima en la obra de arte, tan altamente necesaria en la obra pletórica de Manuel de la Cruz, indicaba la conciencia profunda del artista de su propia labor, señalaba el momento definitivo en su aprendizaje técnico, que en nuestro autor fué, en un principio, el desbordante ímpetu de una personalidad muy fuerte, pero sin límites. Límites, disciplinas, rigor en el procedimiento; esto representaba la íntima aspiración del escritor cubano en sus años últimos; esto comienza a percibirse en su obra postrera, tan infaustamente interrumpida por una muerte inesperada.

Cuando muere Manuel de la Cruz, en plena juventud, dejaba a las letras cubanas no sólo una labor brillantísima, llena de inquietante curiosidad, muy personal en su procedimiento, informada por una honda sinceridad de espíritu, maestra en su sentido del patriotismo, rica en amenidad, en animación y en bríos; enérgica, apasionada y sagaz en la polémica, en la aguda

argumentación periodística (Manuel de la Cruz es una insigne figura en la gran tradición del periodismo cubano, a la que han pertenecido los más representativos de nuestra cultura, desde Saco hasta Varona), diversísima en sus manifestaciones; infatigable en su exteriorización: dejaba también el ejemplo, dejaba la honda huella de su autodidactismo, de su autoformación, que le llevó por muy diversas vías, que le hizo seguir distintas orientaciones hasta que su espíritu comenzó a sentir la clara verdad: la parsimonia, la integridad, la armonía (recordemos las palabras de William Hamilton) deben ser la aspiración del escritor que quiere hacer de las letras eficaz y dilatado magisterio. No era una orientación del estilo, era una orientación del espíritu.

El libro de Agramonte.

Lo había anunciado repetidas veces el autor. En *Episodios de la Revolución Cubana*, en muchas de las correspondencias políticas de *La Nación* había una anticipación del mismo o alusiones constantes a su plan, a sus propósitos. El escritor se aproximaba a la madurez. Como en el primer año de su labor, la idea de la patria era la obsesión de su espíritu. Sentía la nueva contienda muy próxima, todo parecía vacilante, incierto. Era entonces para él un refugio único aquel libro elaborado con tanta calma, tan preciso en la investigación histórica, tan fulgurante en la evocación, tan rico en dones humanos, tan apasionado en el culto de la patria. Había trazado un plan *teiniano* a ese libro, que debía ser el definitivo de su vida literaria, de su vida cubana. Un libro de plan *teiniano*, en donde su culto por el crítico francés tuviese una comprobación práctica. No importa que en nuestros días la filosofía artística, la estética de Taine se nos aparezca tan arruinada (¿diríamos definitivamente sepultada en las páginas magistrales de la *Estética* de Croce?), pero que no deja de causar asombro y un profundo respeto, la severidad casi meticulosa, la fiel observancia del régimen *teiniano* en el plan que trazó Cruz para su libro esencial. En nuestras manos hemos tenido los cuadernos del trabajo que precedieron a la redacción del libro, el cual a su muerte estaba casi concluído según fidedignos informes de los propios hijos del autor. Por estos cuadernos puede uno seguir el proce-

dimiento del libro proyectado. Quiso Cruz que su libro tuviese una documentación perfecta. Pocos elementos habría de encontrar en los archivos, para reconstruir una vida tan rápida, tan heroica y tan relativamente reciente como la de Ignacio Agramonte, el gran guerrero de la contienda de los diez años. Apeló entonces a los documentos vivos, a los documentos humanos. Se dirige en forma de interrogatorios copiosísimos a los principales actores de aquella larga lucha. Coteja unos con otros; aprovecha inéditas o desconocidas correspondencias de algunas figuras culminantes de aquel movimiento (como los papeles del infortunado Coronel Luaces). Rastrea la vida de Agramonte en los recuerdos de sus compañeros de colegio. Hechos poco divulgados de su juventud le llevan a deducciones felices sobre la profunda consistencia de aquel gran carácter. Y todo se va desenvolviendo con un comunicativo entusiasmo, con una simpatía humana que el libro tiene—tal como lo vemos en sus fragmentos aislados—un ambiente incomparable de generosidad, de fuerza impetuosa, de prestigio moral. ¿Qué fué del libro? ¿Qué misterio ha habido en la desaparición de muchos capítulos que parecían haber alcanzado ya una redacción definitiva?

Una tristeza penetrante había ya en la vida del autor. Cercana estaba la muerte: el ideal de tantos años, en mitad de la lucha áspera, parecía distante a la realidad, muy distante. Manuel de la Cruz piensa, no deja de pensar un solo momento en la suerte de su patria. En el libro aquél está su aliento más íntimo, su más fervoroso pensamiento. En tierras extrañas va naciendo el libro y la visión de la patria va haciéndose más viva. Un recuerdo constante, una visión invariable de la patria, lejana para el escritor en la hora de su muerte, incierta, entonces, en su porvenir, llena de angustioso dolor y querida y sentida y exaltada con todas las potencias del espíritu. A esa patria había consagrado Cruz su obra y su vida entera; a esa patria, lograda ya, pero amenazada por vientos contrarios, hubiera consagrado el escritor esta edición de sus obras. Y a ella con un íntimo pensamiento, con un estremecido fervor espiritual quiere consagrarla quien por un destino ocasional ha escrito estas páginas en el primer tomo de las obras de Manuel de la Cruz.

José María Chacón.

Madrigal de las Altas Torres, agosto, 1924.

CON EL ESLABON

DÉCIMOSEXTO APÉNDICE

LA vida es ascenso y descenso. Se va poco a poco ascendiendo a la posesión de sí mismo, a la personalidad; y luego se va lentamente descendiendo al trágico desvanecimiento de la personalidad. Trágico, porque se sube con los ojos cerrados, y se baja con los ojos bien abiertos.

*

¡Oh pensadores alemanes!, vuestra profundidad me entontece. Tomáis una palabra, como taladro gigantesco, y agujereáis la tierra hacia los antípodas y más y más, hasta envolveros y envolvernos en el vértigo.

*

Los dramáticos de antaño pretendían encerrar su imaginación en el aprieto de las unidades; como a toro furioso en un redondel; y así salía de bien parado el sentido común.

*

"El pan nuestro de cada día dánosle hoy". ¡Qué vieja, qué remota nos suena esta antífona! Ahora decimos: El pan de cada día lo tomaré, lo agarraré hoy, y el de mañana, y el de pasado.

*

¿Quieres deshacer, como pompita de aire, la prosopopeya de ese hombrachón que va por ahí tan orondo? Sorpréndelo en camiseta con la cara enjabonada.

*

Me figuro que Aristóteles tuvo sus atisbos de profeta, cuando definió al hombre *dsoon politikon*, como si dijera: animal politiqueante. Cuantos hayan asistido a reunión política, asamblea legislativa o colegio electoral, se habrán encontrado siempre con el rebaño, y hasta en medio del rebaño, del Estagirita.

*

Savonarola y su pira son un símbolo gigantesco. Representan el espíritu de obcecación que arremolina a los fanáticos contra cuanto se distingue y se eleva. Diosa formidable, la rutina.

*

Hay quien pone el pie en el barco, anhelando sólo el momento de ponerlo de nuevo en el muelle. Hay quien se embarca, y para quien el barco es todo el viaje y el mundo todo. He aquí dos tipos, representativos de la humanidad entera. Somos como el uno o como el otro. Todo aquí, o todo allá.

*

El verbo defectivo por antonomasia: deber. Conjugándolo para sus adentros, nadie dice nunca, debo.

*

Heroica es la exclamación del himno de Figueredo: "Que morir por la patria es vivir." Cuán otro, pero qué enérgico espíritu el del coral de Lutero: "Firme castillo es nuestro Dios." Gran lástima que todas estas grandes palabras, de tanto pasar por los labios, pierdan la médula, y acaben por no decir nada.

*

Cuando se piensa en las interpretaciones radicalmente distintas que cada pueblo y cada secta y cada cenáculo y cada individuo dan de un mismo hecho, próximo o remoto, ¡qué feliz disposición de ánimo supone reir con beatitud y exclamar: ¡Yo veo mejor!

*

Pobre gente pacifista. No quiere guerrear, y todo es guerra. —Pues por eso, responde el atribulado pacifista; si he de gue-

rrear con la naturaleza y con mi magistrado y con mi vecino y conmigo mismo, me parece que basta y sobra de guerra.

*

Gran tiempo para los escritores perezosos. Como ya no se lee, todo es inédito.

*

Con lectores como los Bolandistas, vaya V. a darles gato por liebre.

*

Ibsen se ha abrazado con el hombre coetáneo, le ha bebido el aliento, ha sentido palpitar con el suyo el corazón sangrante de su otro yo. Pero cuando quita de un golpe la máscara a la *mentira de la vida,* todos, todos cerramos los ojos.

*

—Hay juegos de palabras muy profundos. Por ejemplo: *nomina, numina.*

—Sí; pero siguen siendo juego de palabras.

*

El padre del utilitarismo es Bentham y el abuelo La Rochefoucauld. Cierto. Pero este ilustre prócer ¿de quién descendía? Del primer gaznápiro que agarró fuertemente un objeto, y dijo: mío.

*

No sé lo que sería antes; pero me explico la utilidad actual del clero. El hombre anda muy afanoso con sus asuntos terrenales, y le deja el cuidado de desempolvar de vez en cuando algunos añejos conceptos, como providencia, retribución, expiación y otros de ese fuste. Así no pueden llevar en el diccionario el fatídico *ant.*

*

El filósofo de los filósofos: Pero Grullo.

—La justicia, enseña el Papiniano, puede ser distributiva, conmutativa...

—Cierre la espita, interrumpe Pedro. La justicia debe ser la justicia.

*

Me sostienen algunos moralistas cejijuntos que un hombre no puede venderse a sí mismo como esclavo. Esos adustos sofistas no han frecuentado los partidos políticos. Su cuerpo, su derecho de progenitura, su alma, si la tienen, venden estos Esaús del comité de barrio por la mitad de un plato de lentejas.

*

—Te has fijado, fiel cristiano, en que tu doctrina fundamental, la de la gracia, implica un privilegio?

—Ya lo creo; y a privilegiado aspiro.

—Qué poco cristiano eres, fiel cristiano.

*

¿Te ríes de las palabras? ¡Bah! dos o tres sílabas. ¿Te ríes? Con una palabra se mata a un hombre.

*

Como una palabra cambia de sentido al pasar de una boca a otra, yo la llamo de miel y tú de veneno.

*

El símbolo indecente con que ha caracterizado nuestro pueblo a un caudillo sin escrúpulos, es un marchamo de nuestra dignidad colectiva.

*

El mayoral supone el barracón, y el barracón engendra al mayoral.

*

Hay hombres de goma. Los aprietas, se encogen, se encogen, casi desaparecen. En cuanto los sueltas, vuelven naturalmente a su posición y tamaño.

*

Soy libre por derecho propio.

—Cierto. Física y metafísicamente eres libre por derecho. ¿Lo eres de hecho?

*

Nadie es perfecto. Muy bien. Y ¿qué es ser perfecto? Pregúntaselo al chino que te plancha las camisas, y luego al bodeguero de la esquina y después a tu cocinero jamaiquino. O si no quieres ir tan lejos, pregúntatelo a ti mismo al levantarte y al acostarte.

*

Afirman los orientalistas que el sugerir, no el expresar, es la esencia de la poesía sánscrita. ¡Lo que puede el parentesco! Todos nuestros istas, modernistas, simbolistas, futuristas, postumistas, cubistas, andan queriendo decir lo que no acaban de decir.

*

Cómo ha debido gotear la vida cieno, sangre y vitriolo en el alma del hindu, para que el último toque, el remate de su filosofía haya llegado a ser la aspiración al nirvana.

*

Recientemente, ahora mismo, se ha querido escribir la historia del pensamiento humano. Ahi están los documentos, amontonados en rascacielos formidables. Sí, ahí están los libros en griego, en chino, en los idiomas de la India, y en todas las lenguas occidentales. Ahí están. Anda, buzo, sumérgete en ese océano, y sácanos la perla. La única, la de oriente sin igual, la verdad verdadera.

*

Los místicos se indignan de que se les aplique la lente de la ciencia, para ver de sondear los meandros de su espíritu. Como si lo humano hubiera de medirse por medios fuera de lo humano.

—Positivista estás.

—Es que me escamo.

*

La función de juez, de Justo Juez, espanta. Juzgar de un hecho, con sus mil ramificaciones materiales y mentales, para apli-

carle un compás ideal, la ley. ¡Cómo no ha de temblar la mano que firma la sentencia!

*

Alcanther de Brahm es todo un benefactor de la gente que lee. Ha aumentado los signos tipográficos con el *punto de ironía.* Viene a ser como si el escritor se asomara entre las líneas, y avisara: "Atención. Cuidado. No me tomes al pie de la letra. Busca bien el sentido, que puedo estar tomándote el pelo."

*

Los prodigiosos inventos de los últimos tiempos se han aplicado para la guerra con bombas, la trinchera; o para la guerra con artimañas, el comercio.

*

El hombre ha sido siempre de miel para el hombre. El más antiguo documento escrito de que hay noticia en la cultura aryo semita, ¿crees que es un himno al dios paternal con que sueña? ¿o una invocación ferviente al eterno femenino? Es el código de Hammurabi, en que hace cuatro mil años ya se intimaba, con ceño imperioso, el ordeno y mando.

*

Sseu-ma Kuang, el sabio chino que unos mil años atrás escribió su *Espejo de la historia,* ¿por qué se quedó con el secreto? Pues los que a los occidentales nos han dado con tal o parecido título, deben ser de esos espejos mágicos en que abundan los libros de caballería y los poemas de esa cosecha.

*

¿Qué es la verdad? Lo que creemos, no lo que decimos, sinceramente tal.

*

—¿A la veleta de tu creencia entregas lo cierto?

—¿Qué he de hacerle, si así es? ¿La tuya no voltea? No eres humano.

*

La montaña de inepcias que han ido acumulando grano a grano, como pacientes hormigas, los comentadores de la Biblia judeo cristiana, aplastaría a cualquier espíritu sano; si la cantidad de fraude, más o menos consciente, con que lisonjeamos nuestros anhelos sentimentales no fuera todavía mayor. Como nos den por la vena del gusto, prestamos asenso a lo que no seduciría a un avestruz.

*

La metafísica griega es a la sofística lo que el árbol a su raíz. Y toda la metafísica occidental son sus frondosos renuevos.

*

La logica del neotomismo no tiene vuelta de hoja. Si la verdad está contenida en un texto *ne varietur,* ya no queda por hacer sino comentarlo y comentarlo. Quiere decir: se siguen tejiendo hilos a la telaraña.

*

En el régimen de las castas, como el de la India de antaño, o el de nuestra Cuba de ogaño, lo monstruoso está en que se le acepta como una ley de la naturaleza. El aplastado, el triturado se encoge, se reduce a polvo, y cuando se atreve a levantar los ojos, se consume de envidia; pero aguanta.

*

—Le queda el murmurar.
—Sí, y el maldecir; pero aguanta.

*

La gran preocupación de los chinos letrados consiste en no emplear los nombres sino en su significado estricto. ¿Fijar la significación de un vocablo? Trabajo les mando. Sujeta el mercurio para que no se esparza.

*

Adaptar el lenguaje, obra de nuestro artificio, a la corriente caudalosa y despeñada de los sucesos; en esa vana empresa estuvimos, estamos y estaremos perennemente empeñados.

*

El asceta quiere llegar a la perfección por medio de la mutilación. Pero la Afrodite de Milo sería más bella con sus brazos y la Niké de Samotracia con su cabeza.

*

Como el hombre es una fiera inteligente, es la peor de las fieras.

*

No temas la garra del tigre, ni el asta del toro, ni la trompa del elefante, ni el garfio del crótalo; tiembla ante el ojo insidioso de tu prójimo.

*

La vida es un perpetuo malgastar del tiempo. Siquiera el joven lo malgasta sonriendo, fantaseando, soñando.

*

Vivimos con la obsesión de nuestra unidad personal. Esta sí es la Gran Ilusión. Ni por dentro, ni por fuera nadie es uno.

Enrique José Varona.

La Habana, 1924.

EL ESPIRITU INQUIETO DE EUGENIO NOEL

L fecundo escritor español está dando la vuelta a la América. Predica en los pueblos de habla española, con la torrentosa elocuencia que le caracteriza, los defectos de la raza latina tan apegada al dolor impotente. Hasta en las más movidas expansiones del ánimo, cual los bailes, no puede prescindir de la música triste. En poesía, abundan los poetas lloriqueantes, cantores, no de la acción, sino de la esterilidad que se contenta con las lágrimas. Otro vicio marcado, que nos llevará al abismo, es la supremacía que concedemos a los caudillos, a los "machos" que se imponen por la fuerza y no por la ciencia. ¿No se está dejando ahora el libro para dar paso al boxeo? A Firpo se le ha endiosado más que a Mitre, Ingenieros, Lugones, Rojas u otro eminente intelectual argentino. Buena, indispensable es la gimnasia, regeneradores son los deportes; pero no se ha de poner a la inteligencia a los pies de la materia.

Veamos algunos datos biográficos de Noel, viajero infatigable. Su vida aventurera, que está en vísperas de trepar a la cúspide cuadragenaria, ha sido imbuída por tres grandes acontecimientos que marcan seguro derrotero en él y cuya poderosa influencia no ha podido olvidar nunca: el claustro, la milicia y la bohemia juvenil, chiflada, desesperante, derrochadora y romántica.

Niño pobre y de humilde cuna, fué protegido, desde la edad de cinco años, por la Duquesa de Sevillano, a la que la madre de Noel servía. Aquella gran señora de España envió al chico al Colegio de San Vicente de Paúl, en Tardajos, situado a dos leguas de Burgos. Allí le entró por los ojos la suntuosidad artística de su catedral, que ya nunca pudo quitar de su memoria. Esa visión de Burgos, que caló muy hondo, es la alborada, el

origen, la fuente de inspiración de su literatura. Ensayando estuvo versos místicos, lucubraciones románticas, composiciones soñadoras; todo calladamente, con la fiebre del tejer y destejer, como un poseso de misticismo y letras calenturientas.

Del convento se escapó para correr a abrazar a la que le alimentó en su seno, llevando siempre, cual obsesión, el deslumbramiento de la catedral de Burgos que se grabó desde su infancia en la mente.

En Madrid, ingresó en el Seminario Conciliar de San Dámaso. ¿Cómo resonaron en sus oídos aquellas palabras del Obispo de Sión que le señalaban como una esperanza de la oratoria sagrada?

Poco después está empapándose en las disciplinas escolásticas, con su ética, ontología y metafísica, en Lovaina, a donde, por recomendación del Obispo de Madrid, marchó con el Cardenal Mercier—el tan célebre de la guerra europea—entonces canónigo de Malinas. ¡Cómo se embebió en toda esa doctrina del padre Sigliari!

Se produjo la confusión, el caos en su espíritu: lo poco que había asimilado, lo que hasta ese instante supuso saber se echó al vacío con aquella filosofía.

Despierta su adolescente curiosidad, viaja por Bélgica y luego por Francia, Alemania y los Países Bajos.

De esas correrías fructíferas, Noel regresa a España a estudiar ya en el Instituto de San Isidro, ya en el Liceo de San Isidoro, ya en la Universidad de Madrid.

Lector insigne, va desempolvando bibliotecas y royendo volúmenes, como insaciable ratoncillo. Por sus copiosas lecturas, gana el premio, en calidad de lector soberano, en las Bibliotecas del Museo Pedagógico, de la Nacional y de la Academia de la Historia.

¡Cuánto le sirvieron como guías aquellos formidables eruditos que se denominaron Marcelino Menéndez Pelayo y Ramón Menéndez y Pidal, sus profesores, a quienes debe lo que atesoró en materia de bibliografía!

¡Envidiable suerte es haber hallado tan seguros mentores!

A los 15 años, del fondo de las bibliotecas se descuelga a un mundo turbulento y extraño: el *Gato Negro,* memorable café de

los literatos. Se inicia su bohemia, que será inacabable, desconcertante, inaudita.

Visita asiduamente el *Café Suizo*, en el que escucha la tertulia de los sabios mayores de España: Ramón y Cajal, Cerezo, Marañón, Maestre, etc.

En medio de su literatura alborotada y de sus charlas de ensoñación, no descuida la ciencia. En busca de conocimientos médicos va al Quirófano de la Facultad de San Carlos y se le ve como alumno del Dr. Luis Simarro, catedrático de Psicología experimental. Estudia Patología general con el Dr. Calleja.

Los médicos famosos de hoy día como Gregorio Marañón, Goyanes, Lafora, Achúcarro, Vanuz, Pí y Suñer fueron sus condiscípulos.

Continúa su atolondrada vida de *abandono*.

Amanuense de Don José Zahonero, le es propicia la oportunidad de conocer a los grandes literatos como Echegaray, Cano, Sellés, Grilo, Benavente y a todos los del 98, y de tratar a los familiares del palco de autores de los teatros de Madrid.

Va a vivir en un sótano de la Calle de Leganitos, singular sitio que su alocada juventud escogió, llena de ilusiones y amoríos. En este sótano se engendran los seis tomos *La novela de la vida de un hombre* que Noel está escribiendo y que consta de los siguientes libros: *Sierra Madre, Colegio y Casa Misión, Los encantos de la primavera de la vida, El Seminario de San Dámaso* e *Idilio en un Sótano.*

Sumergido en ese antro, hasta los 25 años, cae fatalmente en una vesania lírica y sentimental que pone en duda el equilibrio de su intelecto. Pierde las pensiones de la Duquesa de Sevillano y del Secretario de ésta, igualmente su protector, Don Luis Bahía, y semeja un inadaptable al medio ambiente y a la brega por el garbanzo.

Pobre hasta la mendicidad, para no morirse de hambre, se ve impelido a dar lecciones aquí y allá, preparando a muchachos escolares. Su bohemia poética le empuja hasta la miseria, se olvida de todo, como si la existencia fuese un mito y sólo el egoísmo su numen de bardo de la pordiosería.

Desesperado, en un momento de lucidez, llama en su auxilio a Ortega y Gasset. Dictaba a la época el maestro de *El Espectador,*

que recuerda a Montalvo, la cátedra de Metafísica que honrara Salmerón. Fué el ilustre pensador hasta el destartalado sótano y llevó a Noel a su casa que a la sazón estaba en la Calle de Goya. En el afán de proporcionarle trabajo intelectual y pan positivo, dióle a traducir los dos enormes tomos de la obra sobre Juana de Arco *(La Pucelle)* del llorado Anatolio France.

En un momento inexplicable de arrebato, de genialidad, de delirio, sentó, en 1909, plaza de voluntario en la campaña de Marruecos. Esta aventura folletinesca transformó al hombre: la realidad de la vida le entró por los ojos y prendió en su pecho el amor a la raza. Desde ese instante, cambió su ideal literario por completo. Tostado por el sol de África, robustecido por la intemperie, prieto, hecho a las privaciones y molestias, curtido, llegó a España a revelar lo que había contemplado allí donde su patria sigue enterrando tesoros y raudales de sangre que fecundará una extraña y abrasadora tierra, de otra religión y costumbres.

¿Qué de nuevo podía escribir Noel para los periódicos si tanto y en todos los tonos se ha hablado ya de la agotadora guerra árabe, sepulcro del vigor y riqueza españoles? Tantas novedades dijo, tantas amargas verdades lanzó al rostro ibero, que le iniciaron más de cincuenta procesos militares por sus viriles artículos delatores que aceptó la *España Nueva*. Un año estuvo en la Cárcel Modelo, de donde le sacó Luis Simarro, su viejo maestro de anatomía y ciencia psicológica.

Después de su activa campaña contra las corridas de toros y todo lo que él llama pintorescamente el "flamenquismo", el 21 de junio de 1923, abandonó España con rumbo al Nuevo Mundo. Había arribado por Veracruz a la rica Nación Azteca. Sabido es que recorrió palmo a palmo el dilatado reino español, dándonos pinturas fieles del paisaje y cuadros vivos de sus añejos y religiosos hábitos, sobre todo de Sevilla, la ciudad de la gracia, del dolor intenso al través de sus juergas y típicas procesiones y de los inolvidables atardeceres. De igual modo se propone trotar por este Continente. De México, han pasado ya por su rápida observación toda la América Central y gran parte de la del Sur. La Universidad le rindió en Guatemala significativo homenaje al editar su libro *Alma y Raza,* de la serie de sus cuatro tomos *Aguas Fuertes Ibéricas.* En Colombia, el primoroso nido espiritual don-

de tan dulcemente se arrullan cien áureas liras, todo el intelecto, precedido por el Jefe del Estado, asistió a escuchar el incansable y sancionador verbo de Noel. En el Ecuador, la Universidad y el Colegio *Vicente Rocafuerte* de Guayaquil le demostraron su simpatía. Quito abrió su elegante *Teatro Sucre* al tribuno de la raza. Artistas propagaron bellos "afiches", como hoy se dice, con la imagen del conferenciante sugestivo. Análogos agasajos en el Perú, en Chile. No hay duda de que lo mismo acontecerá en Buenos Aires, en Montevideo...

Tiene en mientes, como fruto de su odisea, no sólo escribir sus impresiones de América, sino conocerla a fondo, a fin de completar sus estudios del alma de la raza.

Larguísima es la lista de sus obras de todo género desde las políticas *El rey se divierte, El crimen de un partido político, Don Oliverio* y otras, hasta sus novelas *Amapola entre espigas, Las Melenitas, El Allegretto de la Sinfonía VII, La señorita mema,* etc.; desde las humorísticas como *El Torero y el Rey, Vida de un Fenómeno, El Charrán* y algunas más, hasta sus descripciones andaluzas como *Gitanos y Flamencos* y la *Semana Santa en Sevilla,* relato que le conquistó anatemas y dificultades; desde las de crítica de los vicios de la raza como *Pan y Toros, Cornúpetos y Vestiarios* y tantas otras, hasta las que abundan en desventuras y glorias de la Madre Augusta, como *La Epopeya de las Capeas, Piel de España* y muchísimas que sería fatigoso enumerar.

Sus conferencias llegan a un número inverosímil: dicen que pasan de mil, sobre variados temas de arte, de ciencia y de palpitantes dolores sociales y enfermedades del carácter.

A los 23 años, después de un silencioso noviciado y de prepararse con ensayos que hacía y deshacía y enviaba al canasto de los papeles inútiles; después de madurar sus ideas y alistar su obra *in mente,* publicó su primer libro *Alma de Santa,* con grabados del magnífico Julio Antonio. Noel y el gran escultor aparecen en la primicia de arte como heraldos de la inmortalidad. El autor conjetura a la primaveral y cálida *Alma de Santa* como su mejor producción. Es la historia apasionada de una cantatriz, santa laica, voluptuosamente mística, que ambula por Rusia, Egipto, Jerusalén, y cuyo espíritu admirable ha recogido Noel. Pinta su enérgica voluntad,—el caso es digno de ejemplo—, el férreo

mutismo, el freno que se impuso para no publicar atropelladamente, como un morbo precoz, nada que no fuera digno de leerse en el despertar juvenil que derrocha dones intelectuales. Saludable sería la norma, que recuerda al viejo Horacio, de ser observada rigurosamente por los que comienzan a trepar por la montaña de la vida, conduciendo, nuevos Sísifos, un fardo de ensueños; por los que precozmente se ponen en ridículo, precipitando sus famas literarias y sus ideas mal digeridas aún.

Noel nació en 1885.

Llegando e este punto, nos parece increíble que un laborar multiforme, una juventud tan tumultuosa haya alcanzado a derrochar a manos llenas ingenio y manuscritos, a producir en cantidad tan abrumadora. ¿A qué tiempo se opera este fenómeno?

Reid incrédulos, reid espíritus burlescos; pero grabad como cierta la máxima eternal: por sus frutos los conoceréis. Abundantísimos y cargados de erudición los del árbol lozano de Noel. ¿Cómo los engendró su bohemia infantil, grotesca a veces, llena de *erranzas* y variantes, en medio de su aflictiva inopia?

Hombre gordo, membrudo, un si es no es brusco, francote, sin cumplimientos ni palabras almibaradas, nervioso, luchador, tosco a ratos, pueril en otros, abriga vastos planes para el porvenir.

Lentamente va trazando estos nuevos libros que un día saborearán los lectores: *Corpus en Granada, Mezquita Aljama* (visiones de Córdoba), *Serranía de Ronda, Por los montíos de Toledo, Las hoces de Cuenca, Bajo los Arcos del puente de Mérida, El Ebro en Ruvielos de Mora y el Mar de Alicante,* en el que Noel penetra en el gran problema del alma mediterránea.

Su espíritu: inquieto no descansa nunca, asustando a los que examinan la fecundidad de su tarea de fustigador de los males de España; tarea provocadora del escepticismo por la diversidad de sus matices, algunos inverosímiles, y hasta contradictoria en tendencias.

Admira las galanuras sublimes de la tierra ecuatoriana, se prosterna ante su naturaleza exuberante; pero acerca de lo demás—costumbres y progreso cultural—... guarda profundo mutismo.

Fácilmente se explica esta actitud, porque no le gusta la fes-

tinación de opiniones ni menos el adulo a nadie, individuo, colectividad o país. Si méritos halla, no tendrá empacho en consignarlos ufano; si entuertos que corregir y lacerias que curar, no recurrirá a los paliativos y atenuantes, sino que, con ruda franqueza, los señalará, ya se conquiste aplausos, ya despierte odios implacables.

Nadie quizá como él ha gritado contra la postración y el analfabetismo españoles, pulverizando preocupaciones y enfermizas vanidades nacionales que no conducen al remedio eficaz, sino a la fatuidad deplorable.

Conociendo su carácter, no os asombraréis de esta sombría tela desplegada al comienzo de su obra *Piel de España:*

En un libro—dice—editado por el Rey, demuestra el doctor Reyes Prosper que las estepas de España, arcillosas, cálcicas y salinas, se extienden por más de 7.200,000 hectáreas, una superficie igual a la de Andalucía. Don Julio Cejador ha probado en otro hermoso libro que Castilla está en escombros. En un solo año los Tribunales de la nación han visto cien mil causas criminales. Hay 483 cárceles. Hacer justicia cuesta 9.392,000 pesetas, y sostener las cárceles 6.451,000. El pueblo deja en los sorteos de su Lotería 160 millones y 300 en sus 415 Plazas de Toros. En los Bancos hay capitales inmovilizados por valor de 3,000 millones de pesetas. Emigran al año 150,000 españoles, de los que 128 mil son labradores. El arancel castiga el trigo con 20 millones y grava los alimentos importados en 80 millones de pesetas. De los 9,261 Municipios, sólo una bien pequeña parte tienen el agua potable en condiciones de salubridad. Tenemos incultas, entre eriales y baldíos, las tres cuartas partes de la nación, o sea unos 25 millones de hectáreas que nada rinden. La usura rural es dinero recibido en préstamo; el fisco y el empeño de ropas alcanzan cifras fabulosas. Son ocho o diez millones los españoles analfabetos. En los inviernos se mueren de hambre y de frío muchas personas, en el mismo arroyo, y no hay pueblo en el universo que cuente con mayor número de Asilos. El tributo dado a las Inclusas y Casas de caridad es espantoso...

¿Para qué copiar más tristezas? Siguen cifras desconcertantes, en frases cortas y de acero. Pero no todas las tintas del cuadro son lastimosas. En otro plano más consolador pondera la virtud de artistas como Daniel Zuloaga, Anglada, Julio Antonio; de sabios como Ramón y Cajal, Ortega y Gasset; pinta las galanuras de la tierra española con paleta magistral, elogia todo aquello que ennoblece la legendaria y augusta raza ibérica.

Tal es la vitalidad física y mental de este andariego demoledor de lo malo. Sobre las ruinas, la juventud construye edificios inconmovibles, tomando como admirables modelos a los hombres de acción cual Bolívar, legislador y héroe, que triunfaba lo mismo en la guerra que en la paz; cual Martí, patriota y poeta, que con su pluma y con su espada sirvió denodadamente la causa de la libertad; cual Eloy Alfaro, que con su machete y su energía consolidó las reformas políticas, empujó la locomotora a la cima de los Andes y mejoró la vida social; como Juan Montalvo, dechado de carácter y maestro de belleza, y como tantos varones eminentes que no sólo sublimaron la palabra, sino que, al mismo tiempo, pusieron en práctica sus ideales.

Eugenio Noel no gusta de aplausos: expone la verdad desnuda, sin esperar la aprobación de los oyentes. Al contrario, les suplica, con el gesto y el ademán, que prescindan de tales fervores. Hombre facundo, se produce con fluidez, vertiendo la espontaneidad de sus sinceras convicciones. Condena el prurito, el único *modus vivendi* de tantos mozuelos que se ocupan únicamente en hacer versos y gemir, como atacados de nostalgia. Morbo terrible de la Raza el lirismo, mata a la acción y enferma la voluntad. Parece que las energías de Hispano-América se gastaran sólo en componer frases melodiosas, novelas y dramas. La ciencia está descuidada: a los matemáticos insignes, a los naturalistas no se les rinde ningún homenaje. Cuando ya están viejos y poco les aprovechan las felicitaciones y honores, se acuerdan de los bienes que prestaron a la América que los españoles bravamente conquistaron, pero no supieron engrandecerla mucho en el campo científico. El trillado lirismo nos está enervando: frases huecas, palabritas almibaradas, adulos rítmicos, y nada más. Regularmente, éstos son los que triunfan, los que salen afuera, los que recorren el mundo con pompa diplomática, en tanto que preteridos y olvidados quedan los legítimos valores que educan al pueblo.

Los hispanoamericanos que visitan las caratatas del Niágara, el salto del Tequendama, del Iguazú, del Agoyán, lo hacen únicamente para utilizarlos en sus poemas: los sajones van a sacar partido de la fuerza hidráulica y establecer obras de ingeniería. ¿Qué aprovecha más: cantar la belleza o alimentar-

la? ¿Quién ama con más intensidad: el que junto a los oídos de la amada murmurando está versitos dulces y pondera su hermosura, o el que le da el pan ganado en honrada brega con el sudor de la frente? ¡Ah! los líricos de pega, enfermos de insinceridad y de abulia. Prefieren las oraciones sonoras y desdeñan el trabajo fecundo.

En las corridas de toros, difundido defecto de la Raza, se desperdicia el valor estérilmente: podía ejercitársele en el dominio de una máquina o en la redención del pueblo que se deja engañar por el arrojo temerario que a nada conduce, que se enloquece al oír las coplas de los vates que se mueren de hambre, que se deslumbra con el oropel de los oradores políticos. Como por la prensa, se mide también la cultura general por la mayor o menor afición a los actos en que se exponen doctrinas y que no se asemejan a ls espectáculos frívolos, de cantitos callejeros, tangos, desfile de aflautadas pantorrillas o de caritas de máscaras, en las que el afeite obra milagros, y aquel "blanco y carmín de doña Elvira" no blasona más mérito que haberla "costado su dinero".

Los viajes alientan como la eterna lección objetiva cuando el cerebro va trabajando incesantemente en presencia del panorama que, como cinta cinematográfica, se despliega ante los ojos, llevando la luz de infinitos horizontes, el movimiento de complejas vidas y el desfile de otros jardines de afecto. Aunque el alma humana es una misma en las más dilatadas comarcas del planeta, con todo, el espíritu observador descubre mil complejidades influídas por los varios ambientes en los que desplegó sus alas.

Noel, errante por los Continentes, va aglomerando datos para la composición de su cinta interior que ha de proyectarse después en la pantalla del libro o en el amplio telón de las conferencias.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.

Quito, Ecuador, 1924.

HECTOR RIPA ALBERDI (*)



ONOCÍ a Héctor Ripa Alberdi en México, en septiembre de 1921, y fué para mí la revelación íntima de la Argentina. Conocía yo hasta entonces, junto a la Argentina de la fama internacional, la que revelan sus escritores; siempre observé cómo el ímpetu y el brillo que dan carácter al país en nuestra época, y que por lo común se atribuyen a su reciente desarrollo, existían desde antaño: los encontraba en Echeverría, en Mármol, en Sarmiento, en Andrade. Pero la literatura argentina, con sus solos cien años, no revela toda la vida nacional: si es posible, digamos, conocer a través de los escritores el carácter del pueblo inglés, o del francés, en todo su pormenor, ningún pueblo de América ha llegado en sus creaciones literarias a semejante *corografía*. Hay, pues, una gran parte de la vida nuestra, sobre todo de la diaria y familiar, que el simple lector, aun el lector, asiduo, no puede conocer con certidumbre; y más si se piensa que, bajo muchas aparentes semejanzas, y entre muchas semejanzas profundas, existe curiosa variedad de matices espirituales entre los pueblos de América española. Ripa Alberdi, con sus compañeros de 1921—Orfila, Dreyzin, Vrillaud, Bomchil—, descubrió a mis ojos el espíritu de su tierra con todos los rasgos de fuerza cordial y delicadeza íntima que yo deseaba. Si así es la Argentina, pensé, ya podemos confiar en que nuestra América llegue a merecer que no se le apliquen las palabras de Hostos, repetidas humorísticamente en la conversación por Antonio Caso: Hombres a medias, civilizaciones a medias...

Desde antes de conocerlo familiarmente, Héctor me descubrió aspectos de la Argentina nuevos entonces para mí. Se presentó

(*) Prólogo a sus obras, próximas a publicarse en la Argentina.

en México hablando al público en el Anfiteatro de la Escuela Preparatoria: allí donde, en 1912, se realizó el extraño y conmovedor funeral de Justo Sierra, al cual llama Vasconcelos con acierto raro el acto culminante en la vida espiritual del país; allí donde, en 1922, surgió la pintura mural de Diego Rivera, abriendo reñida batalla de arte que todavía dura. La casualidad me había llevado allí, al primer Congreso Internacional de Estudiantes, en que cobraba realidad la peregrina idea del agudo autor de *Miniaturas mexicanas,* mi leal amigo Daniel Cosío Villegas: los estudiantes de mi patria, a falta de uno de ellos que emprendiera el viaje hasta aquí, decidieron atribuirme su representación para que no faltara quien recordase la suerte injusta de Santo Domingo, y en particular la suerte de sus escuelas, cerradas muchas de ellas por venganza mezquina del invasor contra la protesta popular ante exigencias de Wall Street. Al inaugurarse el Congreso, el 20 de septiembre de 1921, despertaba interés la numerosa delegación argentina: sabíamos que llevaba la representación del movimiento que había renovado las Universidades de su país. Comenzó a hablar Ripa Alberdi. Y a los pocos instantes advertíamos cuántos velos iba descorriendo...

Si habíamos de juzgar por él, la juventud argentina había abandonado la jerga pedantezca que estuvo de moda veinte años atrás y se expresaba en español diáfano; había abandonado el positivismo e invocaba a Platón. Los que diez años antes, en el Ateneo de México, nos nutríamos con la palabra del maestro de Atenas, sentimos ahora que nos unía con la nueva Argentina el culto de Grecia, raro en los países de lengua española.

Cosa mejor aun: la juventud de aquel país grande y próspero, país de empresa y de empuje, se orientaba con generosidad y desinterés hacia el estudio de los problemas sociales, y le preocupaban, no el éxito ni la riqueza, aunque se pretendiera asignarles carácter nacional, sino la justicia y el bien de todos. Cabía, pues, pensar que nuestra América es capaz de conservar y perfeccionar el culto de las cosas del espíritu sin que la ofusquen sus propias conquistas en el orden de las cosas materiales. Rodó no había predicado en desierto.

En singular fortuna, la labor de toda la delegación argentina no hizo sino confirmar la impresión que dejó el discurso inicial

de Ripa Alberdi. Mexicanos y argentinos dominaron el Congreso con su devoción ardiente a las ideas de regeneración social e impusieron las generosas *Resoluciones* adoptadas al fin y publicadas como fruto de aquellas asambleas. Durante la estrecha y activa colaboración que allí establecimos se crearon amistades definitivas. Al terminar las juntas, en muchos de nosotros surgió el deseo de que aquella delegación argentina, toda comprensión y entusiasmo, no se llevara de México como único bagaje las discusiones del Congreso estudiantil y las fiestas del Centenario: queríamos que conocieran el país, siquiera en parte; los restos de su formidable pasado y los esfuerzos de su inquieto presente. Lo logramos: por mi parte, ofrecí mi casa, de soltero entonces, a Ripa y a Vrillaud. Comenzó una serie de excursiones a exhumadas poblaciones indígenas, a ciudades coloniales, a lugares históricos, a sitios pintorescos. Coincidieron más de una vez los jóvenes argentinos con otro huésped carísimo de México, Don Ramón del Valle-Inclán: ninguno olvidará aquel delicioso viaje desde la capital hasta el Océano Pacífico, con estaciones en la venerable y trágica Querétaro, la alegre y florida Guadalajara, la rústica Colima...

Aprendí a conocer entonces la inteligencia clara y fina de Héctor, su capacidad de estudiar y perfeccionarse, su carácter firme y discreto; y de nuestras pláticas surgió el plan de escribir en colaboración una breve historia de la literatura en la América española. Anudamos correspondencia. Al año siguiente volví a verlo en su patria, donde pudimos conocer toda la propaganda cordial que había hecho, con sus amigos, de las cosas mexicanas. Cuando esperaba que nos reuniéramos definitivamente en la Argentina, me llegó la noticia de su muerte.. Días después, me tocó decir breves palabras en el acto que a su memoria dedicó la Secretaría de Educación Pública de México, precisamente en el histórico Anfiteatro donde lo habíamos conocido.

II

Cuando la muerte corta bruscamente una vida que comenzaba a florecer en abundancia, como la de Héctor Ripa Alberdi, los amigos inconformes con el golpe inesperado se reúnen a pensar

cómo perpetuarán la memoria del que se fué a destiempo. En el caso Héctor, lo natural es juntar y reimprimir su obra.

La duda nos asalta luego: ¿vamos a dar, con estos esbozos, idea justa del desaparecido? Héctor fué como árbol en flor: los frutos estaban sólo en promesa: ¿pueden, quienes no lo conocieron, sorprender el aroma de la flor ya seca?

Más que en la obra escrita, Héctor vivió intensamente en la lucha por la cultura y en los estímulos de la amistad. De las excepcionales virtudes del amigo,—viril, leal, discreto, *animador*—, da clarísima idea Arturo Marasso en su artículo *Mis recuerdos de Héctor Ripa Alberdi:* página en que se cuenta la noble historia de una amistad con todo el desorden y la fuerza ardorosa de una pluma cargada de emoción. Del combatiente universitario, que tanto trabajó para imponer la orientación renovadora, muchos darán testimonio. El estudiante insurrecto de 1918 había llegado a la cátedra desde 1922; pero no para transigir con ninguna forma de reacción, cuyo germen se esconde tantas veces en espíritus que temporal o parcialmente adoptan direcciones avanzadas, sino para combatir contra ella. En los espíritus de temple puro, ni la edad, ni el poder, ni la riqueza, ni los honores crean el temor a las ideas libres: antes reafirman la fe en los conceptos radicales de la verdad y el bien. Ni a Sócrates ni a Tolstoi los hizo la edad conservadores ni renegados. ¿No sería digno homenaje, si hubiere medios para realizarlo, que los compañeros de Ripa Alberdi en 1918 fundaran una cátedra que llevase su nombre en la Universidad de La Plata?

III

No sabrán todo lo que fué Héctor Ripa Alberdi quienes no lo conocieron y sólo lean su obra escrita; pero no exageremos el temor: conocerán, si no la amplitud, la calidad de su espíritu. Era su espíritu serenidad y fuerza. En sus versos, deliberadamente, sólo quiso poner serenidad: en ellos se lee su alma límpida, su pensamiento claro, su carácter firme y tranquilo. Aspiró a ser, desde temprano, poeta de la soledad y del reposo: unirse a los maestros cantores, como Arrieta, como González Martínez, que predican evangelio de serenidad en nuestra América intranquila

y discordante, como el griego que, en perpetua agitación y querella pública, erigía la *sophrosyne* en ideal de vida. La naturaleza se trocaba a sus ojos en símbolos de dulzura y luz: las imágenes del campo, de su campo natal, fresco, húmedo, luminoso, rumoroso, son las que llenan sus versos. Con ellas puebla la celosa soledad de su aposento; entre ellas coloca la figura de la mujer amada o esperada. A veces, su voz se alza, va en busca de almas distantes, puras como la suya. O las almas que busca viven en el pasado, en la Grecia que lo deslumbraba, en la España de los místicos. Sólo por instantes turban aquella paz presentimientos extraños: los de la muerte prematura...

Así lo revelaba su primer libro, *Soledad* (1920). Al leer el segundo, *El reposo musical* (1923), en que persistían aquellas notas, pensé que ya era tiempo de que soltara en sus versos la fuerza que en él vivía, y así se lo dije. No hubo tiempo para su respuesta...

Ocasión hubo, sin embargo, en que salió de su retiro para cantar, arrastrado por sus compañeros, la canción estrepitosa de la multitud juvenil. Y nunca compuso mejor canción. En el meditabundo poeta del reposo musical se escondía el maestro de los nobles coros populares (1).

IV

Aquel espíritu tranquilo era espíritu fuerte: por eso unía, a la honda paz de su vida interior, la franca entereza de su vida pública. Creo que lo mejor de su obra escrita queda en sus discursos, porque ellos representan una parte de aquella vida pública. El hombre de estudio iba revelándose en las breves páginas de crítica. En ellas expresaba siempre su desdén de la moda, su devoción a las normas eternas. Sus temas eran cosas de nuestra América. En sus últimos meses había escrito su primer ensayo de aliento, sobre *Sor Juana Inés de la Cruz*. Sus artículos en el primer número de la hermosa revista (2) que acababa

(1) Tanto más me interesaron aquellos cantares para fiestas de estudiantes cuanto que, dado como soy a rastrear la poca metafísica que hay en la poesía castellana (Fray Luis... Espronceda... Jiménez), descubro allí este verso:

La realidad existe porque el alma la crea...

(2) *Valoraciones*, de La Plata.

de fundar con sus amigos poco antes de morir, indican toda la soltura y la vivacidad intencionada que iba adquiriendo su pluma: hasta esgrimía—con buen humor, sin encono—, las armas de la sátira. Pero sus discursos y sus artículos sobre cuestiones universitarias nos dicen mejor que ningún otro esfuerzo de su pluma cuál era el ideal que lo guiaba y lo preocupaba: comenzó pensando en la renovación de las universidades argentinas; de ahí pasó al ansia de una cultura nacional, modeladora de una patria superior. Estos anhelos se enlazaron con otros: por una parte, la cultura nacional no podía convertirse en realidad clara, si no se pensaba en la suerte del pueblo *sumergido,* del hombre explotado por el hombre, para quien la democracia ha sido redención incompleta; por otra parte, el espíritu argentino no vive aislado en el Nuevo Mundo: la fraternidad, la unión moral de nuestra América, la fe en la "magna patria", son imperativos necesarios de cada desenvolvimiento nacional. Poseída de esas verdades, inflamada por esos entusiasmos, la palabra de Ripa Alberdi cobraba alta elocuencia. "En el seno de estas inquietudes—decía refiriéndose a la revolución universitaria—está germinando la Argentina del porvenir." Y en otra ocasión afirmaba: "En el alma de la nueva generación argentina ha comenzado a dilatarse la simpatía hacia las naciones hermanas...", llamando a este hecho "especie de expansión de la nacionalidad". Llega a ofrecer a México sangre argentina para la defensa del territorio... Y en Lima, con noble indiscreción, afrontando con serena valentía la hostilidad de una parte de su auditorio, predica el sacrificio de los rencores estériles en aras de la América futura que verá "la emancipación del brazo y de la inteligencia".

En verdad, lo que de la obra de Héctor Ripa Alberdi nunca deberemos echar en olvido es este manojo de páginas del luchador universitario que se exaltó hasta convertirse en soldado de la magna patria.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

México, abril, 1924.

LA CONSENTIDA (*)

(Cuento)

BUENOS días, buenos días...

—Buenos se los dé Dios, seña Ignacia. Mamá, aquí está la vieja con la muchacha.

—¡Cuánto tiempo, seña Ignacia! Llegué a pensar que usted se había muerto,—dijo doña María echándole el brazo por la espalda y conduciéndola al comedor. Detrás de las dos, la niña Juanita, nieta de la vieja.

—Pué aquí le traigo lo prometido. Quiero que mi nieta viva y se eduque con uté. Que sea uté quien me la encarrile. Ella es güena. Es servisiá. Su taita me la encomendó pa que la trajera a la capitay y la entregara a una familia como la de uté que Dios conserve. Uté e peisona de consensia y sabrá encarrilay a Juanita.

—Pierda cuidado, seña Ignacia. Aquí será tratada como hija de la casa. Váyase tranquila.

Esa tarde seña Ignacia regresó a Baní. Un mes más tarde entregó el alma a Dios.

*

Doña María era favorecida por las principales familias de Santo Domingo que le daban a hacer trajes y sombreros. Josefa, la hija mayor cortaba como el mejor modisto de París; Mercedes, la menor bordaba en seda y hacía maravillas.

(*) Del libro *Cuentos Antillanos*, que en breve será editado en Madrid. Cuba Contemporánea se complace al dar las primicias de dicha obra, publicando este bello fragmento que el autor ha tenido la bondad de enviarle.

Cada quince días reunían a sus amistades en la casa y pasaban entretenidas veladas. La madre deseaba casar a las hijas y no omitía sacrificios por mantenerlas bien vestidas.

En esas veladas se enteraban de los chismes elegantes y de las altas y las bajas de la política.

Juanita se aprovechaba de esos instantes y estudiaba con amor. De vez en cuando la interrumpían para pedirle un vaso de agua o una taza de café. A veces, doña María le daba una que otra explicación:

—Mira, Juanita, esos palotes no se hacen así. No se deletrea de esa manera la palabra caridad. Esos puntos...

A los tres meses leía de corrido y firmaba bien.

¡Saber leer! Su gran deseo. Ya leería a Víctor Hugo, a Alejandro Dumas, a Vargas Vila...

—Hoy no se ha podido tomar la sopa. Esa muchacha está insufrible desde que sabe firmar y leer novelas "cursis". Necesita de un jalón de orejas,—advirtió Mercedes.

—Yo me encargaré de eso,—respondió doña María. Mercedes tenía razón. Juanita se descuida un poco. Ya no trabaja con la ligereza de días atrás. Pero a pesar de todo, lava, plancha, cocina, remienda, hace las camas, limpia las habitaciones, da de comer a una cotorra, un gato y un perrito lanudo, el encanto de Josefa. ¡Saben tanto estos animalitos!

A las diez de la noche estudia. A las once se acuesta, cuando no llegan visitas. Una que otra vez solicitaba permiso para visitar a gente de su clase, pero doña María con sano juicio le negaba el permiso.

—Esa gente no es como tú. Tú bien sabes que en esta casa te consentimos y queremos como a una hija. Que por ti velamos y nos sacrificamos a fin de mantenerte dentro de nuestra sociedad.

Juanita se sentía en esos momentos tocada de santo orgullo. Y así pasaron hasta quince años.

*

Mercedes llevaba relaciones con Ramón de Castro, joven de familia principal. Josefa con Julio García, viudo rico, cargado de hijos, pero muy bien conservado en sus cuarenta y ocho años.

Con lo ahorrado por la señora, las hijas vestían con elegancia y aparentaban una alta posición económica.

Las veladas eran ahora más frecuentes y, desde luego, el trabajo de Juanita aumentó. Pero eso no obstaba para que ella dejara de tener también novio: un oficial de carpintería muy querido entre los obreros por su honradez y buena conducta.

De noche, a la hora de acostarse, cerraba el aposento y, a la luz de un pábilo, escribía cartas a Pedrito llenas de ternura y promesas. Ni doña María ni las hijas lo sabían. Ella estuvo a punto de confesarlo, pero gozaba tanto con su secreto... hasta una noche en que la sorprendió Josefa leyendo una carta.

—¿Conque tienes novio, eh? Se lo voy a decir a mamá. Y con un carpintero.

Doña María acudió al llamado de su hija y al enterarse del caso, miró a Juanita imperativamente y le ordenó:

—Yo no te he educado ni consentido para que te enamores de un insignificante obrero que jamás llegará a tener el honor de pisar esta casa. Termina inmediatamente las relaciones.

Juanita lloró, suplicó, pero todo fué inútil. Devolvió las cartas, el anillo, el retrato y todo quedó concluído entre ella y Pedrito.

¡Tristeza sin nombre invadió el espíritu de la infeliz!

*

—Mira, Juanita, este vestido de Mercedes. Siempre te oía decir que estabas loca por una de la misma tela y el mismo estilo. Es lindo. Tiene dos años de hecho, pero solamente se lo ha puesto un año, a lo sumo. Ella cuida mucho sus cosas y sabe conservalas en perfecto estado. Mídetelo.

Juanita se probó el traje: le quedaba como pintado. Se miró en el espejo grande de la sala y dió un abrazo efusivo a doña María.

—Tú sabes que todo lo nuestro es tuyo. Cuando Josefa deje de usar el sombrero de raso colorado que tanto te gusta, te lo regalaré.

—Mil gracias, doña María. Usted es demasiado buena conmigo.

Cerca la Semana Santa, reservó el traje para estrenarlo el

martes en que Monseñor de Meriño pronunciaría en la Catedral uno de sus famosos sermones que tanto gustaban al pueblo.

Llegado el dichoso día, Juanita hizo todos sus quehaceres en un abrir y cerrar de ojos, y al tan de las siete de la noche, vestidas las niñas lujosamente, empacada doña María en fina saya de gró, Juanita, a diez varas de distancia de las hermanas y la madre, se encaminó al templo cargada como una burra de sillas y alfombras.

Estaba bonita, más bonita que las amas. En sus 35 cumplidos parecía más joven que Mercedes que sólo tenía 28.

En la puerta de la Catedral todos los jóvenes se volvieron para contemplarla. Entre ellos, uno se sintió dominado, seducido por las gracias y los andares de Juanita: Pablo Alcántara, tipógrafo de los talleres de García Hermanos.

A la salida del templo Pablo se acercó a ella y le ofreció ayuda para librarla del peso de los muebles, pero doña María la detuvo con un gesto y la obligó a rechazar la oferta del tipógrafo.

Al llegar a la casa, la madre llamó a al hija adoptiva y le dijo:

—A todo el mundo no se le hace caso, hija mía. ¿Conoces tú a ese bribón?

—Usted lo conoce mejor que yo, puesto que sabe que es un bribón.

—Es un decir. Para mí son bribones todos los que no suenan ni en la prensa ni en los círculos sociales ni en las cosas en que se distingue la gente que vale.

—Perdóneme, mamá, yo creía que bribón significaba algo peor. Continúe.

—A todo el mundo no se le hace caso. Ya te he dicho, cuando lo de Pedrito, que tú no saldrás de esta casa sino del brazo de un hombre digno, de la misma posición social de los prometidos de mis hijas.

Juanita escuchó con respeto, pero no pudo evitar que la imagen de Pablo se le entrara muy adentro del pecho y allí se quedara como en casa propia. En la noche él rondó la casa. Le arrojó una carta por la ventana y estuvo de plantón en la esquina hasta las once y media.

Una semana después eran novios. Juanita estaba loca de ale-

gría. Cantaba a la hora de hacer el desayuno para la familia. Silbaba aires nacionales, al hacer el almuerzo, frente a los encendidos fogones. Dialogaba con los árboles del patio: con los naranjos en flor y los limoneros olorosos, cuando lavaba y planchaba; y todo el santo día se lo pasaba soñando en Pablo, hasta que llegaba la noche y con la noche la carta atada con un lacito de cinta junto a un clavel de sangre.

Josefa y Mercedes vigilaban constantemente a la hermana Juanita. Su alegría, su desasosiego, el dialogar infinito, sin solución de continuidad, la risa que espontánea se le caía del labio, nada de esto pasaba inadvertido a los ojos expertos de las hermanas que por larga experiencia conocían esos secretos. Por eso, cuando menos lo esperara fué sorprendida por Josefa a quien tuvo que decirle toda la verdad.

—¿Pero será posible que incurras en un nuevo error, Juanita?

—Por Dios, no se lo digas a doña María. Te lo suplico.

Josefa no prometió nada. Vió a la madre y la enteró de todo. Doña María levantóse del sillón donde trabajaba, se dirigió a la cocina y con voz altanera amonestó a la hija adoptiva:

—¿Es posible que vuelvas a las andadas? Ayer con un carpintero, hoy con un tipógrafo. Escríbele inmediatamente y devuélvele sus cartas y necedades. Desde ese instante negras sombras circundaron la vida de Juanita. Una idea fija, perennemente fija en la cabeza, no la abandonaba un solo momento: ¡Él! ¡Él! ¡Solamente Él!

Terminadas las relaciones, ella quiso reanudarlas. Hizo llegar a manos de Pablo: lágrimas, insomnios, penas... Pero él se negó rotundamente a un arreglo. Devolvió las cartas sin abrirlas. Él no ponía por encima del orgullo nada en este mundo. Era un obrero con alma de aristócrata, de los auténticos aristócratas del alma.

Juanita no había jamás sentido amor tan grande. En los años de juventud muchos fueron los que la requirieron de amor. A unos les dijo sí, a otros no, sin que ni éstos ni aquéllos le dejaran huellas en el corazón. Y en esto siguió el ejemplo de Josefa y Mercedes que semanalmente cambiaban de novios como de sombreros. Pero al cumplir los 35, en la plenitud de las pasiones,

cuando la carne y el espíritu reclamaban sus derechos, fué cuando positivamente supo querer con todas las fuerzas del espíritu y de la carne, no al carpintero, sí al tipógrafo que la abandonaba para siempre.

Entre tanto, la casa era un nido de primores.

Dos canastillas preciosas ostentaban prendas acabadas en finos encajes "valenciennes", monísimas batas "princesas", "quimonos" japoneses, "mañanitas" de transparente tul adornadas con cintas de colores pálidos, justillos de seda, todo cuanto la doncella requiere para cambiar de estado.

Era la cuarta vez que las niñas se preparaban para casarse. Ya era tiempo. Mercedes cumplía los 35 y Josefa los 36. Los novios, ante la crisis que amenazaba los últimos encantos de las prometidas resolvieron, en consecuencia, casarse. Ya Juanita tramontaba el tibio crepúsculo de los 42. Ya no la solicitaban ni carpinteros ni tipógrafos que aspiraran a formar con ella hogar feliz. Pero Juanita se consolaba y hasta cierto punto se sentía satisfecha al recordar los consejos y las bondades de doña María que jamás había dejado de quererla como a una hija. Para ella había tenido las mismas atenciones que para Josefa y Mercedes. Ella usaba los trajes de ambas, los abrigos, los zapatos, las medias, los sombreros, las prendas interiores. ¡Jamás le habían ofrecido cosa que tuviera más de un año de uso!

Pero ya estaba vieja. La carne se habituaba a las exigencias de los humos sociales de doña María. El ayuno perpetuo a que había sido sometida de aquello que es necesidad y alimento a un mismo tiempo del cuerpo y del espíritu, puesto que es base de salud y alegría, le era habitual. La costumbre formaba en ella una segunda naturaleza, como afirma el sabio. Eso sí, iba enfermándose poco a poco. Los achaques eran continuos.

—Mamá,—dijo Josefa—¿te has fijado en Juanita?

Se ha envejecido tanto que ya no sirve ni para cocinar. Hoy dejó sin sal el arroz, la leche se le ahumó, los frijoles quemáronse...

—Sí,—respondió doña María—, está un poco acabada.

Pero si no sirve para cocinar, servirá para otra cosa.

—Parece mucho más vieja que tú,—afirmó Mercedes.

Hace días viene quejándose de dolores reumáticos en las piernas. Cuando yo me case no cargaré con ella.

—Ni yo tampoco,—respondió Josefa.

—Se irá conmigo,—dijo doña María.

—¿Contigo? Si tú te irás a vivir conmigo.

Realmente Juanita no estaba bien, sino muy mal. Tosía. Le dolían las piernas. Espectoraba demasiado. Se le inflamaba el hígado. Pero a pesar de todo, lavaba, planchaba, cocinaba, limpiaba las habitaciones... no como antes, con la ligereza de una ardilla, pero sí con la lentitud de una tortuga.

Ya no cantaba las románticas canciones del poeta Scanlam, venezolano asesinado en las calles de la "romántica villa española", la ilustre capital de Santo Domingo de Guzmán, por requerir de amores a una Emilia que tenía colgada de su brazo al terrible Pérez. Ya no añoraba recuerdos, rumiaba como una vaca vieja, sin ton ni son, lo que un tiempo fué alimento deleitoso del alma.

*

Sucesos inesperados entorpecieron por quinta vez las bodas de las niñas. Revolución espantosa asolaba campos y ciudades. La vida se encarecía. El trabajo escaseaba. Huía el oro y avalancha criminal de billetes de banco amenazaba de muerte la fortuna pública y privada.

Ramón y Julio, resolvieron, en consecuencia, aplazar el casamiento para cuando se restableciera el orden.

De noche, las niñas no tenían el placer de platicar con ellos. Eran noches tétricas. La ciudad se veía envuelta en tinieblas. A intervalos se escuchaba el ¡quién vive! de los jefes de patrullas que rondaban por las calles en busca de los sospechosos para conducirlos provisionalmente a la cárcel. También detonaciones de fusilería que parecían disparadas desde San Carlos unas veces, otras desde Villa Duarte. En estos momentos se escuchaba una clarinada que salía del cuartel general: un calderón largo, muy largo y muy triste. Y todos los adeptos al gobierno preparaban las carabinas en los sitios de guardia, "por si acaso". Y las puertas de los restaurantes y cantinas cerrábanse bruscamente. Ladraban los perros. Se escuchaban voces roncas y aguardentosas. Órdenes de mando, mientras en el parque de Colón

los grupos de los amigos de levita que presumían de discípulos del señor Hostos, avanzaban la idea, mejor dicho se pronunciaban porque el gobierno fusilara media docena de sospechosos a fin de imponer la paz.

¿Quién iba a arriesgar la vida, a que lo condujeran, provisionalmente a la cárcel, o le abrieran, también provisionalmente, la barriga, al cruzar de una esquina, por el mero placer de platicar cosas ya dichas y redichas millares de veces con novias jamonas y fastidiosas?

A esta gran contrariedad se agregaron otras tantas que casi desorientaron las vidas de las doncellas. La pobre Juanita había renunciado a la batea y al fogón, al estropajo con que bruñía los pisos, al barrido del patio, a las atenciones de sus pequeños hijos el perro, la cotorra, el gato, que también se habían envejecido a pesar de ser los herederos legítimos de los primeros que le tocó en suerte alimentar y cuidar.

Y esta inutilidad de la Juanita, la convirtió a la vez en la Consentida de la casa de doña María. Pero doña María era mujer de grandes recursos. Pensó un tantito y encontró al fin ocupación para la hija adoptiva. Sacar hilas, hacer almohadillas de las plumas de las aves que las hijas y ella engullían diariamente, hilas y almohadillas que vendían al Hospital Militar y que eran utilizadas en los heridos y en los enfermos de alta graduación. Pero esto no compensaba el trabajo a que Josefa y Mercedes se vieron obligadas a hacer con la inutilidad de la hermana. Tenían que lavar sus propias prendas de vestir, hacer sus comidas, sus camas, la limpieza de la casa y dar de comer a los animalitos. De ahí que Josefa, malhumorada, exclamara una tarde, sintiéndose fatigada de la brega:

—Esta vieja es una tortuga.

—Es ya un estorbo—agregó Mercedes. Yo no cargaré con ella, como insinuó mamá hace días, cuando me case.

—Ni yo tampoco. Mamá lo sabe porque yo se lo dije claro y pelado.

Así las cosas, doña María quiso resolver con tiempo el problema hablando con Juanita.

Esa mañana parecía ella una santa con el rosario entre los dedos, la vista fija en un altarcito iluminado por lámpara voti-

va, y un Santo Cristo de marfil—bendecido por el Padre Billini—, que la miraba con dulzura.

Doña María conmovióse al entrar al aposento y ver a la Consentida con los ojos angustiados, enfermos, elevar sus preces al Señor. Inmediatamente dejó de la mano el rosario, cerró el breviario y, ofrciéndole una sonrisa a la madre cariñosa, se dispuso a escucharla:

—¿Cómo te sientes hoy, hija mía?

—Mejorcita, aliviada, doña María.

—¿Qué has comido?

—Pues lo de siempre: pan con mantequilla y leche.

—Hoy hablábamos de tu quebranto mis hijas y yo.

Ellas están apenadísimas, yo, no se diga. Porque lo que más me preocupa no es tu enfermedad, sino la situación creada por la bendita revolución que a Dios gracias, no llegó a hacerle gran daño a la capital, sino al Cibao; pero no obstante las cosas se han encarecido de manera horrible, no hay quien nos mande a hacer vestidos, y tú requieres mejores atenciones, hija mía. Así hablábamos, y se me ocurrió algo que ha de convenirte mucho.

—¿Qué?

—Irte al Hospicio de San Antonio.

Al escuchar Juanita la palabra Hospicio, abrió asombrada los ojos. Los ojos dejaron de ser tan dulces y resignados, tan tristes y tan piadosos como cuando la madre entró al aposento. Ahora despidieron de pronto, una luz casi infernal, pero con la resignación cristiana que era prenda de su carácter, se dispuso a seguir escuchando a doña María.

—Tu enfermedad no es de cuidado, sino de atenciones constantes. Y como mi situación económica no es buena, de ahí la tristeza que siento en verme impotente para poner a tu servicio una sirvienta que se limitara a cuidarte y atenderte como tú lo mereces. (Al decir esto, doña María se llevó el pañolito a los ojos y fingió llorar. Juanita compadecióse y le tendió la diestra en señal de gratitud.)

—¡Sufro tanto viéndote postrada! No duermo. No tengo tranquilidad. En el Hospicio serás atendida divinamente por las hermanitas. Allí iremos a verte todos los días. Te sentirás como en casa propia. Bastará para ello mi amistad con Monseñor de Me-

riño. Ya ves, hija mía, lo que vale vivir con personas como nosotras. Pero no saldrás de esta casa sino cuando las niñas se hayan casado.

—Así será mejor, porque de ese modo podré hacer algo en favor de las niñas: una "guariqueña", o un bordadito, cualquiera cosa que conserven como recuerdo mío.

—Eso mismo he pensado yo. Todavía puedes hacer algo, tienes en buenas condiciones las manos.

—Y cuando las niñas se casen, ¿con cuál de las dos se irá usted a vivir?

—Eso es un problema que aún no he resuelto. Tanto Josefa como Mercedes me reclaman. No sé que hacer.

—Y cuando yo me restablezca en el Hospicio, ¿con quién iré a vivir: con usted, con Josefa, con Mercedes? A mí me sería igual con cualquiera de las tres porque a las tres las quiero mucho.

—Tú sabes, mi hija, que al casarse las niñas, yo no seré más dueña de casa. Iré de agregada o a la casa de Josefa o a la de Mercedes.

—Yo me iría con usted como agregada, también. Y prometería no estorbar a nadie. Lo único que apetezco ya, es un aposento donde rezar y prepararme para morir tranquila, pero al lado de ustedes.

—Yo te aconsejaría algo mejor que todo eso: quedarte en el Hospicio.

Juanita se echó a llorar.

—¿Por qué lloras? Tú no tiene motivos para llorar. Todo lo contrario. Pocas gentes hay en el mundo que hayan tenido la suerte tuya: encontrar en su camino personas distinguidas como nosotras que te han querido y considerado evitándote el error de casarte con insignificantes *chirriburris* que habrían labrado tu desgracia. No llores. Mira con serenidad el pequeño obstáculo que por primera vez te ofrece el infortunio.

Juanita, mientras la madre hablaba, pensaba en Pablo. ¡Qué hogar tan feliz al lado suyo! Pensó en Pedrito, tan delicado y tan sencillo. Y entonces clavó los ojos en doña María, bulló en el alma de la Consentida algo así como un viento de tempestad que le infló el pecho, le dilató las pupilas, se asomó a las ventanas de los ojos y los ojos amenazadores y terribles como que quisieron

confundir a la que sólo desgracias le había ocasionado en su vida. Pero ¡oh la fuerza maravillosa del cristianismo! en ese instante de rabia y angustia la imagen del Cristo Crucificado que la miraba la invitó a perdonar, y como por obra de magia, Juanita sonrió y guardó silencio.

*

Más de doscientas invitaciones se habían repartido para las bodas de las niñas que se celebraron en la casa con gran pompa. Apadrinaron el acto el General Ulises Heureaux, presidente de la República y Pacificador de la Patria, y el General José Dolores Betancourt, Gobernador de Santo Domingo. Dos días más tarde, Juanita fué llevada al Hospicio. Esa tarde la fiebre le subió a cuarenta y los dolores le arreciaron.

En el Hospicio fué acomodada junto a otras viejecitas enfermas, no del cuerpo, sino del alma. Juanita llevó consigo un baulito lleno de trapos viejos olientes a nido de ratón.

A la semana mejoró notablemente. Los dolores desaparecían poco a poco. Recobraba el apetito, las perdidas fuerzas. ¡Ah! aquellas manos suaves, olorosas a incienso y a mirra de la dulce Sor Salomé hacían el milagro de sanar aquel cuerpo cansado, ayuno de alegrías, abstinente de sensaciones, que reclamaba reposo, cuidado, alimento, gente buena y generosa que se compadeciera de ella y por amor a Dios se dispusiera a curarla.

Pero a pesar de todos estos síntomas de vejez tranquila y saludable, Dios disponía de otro modo las cosas. A pesar del restablecimiento que se insinuaba a pasos largos, Juanita sentíase triste de vez en cuando. La indiferencia de doña María y de las hijas le parecía mentira. Ni una sola vez se habían acercado al Hospicio a preguntar por ella. Ni siquiera mandado a preguntar por ella con un sirviente. En uno de esos instantes de tristeza, vino a sorprenderla la visita de Mercedes, muy bien vestida, oliente a esencia de Houbigant, calzada en dorados zapatos franceses, con sombrero de rica paja de Italia muy de moda entonces en la romántica villa.

—¿Por qué me tenían olvidada?

—No te hemos olvidado un solo momento, Juanita.

—Pues yo llegué a creer que hasta de mi nombre se habían olvidado.

—Ni por un momento debes pensar así acerca de nosotras que hemos sido para ti todo. Lo que pasa es esto: tanto yo como mi hermana no nos pertenecemos hoy día. Tenemos muchas obligaciones, muchos deberes que cumplir con los maridos y ello nos priva de venir a menudo donde ti. ¡Olvidarte, nunca!

—¿Y doña María?

—Ella, la pobre, no va a ninguna parte.

—¿Dónde viven?

—Yo, en la calle Consistorial, y mi hermana en la calle Salomé Ureña.

—¿Y cómo les va en la nueva vida?

—¡Mira, somos más felices! Ramón es muy bueno y Julio lo mismo. Siempre están de un humor encantador. Comen lo que les hacemos, porque un día cocina Josefa y otro día cocino yo. Y así comemos juntos los cuatro con mamá, todos los días. Cuando yo cocino Josefa viene a pasarse el día en casa, y cuando ella cocina yo me lo paso en la suya. Esto nos sirve hasta de diversión. Ramón y Julio han querido pagarnos cocinera, pero nosotras nos hemos negado. ¡Es tan malo el servicio y son tan parejeras las cocineras, hoy día! Se creen gente y hasta llegan a molestar a las señoras y a tratarlas de grado a grado. Y ni yo ni Mercedes tenemos genio para aguantar parejerías de negras atrevidas. Si fueran como tú, pues viviríamos encantadas. Pero como tú, hay pocas en la tierra. Verdad que tú para nosotras no fuiste nunca una sirvienta sino una hermana mayor.

Después de hablar hasta por los codos, entregó a Juanita una caja de cajuiles secos que le enviaba doña María, un paquete de velas, regalo de Josefa y una novela de Vargas Vila, regalo de ella. Juanita dió las gracias por todo, y a la media hora Mercedes se retiró.

Nunca como en esa tarde sintió la Consentida avivado el acervo de los recuerdos, el pasado de su vida. Abrió el baulito y se puso a contemplar el vestido aquel que luciera la noche de Martes Santo; el sombrero de raso colorado con que oyó repicar Gloria el Sábado en la mañana mientras desde una de las puertas del templo la miraban los ojos buenos de Pablo.

Las viejecitas amigas se acercaron a Juanita llenas de curiosidad y ésta les hizo la historia de cada uno de aquellos trapos olientes a ala de cucaracha. En ellos estaba compendiado el pasado de su vida. Las únicas horas que tuvo verdaderamente dichosas.

—Has tenido suerte loca,—comentó una de las viejas.

—Todo el mundo no se pecha con gente tan buena como esa familia que Dios guarde muchos años,—dijo otra vieja ingenua. Si yo hubiera tenido esa dicha, no estaría en esta casa donde se come mal, se duerme mal, y hay una de chinches...

—Y ratones,—agregó otra.

—Y cucarachas,—dijo la primera.

—Y piojos—aseguró la segunda, llevándose la diestra a la encanecida cabeza.

Todas por ley de imitación hicieron otro tanto: se rascaron la cabeza y sintieron que realmente algo les picaba en el cráneo de manera inmisericorde.

Las pobres viejecitas miraron desde ese momento a la Consentida como a un sér superior. Mirábanla con cristiana envidia.

Pero la dicha es breve: rayo de sol que alumbra un solo día. A esas satisfacciones espirituales sucedieron recios tormentos físicos. Juanita volvió a la cama presa de nuevos dolores, de nuevas complicaciones. Y los médicos declararon incurable el caso. Sor Salomé prodigábale sus cuidados y cariños, y tuvo la previsión de avisarlo a doña María y a sus señoras hijas. Pero ni la madre ni las hermanas adoptivas podían venir a ver en su último trance a Juanita. La verdad: estaban sumamente ocupadas con el arreglo de la sala para la celebración del baile que se efectuaría esa misma noche en conmemoración del primer año de matrimonio de Josefa y Mercedes.

—Vé, tú mamá.

—Yo no salgo a ninguna parte.

—Vé, tú, Josefa.

—Ella está muy bien atendida y yo tengo que hacer media docena de cordelillos de papel de seda para que formen juego con los farolillos que penderán de ellos e iluminarán el patio lindamente.

Mientras así hablaban, Juanita se moría. Sor Salomé le tributaba los consuelos espirituales y trataba de imitar las voces

de doña María y las hijas para que Juanita muriera tranquila.

—Aquí estamos todas a tu lado. Oramos por ti. Yo soy tu madre, doña María.

—Yo soy Josefa, tu hermanita.

—Yo soy Mercedes.

—Yo soy Sor Salomé que también te ha querido mucho y te ha cuidado con cariño.

Juanita abrió los ojos ya vidriosos, vió sombras en torno suyo. Una sonrisa asomó a sus labios. Un suspiro. Un sollozo. Cerró los ojos. La diestra mano se enlazó con la mano santa de la hermanita y como una santa se quedó dormida para siempre.

MANUEL CESTERO.

Nueva York, 1924.

REVISTAS EXTRANJERAS

JOSEPH CONRAD

(El novelista del mar)



L día 3 de agosto último murió repentinamente el célebre escritor inglés Joseph Conrad. Con él desaparece no solamente un escritor de gran valer que cultivó la lengua inglesa con originalidad y brillantez, sino un gran novelista que se distinguió por su poder imaginativo y la variedad rica de sus obras. Conrad era de origen polaco: su verdadero nombre era Teodor Josef Konrad Korzeniowsky, y habiendo perdido muy joven a sus padres emprendió una vida llena de aventuras de todas clases. Durante tres años perteneció a la marina mercante francesa, y en 1878 llegó a Inglaterra no sabiendo en esta época casi nada del idioma inglés, y a bordo de navíos británicos viajó como marinero, oficial y capitán, principalmente en los mares de la Malasia. En 1892 mandó un buque en el río Congo, empresa que comprometió grandemente su salud, terminando su carrera marítima en Rouen en calidad de oficial de un barco mercante.

El éxito como escritor vino tardíamente: hasta 1914 no conoció la popularidad, no consiguiendo ser considerado como un notable artista literario hasta la publicación en dicho año de su novela titulada *Chance*. Desde entonces su renombre, a cada obra nueva publicada, fué creciendo hasta ser considerado al morir como uno de los primeros escritores contemporáneos.

Entre los numerosos artículos publicados con ocasión de su muerte merecen especial mención el de G. Jean-Aubry en la *Fortnightly Review* de septiembre, y el de Henry-D. Davray publicado en el *Mercure de France* del 1º de octubre.

Para el articulista de la *Fortnightly Review,* la obra literaria de Conrad es sin duda una de las más poderosas de nuestro tiempo y puede rivalizar con las más notables que en Europa se hayan producido en cualquier época. Por el poder de su imaginación, por la belleza de su estilo, por la clase y variedad de los libros que nos ha dejado, por la vida que ha dado a tantos personajes y el movimiento que ha sabido imprimir a tantos inolvidables episodios de la vida del mar, Conrad quedará como una de las grandes figuras literarias de los comienzos del siglo XX.

Aun aquellos que son insensibles a las bellezas del estilo, no pueden menos de ser atraídos por la constante lección de energía que de sus obras se desprende, a pesar de que el autor nunca ha querido oficiar de profeta, ni de juez, sino simplemente ser un imparcial y generoso pintor de los anhelos y pasiones de los humanos. El insistente homenaje a la energía del hombre surge en todas las obras de Conrad como una llama que ilumina y vivifica, nacida de los conflictos físicos y morales en los que la humanidad está empeñada y de las luchas ancestrales entre el ser humano y las fuerzas de la Naturaleza y de la Muerte.

En el estudio publicado en el *Mercure de France,* Henry-D. Davray después de haber descrito la vida de Conrad, examina sus obras comenzando por exponer que están compuestas con los materiales que acumuló durante las dos épocas de su vida aventurera. La atmósfera de sufrimiento, de luto, de servidumbre que oscureció su infancia y su adolescencia le inspiró un deseo apasionado de libertad, una necesidad torturante de independencia. Esta aspiración la alimentó por incesantes lecturas: Gustavo Aymard, Fenimore Cooper y el capitán Marryat tenían sus preferencias. Sobre todo Marryat con su *Peter Simple* y *Mr. Midshipmen Easy* estimuló su inspiración. Pero no satisface su deseo de independencia hasta que no se hace marino; para él, el mar es el dominio ilimitado donde reina la libertad, es un campo de acción en el que la voluntad del hombre se ejercita sin trabas contra potencias que algunas veces llegan a ser dominadas por el valor y vencidas por la tenacidad.

Durante veinte años conoce el mar, las islas, los estuarios y las costas de los Continentes. Comprende que los barcos que lo llevan de una escala a otra, poseen un alma, y que las fuerzas de

la naturaleza tienen una personalidad misteriosa. A bordo se codea con seres humanos, muchos de ellos quiméricos, extravagantes, ridículos, y con otros de inteligencia limitada, todos ciegos igualmente ante el espectáculo de la vida física e igualmente ignorantes del juego de las circunstancias e impotentes contra ellas. Conrad percibe, reflexiona; su inteligencia actúa, y sin tomar notas, todos sus tesoros de observación los hallará reunidos en su memoria para aprovecharlos en sus obras. Por esta razón, los detalles de los dos primeros períodos de su vida, el período receptivo de la juventud y el activo de su vida de marino, tienen una importancia especial, y debe aplicarse a la interpretación de su obra de escritor. Desde el punto de vista técnico sus novelas han sido divididas en dos o tres períodos: la clasificación puede hacerse, pero es arbitraria. En realidad, todas se encadenan estrechamente, pues cualquiera que sea el asunto que trate, la comarca que escoja como escenario o los personajes que haga obrar, hallamos el conjunto de las cualidades que lo distinguen.

El mar para Conrad, es un dominio donde se agitan fuerzas ciegas contra las cuales el hombre debe estar siempre prevenido. No es la opresión del hombre por el hombre, sino el dominio despótico de la naturaleza. Conrad ha amado al mar, y lo ha odiado, porque ha luchado contra él, ha resistido a sus traiciones, ha conocido sus bellezas y su encanto, y el esplendor de sus colores y su fascinadora desolación, sintiendo los goces que ofrece y los suplicios que inflige. Se ha extremecido con sus caricias y ha sufrido sus crueldades y sus rabias.

"Un viaje marítimo es una victoria", ha dicho Conrad, una victoria ganada por el hombre y su embarcación sobre el mar. En su artículo, Davray traduce al francés unos fragmentos del *Mirror of the sea* de Conrad, en los que el gran escritor en forma muy bella hace resaltar la bondad de la tierra, que él llama "benévola" comparada con el mar, "impenetrable y sin corazón". A mi vez, los traduzco al español:

A pesar de todo cuanto se ha dicho del amor que ciertos individuos le profesan y de las glorificaciones de que ha sido objeto en prosa y verso, el mar nunca ha sido amigo para el hombre. A lo más ha sido el cómplice de la inquietud humana y ha reprsentado el papel de peligroso instigador de las grandes ambiciones. El mar nunca ha sido

fiel a ninguna raza, como lo ha sido la benévola tierra; el mar no se impresiona por el valor, el trabajo y el sacrificio y, no reconociendo ninguna finalidad de dominación no ha adoptado nunca la causa de sus dueños como esas tierras donde los pueblos se han arraigado para mecer allí sus cunas y levantar sus piedras tumulares. El hombre o pueblo que ponga su fe en el mar, es un loco. Como si fuera demasiado grande, demasiado poderoso para las virtudes vulgares, el Océano no tiene compasión, ni fe, ni memoria... *Odi et amo,* puede ser la confesión de los que conscientes o con ceguedad han entregado su existencia a la fascinación del mar. Todas las borrascosas pasiones de la juventud del hombre, el amor al botín y a la gloria, el amor a la aventura y al peligro con la gran atracción de lo desconocido y los vastos ensueños de dominación y poder, han pasado por la misterisa superficie del mar sin dejar ninguna huella como imágenes reflejadas un momento en un espejo.

Impenetrable y sin corazón, el mar no ha dado nada a los que han buscado sus precarios favores. No es como la tierra que puede ser subyugada a fuerza de paciencia y de labor. Con toda su fascinación, que ha conducido tantas víctimas a una muerte violenta, el mar nunca ha sido tan amado como la montaña, las llanuras y hasta el mismo desierto...

.. ..

El Océano tiene el humor sin conciencia de un salvaje autócrata mimado por la adulación. No puede sufrir la menor apariencia de insubordinación y siempre ha sido el irreconciliable enemigo de los barcos y de los hombres, desde que éstos tuvieron la audacia inaudita de desafiar el fruncimiento de su ceño. Desde este día, no ha cesado de tragarse flotas y hombres sin que su resentimiento se haya saciado por el número de sus víctimas...

Ningún hombre sincero puede declarar haber vislumbrado en el mar ese aspecto de juventud que la tierra ostenta en la primavera, pero algunos de nosotros, si lo contemplamos con inteligencia hemos notado en él cierto aspecto de vejez, como si del cieno estancado de sus fondos hubieran subido a la superficie las más remotas épocas del mundo...

Aunque Conrad anatematiza al mostruoso océano, no tiene para los barcos sino palabras de afecto de índole fraternal, y si son de vela llega en su afecto a la ternura. Conrad habla del velero como si fuera un amigo muy amado que está condenado a perecer. El día que no haya sobre la superficie de los mares ningún barco de vela, los libros de Conrad serán como testigos de una época desaparecida. Sus marineros son los imperecederos retratos de esos hombres que aceptan la "servidumbre austera" del mar, y la soportan sin tener la menor idea de ella y sin ser capa-

ces de comprenderla. Pero Conrad, consciente de esta servidumbre, nota el contraste entre él y los hombres convertidos en seres indomables por su misma incapacidad de percibir otra cosa que lo inmediato. ¿Qué les importa a ellos el eterno movimiento de las olas, el círculo inmutable del horizonte que los encierra, y arriba el cielo y las estrellas, el vuelo de las nubes, el resplandor de la luz y la esplendidez de las auroras y las puestas de sol?

Los personajes de Conrad no son héroes de leyenda, ni seres excepcionales, complejos, anormales, y sus cualidades físicas y morales no son superiores a las de los demás hombres. Son seres humanos verdaderos, simples, y alrededor de ellos se agitan la Vida con sus fuerzas misteriosas, y la Naturaleza, a la que el tiempo no cambia ni destruye. El conflicto se desarrolla entre el escenario y los personajes; el hombre, partícula infinitesimal de la vida y la naturaleza, presuntuosamente se ve más grande que el Universo y por su presunción y vanidad crea la ironía de las cosas. Conrad ha tenido el genio de percibir esta ironía. Mientras los novelistas contemporáneos tan sólo se ocupan en las relaciones de los hombres bajo el barniz de la educación y la disciplina social, Conrad, dotado, como ha dicho Galsworthy, del "espíritu cósmico", ha comprendido que el Universo, donde se agita la humanidad, no tiene para él ni comienzo ni fin, que existe una vasta Unidad desconocida de la que la humanidad se cree ilusoriamente ser el centro, y que el hombre amenazado de muerte a cada momento es el juguete de fuerzas inexorables, que ni su voluntad ni su inteligencia dirigen, y a las que no puede resistir por sus propios medios.

Conrad deja al lector que saque las deducciones, pues ninguno de sus libros está escrito para sostener una tesis, y nunca su poder creador lo vemos entorpecido por teorías preconcebidas sobre el sentido y significación de la vida. Si escribe, lo hace, como él dice,

> por un sentimiento parecido a la compasión que me impulsa a reproducir el recuerdo de cosas lejanas y de hombres que han vivido, por medio de palabras reunidas con cuidado concienzudo.

Su obra no deja de contener gran parte de filosofía, resultado de sus experiencias que han estimulado su reflexión, pero las ideas

generales no se precisan con claridad. Parece que desconfiaba de ellas como lo prueba este pasaje de *Lord Jim:*

> ¡Vayan al diablo las ideas! Son vagabundas que llaman a la puerta falsa del cerebro y, una tras otra, nos van quitando algo de nuestro fondo y arrancan una parcela de nuestra creencia en ciertas nociones simples, a las que debemos ser fieles si queremos vivir convenientemente y morir en paz.

Sin embargo, Conrad posee el incomparable poder de hacer entrever al hombre que él no es otra cosa que una parte íntima de una unidad formidable, en la que su existencia, que cree importantísima, no es completamente insignificante e inútil, porque el esfuerzo del ser humano por vano que parezca no deja de tener su grandeza. La inteligencia humana revela que más allá de la trágica inutilidad de la vida, existe alguna cosa, y esto pudiera convencernos de que el hombre posee alguna partícula de la divinidad. Conrad no afirma nada; el aspecto misterioso de la vida, la inexorable energía de la Naturaleza le estimulan, pero el inhumano misticismo de las religiones lo deja incrédulo. Por esto adopta un tono especial de indiferencia, una actitud de impasibilidad irónica tan extraña a la raza eslava; ha llegado a comprender que toda mentira encierra algo de sinceridad esencial y que en cada verdad hay algo de convención.

¿Es pesimista Conrad? No lo es, ni optimista tampoco. Se le puede considerar como fatalista, en el mismo sentido que a Thomas Hardy y a Kipling, para quien lo imprevisto hace de la vida humana una cosa demasiado incierta para poder ser juzgada. El hombre debe estar como el soldado, firme en las filas cumpliendo con su deber, sin intentar comprender la razón de la maniobra que se le ordena ejecutar.

Lo que a Conrad importa es colocar a sus personajes, hombres o mujeres, en situaciones críticas, que sean juguete de los elementos, ó que aparezcan como víctimas de un destino malévolo. Sin elogios y sin censuras, se muestra de gran imparcialidad hacia ellos, pero jamás intenta justificaciones morales, ni dicta sentencias condenatorias. La única moral que puede sacarse de la obra de Conrad es que la vida es un peligro constante, que la Naturaleza no es moral ni inmoral y que únicamente la verdad, la

lealtad y el sentimiento de la dignidad humana deben ser la inspiración del hombre, teniendo en el ejercicio de esas virtudes su propia rcompensa. Si Conrad se abstiene de lamentaciones, si guarda una actitud estoica ante el espectáculo que presencia y describe, no por eso deja de sentir conmiseración por las víctimas de las circunstancias, pues en el fondo de su corazón bullen ardientes simpatías, pero convencido de lo inútil de las quejas, no quiere abandonarse al gesto ridículo de la rebelión y la maldición inútiles.

Refiriéndose Davray al modo empleado por Conrad para componer sus novelas, después de haber expuesto su procedimiento para la armazón y desarrollo de la historia que narra, hace notar que los personajes siempre viven en la espera de algo imprevisto, del accidente que ha de sobrevenir. La atmósefra exterior siempre está en harmonía con la atmósfera espiritual, interior. El personaje aparece en su medio de un modo natural; un primer bosquejo presenta el contorno general, unos toques sucesivos fijan las características y algunas frases que pronuncia revelan el nivel de su inteligencia y la calidad de su alma. Desde entonces ya se le conoce, ya se sabe como es, ya está uno preparado para observar lo que va a hacer.

Al final de su notable trabajo, Henry-D. Davray expone que el hecho de escribir Conrad sus libros en inglés lo coloca entre los escritores británicos, pero cada vez que publicaba una nueva obra los críticos no dejaban de recordar que el gran escritor no era inglés de nacimiento, que había aprendido en la Biblia el idioma de su país de adopción y lo había practicado con los marineros y pescadores del Mar del Norte. En efecto, a la edad, de diez y nueve años comenzó a aprender el inglés y a los treinta y cinco se dedicó a escribirlo. Sabido es la manera incomparable como Conrad lo maneja, que ha hecho que unánimente se le clasifique entre sus más gloriosos cultivadores. Pero aparte de la lengua, no hay en la obra conradiana nada esencialmente británico, pues Conrad siempre se ha mostrado un verdadero cosmopolita, un ciudadano del mundo; cuando sus obras estén traducidas a todas las lenguas serán comprendidas y amadas por todos los pueblos.

Luciano de Acevedo.

BIBLIOGRAFIA (*)

Constantin Balmont. VISIONS SOLAIRES. Mexique—Egipte—Inde—Japon—Océanie. Traduit du Russe avec une préface par Ludmila Savitzky. Editions Bossard. 43, rue Madame. Paris. 1923. 12º, VI-338 p. Con retrato del autor.

Los franceses siempre han sido aficionados a la buena literatura rusa; de aquí que varias casas editoras—entre ellas la de Bossard, en París—se dediquen preferentemente a dar a conocer al público letrado del mundo entero, excelentes traducciones de los más renombrados autores moscovitas, tales como: León Tolstoi, Fiodor Dostoïevski, Dmitri Mérejkowsky, Alexander Kouprine, B. Grébenschikov, Fédor Sologoub, Ivan Bounine y otros muchos.

Constantino Balmont, poeta y escritor ruso nacido en 1867 en el antiguo gobierno de Vladimir, es, como nuestro gran José María de Heredia, un enamorado del Sol:

Yo te amo, Sol: tú sabes cuan gozoso
Cuando en las puertas del Oriente asomas,
Siempre te saludé...

Hijo el escritor ruso, no de los trópicos, como nuestro bardo, sino de un país excesivamente frío, de inmensas estepas cubiertas de nieve, de cielo velado por nieblas y obscuros nubarrones, va en busca de Febo por México, Egipto, India, Japón y Oceanía: de ahí su bello y poético libro *Visions Solaires,* obra admirablemente traducida por su compatriota Ludmila Savitzky, de fama mundial.

(*) En esta sección serán siempre analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que se nos envíe un ejemplar, sólo tendrá derecho el remitente a que se haga la correspondiente inscripción bibliográfica. CUBA CONTEMPORÁNEA se reserva el derecho de emitir opinión acerca de toda obra, nacional o extranjera, que por su importancia merezca ser criticada.

El libro de Balmont, escrito en estilo brillante, de honda e intensa melancolía, en muchas de sus páginas, recuerda, en ocasiones—sobre todo al referirse a la Oceanía—mucho de Pierre Loti, a quien, a mi juicio, supera por lo variado de su cultura y la profundidad de sus ideas.

Constantino Balmont a más de poeta, de escritor filosófico, galano y colorista, es un excelente arqueólogo, como lo demuestran sus acabadas descripciones de las ruinas de Uxmal, que recorrió en el país de los mayas, en la península de Yucatán; y sus estudios sobre el Egipto.

Su composición poética titulada *L'Haleine du Ganges,* que aparece en el libro, es de una gran belleza descriptiva.

En la primera parte de la obra, rotulada *Lettres de route,* Balmont cita en varias ocasiones el nombre de La Habana, ciudad que visitó en 1905, de paso para México. La llama "encantadora ciudad"; y sus flores le inspiraron las siguientes palabras:

"En La Habana, he visto flores, florecitas familiares, todas pequeñitas, y rosas suntuosas. Tuve deseos de caer de rodillas y cubrirlas de besos..."

JULIO VILLOLDO.

Dr. Miguel A. Cano. LA ENSEÑANZA DEL LENGUAJE. Imprenta Escuelas Profesionales "Don Bosco". Santiago de Cuba. 1924. 12º, 250 p.

Los maestros han de encontrar en este libro un auxiliar valiosísimo.

Pensando en sus problemas del aula, lo ha escrito su autor y por esto lo ha compuesto de modo que pueda prestarles la mayor utilidad posible.

Para lograr este propósito, ha colocado al principio unos cuantos capítulos de instrucción metodológica, en los que trata de los principales aspectos de esta enseñanza.

Pero todo el resto del libro consiste en una colección de lecciones prácticas de todos los grados destinadas a servir de guía a los maestros en su trabajo escolar.

Acerca del valor didáctico del libro, no es preciso extenderse en consideraciones, y basta con decir que su autor es un profesor experimentadísimo, con muchos años de práctica profesional, graduado de la Escuela de Pedagogía de la Universidad de La Habana, actualmente en funciones de Inspector Escolar en la ciudad de Santiago de Cuba.

En su género, es un libro de gran valor que ha venido a enriquecer nuestra exigua producción pedagógica y a llenar una verdadera necesidad, vivamente sentida desde hace tiempo por el magisterio nacional.

ARTURO MONTORI.

Antonio Iraizoz. LECTURAS CUBANAS. Taller tipográfico *Prado.* La Habana, 1924, 12º, 248 p.

En este libro recoge el autor una treintena de sus artículos publicados en distintos diarios y revistas de la capital, escritos unos cálamo currente, y con más detenimiento otros, en los cuales nos da las impresiones que la actualidad fugaz le sugirió, o su manera de sentir y de pensar sobre personas o sucesos de nuestro pasado intelectual o revolucionario; predominando en todos ellos la nota criolla, el cubanismo del escritor, que tanto calor y entusiasmo comunica a cuanto escribe. Son verdaderas lecturas cubanas las que contiene el libro del doctor Iraizoz.

Bajo tres títulos aparecen agrupados los trabajos: *Lecturas cubanas, Crónicas del momento* y *Por la escuela cubana,* que dividen la obra en igual número de partes. Los de la primera, que dan nombre al libro, son los mejores a nuestro juicio, y de ellos vamos a hablar solamente.

El Generalísimo, con que da comienzo la lectura, es un bosquejo bien trazado de la figura marcial de Máximo Gómez. Hay gran animación en el relato; la evocación es exacta, y está escrito con amor y con estilo vibrante, cual lo requería el héroe de *Palo Seco.* No dice nada que no sea sabido, y, sin embargo, produce tal entusiasmo la narración, que parece que leemos por primera vez las cosas que nos cuenta del vencedor en *Las Guásimas.*

En *El sentimiento patriótico en la lírica cubana,* protesta el autor de que no haya sido mejor apreciada la labor poética de algunos bardos cubanos. Pero no debe olvidarse que uno es el lugar que conquistaron como patriotas, y otro el que les corresponde como poetas. Este artículo, que demuestra en quien lo escribe conocimiento del asunto, merece, por lo mismo, que lo amplíe, dándole todo el desarrollo que requiere. Pues si es cierto que se habla en él de los que pulsaron mejor la lira para cantar los anhelos y desdichas de la patria, faltan otros que, aunque no cantaron tan bien, sintieron igual la rebeldía y desearon la emancipación de Cuba.

El argentino José Antonio Miralla y *La vida aventurera de Guillermo Sanguily* son personajes que nadie los ha estudiado mejor aquí que el doctor Iraizoz, pudiendo decirse que es él quien ha dado a conocer en Cuba al segundo y revivido la memoria del primero.

No vamos a mencionar, y menos a analizar uno por uno todos los trabajos que contiene el libro, ni siquiera los de la primera parte; pero sí queremos decir algo respecto de los intitulados: *Plácido, improvisador, El poeta mártir* y *La herencia malsana de los conquistadores.*

En cuanto al primero, no compartimos la opinión del autor cuando dice (p. 99) que aún no se puede dar juicio definitivo sobre dicho bardo, ni fijarle el sitio que le corresponde en nuestra lírica. Como poe-

ta está juzgado *Plácido* ya; y el hecho de que existieran y existan todavía algunos puntos obscuros en su vida, no había de impedir, como no lo impidió, que quedara señalado el mérito de varias de sus composiciones y el escaso o ningún valor de la mayor parte de sus versos. Y no podía ser obstáculo para ello, tampoco, el concepto que la conducta del hombre mereciera; pues desde el punto de vista artístico, cabe estudiar separadamente la obra y a su autor. Está bien que se discuta hoy, todavía—porque hay base para ello—, la clase de sentimientos que abrigaba el autor de *Jicotencal* y las ideas políticas que sustentaba; mas, a pesar de todo, no podría afirmarse que quien escribió *El juramento, Al general mexicano, hijo de Cuba, don A. de la Flor, La sombra de Padilla* y *A los días de S. M. la reina doña Isabel II,* era enemigo de la libertad y defensor de la tiranía. El aspecto, muy saliente, por cierto, de improvisador que presenta *Plácido,* y que escoge el doctor Iraizoz para tratarlo en su artículo, no es el que realmente le ha dado nombre al poeta.

Es conocida la devoción del autor por el triste cantor de *Fidelia;* y su artículo *El poeta mártir,* inserto en el libro que comentamos, lo confirma una vez más. Después de Piñeyro, nadie se ha consagrado, como el doctor Iraizoz, a vindicar la memoria del bardo infortunado; pero el hecho mismo de insistir en la defensa de Zenea ¿no hace pensar que existen aún sombras que empañan su vida? Piñeyro dedicó todo un libro a disiparlas, y, sin embargo, muchos no quedaron convencidos de su inculpabilidad. Por eso tal vez, el doctor Iraizoz ha creído necesario volver a tratar el asunto; asunto que no se resuelve ya con nuevos argumentos, estando pendiente, como lo está, el estudio del proceso que terminó con el fusilamiento del prisionero de *La Guanaja.* Mientras tal estudio no se haga desde el punto de vista crítico y con toda imparcialidad—no como lo realizó Piñeyro—, estará el patriota en entredicho. Se saben las dudas y vacilaciones que tuvo el autor de *Vida y escritos de Juan Clemente Zenea,* y que la impresión desastrosa que causó en su ánimo la lectura del proceso seguido contra su amigo, lo hizo desistir de escribir la biografía proyectada. Mas el cariño y la amistad se sobrepusieron a todo otro sentimiento, al fin, y quedó escrita la obra que todos conocemos, en la que se descubre el piadoso propósito de ocultar cuanto podía perjudicar al autor de *Diario de un mártir.* La Historia no ha pronunciado, pues, su fallo, como pretende el doctor Iraizoz; antes al contrario, está pendiente, aunque ya es tiempo de que lo dicte. Y ojalá que la figura del patriota surja sin mancha de los folios del proceso; pues nadie que se sienta cubano puede desear otra cosa.

Con *La herencia malsana de los conquistadores* finaliza la primera parte del libro. A ella atribuye el autor los males que han padecido y padecen la mayor parte de las repúblicas de la América hispana. El hecho es cierto, aunque no de una manera absoluta; porque

desde el punto de vista biológico no descendemos únicamente de los conquistadores y colonizadores. ¿Acaso no se mezclaron éstos con los indios primero y con los negros después? América podía ser considerada hoy como la madre común de todos los pueblos que fundaron los españoles; pero nuestros padres son extranjeros y pertenecen a distintas razas. No debemos, por tanto, olvidar nuestro verdadero origen, porque de él dependen principalmente los males y defectos que señala el autor en su artículo; males y defectos que no sabemos si podremos quitárnoslos nosotros mismos por medio de la educación, si, como es sabido, para inculcar virtudes y corregir vicios es preciso que el institutor tenga las primeras y carezca de los segundos.

Antes de terminar, debemos dar las gracias, y se las damos muy sinceras al autor por las frases elogiosas que nos dedica en su artículo *La iglesia católica y la revolución cubana;* aunque cumple que le digamos que la recomendación que nos hace de que recojamos en un libro los artículos que escribimos sobre *El clero separatista de Cuba,* para prestar en esa forma mejor servicio al clero cubano, no es del todo necesaria, porque un muy extenso trabajo dimos a la publicidad con el título de *El clero en la revolución cubana,* en CUBA CONTEMPORÁNEA, número de octubre de 1918, donde expusimos la actuación del clero durante nuestras luchas por la libertad y la independencia.

FRANCISCO G. DEL VALLE.

Castao Penalva. LUVAS E PUNHAES, CONTOS E CHRONICAS. Benjamín Castallat & Miccolis, Editors. Río de Janeiro. 1924. 8º, 302 p.

Emile Picard. DISCOURS ET MÉLANGES. Gauthier-Villars. Paris. 1922. 4º, 294 p.

Jorge Max Rohde, NIEVES DE ANTAÑO. Librería "La Facultad", de J. Roldán y Compª Buenos Aires. 1923. 8º, 264 p.

Pedro Villey. LA PEDAGOGÍA DE LOS CIEGOS. Ediciones de *La Lectura.* Madrid. 1924. 8º, XVI-204 p.

Ricardo H. Aramburu. EL PRESIDENTE ALVEAR. Casa Editorial Franco Ibero Americana, 222, Boulevard Saint-Germain, 222 Paris, 8º, 205 p. Con retrato de Alvear.

José A. Balseiro. LA COPA DE ANACREONTE. (Poesías). Editorial "Mundo Latino". Madrid [1924] 8º, 180 p. Con retrato del autor, prólogo de Eduardo Marquina y epílogo de Francisco Villaespesa.

Enrique González Rojo. EL PUERTO y otros poemas. Editorial "Cultura". México, D. F. 1923. 12º, 115 p.

Pedro J. Rosa. CRÍMENES DEL IMPERIALISMO. París. 1924. 8º, 256 p. Con prólogo de F. García Godoy.

Angel E. Sforza. EL IDEAL DE LILIA Obra en tres actos y dos jornadas). LA VOZ DEL AMOR (Comedia en un acto). Segunda edición. Agencia general de librerías y publicaciones. 1571-Rivadavia-1573. Buenos Aires. 1917. 8º, 254 p.

Angel E. Sforza. AMANECER. (Novela) Agencia general de librería y publicaciones. 1571-Rivadavia-1573. Buenos Aires. 1923. 8º, 197 p.

Larra. ARTÍCULOS DE COSTUMBRES. Prólogo y notas de José R. Lomba y Pedraja. Ediciones de *La Lectura*. Madrid. 1923. 8º, 326 p.

Pierre Loti (De la Academia Francesa.) AZIYADÉ. Traducción de Vicente Díez de Tejada. Editorial Cervantes. Barcelona. 8º, 258 p.

Pierre Loti (De la Academia Francesa.) EL CASAMIENTO DE LOTI. Traducción de Vicente Díez de Tejada. Editorial Cervantes. Barcelona. 1924. 8º, 241 p.

Pierre Loti. (De la Academia Francesa.) REFLEJOS EN LA SENDA OBSCURA. Traducción de la XL edición francesa por Vicente Díez de Tejada. Editorial Cervantes. Calle de Muntaner, 65. Barcelona. 1924. 8º, 260 p.

Pierre Loti. (De la Academia Francesa.) PEREGRINO DE ANGKOR. Traducción de la LVII edición francesa por Vicente Díez de

Tejada. Editorial Cervantes. Calle de Muntaner, 65. Barcelona. 1924. 8º, 214 p.

Ramón Gómez de la Serna. El Chalet de las Rosas. (Novela). Editorial Sempere. Martí, C. C. Valencia. [1924] 8º, 265 p.

Biblioteca de Autores célebres. Mario Puccini. El Milagro. (Novela) Traducción de C. Rivas Cherif. Editorial "América". Madrid [1924] 12º, 297 p.

Ramón López Velarde. El Minutero. Imprenta de Murguía. México. 1923. 8º, 186 p.

Roberto Mac-Lean. Piedras filosofales. Ciudad de los Reyes. 1923. 12º, 67 p. Con retrato del autor.

Benito Pérez Galdós. Obras inéditas ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo. Volúmenes III y IV. Política española. Renacimiento. San Marcos, 42. Madrid. 1923. 12º, 280 p.

Benito Pérez Galdós. Obras inéditas ordenadas y prologadas por Alberto Ghiraldo. Volumen VII. Cronicón (1886-1890). Renacimiento. San Marcos, 2. Madrid. [1924]. 12º, 252 p.

Pedro Leandro Ipuche. Tierra honda (Poesías). Claudio García, Editor. Sarandí, 441. Montevideo. 1924. 12º, 110 p.

Dr. Luis Fernández Marcané. Contribución al estudio de la doble nacionalidad de los hijos de españoles nacidos en América. La ley de 18 de julio de 1917 ante el Tribunal Supremo. La Habana. Imprenta "El Siglo XX". Rep. del Brasil, 27. 1924. 8º, 205 p. Con prólogo del autor.

Luis Enrique Santiesteban. Senderos del oro. (Novela). 1924. Sariol y Compañía. Editores. Manzanillo. Cuba. 8º, 316 p. Con palabras finales del autor.

Vicente Blasco Ibáñez. NOVELAS DE LA COSTA AZUL. Prometeo. Germanías, 35. Valencia. [1924.] 12º, 301 p.

Léon Treich. ALMANACH DES LETTRES FRANÇAISES ET ÉTRANGERES (Prèmiere Année: 1924 Janvier-Fevrier-Mars). Paris. Éditions Georges Crès & Cie. 21, rue Hautefeuille. 4º, 374 p.

Prof. Camilo Barcia Trelles. Universidad de Valladolid. Publicaciones de la Sección de Estudios Americanistas. Serie primera, número II.—LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA DE LA POSTGUERRA (Hasta los acuerdos de Washington de 1922). Talleres tipográficos "Cuesta". Macías Picavea, 38 y 40. 1924. 8º, 199 p. Con retrato del autor y mapas.

Carlos Ibarguren. HISTORIAS DEL TIEMPO CLÁSICO. "Buenos Aires". Cooperativa Editorial Limitada. Agencia General de Librería y Publicaciones. 1924. 12º, 251 p. Con prefacio del autor.

Luis Pirandello. Y MAÑANA LUNES... (Novelas) Traducción de Miguel Jiménez Aquino. Editorial Sempere. Martí, C. C. Valencia. [1924.] 12º, 283 p.

Francsco P. Machado. MEMORIAS DE UN SOCIALISTA. Habana. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Cª. Pí y Margall, núms. 33 y 35. 1924. 8º, 373 p. Con carta-prólogo de Carlos Loveira.

Enrique Bordeaux. LA CASA MUERTA. Traducción de Enrique Tomasich. Gustavo Gili, Editor. Barcelona. 1924. 12º, 269 p.

T. Dostoïevski. LOS HERMAMOS KARAMAZOV. Novela. Primera versión íntegra al castellano por F. Azzati. Tomos I y II. Editorial Sempere. Martí, C. C. Valencia. 1924. 12º, 403 y 361 p.

Eduardo Labougle. JOSÉ ANTONIO MIRALLA, Poeta Argentino precursor de la Independencia de Cuba. 2ª Edición. Buenos Ai-

res. Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso y Cª 1924. 12º, 144 p. Con retrato de Miralla.

María Lacerda de Moura. A MULHER É UMA DEGENERADA. Editores: Typ. Paulisia. José Napoli & Cia. Rua Assembléa, 56-58. S. Paulo. 1924. 8º, 146 p. Con retrato de la autora.

R. Blanco-Fombona. LA ESPADA DEL SAMURAY. Editorial "Mundo Latino". Madrid [1924]. 12º, XXIV-356 p. Con introducción de Alberto Guillén.

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO XII

Tomo XXXVI. La Habana, diciembre 1924. Núm. 144.

DE ADMINISTRACION

Con el fin de poder servir las numerosas solicitudes de suscripción recibidas últimamente del extranjero, sin necesidad de aumentar la actual tirada de ejemplares, que por la excelente calidad de los materiales empleados en ella resulta sumamente costosa, la Administración de CUBA CONTEMPORÁNEA se ve en el caso forzoso de tener que suprimir, desde el día 1º de enero de 1925, todo envío gratuíto de la revista, y de seleccionar rigurosamente los canjes establecidos, para restringirlos de acuerdo con las expresadas circunstancias. Por lo tanto, las personas y entidades a las cuales se ha enviado generosamente la revista hasta ahora y que deseen continuar recibiéndola en lo sucesivo, para no descompletar sus colecciones, cooperando al propio tiempo en el sostenimiento de una empresa cultural como ésta, deberán solicitar la inscripción de sus nombres como suscriptores, durante el mes de enero del año de 1925, y remitir con sus solicitudes el importe de la suscripción (*cinco pesos oro cubano o norteamericano* los de Cuba y *seis pesos* los del extranjero) al Administrador de CUBA CONTEMPORÁNEA, calle de Cuba 52, departamento núm. 5, La Habana.

Asimismo rogamos a nuestros suscriptores, en particular a los del interior de la República, si desean renovar la suscripción para el próximo año de 1925, que envíen el importe de la misma, en cheque o giro postal, al Administrador de CUBA CONTEMPORÁNEA.

Los suscriptores de provincia o del extranjero que no hayan abonado el importe de la suscripción dentro de los tres primeros meses del próximo año (enero-marzo) dejarán de recibir la revista, que se paga por años naturales adelantados (enero-diciembre).

razón directa de la importancia del puesto o los puestos que desempeñen y de las entradas de que disfruten.

Habrá otros a los que tampoco les agradará: los que piensan

res. Talleres gráficos argentinos de L. J. Rosso y C.ª 1924. 12º, 144 p. Con retrato de Miralla.

María Lacerda de Moura. A MULHER É UMA DEGENERADA. Editores: Typ. Paulisia. José Napoli & Cia. Rua Assembléa, 56-58.

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.

Cuba Contemporánea

AÑO XII

Tomo XXXVI. La Habana, diciembre 1924. Núm. 144.

LA COLONIA SUPERVIVA

CUBA A LOS VEINTIDOS AÑOS DE REPUBLICA

(Conferencia leída en la sesión que celebró la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, el 11 de abril de 1924, por el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring.)

Sr. Presidente; señoras y señores:


I el genio taumaturgo de Voltaire nos dejó en el más famoso de sus famosísimos cuentos, encarnado precisa y admirablemente en el Doctor Pangloss—que, más que fantoche de la farsa literaria, es un sér con alma propia y vida independiente de la que le diera su autor y más real que la de muchos humanos—, el tipo del optimista; nosotros, los cubanos, tenemos en el mundo pintoresco de nuestra farsa política y social un tipo abundante e interesantísimo, optimista en unas épocas y pesimista en otras, según le soplen favorables o adversos vientos.

Ni a nuestros optimistas del tipo del Dr. Pangloss, ni a los que ahora lo sean ocasionalmente les ha de agradar esta conferencia, y entre estos últimos estarán la indignación y la protesta en razón directa de la importancia del puesto o los puestos que desempeñen y de las entradas de que disfruten.

Habrá otros a los que tampoco les agradará: los que piensan

que los males y defectos de la nación no se deben tratar sino en las tertulias y en los corrillos, contándolos y comentándolos a todo el mundo, pero a media voz, y que es antipatriótico, en cambio, exponerlos, analizarlos y estudiarlos en la conferencia, el artículo o el libro; habrá también algunos que no estarán de acuerdo con mi conferencia por entender que no es un tema de Derecho Internacional el que he elegido; y, finalmente, puede que no falte entre los mismos miembros de nuestra Sociedad Cubana de Derecho Internacional quien piense que las únicas cuestiones que se deben abordar en nuestras sesiones, son las pura y estrictamente científicas y no las que envuelvan problemas de interés y actualidad para nuestra República o para las hermanas del Continente Americano.

En cambio, conmigo estarán, hermanados en los mismos ideales e idénticos propósitos, unos cuantos compañeros de nuestra queridísima Sociedad, que reconocen la utilidad indiscutible de los trabajos científicos, pero que no olvidan que, según reza nuestro Reglamento "como exponente gráfico de sus fines y del espíritu que la anima", la Sociedad tiene por lema, "por la justicia y por la patria siempre", y que sería ridículo, por no decir criminal, que en momentos difíciles de nuestra patria, o ante graves problemas continentales, nosotros celebráramos estas sesiones, sin que se levantara una sola voz que abordara y estudiara unos y otros asuntos. Conmigo estarán también los internacionalistas cubanos que reconozcan que una nación pequeña como la nuestra, recién nacida y en situaciones especialísimas a la vida independiente, necesita, antes que cualquier otra cosa, para formarse una fuerte y segura personalidad internacional, y principalmente para defenderse de vecinos poderosos, el hacerse digna, respetable y respetada de las demás naciones, por sus virtudes domésticas, por su observancia del derecho y la justicia y por su amor a la libertad.

Y conmigo estarán, igualmente, aquellos compatriotas que piensan que no es de buenos ciudadanos, sino de histriones, el cubrirse con la máscara del optimismo cuando en lo privado se confiesan nuestros males o cuando a lo mejor se es en parte causante de ellos; y que la gravedad consiste en que los vicios y defectos de la nación existan, no en que se analicen y estudien con alteza de miras y de propósitos; y que el ciudadano verdaderamente pa-

triota no puede cerrar los ojos ante las lacras y las corruptelas políticas y sociales de su país, sino que, por el contrario, el amor a su patria y el deseo de su progreso y mejoramiento le obligan a enfrentarse con máculas y defectos, para estudiarlos y remediarlos.

Ya lo dijo Martí en versos inmortales:

¿Del tirano? Del tirano
dí todo, ¡dí más!: y clava
con furia de mano esclava
sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
dí el antro, dí las veredas
oscuras: dí cuanto puedas
del tirano y del error.

Nuestra Isla, al romper los lazos que, como colonia, la unían a España y constituirse en República, libre y soberana, no hizo más que dar el primer paso—grande y trascendental, sin duda,—en la senda de la transformación general y completa que con la independencia perseguían sus hijos.

Y no fué para nosotros el cambio de régimen político, un hecho aislado, fortuito o imprevisto.

Por el contrario, fué la obra lenta, constante y meditada de dos generaciones de patriotas que durante años y años y por medios y procedimientos distintos—la evolución y la lucha armada—consagraron, energía, fortuna, valor, inteligencia y hasta la vida, por el triunfo de lo que para ellos no era tan sólo deslumbrador y romántico ideal, sino imperiosa e imprescindible necesidad.

La historia así nos lo demuestra.

Ya en 1837, pidieron oficialmente a España reformas y leyes especiales, cubanos que, como Don Manuel Acebedo, Don Juan Montalvo, Don Francisco de Armas y Don José Antonio Saco, ostentaban la representación de la tendencia evolucionista y tenían el carácter de Diputados, si bien no llegaran a tomar posesión de sus cargos por haberse opuesto a ello las Cortes españolas.

Y, después, el Partido Reformista y la famosa *Junta de información* laboraron sin tregua en ese sentido, aunque siempre inútilmente.

Estalló la revolución de Yara el 10 de octubre de 1868. Sus

fines y propósitos pueden verse claramente expresados en los manifiestos y proclamas de los principales jefes de ese movimiento armado. Para demostrarlo, basta citar la alocución que dirigió Carlos Manuel de Céspedes al lanzar el grito de revolución contra España. Solemnemente declara:

Cuba aspira a ser una nación grande y civilizada,... admiramos el sufragio universal que asegura la soberanía del pueblo, deseamos la emancipación de la esclavitud, el libre cambio con las naciones amigas que usan de reciprocidad, la representación nacional para decretar las leyes.

Terminada la Guerra de los Diez Años y no satisfechas las aspiraciones de los cubanos, los partidarios de las dos tendencias—autonomistas y revolucionarios—continuaron laborando, sin tregua ni descanso, por el logro de sus ideales.

En 1892 se constituyó el Partido Revolucionario Cubano.

Sus propósitos están claramente expresados en la 4ª de sus Bases:

El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer por el orden del trabajo real y el equilibrio de las fuerzas sociales los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta para la esclavitud.

Y en la Base 6ª se manifestaba:

El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir el desorden económico en que agoniza con un sistema de Hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Y en el famoso Manifiesto de Montecristi, que escrito por José Martí y firmado por él, como Delegado del Partido Revolucionario Cubano, y por Máximo Gómez, como General en Jefe del Ejército Libertador, lanzaron, al partir ambos para los campos de la Revolución, se declara:

... no es la guerra insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo.

Análogos propósitos y tendencias contienen las tres Constituciones que se dió la República en armas: la de Guáimaro en 1869, la de Jimaguayú en 1895, y la de La Yaya en 1897.

*

¿Hemos procedido, después de alcanzada la independencia, de acuerdo con los propósitos, las doctrinas y el espíritu de la Revolución?

Ciertamente que no.

Y estos primeros tiempos de vida republicana han sido para Cuba difíciles y tumultuosos. Apenas constituída la República, vimos salir a la superficie de la tierra los mismos vicios y defectos que los hombres que concibieron y realizaron la revolución emancipadora se proponían extinguir: los odios enconados, el egoísmo, el afán de lucro, la burla al derecho, a la libertad y a la justicia, la falta de amor a la patria, de respeto a la ley—que ya era ley cubana—, el abuso en los que mandaban, y la complicidad unas veces y la nefasta pasividad y tolerancia otras, en los que obedecían... Y lo más triste era que muchas veces el *inri* había que ponerlo sobre la frente de los mismos que dieron su sangre para que esos vicios, en los que ellos ahora incurrían, desapareciesen. Habíamos cambiado de bandera y de forma de Gobierno, pero, en el fondo, casi no era perceptible la diferencia entre la República de hoy y la Colonia de ayer.

En lo que a nuestra esterilidad legislativa y jurídica se refiere, nuestra apatía y abandono han llegado a tal extremo que mientras en plenos campos de la Revolución nuestros libertadores encontraron tiempo, en medio del duro bregar, de las miserias y de las penalidades, para acordar y promulgar, no esperando el momento definitivo de la victoria, leyes que rigieran en los territorios ocupados por las fuerzas revolucionarias: leyes del Gobierno Civil, de Hacienda Pública y Organización de Hacienda, de Organización Militar y de Reclutamiento, de Organización Ci-

vil, del Matrimonio, Penal, Procesal y Electoral; mientras eso hicieron los patriotas alzados en armas, nosotros, los ya ciudadanos de una República, ni siquiera hemos intentado la promulgación o la reforma de aquellas leyes que, por su carácter eminentemente político, eran el complemento necesario y obligado de nuestra nueva y flamante Constitución; leyes indispensables para que en el nuevo Estado pudiera aplicarse debidamente su Carta Fundamental, no siendo posible, como es lógico, que ésta contenga más que principios e ideas de carácter general, las normas básicas, los cimientos del naciente edificio nacional.

Recorriendo rápidamente nuestra Constitución, podemos anotar, entre otras, las siguientes lagunas, en cuanto a leyes políticas a que en la misma se hace referencia como de imperiosa necesidad; leyes no confeccionadas aún.

El artículo 14, al estatuir que no podrá imponerse en ningún caso la pena de muerte por delitos de carácter político, dice que éstos deben ser definidos por una ley.

Reconoce el artículo 25, la libertad de imprenta; pero demanda una ley de policía de imprenta.

Los derechos de reunión y asociación y manifestaciones públicas, tampoco están regulados.

Y no tenemos aún la ley de Orden Público adecuada, que debe regir en el territorio en que fuesen suspendidas las garantías constitucionales.

Tampoco se han dictado leyes agrícolas ni comerciales, de inmigración, del trabajo...

Al cesar la dominación española, sólo se realizaron algunas modificaciones parciales, las más indispensables en esos momentos, hechas por Decretos del primer Gobierno Interventor norteamericano; y durante el Gobierno Provisional, las leyes Electoral y Orgánicas de los Poderes Ejecutivo y Judicial, del Servicio Civil, de las Provincias y de los Municipios, confeccionadas por la Comisión Consultiva.

Nuestro Congreso, salvo iniciativas aisladas,—la ley de inconstitucionalidad, de suspensión de pagos, de divorcio y alguna otra—no ha hecho nada verdaderamente trascendental.

Y, si todo esto se ha dejado de hacer, en leyes de tan imperiosa e inmediata necesidad, una vez constituída nuestra patria

en Estado independiente, como son las leyes de carácter político, dejará de parecer extraño que no se haya acometido, hasta ahora, la empresa más amplia y difícil, pero no menos útil y necesaria, de elaborar nuevos Códigos Civil, Penal, de Comercio, de Procedimientos.

Dos laudables iniciativas hemos tenido en este sentido: una, el Primer Congreso Jurídico Nacional, obra de nuestro insigne Presidente, el Dr. Bustamante, siempre dispuesto a interesarse por cuanto tienda a nuestro progreso y perfeccionamiento, celebrado el año 1916 y en el que se votaron las bases de un nuevo Código Civil; y otra, la actual Comisión Nacional Codificadora, creada por Ley del Congreso, a iniciativa laudable de nuestro actual Presidente de la República.

Pero ni una ni otra han podido dar resultados prácticos satisfactorios, que se traduzcan en leyes nuevas, necesarias y útiles.

Conservamos todavía inalterable casi toda la legislación colonial que rigió en Cuba hasta 1899, con esta curiosa particularídad: que esa misma legislación, que nosotros apenas hemos tocado, ha sido modificada notablemente en España a partir de aquella fecha.

Y tanto más necesaria se hace la reforma cuanto que hoy nuestro derecho positivo no sólo adolece del defecto de ser marcadamente anticuado y anacrónico, sino que, además, lo caracteriza una completa confusión, producida por las aisladas y a veces churriguerescas e ininteligibles modificaciones introducidas en nuestros Códigos, sin plan ni método, por las órdenes americanas y leyes de la República, que hacen que lo que era malo y viejo, pero constituía un todo en cierto modo armónico, continúa siendo cada día, naturalmente, más anticuado, y además, confuso, ininteligible y contradictorio.

Y si las leyes desde luego, no hacen por sí solas la felicidad de los pueblos, y muchos de nuestros males sociales de la hora presente hay que buscarlos, más que en otra cosa, en las clases directoras, y en el pueblo mismo—desastrosamente educado durante cuatro siglos de corruptura esclavitud—, no es menos cierto, que una legislación saludable y adecuada facilita el desenvolvimiento seguro y estable de los pueblos nuevos, y acentúa su fisonomía y su carácter ante la comunidad jurídica internacional, de

acuerdo, además, con la necesidad en que todas las naciones se encuentran de renovarse constantemente, traduciendo en preceptos legales los progresos del siglo y las modernas doctrinas de la civilización, así como las necesidades de la masa social en todas sus manifestaciones.

Pero no necesitamos solamente reformar nuestras leyes.

Más que eso, necesitamos reformar nuestras costumbres.

En lo que se refiere a nuestra vida administrativa y política, nuestro estancamiento y aun retroceso no puede ser más completo y doloroso.

Nuestros sistemas y prácticas republicanos, en estos sentidos, son dignos sucesores e imitadores de los que nos enseñaron en cuatro siglos de corrupción nuestros colonizadores.

Casi todos los males y vicios públicos que durante la colonia padecíamos y por cuya total extinción lucharon una y otra vez en la tribuna, en el libro y en la prensa, en los campos de batalla y en las emigraciones, los cubanos de buena voluntad, han resurgido en la República, agravados muchos de ellos, por el mayor refinamiento que la civilización moderna proporciona, no sólo para lo bueno, sino también para lo malo.

Sería imposible, por el corto tiempo de que dispongo, que yo detallara aquí todos los aspectos que ofrecen estos problemas. Sólo leeré unas cuantas notas de las muchas que al efecto tengo escritas.

Ya hemos visto cuál ha sido la obra nula de nuestro Poder Legislativo. Pero además de nula, ha sido en algunos casos perjudicial, porque si en veintidós años de República no ha tenido tiempo de remediar con leyes, sabias y adecuadas, nuestras necesidades nacionales, en cambio sí ha tenido lamentable oportunidad de laborar, a veces intensamiente, para votar leyes beneficiosas a empresas o particulares, con grave daño para el Tesoro público y los intereses generales de la nación y con provecho para algunos de los propios legisladores, quienes, además, han utilizado en múltiples ocasiones, su alta jerarquía para escudarse con la misma, en una falsa inmunidad parlamentaria, de las penas correspondientes a delitos comunes por ellos cometidos.

Y nuestros Partidos políticos, sin programas que los diferencien y sin ideales que los recomienden, llevan en sus candidatu-

ras, productos salvo muy contadas excepciones, de asambleas amañadas y venales, a los ciudadanos menos aptos y recomendables para el desempeño de los cargos públicos, lo que produce, como consecuencia inevitable, que de las urnas no salen electos para ocupar los altos puestos legislativos y ejecutivos—en el Estado, las Provincias y los Municipios—, los que el pueblo desearía y necesita, sino aquellos incapaces y amorales, que apoyados por caciques y *politicians,* por la fuerza o por su propio dinero, sólo persiguen su interés personal y el de su camarilla, con absoluto desprecio de las necesidades de la patria y del bienestar de sus conciudadanos.

Nuestra Hacienda pública se ha convertido en patrimonio de aquellos que figuran al frente del Gobierno, y de sus correligionarios, amigos y parientes, y en este sentido se ha llegado ya a tener un concepto peculiarísimo de la moral, que permite el que hombres de intachable vida privada, modelos como padres de familia, celosos guardadores de la virtud de su hogar, llevan, sin embargo, como funcionarios, el estigma de reprobación de sus conciudadanos por su pésima actuación pública y administrativa, y por el indebido uso que han hecho del patrimonio del Estado.

La administración de justicia no siempre es gratuita ni justa, y los indultos y amnistías, cada vez más frecuentes, hacen inútiles los fallos en los que aquellos de nuestros Magistrados probos y competentes han puesto al servicio del país su cultura y su honorabilidad.

Como en tiempos de la Colonia, pululan por nuestras calles nubes de billeteros, y los gallos y juegos de azar de todas clases infectan y esquilman a pobres y ricos, en todos los pueblos y en todos los barrios.

La enseñanza pública decrece, día por día, de una manera pavorosa, y el analfabetismo aumenta en términos que producen espanto en cuantos meditan y se interesan por el porvenir de la República; y este atraso y desorganización se observa no sólo en la enseñanza primaria, sino también en la secundaria y universitaria. Y hasta en nuestro más alto centro de cultura oficial se ha llegado al extremo, en múltiples ocasiones, de que el proceso para la provisión de cátedras no se diferencie en nada del que sigue en cuestiones electorales cualquier comité de barrio o asamblea política.

No nos hemos ocupado en variar, mejorándola, nuestra composición étnica. Ésta es la misma que en tiempos de la Colonia. No hemos fortalecido nuestra población con sabias inyecciones de útiles emigrantes que arraiguen entre nosotros, se identifiquen con nuestro país y lleven a él sanas costumbres.

Ahora, como antaño, sólo llegan a nuestras playas los mismos emigrantes españoles de determinadas provincias de la Península ibérica, buenos, laboriosos, pero útiles sólo en muy limitadas actividades; y, para que la semejanza entre el ayer colonial y el hoy republicano se convierta en identidad, a pesar de nuestras leyes de inmigración, entran todavía, como en otras épocas, por diversos puertos de la República, cargamentos de chinos, comprados casi, y que después desalojan a los obreros cubanos. Y si no existe la esclavitud negra, la trata negra sí continúa, con la única diferencia de que ahora, en vez de hacerse con África, se hace con Jamaica y Haití.

Y todavía, en pleno año 1924, en Cuba republicana, separada por completo de toda iglesia o culto, hemos resucitado el problema religioso, olvidándonos de la libertad absoluta de creencias que reconoce y establece nuestra Constitución.

Nos falta el tiempo para estudiar detenidamente cada uno de estos problemas, que no hemos podido más que enumerar, y que hoy se presentan al examen, consideración y estudio de los patriotas cubanos de buena voluntad.

Como dijo en ocasión memorable el gran Varona,

> nuestro triste pasado se ha erguido de súbito, para lanzarnos al rostro que en vano hemos pugnado, nos hemos esforzado y hemos sangrado tanto. La generación de cubanos que nos precedieron y que tan grandes fueron en la hora del sacrificio podrá mirarnos con asombro y lástima, y preguntarse estupefacta si este es el resultado de su obra, de la obra en que puso su corazón y su vida. El monstruo que pensaba haber domeñado resucita. La sierpe de la fábula vuelve a reunir los fragmentos monstruosos que los tajos del héroe habían separado. Cuba republicana parece hermana gemela de Cuba colonial.

Y lo más triste, como escribió en artículo famoso el insigne Sanguily, analizando el lastimoso cuadro de la sociedad cubana de la época colonial que pinta Nicolás Heredia en su novela *Leonela,*

¡lo más triste al cabo es pensar que la guerra no barrió por completo, con tantas cosas pequeñas y miserables; porque todavía—en la esfera moral, como al través de las calles—, andamos aquí con el lodo hasta el tobillo!

Pero a todo esto—¿y aún habrá quién sostenga que vivimos en el mejor de los mundos?—tenemos que agregar dos nuevos y grandes males.

Uno de ellos es el hecho indiscutible de que la tierra y la riqueza se nos van, pasando a manos extranjeras, y con aquéllas, las industrias, las minas, los ferrocarriles, los bancos, los muelles, los teléfonos, los ingenios.

Y es el otro, la desmoralización que en nuestra vida política y hasta social ha introducido la forma especial y funesta en que se han desenvuelto nuestras relaciones con los Estados Unidos, problema que estudié ampliamente en la reunión del año pasado de nuestra Sociedad, y sobre el que sólo quiero dejar constancia aquí del daño enorme que nos ocasionan las frecuentes y toleradas intromisiones—hoy, por fortuna, notablemente disminuidas—, del Gobierno norteamericano en nuestros asuntos interiores, pues no sólo sirven para corromper más y más a políticos y gobernantes, sino, además, para hacer que nuestro pueblo vaya perdiendo paulatinamente la fe en nuestra soberanía y la confianza en el gobierno y el esfuerzo propios.

¿Qué hacer ante este cuadro pavoroso y triste, que hoy ofrece nuestra patria, cuadro que es muy difícil se atrevan a aclarar en sus negras tintas nuestros optimistas panglosianos u ocasionales?

Primero, no taparse los oídos ni cerrar los ojos ante él, sacrificando un poco nuestros intereses personales y nuestro egoísmo. Afrontarlo sin vacilaciones hipócritas ni temores pusilánimes. Después, estudiar nuestros problemas, para poder resolverlos, pero dedicándonos todos a estudiarlos. Culpables son nuestros gobernantes de esos males, pero culpables somos también todos los ciudadanos por participación en ellos, por complacencia, por omisión, por tolerancia, o por falta de civismo para combatirlos.

Obliguemos, por todos los medios a nuestro alcance, a nuestros gobernantes a ser probos, honrados y cumplidores de su deber. Pero no les exijamos moralidad por un lado, mientras les pedimos favores o condescendencia por otro. Y no les censuremos en su

actuación pública mientras les damos la alternativa en las relaciones sociales.

Nuestra Constitución es deficiente, inadecuada y necesita reformas. Fueron los constituyentes los primeros en comprenderlo y, convencidos de ello, consignaron en el preámbulo, que la habían adoptado después de invocar el favor de Dios, tal vez para repartir con la Divinidad la culpa de los errores en que hubieran incurrido.

Tratemos de reformar nuestra Constitución en aquellos puntos en que la práctica y la realidad nos lo vienen aconsejando desde hace años. Pero aun con ella, podemos hacer leyes buenas y útiles y vivir honesta y patrióticamente.

Y tengamos, por sobre todo, como requisito indispensable para evitar nuestro desplome y nuestra ruina y curar nuestros males, espíritu revolucionario.

Amemos la revolución en lo que ésta tiene de elevado, de noble y de útil. No la revolución que consiste en derrocar por la fuerza un gobierno malo para sustituirlo por otro tan malo y tan sin ideales ni programa como el anterior... No la revolución que sólo busca escalar el poder por el poder mismo. No la revolución, como muchas de las que en América y en la propia Cuba han estallado y hasta en Europa en estos últimos tiempos: la revolución material sin la revolución moral. Como dice Ortega y Gasset en un admirable ensayo,

> lo menos esencial en las verdaderas revoluciones es la violencia. Aunque ello sea poco probable, cabe inclusive imaginar que una revolución se cumpla en seco, sin una gota de sangre. La revolución no es la barricada, sino un estado de espíritu.

Tengamos nosotros ese estado de espíritu. Y hagamos entonces la revolución necesaria. Revolución que sea a manera de inmensa y purificadora hoguera en que se destruya todo lo enfermo y lo podrido, lo inútil y lo dañino, lo caduco, y lo anacrónico que aún padecemos. Revolución en cuya bandera, bandera blanca y gloriosa, aparezca, como síntesis de ideales, como símbolo de programa, una sola palabra: regeneración; regeneración, y no tan sólo rectificación, pues no debemos conformarnos con que gobernantes y funcionarios rectifiquen: nuestra aspiración debe abarcar horizon-

tes mucho más amplios. Porque la República, si quiere vivir, necesita renovarlo todo, arrasando por completo con lo viejo y lo malo—hombres e instituciones—, cambiando normas de vida y normas de moral, reformando todas las leyes y llevando a ellas la savia nueva de las ideas modernas. Revolución en la que, más que soldados y caudillos, hacen falta ciudadanos y apóstoles, y en la que las primeras y más trascendentales batallas deben librarse en la conciencia de cada uno de nosotros; en el interior de los bohíos, antes que en las sabanas o los montes; dentro de los palacetes y chalets antes que en las plazas y avenidas; revolución en la que serán más útiles que los proyectiles, los libros, y en la que más que fábrica de armas se requieren escuelas; revolución, por último, que no sería una obra nueva, sino el complemento de la que iniciaron aquellos gloriosos paladines—apóstoles, héroes y mártires—que en el 68 y en el 95 ofrendaron su hacienda y sus vidas por que Cuba fuera libre, próspera, honesta, civilizada y feliz.

EL HOMBRE ARRUINADO

OCHO AÑOS DE INTRIGAS INTERNACIONALES



EN época anterior a la guerra existía en Europa la leyenda de *El Hombre Enfermo,* con la cual se quería significar cierta imposibilidad de regeneración política por parte de Turquía, la nación invencible durante siglos y luego venida a menos al descender la pendiente de su irremediable decadencia.

Los sucesos posteriores y el desarrollo de la misma conflagración demostraron hasta qué punto era verdadera esta leyenda, originada más bien en las intrigas de las grandes potencias que debida a males incurables. Turquía libre ya de sus tutores, quienes lograron repartirse su territorio árabe, ha vuelto a la palestra con visibles muestras de energía y se empeña en destruir la leyenda que la señalaba como caso patológico. ¡Pero ha surgido otra, de proporciones infinitamente mayores! *El Hombre Arruinado*, la Europa, sustituye al hombre enfermo.

LAS LIGAS CAPITALISTAS Y LAS INTERNACIONALES SOCIALISTAS

¿Proviene, acaso, la ruina de Europa de las desastrosas consecuencias de la guerra que azotó sus predios y ciudades durante largos años? Sin negar su funesta influencia, creemos por nuestra parte que la ruina de Europa es debida a las intrigas internacionales, la obra de la rivalidad de dos sistemas políticos opuestos que se disputan el derecho de poseer supremacía en la sociedad. Y como esto no se consigue siempre por la buenas—el capitalismo tratando de conservar su posición preponderante y el socialismo procurando destronarlo—, de ahí la serie de conflictos derivados aparentemente de la guerra, pero en realidad tendientes a trans-

formar las instituciones sociales, a hacer surgir algo nuevo de tanta estela de dolor dejada por el tremendo magisterio de la sangre. ¡Adelante, por sobre las tumbas, como la Naturaleza!, que decía Gœthe...

Fácil es hoy rastrear el origen de ambos sistemas en conflicto. Hobbes había proclamado la necesidad de ciertas formas de tiranía para salvar el sistema feudal, mas concedía que la sociedad estaba basada en el contrato. Locke le refuta, y saca de los mismos principios consecuencias liberales, que vienen a ser luego la base fundamental de la ideología burguesa. De Locke a Rousseau, y de Rousseau a Robespierre sólo median procesos de lógica política, los que llevados hasta sus últimas consecuencias dieron al sistema republicano su fisonomía definitiva. *Libertad, Igualdad, Fraternidad:* he ahí el credo republicano tan alabado por los jacobinos, mas no del todo verdadero a la luz de las modernas teorías políticas.

La perfecta libertad y la igualdad perfecta—dice el eminente sociólogo Giddings—no pueden coexistir. Cuando son igualmente evaluadas, el valor de cada una debe ser rigurosamente subordinado a más altos valores; de otro modo, se impone la anarquía de la revolución. Generalmente, sin embargo, no son igualmente evaluadas. En atención *a la cohesión social y a la homogeneidad del tipo social,* la libertad se sacrifica parcialmente a ciertos modos de igualdad, o a la igualdad respecto de ciertas cosas; mientras *en vista del progreso,* otros modos de igualdad se sacrifican a la libertad.

Póngase esa observación en forma más agresiva, y se verán surgir las teorías socialistas, que proclaman el fracaso del sistema republicano—burgués o capitalista—, de sus fórmulas y sus procedimientos. Fué con la revolución de 1848 que aparecieron los primeros albores del socialismo. Sin embargo, esta revolución según Trotzky "no resolvió ninguno de los problemas nacionales: no hizo más que revelarlos". Nuevos redentores, los socialistas se dieron entonces a la tarea de demostrar que semejante revelación la traían ellos, y sólo ellos, en el pliegue de su camisa, y que bastaba con sacudirla en plena plaza pública para producir entusiasmos revolucionarios. Si Adam Smith había sido un observador comedido, Marx mixtificó a sus anchas, y Lenine se armó caballero.

De la Primera Internacional fundada por Marx, muerta de tétano como los recién nacidos, pasaron a la Segunda, vivificada por Bebel y Jaures; pero muerta ésta a su vez de catarro guerrero, surgió la Tercera Internacional proclamando mesiánicamente que se proponía "libertar al mundo de las garras del capital y del imperialismo". Los revolucionarios franceses se satisfacían con tres palabras; estos señores aumentan la dosis: *libertad, mundo, garras, capital, imperialismo*...

Las elecciones americanas de 1920

Las elecciones americanas de 1920 constituyeron, hablando francamente, una reacción capitalista contra las amenazas del socialismo efectivo (Tercera Internacional), para asaltar el Poder. "Nosotros, revolucionarios marxistas, estamos firmes en el terreno del internacionalismo", escribía Trotzky durante la guerra, y de tal manera era cierto esto, que la ola socialista alcanzó los Estados Unidos casi inmediatamente después de firmada la paz en Versalles.

Wilson había prometido al mundo una paz sin conquista, el fin de la diplomacia secreta y la no exigencia de indemnizaciones. Sea debido a los daños causados por los alemanes, sea por falta de carácter en el momento decisivo, estas promesas fallaron en toda la línea. El Tratado de Versalles se apresuró a justificar la Doctrina de Monroe y los mandatos, dejó en vigencia la diplomacia secreta como recuerdo de los procedimientos que lo sacaron a flote, y enormes deudas ataron a la Alemania vencida lanzándola al caos económico.

Se ha repetido muchas veces que la culpa del desastre económico de Europa la tienen los socialistas revolucionarios; pero no es menos cierto que los capitalistas intransigentes comparten con ellos gran parte de la responsabilidad. Firmes en el propósito de no cejar un ápice de su preponderancia al bando contrario, todas sus medidas, todas sus propagandas estaban encaminadas a obstaculizar los progresos de la ola socialista, en lugar de trabajar sinceramente por la reconstrucción de Europa. Ya Mr. Taft, en sus recomendaciones para el Presidente Wilson durante la Conferencia, insinuaba que el propósito fundamental del arreglo debía

ser: *To Resist Bolshevism;* y como esto no se logró, desencadenóse la furia republicana contra el Tratado de Versalles.

Los republicanos no querían ningún género de compromisos con la clase obrera, acaudillada por los socialistas, y cuando Mr. Wilson inició su gira de propaganda, no faltó periódico reaccionario que pidiese la aplicación mundial de la Doctrina de Monroe: *We want the Monroe Doctrine applied to the world!*

Típica de este estado de ánimo fué la acusación lanzada por el senador Lodge, en su carácter de Presidente de la Convención republicana, cuando tuvo audacia suficiente para calificar a Mr. Wilson de *"a free trader of socialistic proclivities in the White House"*, acusación completamente imaginaria que causó verdadero asombro. Mr. Lodge aprovechó esta oportunidad para desahogar sus furias contra el socialismo, que eran las furias capitalistas de su partido, el partido por excelencia de los ricos.

Por otra parte, el partido demócrata no estaba tampoco exento de la histeria general, porque Mr. Palmer se ensañaba contra los huelguistas de Gary, a pesar de haber éstos anunciado su decisión meses antes. Con la "injuction" arrancada a un Juez débil y parcial, el Gobierno partía confites con el *Trust* del Acero, se declaraba su protector, afectando ignorar las ganancias de 2,000 % que Mr. Mc Adoo reveló en un telegrama enviado a la prensa.

Viene la campaña electoral, y los dos partidos se declaran en contra y a favor de la Liga de las Naciones, respectivamente, *"a sincere document"*, según afirmaba el Presidente Wilson. Pero cierta declaración imprudente, tal vez una viveza mal calculada, le estropeó tanta sinceridad al documento versallesco. Mr. Franklyn D. Roosevelt, en su discurso en Butte, aseguró a sus presuntos electores, para congraciarse con ellos, que la entrada de los Estados en la Liga era un buen negocio: *"We controll twelve votes in the League... Mr. Daniels command them... I wrotte myself the Constitution of Haity..."*, y otras cositas más por el estilo. Aunque *The New York World* puso el grito en el cielo, para que "el idealista" no resultara salpicado en este match de reiterada *sinceridad,* hay gente que duda todavía y se pregunta, como Santo Tomás, cuáles serían las doce víctimas propiciatorias, o si sólo se trataba de los sueños de "Josephus" caricaturando al genial Ministro de los Faraones. De todas maneras, Franklyn D. Roosevelt tiene

su porvenir político bien asegurado, pues demostró ser un hombre muy ingenuo...

Y ¿qué diremos del León? El senador Hiram Johnson fué quien se llevó la palma del acierto psicológico. *"The League is dead"*, exclamó en uno de sus discursos truculentos y amenazadores, cambiando el rumbo de la campaña al dejarla sin medias, es decir, sin Liga con qué ajusarse las medias, porque a su juicio los grandes petroleros iban a echar a perder ese instrumento aceitándolo demasiado.

Algunos aseguran que en el momento decisivo de la Convención republicana, el General Wood fué a visitar al Senador y se le puso de rodillas en forma dramática: ¡Por misericordia Hiram, déjame ser candidato! Mas Hiram se mostró inflexible con Mr. Millon y medio, así como con los demás "investigados". Y cuando Mr. Harding anunció que de buena gana él y su partido aceptaban la Liga a condición de procurarle una fuerte "dentadura" *("let us put teeth in it")*, Hiram rugió enérgicamente, viéndose obligada *Mrs. Harding* (caricatura de *The New York Times), The Marionette* (caricatura de *The New York World)*, a ponerse de rodillas ante el Senador: ¡Por misericordia Hiram, déjame ser Presidente! Esta vez el viaje especial hecho para contentarlo dió el resultado apetecido, pero comprometiéndose Mr. Harding a no volver a hablar de la Liga y sus falansterios.

Serenada la mar, despejadas las nubes separatistas en el horizonte, ganar las elecciones y darle una mecida al terrible Hiram fué empresa relativamente fácil. Los demócratas cometieron el error de elegir a dos inexpertos, entre ellos un señor con una cara de eterna bravata de maestro de aldea, en contraste con Franklyn D. Roosevelt, más avisado, pero *"too young"*. Entonces se vió claro que Mr. Bryan era el alma del partido, y que faltando *"the great commoner"* las cosas marcharían mal. En efecto así sucedió, pues éste, previendo el desastre, optó por dedicarse a rezar en compañía de los prohibicionistas y el "Salvation Army", una actividad más provechosa según su criterio que la de malgastar discursos en favor de Cox. Y aquí viene al pelo el "slogan" propuesto en la encuesta de *The New York World:*

> Cox, the wagon, Roosevelt the Horse
> Coolidge, the driver, Harding, the Boss...

Entre las diferentes propagandas del partido republicano, tuve la oportunidad de presenciar una en la *Central Branch of The Y. M. C. A.*, de Brooklyn, N. Y. Allí exhibieron una película hábilmente confeccionada, donde aparecían las dos esposas de los candidatos demócratas en la forma más ridícula que pueda imaginarse. Sin duda, dicha película estaba dirigida a las mujeres electoras, insinuándoles cuán poco recomendables eran estas probables *"first ladies of the country"*. Para un hispanoamericano el espectáculo era deprimente, pues se apelaba a armas nada decentes, atacando a los candidatos en las personas de sus esposas.

Allí aparecían la Sra. Cox, en traje de casa, regordeta, pecosa, simple, de una simpleza excesiva, y la Sra. Roosevelt, peor vestida, flaca, desgarbada, con el brazo siempre por delante como si tuviese dolor de estómago. No recuerdo bien cuál de las dos miraba por un anteojo de larga vista o jugaba con un perro galgo. Desde luego aquel espectáculo provocaba hilaridad y daba una impresión acabada de mentalidad infantil. Quién hizo y cómo se hizo esta película, yo no lo sé; mas el que la acomodó tenía inventiva para la sátira, porque aquello era sangriento. Después me informaron que se trataba de la contribución del "compadre Rocky" a la campaña electoral, quien, dicho sea de paso, es protector de la mencionada institución a cambio de ciertas propagandas. ¡Este compadre Rocky tiene unas cosas!

Atando cabos, la perspectiva de la campaña era por demás favorable a los republicanos, quienes supieron tergiversar el asunto de la Liga, no obstante ser partidarios de una Liga "con dientes" con más empeño que los demócratas. La verdad de este aserto vamos a demostrarla basándonos en cables auténticos, recibidos en Caracas, desde 1921 hasta la fecha.

En primer lugar, la campaña electoral era seguida con atención en Europa. El solo anuncio de una Tercera Liga (alguien ha llamado a la Conferencia de La Haya: la Primera Liga de Naciones), provocó la reacción consiguiente en Ginebra, hasta el extremo de proyectarse un plan de propaganda en contra de su presunta rival. No sabemos a qué se debió el fracaso o abandono de esta proyectada propaganda, pero los cables que van a continuación dan idea exacta de dicho movimiento:

Washington, junio 4. [1921] Los republicanos opositores de manera absoluta a la Liga de las Naciones recibieron hoy con expresiones de aprobación y placer la declaración del Coronel George Harvey, Embajador de los Estados Unidos en Londres, de que la actual Administración "no puede, *sin traicionar a los fundadores y Jefes,* tener nada que hacer con la Liga de las Naciones, ni con ninguna comisión o comité que de ella dependen, directa o indirectamente, de manera franca o furtiva."

La positiva declaración de Harvey respecto a la actitud del actual gobierno norteamericano hacia la Liga de Naciones fué juzgada igualmente por senadores demócratas y republicanos, aparte sus puntos de vista sobre el Tratado de Versalles, como indicadora de que había sido hecha deliberadamente con el consentimiento y conocimiento del Presidente.

Los senadores declaran que un hombre como Harvey, cuya acción independiente es bien conocida, lo mismo que su libertad de opinión, difícilmente habría hecho declaración tan positiva en su carácter de representante oficial del Gobierno de los Estados Unidos en la corte de Saint James, si no hubiera sabido que el Presidente no desaprobaría declaración tan terminante.

"La declaración del embajador Harvey no me sorprende"—dijo el senador Mc Cumber, republicano de North Dakota, miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, y que figuró entre los reservistas moderados durante la lucha del Tratado de Versalles. Luego continuó: "Lo que dice Harvey es lo que el Presidente ha dicho antes repetidas veces. Es lo que se nos ha dado a entender a todos por el Presidente mismo, y no creo que eso altera en nada la situación. Se sabe que el Presidente ha dicho que la Liga iba a ser hecha pedazos, en cuanto concierne a su Gobierno. Se sabe también que usaría todo su poder e influencia para la participación de los Estados Unidos en una *Asociación de Naciones, fundada sobre una nueva base y una estructura diferente de la Liga rechazada de Wilson."*

"El lenguaje de Harvey parece razonable explícitamente—dijo Borah—, y francamente autorizado. Confío también en que será profético en toda su expresión."

"Naturalmente Harvey es enteramente correcto—dijo el senador Johnson, al afirmar que el actual gobierno no puede, sin traición, tener nada que ver con lo que se refiera a la Liga, directa ni indirectamente—. Es satisfactorio, sin embargo, tener este reconocimiento oficial del hecho."

El Coronel Harvey descarta finalmente—dijo el senador Mc Cornick—la suposición hasta ahora predominante en Europa de que los Estados Unidos participarían en la política internacional europea. Cada semana trae nueva evidencia de que América es bendecida y que a la larga será mejor para el mundo que los Estados Unidos rechacen la Liga de Naciones."

Ginebra, junio 6. La Liga de las Naciones se está *preparando* para iniciar la lucha en contra de cualquier rival que surja bajo el nom-

bre de Asociación de Potencias, tal como lo ha sugerido el Presidente Harding, de los Estados Unidos.

La Liga, después de haber permanecido a la defensiva en la esperanza de que la idea de Mr. Harding muriera al nacer por falta de apoyo, ha decidido ahora tomar medidas activas para combatir los puntos de vista norteamericanos y poner en línea a los miembros de la Liga que están pensando retirarse de ella para unirse a un grupo rival. Tal actitud ha sido tomada a raíz de los informes recibidos de que Uruguay, Chile, y posiblemente otros países de Sud y Centro América, tienen el proyecto de retirarse de la Liga para formar una Asociación de Potencias que tenga su centro en los Estados Unidos.

Argentina está ya fuera de la Liga, según se sabe públicamente. Sin embargo, nada se conoce de las intenciones que tenga dicha nación de entrar a formar parte de la "Liga Harding".

La Oficina de la Liga de las Naciones ha decidido establecer inmediatamente *un departamento de propaganda en Sud América,* similar a los que funcionan en París y Londres, con el propósito de suministrar a los países sudamericanos la información necesaria a los fines que persiguen. Por el momento, la misión de ese Departamento será iniciar una campaña en pro de la Liga de las Naciones. Su instalación inmediata ha sido recomendada por el Comité de Peritos nombrado por la Liga, después de haber hecho un estudio concienzudo y pasado por alto los crecidos gastos que su instalación y funcionamiento traen consigo. El dinero que ha de necesitarse para el departamento de propaganda de Suramérica tiene que conseguirse, aunque para ello sea necesario disminuir los gastos de otros Departamentos.

Se va a pedir a la asociación llamada "Sociedad de la Liga de las Naciones", que es una organización que funciona independientemente, que preste su cooperación y su ayuda en la *lucha que se va a iniciar* para preservar la Liga.

Buenos Aires, septiembre de 1921. El Ministro de Relaciones Exteriores argentino, además de las palabras anteriormente consignadas, dijo que cuando la Delegación Argentina se retiró de la Asamblea el año pasado, "él estaba seguro de que era una despedida definitiva". "Los representantes de las Potencias aliadas me dijeron, sin embargo, que considerarían la enmienda en la próxima sesión, y, por supuesto, nosotros no podríamos retirarnos de la Liga mientras no se diese semejante consideración a las enmiendas. Yo sabía que los Aliados jamás las aceptarían. Así fué que desde entonces hemos estado meramente esperando a las puertas de la Liga hasta que se llegase a una decisión formal y definitiva. Ese acto significa la separación de la Argentina absoluta y permanentemente de la Liga."

El señor Pueyrredon declaró que la Liga había muerto, explicando que no creía que pudiese sobrevivir bajo el "actual sistema antidemocrático de organización. Esta distinción no conduce a la armonía y a la cooperación entre los miembros, siguió diciendo. La posibilidad de

una nueva asociación mundial de Naciones que nazca de la Conferencia de Washington, para una limitación de los armamentos depende de los Estados Unidos. *Ese país tiene la clave de la situación.*"

Llegado el partido republicano al Poder, luego de rechazar la Liga Wilson, procedió a convocar una Conferencia de Limitación de Armamentos como medida especial en favor de la paz, y, poco después, Mr. Harding se declaró partidario de la participación de los Estados Unidos en la Corte Permanente de Justicia Internacional. Sin embargo, su propósito ulterior consistía en reunir en Washington un Congreso mundial para fundir la Liga en "un Consejo Internacional más grande y más eficaz", que no sería otro que la Tercera Liga de Naciones provista de una fuerte "dentadura".

Relativas a este importante asunto son las siguientes declaraciones del periodista norteamericano Mr. Walter Wellman:

New York, septiembre de 1923. Walter Wellman, conocido periodista, ha comunicado a la Prensa Asociada para que sea publicada por los órganos de esta Agencia, una carta póstuma del Presidente Harding dirigida a él. Al hacer esta comunicación, Mr. Wellman ha relatado una conversación que sostuvo a este respecto con el Presidente difunto, conversación que sirve en suma de corolario a la carta, y suministra precisiones muy claras en los proyectos que respecto al porvenir tenía Mr. Harding.

El Presidente me habló francamente de periodista a periodista,—declaró Mr. Wellman—. Si viviera, *esta conversación habría quedado secreta.* Ahora es una *herencia* que no debemos dejar que se pierda.

Me habló con un sentimiento profundo de los largos días y de las largas noches durante las cuales su pensamiento se dirigía siempre hacia ese problema del "deber de América", y me dijo cómo había llegado al fin a una conclusión definitiva. Según esta conclusión, su conciencia no le permitía permanecer por más tiempo inactivo, y una vez que la opinión del pueblo se hubiera interesado por ese problema, no toleraría más el aislamiento permanente y la indiferencia total que son las características de nuestra política exterior.

"El pueblo de los Estados Unidos no se ha preocupado jamás por esta cuestión—me declaró el Presidente—, pero cuando se decida nadie podrá contenerlo."

Mr. Harding—prosigue Mr. Wellman—se elevó a grandes alturas discutiendo esos proyectos. Al expresar su determinación, un aire de imponente nobleza lo envolvía. Habría querido que el pueblo entero pudiese verlo y oírlo cuando me decía: "Muchísimas personas me son adictas, pero detestan mi administración. Sin embargo, estoy empeñado en que la humanidad se afirme en el mundo, aun cuando esto me cueste otro mandato en la Casa Blanca."

Los proyectos de Mr. Harding comprendían la participación de Amé-

rica en la Corte Permanente de Justicia Internacional y la reunión en Washington de *un Congreso mundial al cual sometería un programa definido.* La Liga de las Naciones, que Mr. Harding consideraba como un "loable esfuerzo sin resultados", se amalgamaría en *un Consejo Internacional más grande y más eficaz,* que englobaría todas las naciones. Uno de los artículos de los nuevos reglamentos internacionales así establecidos prohibiría formalmente las guerras, las cuales, desde el punto de vista internacional, no tendrían estatuto legal.

Enterados de los anteriores proyectos, basta lanzar una mirada retrospectiva al período que media de 1921 a 1923, es decir, al período en que tuvo lugar la Conferencia de Génova, para comprender en toda su significación práctica las maniobras de los reaccionarios para anular la Liga de Ginebra, a la que la prensa republicana acusaba de ser *"a British League".* En efecto, la primera consistió en firmar una paz separada con Alemania; luego negáronse a tomar parte en las Conferencias de Génova y La Haya, convocando la Conferencia del Desarme con el objeto de demostrar la impotencia de Ginebra, y, por último, nombraron la comisión para la consolidación de las deudas de guerra y exigieron el pago de los intereses.

Es de los días de la Conferencia de Génova, que datan las siguientes declaraciones de Mr. Wadsworth, Subsecretario de la Tesorería:

Boston, marzo 30, 1922. Mr. Eliot Wahsworth, Subsecretario del Tesoro, en un discurso en la Cámara de Comercio sobre el porvenir de los Estados Unidos como nación acreedora, dijo que seguramente el país continuaría buscando inversiones en el exterior; que hasta hoy los negocios se han limitado a la compra de bonos de los Gobiernos extranjeros, pero que esto solamente no satisface a los norteamericanos, quienes desean intereses más amplios y diversos en todo el mundo. Manifestó que la teoría sobre las inversiones de fondos, o como se las llama hoy "financiamientos" debe estar basada en la consideración primordial de una administración prudente, inteligente y avezada.

Hablando en términos más claros, esas daclaraciones constatan el hecho de que el centro del capitalismo mundial está en los Estados Unidos, después de la guerra. Es, pues, a ellos a quienes corresponde en turno la dirección de los asuntos mundiales. De que los ingleses lo entendieron así, hace fe el arreglo concluído para el pago de los intereses de la deuda y su cancelación. Al prin-

cipio creyeron que podían seguir desempeñando en Europa el papel del león, pero luego se convencieron de que les correspondía el segundo puesto, el de la leona al lado del león, no tan honorífico pero al menos tan efectivo como el anterior. Un cable de Londres describe claramente la deseada camadería leonina:

Londres, abril 16, 1922. Inglaterra ha dado los primeros pasos estratégicos para aliarse a los Estados Unidos, y formar una terrible fuerza en el mundo. El primer paso ha sido aceptar el pago inmediato de los intereses de su deuda y convertirse al propio tiempo en acreedor del resto de las naciones europeas, haciendo presión sobre ellas para obtener el pago de lo que adeudan.

La "entente" angloamericana, en formación, está basada en la concepción común del futuro económico del mundo, en el que ambas naciones se convertirán en únicos acreedores del resto de los países, consiguiendo por este medio una preponderancia absoluta con su riqueza.

La formidable entente económica, de llevarse a cabo, aplastará por completo al mundo, pues con ella nada podrían ni ejércitos ni armadas navales; por medio de ella los Estados Unidos e Inglaterra podrán modelar a su gusto la política internacional del mundo; se convertirán en sus señores y amos.

La Conferencia de Génova

Con la precedente *receta* se comprenderá el estado de incertidumbre de los miembros menos afortunados en cuanto se refiere a poder financiero. Francia, Italia y Bélgica semiarruinadas, Alemania en la bancarrota y Rusia en el caos económico, no eran prospectos halagüeños para el éxito de esta conferencia anunciada con excesivo optimismo. De sus preliminares se desprende que los Estados Unidos apretaron el tornillo a Inglaterra, ésta a Francia, Francia a Alemania, y todos fueron a ver qué sacaban del caos ruso. Y el caos ruso, o mejor, los petróleos rusos resultaron la manzana de la discordia en esta asamblea de diplomáticos.

La siguiente información cablegráfica dará una idea completa de los diferentes manejos de Lloyd George, Barthou, Rathenau, Tchitcherine y Compañía, previas ciertas "advertencias" yankees:

Washington, marzo 17, 1922. Los Estados Unidos han presentado a los aliados reclamación formal sobre el pago de los gastos de las

tropas norteamericanas de ocupación en el Rhin. En la nota se hace presente que los aliados no deben proceder a dividirse entre sí los mil millones de dólares en efectivo pagados por Alemania, como se había proyectado. La reclamación fué presentada por mediación de los diplomáticos de los Estados Unidos en Londres, París, Roma, Tokío y Bruselas, a los gobiernos de la Gran Bretaña, Francia, Italia, Japón y Bélgica.

El montante de la reclamación para el reembolso de esos gastos a los Estados Unidos asciende a 241 millones de dólares, a contar desde el armisticio hasta el 1º de mayo de 1921.

El Gobierno de los Estados Unidos manifiesta que acogería cualquiera sugestión de los gobiernos aliados para el ajuste razonable de la materia, después de haber recibido seguridades de pago; mientras tanto espera que los aliados se abstengan de repartirse los pagos recibidos por Alemania excluyendo a los Estados Unidos.

Londres, marzo 28. La nota del Secretario de los Estados Unidos, Mr. Hughes, acerca del derecho de prioridad al pago de los gastos de las tropas norteamericanas de ocupación en Alemania ha sido "justa, pero inoportuna"; de tal fué calificada en los círculos oficiales de Downing Street.

Londres, marzo 28. Sir Robert Horne, Canciller del Tesoro, informó oficialmente en la Cámara de los Comunes, que la Gran Bretaña pagará media anualidad de los intereses sobre su deuda a los Estados Unidos en el próximo otoño. Esta manifestación fué recibida con aplausos.

Hasta la fecha, ninguno de los aliados que obtuvieron empréstitos de los Estados Unidos han satisfecho ni el capital ni los intereses.

Londres, marzo 27. En la sesión celebrada esta tarde en la Cámara de los Comunes, Chamberlain, hablando en nombre del Gobierno, puso de relieve *la trascendental importancia de la Conferencia de Génova,* diciendo: "A pesar de que los Estados Unidos no participarán en ella y no es aún seguro que acuda el Primer Ministro de Francia, la Conferencia será de tal importancia que constituiría una verdadera lástima que M. Poincaré se viera imposibilitado de acudir a ella."

París, abril 3. Poincaré dijo en la Cámara de Diputados que si Alemania parmanecía recalcitrante en el pago de las reparaciones, Francia recobraría su libertad de acción; y que Inglaterra estaba de acuerdo con Francia en este punto. La Cámara aplaudió vivamente la declaración del Primer Ministro.

Berlín, abril 5. Los delegados de los Soviets a la Conferencia, comenzaron a conferenciar con los representantes del Gobierno alemán, con el propósito de adoptar una línea de conducta común en la Asamblea. Se ignora aún hasta qué punto los alemanes sostendrán el punto de vista ruso.

Londres, abril 6. El Gobierno británico ha dirigido una nota a los Aliados declarándoles que como en sus deudas para con los Estados

Unidos existen intereses británicos, ella se reservaba el derecho de obligarlos a pagar su deuda a los Estados Unidos.

Londres, abril 6. Documentos ingleses sin importancia, que estaban en una valija de correo han sido robados de un tren en Francia. Se asegura que los ladrones quisieron robar documentos relativos a la Conferencia de Génova.

París, abril 6. Se piensa que la respuesta de Francia a la nota inglesa, relativa al pago de los intereses de los empréstitos de guerra por Inglaterra, será que esta cuestión está unida a la de las deudas interaliadas y que debe ser tratada como todas. La respuesta dirá que el pago en detalle no hará sino perjudicar el reglamento general.

La nota inglesa comunica a Francia que la convención de tres años, que debe terminar en breve, no será renovada.

París, abril 8. Según las últimas instrucciones dadas a los delegados franceses, éstos no estarán provistos de plenos poderes. Esta decisión es discutida vivamente por la prensa, que la interpreta como una reducción del papel de los delegados a funciones de simples observadores, lo que contrasta con el entusiasmo creciente de Poincaré por la Conferencia y su deseo de cooperar ardientemente para hacerla un éxito.

Berlín, abril 7. Walter Rathenau, Ministro de Negocios Extranjeros, declaró a los corresponsales de los diarios que la Delegación alemana a la Conferencia de Génova, parte animada de buena voluntad pero con poca esperanza, teniendo confianza sin embargo de que, a despecho de su programa severamente restringido, encuentre aún los medios de reajustar el desorden económico del mundo. Rathenau habló libremente de los problemas interiores y exteriores de Alemania, de la miseria económica que crece a consecuencia de las exigencias para las reparaciones y del destino futuro de Europa *si los Estados Unidos continúan desinteresándose de los negocios del Viejo Continente.* Cree que si la Conferencia produce resultados negativos sería la justificación completa de la opinión alemana de que ninguna reunión internacional puede deliberadamente dejar a un lado el problema de las reparaciones; y esto probará que *la participación americana es indispensable.*

París, abril 9. *Le Temps,* analizando la situación, dice al final de un artículo: "La Gran Bretaña, al notificar a Francia que debe pagar en otoño los intereses de los empréstitos de guerra, no piensa recibir ni intereses ni capital." Dice este diario que la Gran Bretaña tenía probablemente la intención de ocasionar, imitando la actitud de América, un cambio en esta actitud "a menos que la Gran Bretaña y los Estados Unidos no proyecten someter al mundo a la hegemonía angloamericana basada en la potencia del dinero". Añade que no se conoce que "Francia paga actualmente al Banco de Inglaterra 7 ½ % de intereses sobre millones de libras esterlinas".

Moscou, abril 9. Dos importantes factores han influenciado a Rusia contra toda concesión que tienda a alejar al monopolio del Gobier-

no sobre el comercio extranjero, aun una pequeña medida, no importa cuál, sobre el monopolio político. Uno de estos factores es el sentimiento evidente del partido comunista contra toda nueva retirada hacia el capitalismo. El otro factor es la victoria diplomática de los delegados soviets en Riga y Berlín, que los Jefes aquí dicen ha consolidado la situación de Rusia.

Rusia espera una especie de aproximación política con las otras potencias y *aun el ser reconocida por ellas.* Los esfuerzos económicos de Alemania y Rusia son más y más evidentes.

Berlín, abril 12. Alemania logra rápidos progresos en su propósito de conquistar comercialmente a Rusia, y dejar solamente los huesos a sus competidores Inglaterra y los Estados Unidos. La última de las victorias alemanas ha sido el obtener permiso del Consejo Supremo Ruso de Economía, para abrir una feria comercial en Moscou durante el próximo verano.

La exposición será semejante a la de Leipzig, pero en menor escala y se dedicará muy especiamente a exponer simplemente para la agricultura. Los alemanes se proponen en primer lugar poner fuera de mercado en Rusia el tractor de construcción americana, vendiendo otros más perfeccionados y más baratos.

Génova, abril 11. El Primer Ministro inglés obtuvo un éxito cuando dijo que Génova había prestado un gran servicio enviando a Colón a descubrir el Nuevo Mundo, y podía hacer otro gran servicio a Europa obteniendo la ayuda de América. Lloyd George piensa que América vendrá en ayuda de Europa al arreglar sus propios asuntos.

Génova, abril 12. Barthou explicó en una entrevista la actitud de Francia: "los Estados Unidos, dijo, nos han ayudado antes de su entrada en la guerra; se han batido heroicamente a nuestro lado; después nos han abandonado. Debemos marchar solos; debemos protegernos a fin de obtener la ejecución del Tratado de Versalles. Si los delegados rusos aceptan las condiciones necesarias, la tranquilidad futura de Europa está asegurada. Cuando llegue el tiempo propicio, Francia será la primera en reducir sus fuerzas militares."

París, abril 16. Un despacho de Génova dice que la delegación rusa presentó a los Aliados una nota en la que cobran 50 mil millones de rublos por daños sufridos por Rusia en las expediciones de Denikine, Koltchack, Youdenich y Wrangel, y 15 mil millones por la pérdida de Besarabia, dada a Rumanía. Añade el despacho que los delegados de los soviets pretenden que si bien ellos reconocen las deudas de Rusia anteriores a la guerra, son más bien acreedores a los aliados y no deudores.

Génova, abril 17. En el curso de una conversación Tchitcherine dijo: "que habiendo los embajadores aliados desencadenado la revolución rusa, ellos no tienen por qué quejarse de esta revolución. La guerra ha sido una guerra anglo-alemana. Ustedes han prometido Cons-

tantinopla a Rusia, pero no se la han dado. Dénsela, y *nosotros la pasaremos a los turcos de Angora."*

Génova, abril 18. Los delegados franceses admiten que el problema ruso domina los otros. Francia no va a Génova con repugnancia. Desea cooperar con los Estados Unidos, *de los cuales espera ver tomar un interés práctico en los negocios de Europa.*

Génova, abril 18. Un tratado entre Alemania y Rusia fué firmado ayer en Rapallo, por Tchitcherine y Rathenau, anulando el tratado de Brest-Litowsk y restableciendo entre ambos países las relaciones diplomáticas. Por este acuerdo las deudas de guerra han sido anuladas, lo mismo que las de la nacionalización de las propiedades alemanas. Estas últimas cláusulas van acompañadas en el Tratado mismo de la amigable esperanza de que las otras naciones seguirán el ejemplo que así se les da.

Génova, abril 19. El corresponsal del *Daily Mail* en Génova dice que los aliados han decidido que la comisión de reparaciones declare el tratado ruso-alemán nulo y sin efecto.

El Dr. Rathenau declaró a la *Associated Press,* que la exclusión de Alemania de la discusión de los asuntos rusos no era justa. Opina que el Tratado no es secreto y que no viola las condiciones por las cuales entró Alemania a la Conferencia.

París, abril 21. Instrucciones enviadas por el Gabinete francés a sus emabjadores en las capitales aliadas dicen que deben insistir en que se tomen enérgicas medidas contra Alemania si no cancela el tratado ruso-germánico, sin tomar en cuenta lo que se decida en la Conferencia de Génova.

Génova, abril 22. La deuda de guerra de Rusia a la Tesorería francesa es de 50,800.000.000 en francos, y la deuda anterior a la guerra es de 10.000.000.000 de francos oro.

New York, abril 22. Se asegura que próximamente se efectuará una conferencia general entre la Comisión Norteamericana de Consolidación de las deudas y representantes de las naciones deudoras, seguida de conferencias con los representantes financieros de cada nación.

En vista de la duda sobre la capacidad de las potencias deudoras de efectuar la consolidación de la manera aprobada por el Congreso, parece que se pedirá al Congreso la mayor independencia, después de un acuerdo con la Gran Bretaña.

París, mayo 3. La Comisión americana de Consolidación de deudas aliadas, ha comunicado al gobierno el texto de la nueva ley y le ha rogado que presente sus observaciones. El Ministro de Hacienda está encargado de presentar un informe.

Génova, mayo 8. Barthou ha declarado a los corresponsales de los diarios ingleses y americanos que si los rusos no daban una respuesta afirmativa y categórica al memorándum que se les ha enviado, Francia no proseguirá las negociaciones, y que si no llega a nin-

gún acuerdo con los rusos el pacto de no agresión resultaría de hecho impracticable.

Génova, mayo 8. La situación se complica con *las discusiones respecto a los petróleos rusos.*

Il Secolo dice que es imposible que el petróleo se convierta en un monopolio británico. Solamente un consorcio internacional podría poner fin a la lucha angloamericana por los petróleos, pues un acuerdo angloamericano provocaría las protestas de las otras potencias.

Génova, mayo 15. La conferencia económica se reunirá el 15 de junio en La Haya, si el proyecto decidido en conferencia privada de las potencias es sancionado por la comisión de los negocios rusos.

La decisión de aplazar la discusión relativa a los rusos es debida al deseo de las potencias europeas *de ver tomar parte a los Estados Unidos,* y también es un medio de disolver la Conferencia de Génova sin admitir diferencia entre Francia y Gran Bretaña respecto al arreglo de los problemas rusos *que no pueden ser allanados.*

Génova, abril 25. Los representantes del Banco de Reserva Federal de los Estados Unidos serán invitados a una conferencia de banqueros que se celebrará a raíz de la conferencia económica de Génova, según se propuso a la Conferencia.

La proposición fué presentada por Sir Robert Horne, Ministro del Tesoro británico. La proposición de Horne se refiere a una negociación completamente distinta de la que se celebra actualmente en Génova.

"La participación de los Estados Unidos en la conferencia bancaria —dijo Horne—es imperativa. Éstos no pueden aislarse por más tiempo de Europa como ésta no puede continuar sin la ayuda de los Estados Unidos."

Uno de los propósitos de la Conferencia, según Sir Robert, es buscar la estabilidad del cambio para volver a la base de oro. Los Estados Unidos tienen la clave de este procedimiento. El objeto principal es volver a los viejos principios; por ejemplo, que el pueblo pague sus deudas y equilibre su presupuesto. "Los Estados Unidos, concluyó, pueden crear o destruir esta nueva conferencia. No pueden ser ignorados."

Sir Robert preside la comisión financiera de la Conferencia de Génova y es posible que la Conferencia sancione su proyecto antes de su salida para Inglaterra.

Washington, mayo 16. El Departamento de Estado publicó el texto del mensaje enviado al Embajador Child en Génova, rehusando la invitación que se le hizo para participar en una Conferencia Económica europea en La Haya.

París, mayo 18. El gobierno informó a la comisión americana de consolidación de las deudas de guerra que estaba dispuesto a enviar una misión especial a América, para conferenciar sobre el pago de Francia con los Estados Unidos. Parmentier, alto funcionario del Ministe-

rio de Finanzas, será enviado por este Ministerio como Jefe de la Misión.

Washington, mayo 19. El Tesoro anuncia que las negociaciones serán sin duda llevadas simultáneamente con Francia e Inglaterra para la consolidación de las deudas de guerra.

Génova, mayo 19. El ruido hecho acerca de la Conferencia se ha aplacado. Numerosos son los que esperan que la reunión de La Haya traerá resultados apreciables. Algunos predicen grandes éxitos inmediatos en vista de la restauración de Rusia y de Europa; ellos consideran que además de la Conferencia de La Haya, las próximas reuniones de los banqueros internacionales, los bancos de emisión de París y Londres, y el pacto preliminar de no agresión son victorias notables.

Génova, mayo 19. Un examen de la Conferencia muestra que ella no se rehizo nunca del golpe que recibió por el tratado separado ruso-alemán. Uno de los principales objetos de la Conferencia de Génova era un acuerdo colectivo con Rusia, y el aviso inesperado de que Alemania había negociado sola un acuerdo con Rusia ha hecho nacer sospechas de que el acuerdo ruso-alemán contiene cláusulas militares secretas. No se disimulan los temores de que la conferencia *en lugar de llevar la armonía a Europa, la haya desorganizado.*

Vemos, pues, en definitiva, que tantos intereses en contra no pudieron entenderse, y que a los señores diplomáticos poco les faltó para irse a las manos y agarrarse por los cabellos, primero con motivo del Tratado ruso-alemán y luego al disputarse los petróleos rusos. Sólo el hombrecito de Gales no perdió su locuacidad, y tuvo la feliz idea de descubrir la América al revés, con gran regocijo de sus colegas.

El Hannaismo subterráneo

Después de la muerte de Mr. Harding se ha descorrido el velo sobre los procedimientos de los políticos americanos en sus relaciones con los grandes capitalistas. Nosotros ya conocíamos algo por la serie de artículos publicados en *The Liberator,* de New York, por Mr. Robert Minor, los que tradujo al español un periódico venezolano. Consideramos esta fuente de información un tanto sospechosa porque Mr. Minor es, según entiendo, socialista militante; pero tiene la ventaja de que conoce bien el asunto en sus antecedentes históricos.

Es innegable la íntima relación existente entre los grandes *trusts* internos presididos por el *Trust* del Petróleo, y el Partido

Republicano; así como la íntima relación del Partido Demócrata con los banqueros de Wall Street, presididos por la casa Morgan. Mr. Minor asegura esta dependencia a partir del "caso Hanna", célebre en los anales de la política norteamericana. Desde entonces acá se ha desarrollado dicha intimidad en forma subterránea y cautelosa, saliendo a la superficie las veces en que ciertos escándalos han dado lugar a ello.

Recientemente se produjo el más grande de todos, con motivo de las "oil leases". Tres miembros de Gabinete tuvieron que renunciar ante la perspectiva de un probable proceso, y Mr. Mc Adoo, Mr. Gregory y Mr. Palmer exhibieron sus habilidades en relación con los grandes capitalistas. Afirmar que ese es un estado general sería exagerar no poco, pero sí quedó demostrada la estrecha dependencia de la política respecto del capitalismo. Más aún, se puso en evidencia la tendencia cada vez más acentuada del capitalismo a identificarse con la política. Rockefeller, Gary, Mellon y Ford representan esa evolución.

Sin embargo, quien no tome los abusos capitalistas como base de propagandas revolucionarias, pondrá objeciones a que se califique sistemáticamente de *desastroso* todo lo que hacen "the Rockefeller crowd", "the Gary gang", "the Mellon tools", "the Ford scroundels", &. &. Porque, hablando con los hechos por delante, los grandes *trusts* representan la progresiva centralización de las industrias, que fué precisamente la tendencia observada por Marx, cuyas doctrinas en este punto son definitivas y constituyen la parte científica de su obra. Pero ¿a qué mixtificar tanto, presentando un cuadro lúgubre de pobreza y explotación, mil veces peor bajo el régimen socialista? Los que hemos seguido el desarrollo de la Revolución Rusa, sabemos cuán infame es su esquema de la *Militarización del Trabajo,* donde los obreros acaban por perder el resto de libertad que les queda bajo el régimen capitalista. Escapan de las manos de Pilatos para caer en las de Judas. *What is the use?* Si se ha de ser consecuente, es necesario convenir en que no todo es malo en la casa de Júpiter.

El tercer Partido

Ya hemos constatado la importancia que tuvo el senador Johnson en las elecciones de 1920, de las cuales fué el verdadero árbitro. Los acontecimientos posteriores han convencido al terrible Hiram de que sus cofrades lo engañaron hábilmente mientras necesitaron su cooperación partidaria. Una sola palabra de Mr. Johnson hubiera bastado para repetir la intentona de 1912, mas su obcecación contra la Liga de Naciones lo indujo a dar un mal paso.

Las siguientes declaraciones, publicadas por *The New York Times,* dan la medida de su irritación contra los hombres que contribuyó a llevar al Poder:

Freeport, Ill., March 8. What is happening in Washington "is merely a part of the Government system I am going to smash", Senator Hiram Johnson of California, candidate for the Republican Presidential nomination, declared in an addrees here today.

The United States Government is so doubtful of its own Department of Justice, Senator Johnson said, that it utilizes the money of taxpayers in the employment of attorneys to undo the terrible work of its own officials. And Mr. Daugherty is still a member of the Cabinet.

"There are men in Washington who believe it is their right to exploit the Government", he said. "They have allied themselves with the men who control Government. To fire an individual from the Cabinet or other part of the Government here and there does not break the alliance. The American people have got to smash it."

Es lo cierto que ninguna de estas amenazas le han valido gran cosa, y su estrella política se ha eclipsado notablemente, en medio de tantas declaraciones que no encierran programa alguno definido. De ahí que los "progresivos" lo hayan sustituído con La Follete, cuyo radicalismo es tan alborotado como su melena. Mr. La Follete vale más en la misma medida que su melena supera a la mechas de Hiram, quien siempre tuvo afición a descomponerse los cabellos antes de hablar públicamente. Aquí podría citarse a Shakespeare: mucho ruído para nada, porque nada útil ha hecho Mr. Johnson, que no sea llevar los reaccionarios al Poder y luego declamar contra ellos.

¿Está justificada y tiene fundamento la formación de un Tercer Partido? Justificada tal vez, pero sus fundamentos son quimé-

ricos. Quienes integran esta agrupación política son pequeños burgueses descontentos, que no teniendo valor para llamarse socialistas y sobrepasar al capitalismo según las vías trazadas por Marx, se alimentan de sueños retrospectivos, trasladándose a la época en que Lincoln mencionaba al "pueblo" siete veces en diez palabras. Ellos repiten todavía semejantes fábulas de bienaventuranza, y creen en la posibilidad de desandar lo andado; pero los más escépticos exclaman: ¡Miren al lobo tratando de disfrazarse con la piel del cordero!

En resumen, podemos concluir: que los "free traders of socialistic proclivities", como los "free traders of bourgeois proclivities", son entes mitológicos y fantásticos que no tienen ideas definidas ni mucho menos procedimientos dignos de tomarse en cuenta, sino que declaman por el gusto (o el mal gusto) de declamar, careciendo de programa constructivo. Y que, por consiguiente, el mundo en el año de gracia de 1924 se halla entre dos grandes organizaciones políticas efectivas: la Tercera Internacional, controlada por Moscou, y la Tercera Liga de Naciones, controlada por Washington, centros respectivos del socialismo y del capitalismo contemporáneos.

Si el capitalismo es un sistema preferible al socialismo o viceversa, o si a ambos sistemas se los llevará la trampa algún día, son cuestiones que quedan ya fuera del presente artículo.

CARLOS RANGEL BÁEZ.

Caracas, agosto, 1924.

El autor de este artículo es un distinguido escritor venezolano, que ha colaborado en importantes publicaciones de su país, siendo autor de un excelente estudio sobre *La Poesía de Ideas en Darío y Nervo*, inserto en la revista *Cultura Venezolana*, a mediados del año último, y traducido al inglés por *Inter-América*, de Nueva York, que lo reprodujo en su número correspondiente al mes de octubre próximo pasado. CUBA CONTEMPORÁNEA agradece el envío de este muy interesante trabajo y se complace al darle cabida en sus páginas.

TORMENTA

DRAMA EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS, Y EN PROSA

ORIGINAL DE A. HERNÁNDEZ CATÁ.

PERSONAJES

VICENTA.	Cincuenta años ruinosos, que la hacen parecer vieja ya.
ROSA.	Diez y siete años.
EL PATRÓN.	Cuarenta y nueve años. Casi parece hermano de sus hijos. Voz autoritaria. El marino hecho a las grandes abstinencias y a las grandes gulas.
PEDRO.	Veintisiete años. Aire reposado. Agua honda, cuyos remolinos apenas se ven.
MANUEL.	Veintitrés años. Nervios tensos. Impulso de romper todos los obstáculos e impaciencia de vivir pronto toda la vida.
EL RISA.	Treinta años. Enteco. Una cicatriz le prolonga una de las comisuras de la boca, dándole el aspecto repulsivo de una risa sin causa.

La acción en una casa de marineros de un pueblo cantábrico. Época actual. Las indicaciones de lugar se refieren a los lados del actor.

CUADRO PRIMERO

Sala amplia y pobre en casa del patrón Juan de Sagra y de Vicenta, su mujer.

Por el portón, que ocupa casi todo el fondo, se ve la calle de bajas casucas, bañada por el sol. A pocos palmos del portón, el muro formando chaflán con el de la izquierda, en el que se abre la enorme chimenea donde arde el único fuego de la casa. En ese chaflán se abre una puertecilla alta, con escalera de pocos peldaños.

Es media tarde, a fin de estío. La Tía Vicenta, guisa. Rosa dispone en la mesa cinco puestos; y El Risa, sentado en las escalerillas que sube a las alcobas, rumia con la cabeza baja una idea tenaz, mientras las mujeres hablan.

VICENTA. Estoy nerviosa. No es hora aún, y ya me parece que tandan.

ROSA. Llegarán a tiempo, ya verá... La diligencia no se retrasa nunca. ¿Se siente usted tan bien como ayer?

VICENTA. Sí, hija, sí... Tú estuviste mala, que creí que te perdía, y eso te sirvió para dar un estirón y hacerte una mujer; yo nada tengo de grave, y nunca estoy buena. Las penas y los años acaban... Más las penas.

EL RISA. ¿No se deciden a ir a recibirlos?

ROSA. Yo bien querría.

VICENTA. ¡No, no!... El patrón escribió que no saliéramos, que le daba rabia llegar al pueblo por tierra, y que le esperáramos aquí. Y cuando él manda una cosa...

EL RISA. Nació para patrón el señor Juan, y siempre mandó en todas partes.

ROSA. Esta es su casa. Bien puede mandar.

(El Risa se levanta. Rosa sube la escalerilla. Y al pasar cerca de Vicenta le hace una caricia.)

VICENTA. ¡Qué guapa se ha puesto y qué buena es!

EL RISA. Usted lo mismo que si fuera su hija la quiere.

VICENTA. Desde que murió su madre, la trajimos aquí y como hija ha sabido portarse.

(Rosa regresa con una fuente que fué a buscar y sigue poniendo la mesa.)

—No habrás olvidado hacer las camas por si vienen cansados... Y al patrón tenle lista su ropa limpia. Los hijos no son tan mirados; pero él...

ROSA. Sí, todo está.

EL RISA. Volverá tan recio y tan fiero como siempre. Y eso que mucho doma el hambre.

VICENTA. A él no. ¡Mira que haber tenido mi Juan que coger sus hijos y embarcarse sin mandar él!... Desde que pescaron con dinamita y echaron fuera la sardina, vino la ruina del pueblo.

EL RISA. ¡Y que el viaje ha sido largo!...

VICENTA. Hace cuatro días cumplió el año. Primero a las Américas con sal, y de allá con madera para Ita-

lia... ¡Dichoso tú que ya no tienes que navegar!

El Risa. Nadie es dichoso... Dos seguros he cobrao y lo que heredé del tío, y no soy feliz... Me cambiaba por muchos... Cuando se fué la sardina y los hombres tuvieron que echar cada uno para su parte, me dije: "Ahora es la tuya, Risa: te quedas de gallo de pueblo"... Pero sí, sí... A las mozas les gustan los hombres fuertes, no canijos como yo. Y por si fuera poco, esta maldita cicatriz...

Vicenta. Alguna te querrá.

El Risa. Con que la que yo quiero, huya...

(El Risa se asoma al portón del lado de la calle. Mientras tanto las mujeres hablan en voz queda.)

Vicenta. Me da lástima: es un buen hombre...

Rosa. Bueno, sí... Pero si no hubiera otro en el mundo; ya sé que no soy justa... No lo puedo evitar: me da como asco, y creo que también miedo.

(Vuelve a entrar El Risa.)

El Risa. Poco han de tardar.

Vicenta. ¿A qué te olvidaste de colgar la relojera? *(A El Risa)* Es una zapatilla muy maja que le bordó al patrón... Voy a ver. Sé que todo estará mejor que si yo misma lo hubiera hecho; pero si no doy un vistazo no estoy tranquila.

Rosa. A lo mejor falta algo. La misma alegría de que van a llegar, aturde.

(Mientras Rosa habla, Vicenta se ha ido por la puerta de las habitaciones.)

El Risa. Mucho te alegra que vengan. Para mí en cambio se acabó la buena época. Yo no podré venir tan a menudo. ¡Conozco al patrón Juan!... Y los cachorros se habrán hecho grandes también. ¡Ah, si tú me hubieras querido, Rosa!

Rosa. Te he sido franca... Amistad, sí: te estimo... Yo no sé engañar.

El Risa. ¿Y por qué no puedes llegar a quererme? El cariño no ha de ser siempre cosa de un segundo. Con mi fealdad, con mi cicatriz, otros hay peores... Yo

te he querido desde antes de estar en tiempo de querer. Ahora; no tendrá méritos que todos te busquen; pero cuando eras una rapaza flaca, que no parecía que ibas a ser lo que eres, yo te veía ya así. Te he querido de siempre y para siempre.

ROSA. No te niego tus cosas buenas... Pero no puede ser. ¿Preferirías que jugara malamente contigo? Yo no sé si será porque desde niña me seguías por entre las barcas de la playa y te tenía miedo, o si porque cuando volviste del mar, después de recibir la herida esa, la primera vez que te ví fué la noche del velorio de mi madre y me pareció que te reías... No sé... Esa impresión no se me quita nunca.

EL RISA. De este lado soy "El Risa"; pero de este otro, que es el del corazón, con ningún hombre más serio podrás tropezar. Si quise siempre tener dinero y peleé los seguros y aguanté al tío años y años, fué por poder ofrecerte riqueza. ¡Toda la vida esperando para una sola hora, y cuando esa hora llega, es mala, es negra. La suerte.

ROSA. Busca a otra, Risa. Cualquiera puede quererte, no sólo por tu riqueza, sino porque siempre fuiste hombre cabal.

EL RISA. ¿Es que quieres a otro?

ROSA. No; bien sabes que no.

EL RISA. ¿Entonces?... Yo no te pongo la cuerda al cuello... No me importa el tiempo. Dentro de un año, de dos... Cuando quieras. Decir tú "sí" y arreglar tus papeles todo sería uno. Los míos... He pensado tanto en esto que desde hace años los tengo arreglados...

ROSA. No... No te puedo querer, Risa. Aunque me lo propusiese, no lo podría. Perdóname si te hago mal.

(Hay una breve pausa.)

EL RISA. ¡Qué guapa vas a perecerles! Todavía no han venido y ya sufro.

ROSA. *(Con vivo tono de reproche.)*—¡Risa!...
(Vicenta llega jadeante.)

VICENTA. ¡Desde el corral he visto al coche tomar la revuelta del hórreo!

ROSA. Pues desde allí al parador, ni un minuto.

EL RISA. ¡Tiembla usted de gozo, señora Vicenta!

VICENTA. Es un año... Un año y casi un mes, Risa. *(A Rosa.)*—Huele bien el guiso, ¿verdad? Se van a relamer mis tres lobos. Aun saben estas manos guisar un cordero.

EL RISA. Lo que es el contento... También parece usted otra hoy, señora Vicenta.

VICENTA. Mira, hoy te quedas a comer con nosotros. De seguro que a mi Pedro, que era amigo tuyo, le ha de gustar...

EL RISA. No, gracias, Hoy no es día para extraños.

ROSA. Sí, hombre.
(Vicenta se asoma a mirar la calle y Rosa y El Risa quedan en primer término.)
—No estés así. Ya te he dicho que me perdones. No me nubles la alegría de hoy.

EL RISA. ¡Ojalá que el día de hoy no te traiga tristeza!

ROSA. ¿Qué quieres decir?

VICENTA. ¡Ya vienen! Ya vienen...
(Vicenta desaparece hacia la calle por la izquierda y Rosa la sigue. Mientras el tumulto de las voces se acerca y entran al fin las dos mujeres con el Patrón, Pedro y Manuel. El Risa queda solo en escena.)

VICENTA. ¡Déjame verte bien!

PEDRO. ¡Ven acá, madre!

VICENTA. ¡Creí que no llegabais nunca!...

EL PATRÓN. ¡Ah, qué bien hace la casa de uno dando tumbos un año! En todo lo grande del mar, uno no está pensando más que en este rincón... Dame un trago de nuestro vino... *(Bebiendo en la bota.)* ¡Qué bien raspa!

VICENTA. Aquí tenéis al Risa. Mucho nos acompañó. Ha sido un buen amigo.

EL RISA. ¡Hola, Pedro! *(A Manuel.)*—Hola, hola, Patrón. Venís hechos unos trinquetes.

MANUEL. Tú estás igual.

EL RISA. *(Melancólicamente.)* Sí, igual.

EL PATRÓN. Yo traigo salud, para tres, mujer. A otro viaje te llevo, y verás como se te acaban los achaques. El mar no se anda con términos medios: o mata o cura.

VICENTA. Pero no me decís nada de Rosa.

PEDRO. Si yo no me creo todavía que sea ella.

MANUEL. Ni yo.

EL PATRÓN. Si la veo en otra parte no la conozco.

ROSA. Yo los hubiera conocido no importa dónde.

EL RISA. Se ha hecho una mujer. Lo que se dice una mujer.

VICENTA. No hay otra como ella.

EL PATRÓN. No, no la habrá.

VICENTA. Éstos, ni a. abrazarla se han atrevido. Es la hermana, tontos... Abrazadla.

EL PATRÓN. ¡Ea, yo doy el ejemplo: Mirad!

VICENTA. ¡Qué tontos!

(El patrón abraza a Rosa y luego la abrazan tímidamente los dos hijos. Entre tanto El patrón vuelve a tentar la bota de vino, sube la escalera y contempla el resto de la casa desde el umbral.)

EL PATRÓN. Da gusto ver la casa... El guiso huele a gloria, Vicenta. Traigo hambre.

VICENTA. Pues a comer. El Risa come con nosotros.

PEDRO. Con mucho gusto.

MANUEL. *(A Rosa.)*—Déjame que te vea bien... Claro que eres la misma; pero...

PEDRO. Es como un milagro.

EL RISA. Los ojos los tuvo siempre así.

EL PATRÓN. Sí... y no. Apenas si recuerda ahora a la otra Rosa....

EL RISA. La recuerda.

EL PATRÓN. La recuerda. ¡Lo mismo que una charca recuerda

al mar! He bajao en muchos puertos, en muchos... y en ninguno ví rosa mejor.

MANUEL. ¡Padre!

EL PATRÓN. ¿Qué?

PEDRO. No beba más antes de la comida.

EL PATRÓN. ¡No haya miedo! ¿O es que crees que necesito del vino para saber lo que es una zagala de primera?... Son más viejos que yo y se les enredan los requiebros como un grumete entre el cordaje... Pero yo te los diré por ellos, Rosa.

ROSA. No me digan nada, no sé adónde mirar.

EL PATRÓN. Mira para mí.

VICENTA. ¡Se pone como una amapola!

EL PATRÓN. ¡Te sentarás a mi lado, Rosiña!

VICENTA. Yo la había puesto entre los dos chicos.

EL PATRÓN. No, no: a mi lado. Entre tú y yo. Ven acá, Manuel... Y toma esto.

(El patrón desaparece en la alcoba y Manuel lo sigue volviéndose a mirar a Rosa, antes de entrar. Vicenta va a separar el guiso. Pedro acude a ayudarla. Rosa y El Risa quedan en primer término.)

PEDRO. Yo te ayudo, madre. Como antes.

EL RISA. *(A Rosa.)*—Con los ojos ya comieron los tres. Puedes estar contenta.

ROSA. Y sí lo estoy.

EL RISA. Ya verás. Han de quererte mucho. ¡Más que antes!

ROSA. ¡Calla!

(Vicenta ha puesto sobre la mesa la cazuela humeante. Aparece de nuevo El patrón. Viene en mangas de camisa. En la voz se le notan la autoridad y el contento. Manuel llega también con él.)

EL PATRÓN. ¡Ea, a comer! ¡Tú a mi lado, Rosiña!... Y si no les sienta bien a los marineros, peor para ellos! ¿No te parece, Risa? Mi casa es igual que mi barco... Y el patrón es siempre el patrón.

(Coge a Rosa por un brazo y la arrastra a su lado entre fuertes risas.. Los otros tres se sientan sin reir, mientras cae el Telón.)

CUADRO SEGUNDO

En la misma habitación, pocas semanas después. La puerta y las ventanas están cerradas y en el hogar chisporrotean los leños. El padre y los dos hijos juegan a las cartas con ahincado interés. La madre que hace labor de media cerca de ellos trata en vano de apartarles la atención de los naipes.

VICENTA. Se ha puesto el tiempo que parece diciembre, ¿verdad?

MANUEL. Veinte en copas.

PEDRO. Miedo tuve a que fuera tute. ¡Tienes tú mucha suerte!

EL PATRÓN. ¡No se habla, que se descubre el juego!

MANUEL. ¡Arrastro!

PEDRO. ¡Qué tienes suerte, digo! ¡Hay que ver!

VICENTA. Mentira me parece veros en ese sitio que estuvo tanto tiempo solo. La chica y yo tenemos pasados unos sobresaltos... Todas nuestras fiestas era hablar de cuando volvierais.

MANUEL. Cuarenta y dos buenas; casi me salgo. *(A Pedro.)*—Tú das.

VICENTA. Voy adentro.

(Vicenta se ha levantado y se va sin que su marido y sus hijos que apenas han escuchado, noten su partida.)

PEDRO. Lo que es esta vez...

EL PATRÓN. ¡He dicho que no habléis!... Cada cual sus cartas.

(Durante breve rato juegan. Se les ve pensar las jugadas, elegir los naipes, El patrón y Manuel tiran los suyos con rudo ademán. Rosa aparece por la puerta que da a las habitaciones. Viene mustia, furtiva, casi como si quisiera no ser vista; pero los hombres antes de verla, sienten su presencia, y la atención se les va del juego. Por mirarla a hurtadillas las jugadas se trabucan. El padre, al fin rompe con voz rabiosa el silencio.)

El patrón. Tienes que tener oros, ¡de fijo!...

Manuel. Sí, me equivoqué.

Pedro. Todo son equivocaciones.

Manuel. También tú íbas a fallar y tenías, ¡qué caramba!

El patrón. ¡Buen par de mastuerzos estáis!

Rosa. No riñan, por Dios. Antes, cuando jugaban, nunca daban voces.

Vicenta. *(Apareciendo en el umbral de la alcoba.)*—¿Qué pasa?

El patrón. Nada, nada... ¡Se acabó la partida!...

Rosa. Fué culpa mía por venir a estorbarles, madre. Ya le dije que era mejor esperar allá hasta que se fueran.

Pedro. ¡Qué ha de ser suya la culpa, mujer!

Vicenta. Si yo estaba antes aquí y hasta les hablé, y ni caso me hacían. Es que las cartas son muy reñidoras.

Manuel. Lo que es las cartas...

(El hermano mayor se va hóscamente adentro. Vicenta se sienta junto a la lumbre y Rosa se cobija a su lado. Mientras hablan, Manuel hace solitarios sobre la mesa; pero su mirada se encuentra de tiempo en tiempo con la de su padre sobre el busto y la nuca de Rosa.)

El patrón. Los mozos de ahora tienen los nervios sueltos como mujeres... ¡La culpa la tengo yo por jugar con ellos!... *(Decidiéndose a levantar la mano que ya dos veces ha esbozado hacia el cuello de Rosa un ademán.)*—Te sienta bien el collarico, tú.

(Rosa, al sentir la caricia, tiene un sobresalto y no puede reprimir un grito.)

Vicenta. La has asustado.

El patrón. ¿Yo?...

Manuel. Ahora no me echaréis también la culpa.

Rosa. No, si fué que...

El patrón. Nada, que te he asustado... Pues lo siento porque nunca me gustó asustar a las mozas... Te digo lo que siento. Debe de ser que se hace uno viejo y pierde la maña.

VICENTA. No, hombre, no... *(A su hijo)*—Le has contestado sin respeto, Manuel. *(A Rosa)*—Y tú también, Doña Melindres... *(Al Patrón, que sale ceñudo por el fondo)*—Oye, no te enfades... oye...

(Se va tras él angustiada. En cuanto ambos desaparecen, en la alcoba, Rosa se dispone a salir también; pero Manuel la detiene.)

MANUEL. No te vayas; es mejor hablar.

ROSA. Si vas a hablarme como ayer, no quiero oírte.

MANUEL. En la casa no me vas a poder huír toda la vida. Es mejor hablar. *(Yendo hacia ella.)*—¡Te quiero, Rosa! ¡Quiéreme tú!

ROSA. ¡Quita!

MANUEL. ¡Tú no eres nada mía!... Eres de otra sangre, y encendiste la mía desde que te ví. ¡Tú no eres la misma de antes, mentira! ¡Quiéreme Rosa, no me huyas!

ROSA. ¡Soy la misma, sí! ¡Tu hermana! la que se crió contigo, la que tú no quieres respetar porque el demonio malo te trastornó los sesos por esos mares. *(Ya hostilmente en el rincón hasta donde ha tenido que retroceder.)*—¡Déjame o grito! ¡Por vuestra madre, Manuel!

MANUEL. ¡Quiéreme, quiéreme, o...!

ROSA. Te quiero, sí, no pongas esa cara; como hermano te quiero; de otro modo, nunca. Y si vuelves a hacer lo de anoche, de ir descalzo a empujar la puerta...

MANUEL. ¿Qué yo?...

ROSA. Sí. Si vuelves a hacerlo, se lo digo a padre, o me voy de la casa, o me mato, ¡te lo juro! *(Implorante.)*—¡Por la pobre madre, Manuel!

(Hay una breve pausa en la cual Manuel serena los nervios y reconcentra el pensamiento. Luego dice con helada ira.)

MANUEL. Hay que saber quién fué a empujar tu puerta: yo no fuí.

ROSA. ¡Júrame! ¡Díme que fuiste tú, Manuel! Entonces

sería el aire... Un miedo mío o un mal sueño... ¡Díme que fuiste tú!

MANUEL. Ni fuí yo, ni fué el aire, ¡y estabas bien despierta! ¡En trampa de lobos caerá quien sea, Rosa! Tú puedes salvarme y no quieres. ¡Pues nos condenaremos juntos!

ROSA. ¡Calla!

(Tras momentáneo ruido aparece Pedro en la puerta de la alcoba. A pesar del disimulo con que lo acogen, él presiente algo y, luego de mirar a Rosa, que se turba y sale, avanza y se encara con su hermano.)

PEDRO. Quiero darte un consejo, Manuel.

MANUEL. No te lo pedí.

PEDRO. Soy mayor que tú, y quiero dártelo.

MANUEL. Son baratos de dar y nada cuesta oírlos. Habla.

PEDRO. El querer no es cosa de fuerza... Se quiere siempre a la buena y porque sí. No es palabra mía. Un contramaestre, aquel del *Palinuro,* lo decía, acuérdate: "En el corazón no se entra por puños."

MANUEL. Se entra por maña, ya lo sé. Como en los cuartos a media noche.

PEDRO. No te entiendo.

MANUEL. ¡Como en los cuartos a media noche!... No seas hipócrita... ¡Como quisiste entrar anoche en el cuarto de ella! ¡Como la sigues por toda la casa con los ojos! Que bien te he visto. ¡Como la sueñas y dices domido su nombre!

PEDRO. ¿Me has oído? ¿La he nombrado en sueños?

MANUEL. ¿Lo ves? ¡Hipócrita! ¡Hipócrita!

PEDRO. Soñarla, sí; tenerla día y noche en el pensamiento y en el corazón sí; pero lo otro, no; lo otro no! Habrá sido una mala idea tuya.

MANUEL. ¡Jura!

PEDRO. Si yo me he levantado anoche y he ido a su cuarto, que madre muera... ¡Sí, que madre muera! ¿Verdad que crees?

MANUEL. Tengo que creerte y es casi peor... Habrá soñado según dijo. ¡Ojalá haya soñado!

PEDRO. Para decírtelo todo y que me creas: una vez pensé hacerlo, y... ¡no lo hice!... ¡No lo haré! Le huyo a esa tentación igual que al diablo. Pero quererla, sí; llevarla en el corazón y en la carne, sí; como un enfermo, como un loco.

MANUEL. ¡Como yo! *(Con súbita sospecha.)*—¡Tú me han mentido! ¡Has jurado en vano!

PEDRO. ¿Qué dices?

MANUEL. Has querido engañarme igual que a un chico, ¡con juramentos y pamplinas de vieja!

PEDRO. Cállate... cállate, o...

MANUEL. ¡No te temo, ya no soy el rapaz de antes! ¡Por ella soy capaz de todo!

(Pedro ha cerrado un instante los puños, pero ante la actitud de Manuel que presto a acometer busca algo en la faja, reacciona, abre los brazos y se ofrece indefenso. Entonces una onda de contrita ternura le sube también a Manuel del fondo del alma.)

PEDRO. ¡Mátame, mátame si quieres!

MANUEL. ¡Perdóname, Pedro!

PEDRO. Los dos tenemos que perdonarnos. ¡Estamos peor que en medio de la tempestad más espantosa! Tenemos las almas desarboladas, se ha roto el timón, y nos ahogamos, Manuel. ¡Nos hemos llenado de ella lo mismo que un barco se llena de mar! Hay que tener coraje, hermano... ¡Tenemos que jurarnos no ser Caínes!

(El patrón llega por el fondo.)

EL PATRÓN. ¿Qué pasa?

MANUEL. Nada... nada.

EL PATRÓN. Ya debíais estar en el muelle.

PEDRO. *(A Manuel que ha ido a descolgar el impermeable que pende de una percha próxima al hogar.)*—Dame el mío.

EL PATRÓN. Si el armador os pregunta, entretenedle sin soltar prenda. Quiero ser yo el que cierre el trato.

PEDRO. ¿De jornales, podemos hablar?

EL PATRÓN. Tampoco. Soltadle cable y evitad que apalabre con ninguno; nada más.

(Pedro y Manuel salen. El patrón mira desde la puerta de la calle el cariz del tiempo. Cierra y vuelve al centro de la escena. Se inclina a enderezar un leño y al oír ruido se vuelve brúscamente y la cara se le ilumina. Es Rosa.)

ROSA. Quiero hablarle, padre.

EL PATRÓN. ¿No te asusto ya? Baja y díme lo que quieras. Nadie puede oírte con más gusto que yo ni tampoco con más cariño. Estás todavía pálida... Ahora, con el resplandor del fogaril, tienes el color que te ví el día que llegamos. Así me gustas. ¡Ea, dí lo que quieras!

ROSA. *(Después de una pausa.)*—Antes no me asusté de usted padre.

EL PATRÓN. Mejor que mejor. ¿Te asustaste por estar los demás?

ROSA. Por la madre, no. Por los otros.

EL PATRÓN. Pedro no estaba.

ROSA. Yo no sabía si estaba. Está sempre.... ¡Están siempre! Lo que tengo que decirle es horrible, padre. Si usted no se los lleva la casa se pierde. ¡Prefiero estar muerta! No tener que comer, verme de mendiga por los caminos, a... ¡Ay padre, padre!... *(Se refugia en sus brazos acongojadamente.)*

EL PATRÓN. ¡Esos canallas! Los he de eslomar, te lo juro. ¿Se han atrevido contigo? ¿Los dos? ¿Los dos?

ROSA. No son los mismos de antes, padre.

EL PATRÓN. Tampoco lo eres tú.

ROSA. Yo sí. Igual que si fueran de mi sangre los tengo. Mirarlos de otro modo sería para mí lo mismo que escupir al altar. Casi desde el primer día empezaron, padre... Me miran, me persiguen. ¡Usted no sabe!

EL PATRÓN. Si sé, si sé.

ROSA. Yo no me arreglo; ni siquiera me pongo flores como

las otras mozas. Nadie puede decir que hice nada para soplar ese fuego maldito.

EL PATRÓN. Nada tienes que hacer; con estarte quieta y dejar que te miren, los enciendes; con huirles tiras de ellos para ti, igual que una tromba. ¡Es que tú no ves, Rosa! ¡Ah, los canallas!... Yo bien sospeché. ¡Con un chicote de cuerda los he de tundir antes de enrolarlos en un barco que no vuelva nunca!

ROSA. Si la madre supiera...

EL PATRÓN. *(Cambiando de tono.)*—La madre no tiene por qué saber.

ROSA. Pero si supiera.... Sólo por ella sufrí hasta hoy este martirio. Sin lo que pasó anoche y sin las palabras que hace poco me dijo Manuel, habría sufrido aún más.

EL PATRÓN. ¿Qué te dijo?

ROSA. No sé, no sé... Anoche oí pasos frente a mi cuarto y ví el pestillo levantarse y estar un rato así, igual que un cuchillo que estuviera amenazando mi honra... ¡Fué horrible! Hubiera preferido morir mil veces.

EL PATRÓN. Tú antes no cerrabas, ¿verdad? Mira, Rosa, yo quiero que tú te cases, no importa con quién. Con cualquiera del pueblo, menos con ninguno de ellos... ¿Entiendes?... ¡Tienes que casarte en seguida! Te recogimos una niña; parecía que no ibas a crecer nunca, no eras nada, lo que se dice nada... y de pronto te has abierto igual que una flor, y huele a ti en toda la casa, y... nos trastornas ... ¡A mí también, Rosa! ¡A mí también!

(La mano del Patrón que tembló primero sobre el pelo de Rosa y se mojó luego de sus lágrimas, baja poco a poco a la garganta; al cuerpo, al talle... y en ese momento, Rosa comprende que ni un solo segundo estuvo hablando con el que llamó padre toda su vida, y se separa horrorizada.)

ROSA. ¡Padre! ¡Oh, no, no! ¡qué horrible!

EL PATRÓN. ¡Yo no soy tu padre! Desde el primer día me em-

brujaste también. Antes bebía; ahora no necesito beber para estar borracho; lo estoy de ti. Las miradas que tantas veces te hicieron temblar cuando estabas de espaldas, no eran las de ellos; los pasos que anoche sentiste no eran los de ellos. Yo levanté el pestillo... Sí, yo... yo...

ROSA. ¡Qué horror!

EL PATRÓN. Nada me importa la madre, nada me importan ellos. Desde que te he conocido, porque antes no eras todavía tú, sólo tus ojos y tu boca me importan. ¡Vamos donde quieras; soy fuerte y me siento más joven que los jóvenes. Sé ganarme la vida...

ROSA. ¡Calle, no quiero oírle!

EL PATRÓN. ¡Déjame besarte! Que te bese una vez en la boca y que me condene! Estoy ya condenado, porque te beso en sueños, despierto. ¡Déjame!

ROSA. ¡No, no!...

EL PATRÓN. ¡Ah, de ellos nunca! ¡Los odio!

ROSA. ¡Suelte! ¡Suélteme o grito! ¡Tenga piedad de la pobre madre, ya que no de mí. *(Abriendo el portón de la calle luego de haber huído perseguida por la estancia.)*—¡Si no se va ahora mismo a pedirle perdón a esa santa salgo para siempre.

(El patrón, que ha estado sugestionado un minuto, tiene otra marejada de deseo y da un salto para cerrar el portón. Rosa escapa despavorida y ya desde la calle, grita:)—¡Me ha echado de la casa!

EL PATRÓN. ¡Ya volverás!... Las gaviotas acaban por volar siempre hacia tierra. *(Entrando de nuevo después de cerrar y yendo hacia la alcoba.)*—Su grito me asustó, y la solté... Fuí un bruto. Mujer que se suelta... Ya no me queda sino seguir o irme... ¡Seguir, no me queda otra cosa! ¡Ah, lo que es esta noche! ¡Ya volverás, ya volverás!

(Cuando, mientras dice la última palabra, sube a pasos lentos la escalera, los dos hijos surgen por la izquierda, en el portón.)

PEDRO. ¡Tiene que haber sido la madre. Hay que preguntárselo!

MANUEL. *(Obstinado.)*—¡No!

EL PATRÓN. *(Desde el umbral de la alcoba.)*—¿A qué venís?

PEDRO. Venimos porque...

MANUEL. Teníamos que venir... ¡y hemos venido!

EL PATRÓN. Os dije que esperarais allá. ¿Es que no hablo claro?

PEDRO. ¡Padre!

EL PATRÓN. Si las palabras no bastan, tendré que buscar un rebenque para hacerme entender. *(Cerca ya de ellos.)*—¡Allá... a esperarme!

PEDRO. Padre, algo muy grave tiene que ser para que no podamos obedecerle. Déjenos hablar con la madre una palabra sola, y en seguida nos vamos. Es mejor, padre. Es mejor.

EL PATRÓN. ¡He dicho que no!

MANUEL. *(A Pedro.)*—¿Lo ves?

EL PATRÓN. *(Con decisión súbita.)*—Es de Rosa lo que venís a preguntar ¿no es eso? Podéis preguntármelo a mí. *(Hay una pausa. El patrón está erguido, trémulo. Los dos hijos titubean ante él; pero en los labios del menor estalla al fin la rabiosa pregunta.)*

MANUEL. ¿Quién quiso abrir anoche su puerta?

PEDRO. ¡Manuel!

EL PATRÓN. ¿Era eso sólo?

PEDRO. En eso caben muchas desgracias, padre. Ella se lo ha dicho a éste y yo le he jurado que no fuí yo... Tal vez fuera un sueño, o quizá la madre. Para nuestra paz queremos preguntárselo. Déjenos ir.

EL PATRÓN. La madre no tiene que saber nada. ¿Lo oís? No está para disgustos. ¡Entre hombres ha de tratarse esto! Que haya sido ella o no, nada le quita a nuestra acción. Dar por sentado que ella fué, y ya está.

MANUEL. ¡No es lo mismo!

EL PATRÓN. ¡Pues ha de serlo! No hace mucho me hablaba Rosa de vosotros con asco. De ti el principal, Manuel...

(A Pedro.)—Y también de ti. Ya sabemos que no es familia nuestra; pero... ¡No sois sus hombres! ¿Entendido? Y como esos males se quitan con mar, esta tarde misma os apuntáis para la pesca de Francia, hasta que haya un flete bien largo. No se hable más.

MANUEL. ¡Yo no me voy!

EL PATRÓN. ¡Manuel!

PEDRO. No se ponga así, padre. Yo me iré. Que éste, que es el más chico y tiene la sangre más revuelta, pruebe. Al fin y al cabo no somos leprosos para que nos tenga tanto asco. Si Manuel tiene suerte, yo no vuelvo más al pueblo y ya está todo. ¡Sangre de hermano no!

EL PATRÓN. ¡Os marcharéis los dos!

MANUEL. ¿Por qué quiere usted que marchemos los dos y usted quedarse?

EL PATRÓN. ¡Ah, canalla!

PEDRO. *(Conteniendo al Patrón.)*—¡Padre, padre!

MANUEL. ¡Déjalo! ¡No me toque por esto, padre! Por cualquier cosa, hasta sin motivo, me puede pegar, que siempre me aguanté; pero por esto ¡no me toque!

EL PATRÓN. ¡Por esto, más! ¡Suéltame!... ¡Que me sueltes! *(El padre forcejea con Pedro, y Manuel lívido, con un fulgor fatal en los ojos, espera. En un momento en que el patrón está a punto de soltarse, Pedro pide socorro.)*

PEDRO. ¡Madre! ¡Madre!

EL PATRÓN. ¡Calla!

PEDRO. ¡Madre!

(Hay una pausa angustiosa, en la que el Patrón jadea y quiere calmarse.)

MANUEL. Ya está aquí.

(Vicenta aparece en lo alto de la escalera.)

VICENTA. ¿Qué ocurre? Estaba en el patio y no sé cómo he venido. ¡Se me heló la sangre! *(A Pedro.)*—¿Por qué gritaste así?

EL PATRÓN. No fué nada. *(A sus hijos.)*—¡No ha sido nada!

VICENTA. *(A Manuel.)*—Le volviste a contestar mal, sabiendo su genio. ¿Y Rosa?

PEDRO. Debe de estar allá.

VICENTA. No... de seguro no.

EL PATRÓN. Rosa se ha ido.

VICENTA. ¿Qué se ha ido?

EL PATRÓN. A la calle, sí. Fuera.

MANUEL. ¿Y por quién se ha ido?

PEDRO. ¡Cállate! Piensa en la madre.

EL PATRÓN. Se ha ido porque sí. Porque no somos nada de ella y no quiere estar más con nosotros.

VICENTA. ¿Qué no es nada nuestra? Eso no puede ser. Tú has vuelto a beber como antes y has hecho que estos también beban. ¿Cómo no va a ser nada nuestra, si se crió aquí, si la quiero casi igual que vosotros? No. Algo pasa que no me decís. Habla tú, Pedro. *(En este instante suenan dos golpes en el portón que había cerrado Pedro al entrar. Nadie se atreve a responder. Suena otra llamada. Pedro, al fin, logra hablar.)*

PEDRO. Adelante.

(El portón se abre y El Risa queda en el umbral.)

EL PATRÓN. ¿Qué te trae?

VICENTA. ¿Y Rosa? ¡Tú la has visto!

EL RISA. En casa de mi hermano quedó... Esta misma noche sale del pueblo, y dentro de pocos días será mi mujer. No quise decirle a usted nada antes de que el Patrón lo supiera, porque aquí se hizo siempre lo que quiso el Patrón; y como yo le he parecido poco para ella... Y también a éstos...

VICENTA. ¡Ah, la ingrata!

EL RISA. No lo es, señora Vicenta... Algún día verá usted que no lo es, y que la quiere como a madre... La tormenta no dura siempre... Si yo he venido es para que sepa usted que la lleva en el alma. *(A los hombres.)*—Va con un hombre honrado; con un hombre que sabrá defenderla... Es mejor así, señora Vicenta... Buenas noches a todos.

(Sale sin dejar de dar la cara a los hombres. En cuanto desaparece, El patrón y Manuel vuelven de su estupor y quieren lanzarse contra él. Pero rápido, autoritario, Pedro cubre la puerta.)

PEDRO. ¡Nadie pasa! ¡Nadie, *(al Patrón.)*—¡Ni tú!... Ese hombre es un buen hombre, y el daño que nos hace es para nuestro bien. En el derecho de Rosa no podemos meternos. Ahora, a saber sufrir sin que la gente se entere de nuestra vergüenza... ¡¡¡Aquí nadie sufre más que nadie!!!

(Cierra el portón.. Manuel, de bruces contra la mesa, se abisma en rabioso dolor; y el padre, vencido, se deja caer en una silla, junto a la chimenea, y después de un momento de lucha rompe en sollozos. La Madre y Pedro se miran, se comprenden, y mientras ella va y consuela al Patrón como si fuera un niño, Pedro se acerca al hermano y lo acaricia también paternalmente.)

(Telón.)

DEL LIBRO EN PRENSA *LA PLEBE EN ACCION* (*)

DEDICATORIA



EDICO este volumen al eminente jurisconsulto boliviano don Arturo Loayza, iniciador de la idea de poner la *Historia General de Bolivia* bajo los auspicios de don Simón I. Patiño, señalado ya en otro lugar como prototipo del hombre de esfuerzo fecundo y feliz para la realización de empresas gigantezcas, tenaz en sus resoluciones, firme e inexorable para perseguirlas.

La alianza de estos dos varones—estudioso y cultivado el uno, atrevido y previsor el otro, ejemplares ambos por su vida laboriosa—, ha de medirse mañana en nuestros anales como un acto decisivo en los progresos que la nación viene realizando y todavía realizará cuando los inmensos capitales invertidos por el señor Patiño en obras de positiva trascendencia—empresas mineras, colonización, ferrocarriles, monumentos, carreteras—hayan modificado el espíritu público, creado riquezas y dado mayor relieve a nuestra significación como pueblo entre los pueblos de ese Continente.

Porque la labor de este afortunado industrial no debe medirse desde el punto de vista de los intereses personales o de grupo que pueden o no ser atendidos y de los dones más o menos cuan-

(*) En el número 139 (julio, 1924) de CUBA CONTEMPORÁNEA se publicó un extenso trabajo del notable crítico uruguayo Juan Antonio Zubillaga, sobre la *Historia General de Bolivia,* del ilustre escritor Alcides Arguedas, obra que ha sido acremente combatida y censurada en su patria, siendo ello motivo de que el autor haya puesto al frente del tercer volumen de dicha Historia, bajo el título de *La plebe en acción,* estas páginas, inéditas hasta ahora, en las que el distinguido escritor boliviano se defiende, con valentía, de las acusaciones hechas por sus conterráneos.

tiosos que haya prodigado entre determinadas personas o instituciones, sino por los beneficios que han de aportar las obras destinadas a largo plazo y las cuales sólo fructifican con el correr del tiempo, como ciertos árboles de vida milenaria que hunden sus raíces entre las grietas de rocas subterráneas y ponen a lucir sus frutos cuando tormentas y tempestades han fortalecido su follaje.

*

Y, con todo, a veces se me ocurre pensar—recordando el entusiasmo comunicativo con que don Arturo Loayza concibió la idea de rendir mis desengaños y hacer que esta obra se llevase a término—que debe haber instantes en que al ver los rudos ataques y el encono con que la obra es recibida en el país, vacile y se pregunte si verdaderamente estuvo acertado en alentar los esfuerzos de un escritor cuyo lenguaje y criterio chocan profundamente a casi todos los bolivianos y al que periodistas y gaceteros sin responsabilidad combaten con zaña y encarnecimiento, dándose ínfulas de salir en defensa de las glorias nacionales, calumniadas, dicen, torpe e inconsideradamente por el autor de esta Historia. Ese desconcierto del afamado jurisconsulto ha debido acaso ser mayor cuando dos cuerpos colegiados, insignes los dos, el Senado y la Universidad, marcaron su desaprobación negando el Senado el apoyo, más que pecuniario, moral, que uno de sus más prestigiosos miembros, don José Paravicini, pidió, rompiendo prejuicios, para la obra, y la Universidad, callada pero maliciosamente, se daba prisa en sacudir la pereza de los estudiosos, convocando a un certamen público para dotar al país de una Historia que abarque el mismo período de tiempo fijado para la mía, ofreciéndoles el cebo de un apreciable premio instituído hace muchos años por un filántropo, y últimamente desvirtuado de su gran fin por egoísmos e intrigas de marcado sabor criollo.

Mi eminente amigo, por último, ha debido concluir por arrepentirse de su intervención al leer un libro de nutridas páginas y grave título, *La Obra Histórica de Arguedas. Breves Rectificaciones y Comentarios,* escrito por don Macedonio Urquidi, meritorio e inteligente cronista, y ver allí que un importantísimo personaje y jefe honorario de un partido político, dijo que mi obra no era sino *un libelo infamatorio de la nación boliviana.*

Urquidi no es menos severo, porque mi Historia, dice, desmedra el honor de la República...

Estas opiniones, unidas a otras que no recojo por venir de muy bajo, o por provenir de gentes interesadas y directamente aludidas, o por ser groseras de contenido, al generalizarse, van creando en Bolivia el mismo o peor ambiente que hace quince años existía para el entonces zarandeado autor de *Pueblo Enfermo,* libro de permanente actualidad en el país y que muchos consideran reciente como el fiel espejo de costumbres...

Y quisiera yo, para defenderme y atenuar los sobresaltos de don Arturo Loayza, responder que otro, y muy distinto, es el criterio con que fuera del país se juzga mi Historia, pues hay escritores de bien ganado renombre en nuestro Continente que en ella ven una obra de aliento y propia para la formación del carácter nacional, o un "monumento de fe a través de su aparente pesimismo" o un acto de "lealtad científica y de decencia intelectual"...; pero conozco la respuesta, pues se me dirá que ese criterio puede ser equivocado por provenir de extranjeros que no conocen de cerca el país y ven las cosas de lejos.

Y aunque fácil sería responder que precisamente por ser eso así, esto es, porque los hechos que señalo se presentan a su mirada con la objetividad que les da su alejamiento en el tiempo y porque, ni por tradición, ni por conveniencias de banderío, no tienen empeño en interesarse por este hombre o aquel, por este o aquel grupo político, por uno u otro caudillo, su visión y su juicio resultan, por tanto, más equitativos, más justos y más ecuánimes...

Renuncio, no obstante, a este medio de legítima defensa para evitar la tacha de vanidoso que pudieran echarme mis porfiados impugnadores. Y ya que la mayoría de mis compatriotas se resiste a descubrir algo más que enfermo pesimismo en mis labores de historiador, será, pues, preciso que descubra la enseñanza de mi obra, aunque esa tarea no me incumba y sea del exclusivo dominio de la alta crítica, que, por malaventura, no se manifiesta hoy en mi patria.

*

Comenzaré por decir que la educación o formación intelectual de los bolivianos en materia de historia, se ha hecho—como en todos los pueblos, por lo demás,—a base de prejuicios creados por la visión demasiado simplista de nuestros primeros comentadores y memorialistas, que escribían a raíz de producirse los hechos, y, sobre todo, movidos generalmente por sus intereses personales, por sus afectos y desafectos, por sus vinculaciones más o menos estrechas con un sistema de gobierno, con un régimen, con un caudillo.

En virtud de la sugestión ejercida por estos cronistas los bolivianos han tomado la costumbre de descubrir proezas memorables a la vuelta de cada página de nuestra Historia. Cada caudillo o gobernante se ha presentado a su mirada como un ser excepcional por sus cualidades, o sus errores, o sus crímenes y en el promotor de cada revuelta creen descubrir a un militar heroico, o un reformador, un estadista o un bandido.

Y entonces, cuando alguien llega para decirles, documentos en mano, que los más de esos caudillos fueron de veras mediocres y pasaron sin dejar huella tangible; que nuestra Historia, no es, en el fondo, sino una formidable película de incoherencias, de escenas grotescas, trágicas o sangrientas, se duelen, lamentan, plañen, vociferan, insultan, provocan y acaban por acusarle de mal ciudadano, de hijo espúreo, de empedernido difamador negándole a la vez pan, agua y sal...

Tratemos, sin embargo, de razonar fríamente y, por lo pronto, dejemos establecido que mi tarea es perniciosa y que soy un perfecto difamador de las glorias nacionales.

Los más de nuestros caudillos y hombres públicos, se dice, fueron estadistas serenos, capaces, ilustrados, previsores. Todos, más que menos, hicieron algo... Está bien; concedido. Mas, ¿cómo se explica que habiendo desplegado esos hombres todo su civismo en construir y edificar permanece Bolivia, no obstante sus ingentes riquezas naturales, el más pobre, el más desamparado, el más desconocido de los pueblos de la América española?...

Porque los pueblos, Dios mío, avanzan y prosperan, no por mandatos de la Providencia, como decían los escolásticos, ni el progreso es obra del azar o de agentes naturales como la lluvia y el viento, sino que es—y lo ha demostrado ostensiblemente el Ja-

pón—producto directo del esfuerzo humano, más o menos intenso según las condiciones y la situación del medio físico y telúrico.

Y si un pueblo, en cien años de vida independiente y en un siglo donde todo se hace con rapidez, no avanza como entidad política y económica, ni manifiesta positivos progresos en sus instituciones, en su estructura interna, en su mentalidad, en las manifestaciones de su carácter y de su genio en fin, es porque ese pueblo, dígase lo que se quiera, argúyase como se arguya, o es incapaz de amoldarse a la civilización—cosa que niego rotundamente—o está mal dirigido, es decir, mal gobernado, que es lo que precisamente trato de hacer ver en mi Historia, tan zarandeada, tan combatida...

Porque—y es el momento de decirlo—, soy de los que aceptan el principio de que la Historia no es sino la moral en acción, y, naturalmente, me preocupo, ante todo, de hacer palpar los errores en que incurrimos ayer para corregirnos, tomar experiencia de ellos y evitar su repetición.

*

Reprocharme entonces, como se hace, la omisión, voluntaria en mí, de ciertos detalles de importancia local, es tener de la Historia un concepto diferente al mío, pues yo lo que menos me preocupo de hacer es historia-batalla, de tanta seducción para nuestros cronistas, o historia-política, preferida por los más; y pienso que entraña mayor importancia saber exactamente lo que en un momento dado se pagaba por un saco de patatas, que la fecha cabal, hora y día en que un militarote cualquiera o un civil ambicioso produjo una de las tantas "gloriosas", amorosamente descrita por nuestros historiadores y memorialistas

La selección de los hechos depende del tamiz que maneja cada historiador. (Otros dirían de su cultura, de su penetración, de su capacidad, en suma.) Y usarlo vasto y de anchos huecos, parece lo racional y más acertado, porque, como acaba de repetir un nuevo historiador de este país en que se cultiva la Historia, Jacobo Bainville, "la Historia, en vez de ser el arte de recordar, es el arte de olvidar"... y este arte consiste, por lo mismo, en silenciar, abreviar, olvidarse, porque de lo contrario, observa Bainville, si un historiador quisiera consignar con detalle todos los

sucesos, emplearía casi igual tiempo en redactar su obra que en producirse esos sucesos...

Si este criterio, que yo lo acepto y practico, parece defectuoso y no satisface a nuestros historiadores y por ello me critican y reprochan, acaso tendría yo más sobrado derecho para condenar su manía del detalle de cosas sin mayor importancia como son los combates de guerra civil, o la composición de los ministerios con gentes mediocres y sin valimientos, y en omitir o en no ver el aspecto social, económico, mental y psicológico de un período, porque, Dios mío, los hombres que nos han precedido y con sus hechos y hazañas han compuesto la Historia, no sólo se preocuparon de pelear y combatir, sino que también pensaron, se movieron al ritmo de su época, persiguieron riquezas, intrigaron por títulos y honores, hicieron comercio y labraron los campos, sufrieron y amaron, quisieron dejar obra de pensamiento...; es decir, en suma, que el hombre no es un ente político o militar, sino social y económico, o, en otros términos, que el hombre en todas partes y siempre ambiciona, produce, crea y consume.

Y de este hombre nunca se han ocupado nuestros historiadores y por tanto sus reproches y sus inquinas ni me hieren, porque no me alcanzan, ni creo que les sirva de escudo para defender su miopía...

¿Querré dar a entender con esto, que sólo yo he visto claro en nuestra Historia y que todos los demás cronistas y escritores nos han inducido en error? Locura sería pensarlo, pues considero útil su labor, indispensable si se quiere, y creo que los juicios que se producen sobre los hechos de la Historia son siempre revisables, y que nadie puede pretenderlos definitivos porque reposan sobre elementos cambiantes como son la interpretación humana de los textos. Mas lo único que proclamo, con profunda convicción, es que he tratado de mostrarme lo más circunspecto posible en mis juicios y que mi constante deseo es aportar el mayor número posible de datos y documentos inéditos para el mejor conocimiento de la época que describo. Si a lo largo de esta tarea emito pareceres, libre a otros de aceptarlos o rechazarlos, bien que mi preocupación predominante y casi exclusiva ha sido practicar, en lo posible, los consejos de Cicerón, maestro de los primeros historiadores de la Roma antigua:

Es necesario que establezca [el historiador] con cuidado la fecha de los sucesos que relata; que describa los lugares que fueron el teatro; que indique las causas y los resultados; que pinte las costumbres y los caracteres de los personajes; que los juzgue, sobre todo, sin pasión y que diga las cosas exactamente tales como sucedieron. (1)

*

Otra clase de gentes hay, no ya historiadores ni memorialistas, sino descendientes directos de personajes a quienes juzgo, que, ocultando su encono y sin capacidad ni medios para establecer con pruebas palpables el éxito de sus progenitores como buenos y hábiles gobernantes, o preclaros políticos, o, en fin, hombres de alto valor intrínseco, moral y mental, explotan ocultos sentimientos de gaceteros impulsivos y les empujan a repetir lo que esos personajes alegaron en escritos y publicaciones por la inútil defensa de su desgraciada actuación.

Yo no sabría qué hacer, francamente, por serenar el ánimo de esos deudos, heridos en sus afecciones. Acaso, llanamente, dejar de escribir, porque mi pluma, si puede equivocarse y posiblemente se equivoca, jamás engaña; pero, por desgracia para todos, quedan documentos escritos, y, sobre todo, queda la obra, que denuncia. Y si hoy deja de escribirse por complacencia, o por cobardía, otros vendrán mañana y, condenando nuestra estúpida incuriosidad o criminal pereza, dirán lo mismo, si son sinceros, y acaso peor, cuando, agravándose los males por el silencio servil de la Historia, sientan, en carne propia, los dolores de la Patria.

Un consuelo he de ofrecerles, con todo, a esos deudos. La justicia que aspiro distribuir, es justicia seca. Sus fallos, inexorables, caen también sobre los progenitores cuyo nombre llevo, nombre que no lo siento manchado en mí porque yo no puedo cargar con la responsabilidad de sus desaciertos.

*

Ahora, si después de estas penosas explicaciones que debían haber sido dadas, repito, por la crítica de espíritu penetrante y justiciero, se sigue acumulando cargos sobre la obra y diatribas sobre el hombre, entonces, y aunque la actitud resulte inaudita

---

(1) Gaston Boissier. *Tacite.*

de soberbia y altivez, entonces, repito, no me quedaría más recurso que dedicar mi obra, como Beyle, al tiempo, o, por lo menos, repetir melancólica y gravemente con Maurras, el teorizante monarquista:

Los satisfechos no deberán abrir este libro que yo someto a la razón de todos los *bolivianos* descontentos...

A. ARGUEDAS.

París, octubre 18 de 1924.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA POESIA DE GABRIELA MISTRAL

SE ha dicho a Gabriela Mistral numerosas veces que coleccione en volumen sus egregios cantos, y su ejempiar modestia de pura cepa chilena, chilena, hasta lo campesino, especie de temor a la pérdida de una virtual virginidad del espíritu, le ha hecho responder siempre con negativas absolutas. Gabriela Mistral acaso no estime en lo que vale su labor; sin duda no aprecia en su totalidad el mérito que tienen para América sus versos geniales cuando tanta falta le hacen a nuestro pobre Continente prestigios sólidos, indestructibles. Y por culpa de su terca y soberbia modestia no hay fuera de las fronteras de Chile—y aun dentro de ellas es escaso su número—muchas personas que conozcan en su integridad su obra admirable. Se habla de la poesía americana en periódicos y libros de Europa y de América, se comentan algunos genios nacidos repentinamente y como por generación espontánea, se alude a la lírica genuina de habla castellana, y no por quienes no hablan nuestra lengua y son ajenos a los procesos de nuestra historia, sino por individuos que están hechos espiritualmente a la una y a los otros, y sin embargo, Gabriela Mistral es omitida, postergada, pospuesta a escritores que no serán nunca nada al lado de su ingente grandeza. La culpa ha sido de ella, que ha anunciado en más de una ocasión un volumen de sus versos admirables, sin que hasta ahora vea él la luz (1), haciendo esta omisión que quien quiera referirse a su obra no tenga otros documentos a qué atenerse que aquellos poemas suyos que más difusión han logrado alcanzar en las publicaciones periódicas. Y es indudable que no está toda la personalidad de Gabriela Mistral en los poemas co-

(1) Hasta la fecha en que fué escrito este artículo no se tenían noticias en Chile de que Gabriela Mistral hubiese publicado su tan anunciado libro *Desolación*.

nocidos, desde que su labor abarca temas de una profunda y radical diversidad.

Hace falta asimismo que se escriba un estudio completo acerca de esta poetisa que no vacilaremos en llamar genial porque si pecáramos de hiperbólicos en nuestro juicio, estaríamos en muy buena compañía. Carlos Pereyra publicó hace pocos años un largo artículo que nos ha parecido una excelente contribución a la bibliografía de nuestra poetisa y que es mucho más importante, por cierto, que otro escrito por nuestro compatriota Arturo Torres Rioseco. Ernesto Montenegro—ilustre periodista chileno—ha publicado asimismo más de un elogioso comentario acerca de la labor de Gabriela Mistral, en lo que le han acompañado personas de tantos prestigios como el gran crítico español Enrique Díez-Canedo, Vicente A. Salaverri, Francisco Villaespesa, Alberto Lasplaces—el interesante crítico uruguayo—, fuera de otras muchas que no recordamos. Por cierto que merece mención especial el trabajo tan completo de Antonio Castro Leal, Secretario de la Legación de México en Chile, leído en una fiesta dedicada en Santiago a la poetisa. Para los que saben de Castro Leal, cuyo espíritu crítico tan cultivado se ha puesto bien de manifiesto en relevantes ocasiones, no será una sorpresa el que se considere su estudio como una de las más preciadas notas sobre la personalidad literaria de Gabriela Mistral. ¿Quién hará lo que falta para que nuestra genial poetisa cuente con una base firme de su futuro monumento, del monumento que en su memoria alzarán las generaciones de hombres que en el porvenir acuerden el ritmo de sus ensueños con el de aquella poesía?

La obra de Gabriela Mistral, por la juventud de su autora, se desarrolla entera dentro de este siglo y aun no cuenta con quince años de publicidad. En un principio, aquella mujer humilde, apenas profesora de escuela, en cuyo espíritu había latente un tesoro tan grande de bondad—pues la poesía en ella no es sino bondad sublimizada y purificada, como en todos los grandes poetas de todos los tiempos—, pasó en medio de una glacial indiferencia. Poco después la consagró la incomprensión, haciendo mofa de sus poemas más ardorosamente místicos y enarbolando en contra suya leyes impracticables y preceptos absurdos. Desde esos días su nombre se impone con total seguridad al público chileno,

preocupando el ánimo de todos y despertando admirativos entusiasmos. Y luego sale de los límites de nuestro país para llenar todos los medios de habla castellana.

En su estudio hace notar Antonio Castro Leal que la obra de nuestra poetisa tiene más de un período, marcándose las diferencias entre ellos en una forma que no escapa a la penetración de ningún lector ilustrado. Apartando los poemas de la primera época, los versos de la adolescencia espiritual, inspirados tanto por el sentimiento de la naturaleza como por los sencillos ensueños de su vida juvenil, nos encontramos con todo aquel ciclo de poesías sugeridas a Gabriela Mistral por una muerte luctuosa que no podrá olvidar. En este tono de poesía pasional, desnuda de todo velo piadosamente galano, alcanza la voz de la poetisa el diapasón trágico del grito en que la infancia de la conciencia traduce su dolor. La amante se encara con Dios mismo y, sin perderle acaso el temor reverencial que como creyente le debe, su palabra se enciende osadamente en una requisitoria trémula. Más tarde ha constituído los temas fundamentales de su poesía—en un número grande de sus producciones—el sentimiento de orfandad que anima—así como al infante sin padres—a la mujer que a pesar de sentirse madre se encuentra sin hijos en quienes reconocer el paso del amor por su vida. Gabriela Mistral ha escrito tales cantos inspirada por aquellas niñas que en un Liceo de Santiago siguen paso a paso su peregrinación por el mundo sin que puedan apartar su pensamiento de quien en ellas depositó sus más ricos tesoros cordiales. Finalmente, su viaje a México renueva las notas de su canción que se entona ahora en loor de la naturaleza y de la vida y que trata de sonar al unísono del mar sobrecogedor y tenebroso, poniéndose también en ella un trasunto de las tierras solares que su planta pisa.

*

En sus *Sonetos de la Muerte* ella nos habla de su amor extraño y misterioso, y alude a aquel hombre que fué su amado,

...ajeno
en toda realidad, y en todo ensueño, mío;
que gustó de otro labio, descansó en otro seno,
pero que en esta hora definitiva y larga

sólo es del labio siervo, del jaramago pío
que le hace el dormir dulce sobre la tierra amarga.

Aquella tragedia pone sombras funerarias sobre toda su vida, llena de angustias y de espanto su soledad y al presentarse en su espíritu con obsesionante constancia, le suscita sus mejores cantos. Un día su palabra asciende estranguladamente hasta el mismo Dios, a quien hace el ardiente elogio del muerto amado:

Señor, Tú sabes cómo, con encendido brío,
por los seres extraños mi plegaria te invoca;
ahora se enciende por el compañero mío,
mi vaso de frescura, el panal de mi boca,
cal de mis huesos, dulce razón de la jornada,
gorjeo de mi oído, ceñidor de mi veste...

Ante Dios ella hace la apología de su amor que fué y sigue siendo a pesar de la tumba tan grande. "Tú sabes lo que es amar —le dice a Dios—: por eso te pido que me oigas."

¿Qué fué cruel? Olvidas, Señor, que le quería
y que él sabía suya la entraña en que llegaba.
¿Que enturbió para siempre mis linfas de alegría?
No importa; Tú, comprende: ¡Yo le amaba, le amaba!
Y amar, bien sabes de eso, es amargo ejercicio...
. . . .
El hierro que taladra tiene un gustoso frío
cuando abre, cual gavillas, las carnes amorosas,
y la cruz—Tú te acuerdas, ¡oh Rey de los judíos!—
se lleva con blandura, como un gajo de rosas.

En su coloquio arrebatado con Dios todo se dice con terrible claridad y el lector sabe cómo está lacerada de por vida el alma de la gran mujer.

Me replicas, severo, que es de plegaria indigno
el que no untó de preces sus dos labios febriles
y se fué aquella tarde sin esperar tu signo,
trizándose las sienes como cuencos sutiles.

La mujer que le amaba gime e implora, se arrastra a los pies de la divinidad, delirante y enloquecida, le taladra el oído con su verbo llameador y angustiado y espera el perdón:

Dí el perdón, dilo al fin...
. . . .
Se mojarán los ojos obscuros de las fieras,
y comprendiendo el monte que de piedras forjaste,
llorará por los párpados blancos de sus neveras:
¡toda la tierra tuya sabrá que perdonaste!

Y al fin, vencida y abrumada ya, acalla sus voces y queda sumida en el dulce estupor de un éxtasis vencido de la muerte, aunque en el futuro todavía su palabra tenderá hacia Dios para impetrar de nuevo su augusto perdón:

Fatigaré tu oído de preces y sollozos,
lamiendo, lebrel tímido, los bordes de tu manto,
y no podrán huirme tus ojos amorosos
ni esquivar tu pie el riego caliente de mi llanto.

¡Qué angustiosa prueba para un corazón encendido de pasión! ¡Qué dolor más hondo para un alma amorosa! Su última lamentación frente al trono de Dios es ya un murmullo, una queja tenue y anegada de debilidad aun cuando no se pierda la unidad del tono general delirante del poema:

Pálpame el corazón hondo y atribulado.
Fué dulce y lo vendieron; saliéronle al camino
malas manos y fuéronse con el que era su aliado
por ley de la armonía y hechura del destino.

(El Ruego.)

Nada ha dado tanto tesoro de poesía pura, llena de una soberana excelsidad, como el dolor. El alma desgarrada por lo que constituía su deleite único, el pensamiento ajeno a la realidad por seguir junto a una sombra gratísima, la memoria aferrada "con cadenas de oro y de diamante"—como Platón diría—a un recuerdo que no puede dejar morir... En una época como la nuestra, limitada a una verdad pequeña a la cual se enreda la razón del hombre con incomprensible transporte, esta pasión amorosa tan honda nos rememora la mística exaltación que en otros días guiara la mano trémula de Teresa de Jesús, la santa mujer de Ávila. Y para el siglo, Gabriela Mistral es una Teresa de Jesús que así como la del solar hispano anhelaba la muerte para vivir

por una eternidad junto al Dios carísimo a su alma, despreciando el cuerpo que sólo servía para apartarla de su íntegra dicha, así la poetisa de nuestra tierra andina se aleja de toda consideración mundana, rehuye de todo lo extraño a su alma mística y quiere sólo yacer al lado de aquel sér querido para "hablar con él por una eternidad" y convertirse sólo en la yerba humilde que señala la tumba de su amado. Con Gabriela Mistral va una tragedia honda que desoló hasta la muerte su espíritu y puso en él un ansia que no se satisfará hasta que en la región desconocida las dos almas amantes dialoguen con sus voces ultrahumanas.

Aquel amor que Gabriela Mistral ha retratado en sus versos es tan vivo y persistente que aun hoy increpa a quien lo suscitó:

Beso que tu boca entregue
a mis oídos alcanza,
porque las grutas profundas
me devuelven tus palabras.
. . . .
A la que tú ames las nubes
la pintan sobre mi casa.
Ve a besarla cual ladrón
de la tierra en las entrañas;
mas cuando el rostro le alces
hallas mi cara con lágrimas.

Amor que tiene caracteres violentos, hostiles, enloquecidos: hay en él una sombra de delirio y de locura, y un soplo dionisíaco que parece arrancado a una fabulosa tragedia griega enciende sus raudas imprecaciones:

Si te vas, hasta en los musgos
del camino rompes mi alma;
te muerden la sed y el hambre
en todo valle o llanada...
. . . .
y me clavo como un dejo
de salmuera en tu garganta;
y odies, o cantes o ansíes,
por mí solamente clamas.
Si te vas y mueres lejos,
tendrás la mano ahuecada
diez años bajo la tierra

para recibir mis lágrimas,
sintiendo cómo te tiemblan
las carnes atribuladas,
hasta que te espolvereen
mis huesos sobre la cara.

(Dios lo quiere...)

Y al lado de estas hondas lamentaciones del dolor de amor, al lado de la atribulada queja lacerante está la serenidad dulcísima de la maestra, el plácido encanto de la madre en potencia, de la mujer que espera al hijo que en su seno late y de la que adoctrina con el arrullo de su alma al fruto de su amor. La maestra y la madre se han unido a la amante para alzar su canto en Gabriela Mistral, y sus voces son piadosas, dulces y cordiales, así como las de ésta alcanzan un tono trágico y amargo de elegía. Un sentido cristiano acendrado, libre de toda limitación, las inspira; el amor a las criaturas débiles, a los niños cándidos, las suscita, y el mismo cristianismo ardiente se trasvasa a su vida y la convierte en una existencia noble como ninguna por estar dedicada al amor, a la poesía y a la cura de almas infantiles.

RAÚL SILVA CASTRO.

Santiago de Chile, 1923.

Joven inteligente y culto, escritor y periodista distinguido, el autor de este bello artículo ocupa un lugar prominente en las letras de su país, que desde hace algún tiempo viene cultivando con éxito; ha sido colaborador de *El Mercurio*, de Santiago de Chile, y de otras importantes publicaciones americanas. CUBA CONTEMPORÁNEA le agradece el envío de este interesante estudio sobre la poesía de Gabriela Mistral, hecho a mediados del año último, cuando la ilustre chilena no había editado aún su volumen de versos *Desolación*, tan deseado por sus críticos y admiradores.

SELECCION DE POESIAS

ESTA ES UNA DE ESAS TARDES...

Esta es una de esas tardes en que el cielo está sombrío
y las nubes arropadas en un manto funeral...
En que el alma está de luto, y en el pecho hay mucho frío
y se sienten unas ganas invencibles de llorar...

Esta es una de esas tardes de horas pálidas y amargas
en que flota en el ambiente el terror de lo espectral...
Horas tristes, horas grises, horas lentas, y tan largas
que parece cual si nunca se quisieran acabar...

Esta es una de esas tardes desprovistas de esperanzas...
(Como un árbol sin ramaje, como un mar sin lontananza)
Tardes hechas de misterio, de tristeza y de dolor...

Y los viejos desengaños y los viejos sinsabores
van surgiendo unos tras otros entre lúgubres rumores
y semejan el desfile de una horrible procesión...

1909.

VEN A MIS BRAZOS, ALMA BUENA...

I

En la terraza silenciosa,
con un silencio sepulcral,
todo parece que reposa
en una calma funeral....

Canta la brisa tristemente
en un cantar de evocación...
No sé qué pasa por mi mente...
¿Por qué no lates, corazón?...

Entre las gasas de un sudario
un alma sale de su almario
para venirme a consolar...

Ven a mis brazos, alma buena...
Ven, y acompáñame en mi pena
que tengo ganas de llorar...

II

Niega la luna sus derroches
de luz, con cruel obstinación...
¡Es la más negra de las noches
esta mi noche de aflicción!...

Sobre el alero una lechuza,
(augurio fúnebre del mal)
pasa volando, y cuando cruza
se oye un extraño sollozar...

En el espacio ni una estrella...
Reina la sombra y hay en ella
negror de fosa o de ataúd...

(A mis gardenias y mis rosas
mustiaron ya las impetuosas
furias potentes del alúd...)

III

En esta noche todo viste
traje de fúnebre crespón,
y la terraza está tan triste
como un desierto panteón...

Entre las brumas del misterio
flota el pavor de lo espectral...
(Tal en un viejo cementerio
al que ninguno va a rezar...)

Alma gentil que en esta noche
como una flor que rompe el broche
me das tu aroma de ideal...

Ven a mis brazos, alma buena,
ven y acompáñame en mi pena
que tengo ganas de llorar!...

1910.

QUIETUD SILENTE

Quietud silente...
Sólo se siente
el murmurio acariciante de alguna ola
que al deshacerse plácidamente
rima unas notas de barcarola...

La playa muda...
Una desnuda
roca, levanta su cresta altiva sobre la arena,
árida y ruda
como la pena.

Albas gaviotas
cruzan remotas
tiñendo el cielo con pinceladas de blancas notas,
y tal semejan
cuando se alejan
la fuga eterna de las eternas ansias ignotas...

Bajo el ambiente
de paz sedeña,
el alma sueña

con las quimeras que se borraron,
con las mujeres que ingratamente la abandonaron,
y con las flores
de los amores
que unos tras otros, lánguidamente se marchitaron...

Y en tanto afuera reina la calma,
se agita el alma
con la terrible
nostalgia intensa y abrumadora de lo imposible...

Y como un lirio se va mustiando...
Y como un cirio se va apagando...
Y en lontananza
las ilusiones y la esperanza
se van volando!...

1910.

QUIERO QUE LLORES

Ven, princesita extraña de mis amores...
Quiero que sepas todos mis sinsabores
y bajo el manto oscuro de tus castaños
rizos, irte contando mis desengaños.
Ven, princesita extraña de mis amores...

Reclinaré mi frente sobre tu frente
y te diré al oído, muy quedamente,
la amarguísima historia de mis dolores...
Ven, princesita extraña, quiero que llores
al escuchar la historia de mis dolores...

Quiero ver en las aguas siempre tranquilas
del mar hondo y calmoso de tus pupilas
al eco de mi canto brotar las perlas...
Y lanzarme anhelante para cogerlas
al mar hondo y calmoso de tus pupilas...

Y el balsámico llanto que tú derrames
al saber mis nostalgias y mis afanes
curará mis heridas radicalmente,

y en el ruinoso templo de mis amores
dejarán compasivas las gayas flores
de tus besos, la aurora de un sol naciente...

1911.

Y QUEMARÉ EN TUS ALTARES...

Como un racimo de flores
mis cantilenas mejores
te ofrenda mi corazón.
Y quemaré en sus altares
la mirra de mis cantares
y rezaré esta oración:

Soñadora:
la de la faz seductora,
la de mirada gentil...
La que llevas en el alma
como un destello de calma
y una fragancia de abril...

¿Sabes, soñadora? ¿Sabes?
Mis pobres versos son aves
enamoradas del sol...
Son como esas peregrinas
errambundas golondrinas
nostálgicas de calor...

Son como esas mariposas
que vagan entre las rosas
buscando un poco de miel...
Son como esas ilusiones
que vuelan a las regiones,
de un ignorado vergel...

Y... ¿Sabes tú, soñadora,
lo que mi verso te implora,
lo que pide en su oración?
Que, cuando detenga el vuelo,
de tus miradas de cielo
les des un rayo de sol!...

1911.

LLEVO YA VIVIDOS...

Llevo ya vividos
veinticinco años...

Del dolor gozando los goces extraños
cinco amargos lustres cruzaron por mí...
En el mármol negro de los desengaños
veinticinco veces penetró el buril...

En el duro yunque del duelo y la pena
veinticinco argollas forjó mi dolor...
(Son los eslabones que harán mi cadena
de eterna aflicción...)

Porque en mis obscuros veinticinco años
sólo ví la mueca de rostros huraños
que me amenazaban con su maldición,...
(las desilusiones, que con gestos duros,
me mostraron pronto, áridos y rudos,
mis tristes caminos de desolación...)

La vida es un largo
rosario de cuentas...

Cuentas son los siglos, cuentas son los años, las horas son cuentas;
y las hay felices, y las hay alegres, y las hay contentas,
y las hay sombrías, y las hay del negro color de las penas!...

Llevo desgranados
millares de cuentas...

Por entre mis dedos, veloces pasaron millares de cuentas,
y algunas son dulces, y algunas alegres, y algunas de fiesta,
y muchas son tristes, y muchas son grises, y muchas son negras!...

La vida es como una
pajarera enorme...

Cada año que pasa es una inconforme
paloma, que emigra buscando otro sol....

De la pajarera de mis ilusiones
veinticinco huyeron... ¿Hacia qué regiones
tendieron el vuelo?... ¿Hacia donde fueron
mis pobres palomas hambrientas de amor?

1912.

Y LLORAN LOS DIVINOS LUMINARES...

Hurgas en mis cabellos y te espantas
al mirar como pueblan mi cabeza
las canas, y me miras con tristeza
y murmuras muy quedo: "¡Cuántas... Cuántas!"...

Medrosamente apartas y levantas
las hebras de mi pelo, y tu terneza
quiere contarlas todas en la espesa
mata de mis cabellos... ¡Mas son tántas!...

Reclinas la cabeza, pensativa,
y se escapa una lágrima furtiva
de tus ojos tan grandes y tan verdes...

Y lloran los divinos luminares
de mi vida (tus ojos) mis pesares,
y en el abismo del dolor te pierdes...

Lloras por la quimera que se aleja
dejando sólo, inevitables huellas,
este siniestro cabrillear de estrellas
en una noche de pesar y queja.

Lloras por el recuerdo, y por la vieja
historia de mis penas y querellas
(tú sabes bien, amada, que hubo en ellas
el hielo que en mis canas se refleja).

Cuando te hallé a mi paso y en la tienda
de mi infortunio entraste, y por la senda
de dolor que atravieso me seguiste,

supiste del horror de mis desvelos
y supiste mi pena y mis anhelos
y por qué me encontraba solo y triste.

Y sin pensar en ti... (También tu frente
tempranamente marchitada y mustia
sabe ya cómo hiere el inclemente
cierzo del infortunio y de la angustia.)

Sin pensar en tu duelo, tu alma buena,
alma divina y misericordiosa,
vertió sobre la llaga de mi pena
su balsámico llanto, y fué piadosa.

Y cuando al fin en mi sendero hubo
regueros de verdor y lozanía
y tuvo auroras como nunca tuvo,

del dolor y el penar flores tempranas
sobre tu frente luminosa había
el gris florecimiento de las canas.

Mas, no llores, amada, ven, ¿me escuchas?
Es verdad que mi frente está plateada
por el beso inclemente de la helada
y mis canas son tristes y son muchas,

pero el milagro de tus manos duchas
supo dar a mi ánima cansada
valor para luchar en la jornada
y salir victorioso de esas luchas...

Y es verdad que tus manos maternales,
con divinas caricias celestiales
disiparon las sombras de la senda

obscura que cruzaba, y que viniste
en las angustias de mi vida triste
a aclarar los negrores de mi tienda...

Y ya que no podemos de tu frente
ni de mi frente separar las canas,
esperemos tranquilos los mañanas
desconocidos, y pacientemente,

calladamente, valerosamente,
dejemos que florezcan y que ufanas
nos invadan las canas (las hermanas
de tu duelo y mi pena), y tristemente

en la consolación de los olvidos
miremos, de su luz a los reflejos
y por un lazo de esperanza unidos

el nuevo retoñar de las quimeras,
y el albor de futuras primaveras
y el florecer de los rosales viejos...

1915.

EN TU JORNADA DE NAZARENA...

En la inclemencia de los caminos
que recorría mi vida triste,
dejaste aromas, dejaste trinos,
y con tu llanto, samaritana,
piadosa ungiste
mis pies cansinos...

Diste a mi alma dulce alborada;
diste a mis viajes suave descanso;
y así pudimos llegar, amada,
junto al remanso...

Y hubo un buen árbol que nos dió sombra,
y hubo un buen césped que nos dió alfombra,
y el buen remanso nos brindó arrullos...
y nos brindaron las flores nuevas
la ofrenda lírica de sus capullos...

(Sólo quedaban de aquellas horas
de mis angustias y mis dolores
las añoranzas desoladoras,
pero tus flores
y de tus labios los protectores
besos, borraron mis sinsabores.)

Y al cabo, sólo de las mañanas
en que el destino me hirió inclemente,
quedó este triste brillar de canas
sobre mi frente...

Y ahora que sufres, mi bien amada,
ahora que emprendes tú la jornada
y que diriges ansiosamente
al cielo el cielo de tu mirada;
ahora quisiera poder guiarte
por una senda toda florida,

y tener fuerzas para enseñarte
cómo se puede vivir la vida...

Pero mis flores están marchitas...;
(tenían la vida que tú les diste,
y al verte triste
todas se han muerto mis margaritas...)

Como que era tu pena tanta,
huyó el remanso de nuestra planta,
se secó el árbol que nos dió sombra
y aquella alfombra
de césped blando,
lángidamente, como tu alma, se fué mustiando...

Yo no te puedo dar alegrías...
Yo no conozco más derroteros,
ni más caminos, ni más senderos
que los caminos de la agonía...

En tu jornada de nazarena,
no puedo, amada, calmar tu pena...
(¡Soy un esclavo de hados adversos!...)

En tu jornada de nazarena
y en tus angustias,
lleva este ramo de rosas mustias
que son mis versos...

1917.

¡POBRES VIEJECITAS!

¡Pobres viejecitas de toda la Tierra:
¡Qué dsamparadas os dejó la guerra!...
En menos de un lustro, ¡cómo habéis llorado!
En menos de un lustro, ¡cómo se han mustiado
las rosas de vuestros labios bendecidos!...
(El eco doliente de vuestros gemidos
se oye en todo el mundo...) ¡Pobres viejecitas
con vuestros pesares y con vuestras cuitas
hace cuatro años que vivís sufriendo!...
(Sois cirios votivos que os vais consumiendo
ante los altares del Dolor...) Orando
sin una esperanza vivís esperando...
Todas sois distintas y todas iguales
en vuestras divinas ansias maternales...
Iguales heridas hay en vuestros pechos...
Bajo el mismo plomo rodaron deshechos
vuestras ilusiones y vuestro castillo
de luz... Juntamente perdieron el brillo
vuestros dulces ojos... ¡Madres de la Tierra,
por igual a todas os hirió la guerra!...
El lento veneno de las aflicciones
dejó iguales llagas en los corazones
de todas vosotras... Resignadamente
bajo el mismo golpe bajasteis la frente...
Los mismos inviernos poblaron de canas
vuestras nobles sienes... ¡Todas sois hermanas!...
¡Todas sois hermanas en vuestros dolores,
y en vuestras angustias y en vuestros terrores;
en las agonías de vuestras esperas,
y en el cruel derrumbe de vuestras quimeras;
en el sufrimiento de las horas cruentas,
y en las tardes grises, y en las noches lentas!...
¡Todas sois hermanas, pobrecitas viejas,
porque os quejáis todas con las mismas quejas,
porque tenéis todas las mismas angustias,

porque todas visteis vuestras rosas mustias
bajo el mismo soplo de los vendabales
y porque os hirieron los mismos puñales!...
¡Pobres viejecitas de toda la Tierra:
Madres de Alemania, madres de Inglaterra,
y madres de Francia, y madres de América:
¿Que sabeis vosotras de la empresa bélica
ni de los anhelos de vuestras naciones
sino que han llenado vuestros corazones
de duelo y de angustia, de pena y de muerte...
y que solitarias llorais vuestra suerte?...
¿Que sabeis vosotras, sino que estais solas,
que ya vuestras flores no tienen corolas,
que en vuestros jardines no canta la fuente
y que vuestros hijos no os besan la frente?...
¡Pobres viejecitas... Seguiréis llorando...
seguiréis sufriendo... seguiréis rezando...
Siempre acongojadas..., siempre de rodillas,...
(cada vez más mustias y más amarillas)
no veréis más nunca los rostros risueños
de vuestras quimeras y vuestros ensueños...
Seguiréis probando las hieles amargas
de los infortunios... Estas horas largas
que nunca se acaban, seguiréis viviendo...
El llanto de fuego seguirá corriendo
sobre las arrugas de vuestras mejillas...
Siempre de rodillas... Siempre de rodillas,...
(cirios encendidos en tristes altares)
se irán consumiendo vuestros luminares...
Y cuando de tanto sufrir y de tanto
sollozar se sequen las fuentes del llanto,
¿quién doblará el lienzo de vuestra mortaja?
¿Quién sobre los hombres llevará la caja
último descanso de vuestros despojos?
¿Quién devotamente cerrará esos ojos
secos y sin brillo, que tanto han llorado?...
¿Qué mano piadosa, qué pecho angustiado
llegará temblando hasta vuestra fosa

y sobre la fosa dejará una rosa?...
¿Quién vuestro recuerdo quedará evocando
y vuestra partida quedará llorando?...
¡Pobres viejecitas, sois las heroínas
de esta larga lucha, porque entre las ruinas
y entre los escombros (sagrados pendones)
flotan, hechos trizas, vuestros corazones!...

MIGUEL E. OLIVA.

1918.

Joven abogado, escritor de galano estilo y poeta notable, el señor Miguel E. Oliva es autor de numerosos trabajos en prosa y de inspirados versos, que aparecen diseminados en nuestros principales diarios y revistas. CUBA CONTEMPORÁNEA le agradece el envío de esta selección de sus poesías, cuyo mérito justifica plenamente el concepto de que disfruta el autor.

NOTAS EDITORIALES

LAS ELECCIONES GENERALES ÚLTIMAS

Una prueba fehaciente de su capacidad para el gobierno propio y de su progresivo avance en el ejercicio, pacífico y ordenado, del derecho de sufragio, del que periódicamente se hace uso en todos los países de instituciones republicanas y democráticas, ha sido dada por el pueblo cubano en la jornada electoral del día 1º de noviembre último, desarrollada en medio de una tranquilidad absoluta y de un orden casi perfecto, no obstante la muy intensa y apasionada campaña de propaganda llevada a cabo por los partidos contendientes en las urnas, en favor de sus respectivos candidatos, y de haber acudido a los comicios el 75 % de los electores inscriptos, lo cual constituye en nuestro país un caso sin precedente en las contiendas de esta índole, caracterizadas casi siempre por la abstención de la mayoría de los electores.

La libertad plena con que todos los ciudadanos pudieron acudir a las urnas y votar libremente por los candidatos de uno y otro Partido; la abstención del Gobierno, el día de los comicios, en la realización de actos de intimidación o de violencia, aun cuando sea también un hecho cierto que con anterioridad a las elecciones se favoreció por los elementos gubernamentales, en cuanto fué posible, la acción de propaganda del Partido Liberal, aliado al Popular, que actualmente ocupa el poder; la rapidez en la realización de los escrutinios, que permitió conocer prontamente el resultado de la contienda; el sincero y patriótico reconocimiento del triunfo del Partido Liberal por parte del Partido Conservador, vencido en las urnas; y, finalmente la actitud noble y digna del general Mario G. Menocal, candidato a la Presidencia de la República derrotado en la jornada del 1º de noviembre, al felicitar en términos afectuosos y corteses al general Gerardo Macha-

do, candidato adversario victorioso, han sido las notas características de las últimas elecciones efectuadas en nuestra República, que pueden citarse como un modelo a los pueblos hispanoamericanos, con legítimo y patriótico orgullo, por todos los cubanos que anteponen a las simpatías partidaristas y conveniencias particulares, el amor sincero a su país, el anhelo de su prosperidad y el firme propósito de evitar todo motivo o pretexto a las ingerencias extrañas, siempre lesivas para la soberanía de nuestra patria, independiente y libre.

Cuba Contemporánea se complace al consignar en sus páginas, hechos tan halagadores como los que quedan expuestos, y felicita cordialmente al general Gerardo Machado, electo Presidente de la República, por su magno triunfo en cinco de las seis Provincias que forman el territorio nacional; y al general Menocal, ex Presidente de la República y candidato del Partido Conservador, vencido en las urnas, por su patriótica actitud, que habrá de contribuir al afianzamiento de la tranquilidad pública, base indispensable para el progreso y el bienestar de los pueblos y elemento primordial para la consolidación de sus instituciones.

LA VISITA DE UN MEXICANO ILUSTRE: EL DOCTOR ANTONIO CASO EN LA HABANA

De paso para el Perú, a donde se dirige en Misión Especial, para asistir como Embajador Extraordinario de su patria a las fiestas del centenario de la batalla de Ayacucho, ha estado en La Habana recientemente el ilustre repúblico mexicano Dr. Antonio Caso, ex Rector de la Universidad de aquella nación hermana, y en la actualidad catedrático de Filosofía y Sociología en dicho Centro docente.

El distinguido huésped, que honró con su visita la Redacción de Cuba Contemporánea el día 21 de noviembre último, en compañía del Encargado de Negocios de México, señor M. Almendariz del Castillo y de otras salientes personalidades de nuestro mundo intelectual, fué recibido por el Director y Redactores de esta

Revista y un grupo numeroso de sus colaboradores, quienes aprovecharon la ocasión para patentizar en la persona del notable orador y profesor insigne, la estimación de sus altos merecimientos y, al propio tiempo, el afecto sincero que los cubanos sienten por la patria de Hidalgo y Morelos.

Motivo especial de complacencia para nuestra Revista, y a la vez nota simpática de aquella reunión, fué la entrega del diploma e imposición de las insignias corporativas a nuestro ilustre huésped como miembro Correspondiente de la Academia Nacional de Artes y Letras, que le hizo el Presidente de esta Corporación, Dr. José Manuel Carbonell, quien aprovechó aquella oportunidad, en la que estaban representadas por varios de sus miembros todas las Secciones de la Academia, con excepción de la de Música, para entregar al Dr. Caso el diploma que acredita su condición de miembro Correspondiente, y la medalla pectoral, que le fué colocada por nuestra compañera de Redacción, la gran poetisa Dulce María Borrero de Luján, designada al efecto por el Presidente de la Academia.

Cuba Contemporánea, a cuyo Director ofreció el Dr. Caso reconstruir la notabilísima conferencia por él pronunciada en la Universidad Nacional el día 19 de noviembre último, sobre *La intuición estética de Bergson,* tan pronto como regresara a su patria una vez terminada la misión que le ha sido confiada, para que se publique en estas páginas, reitera al ilustre huésped el testimonio de su más alta consideración y cordial afecto, y le da públicamente las gracias por su bondadoso ofrecimiento de enviarle en próxima fecha dicho excelente estudio, que mereció de sus oyentes los más entusiásticos aplausos.

TRABAJOS DE "CUBA CONTEMPORÁNEA" TRADUCIDOS Y REPRODUCIDOS EN EL EXTRANJERO

Para satisfacción de sus autores respectivos, y como un deber de cortesía respecto de las publicaciones que han prestado preferente atención a los trabajos que han sido insertos en las pá-

ginas de CUBA CONTEMPORÁNEA, queremos mencionar aquellos que han merecido últimamente los honores de la reproducción o del comentario por parte de importantes periódicos del extranjero. Entre ellos se cuentan: el notable ensayo crítico del señor Manuel F. Cestero sobre *Alfonso Reyes,* reproducido por la revista *Nosotros,* de Buenos Aires; el estudio de la señora Julia Crespo de Aguado acerca de la *Influencia de las bellas artes en los pueblos,* reproducido por la revista *Arquitectura,* de México; el trabajo del doctor Federico Córdova *Sobre Juan Montalvo (Réplica al señor Alejandro Andrade Coello),* extensamente comentado por el importante periódico *El Comercio,* de Quito (Ecuador) en su número correspondiente al día 27 de septiembre último; el excelente trabajo del doctor Fernando Ortiz titulado *Historia de la Arqueología Indocubana,* comentado con justos elogios por el periódico *Anthropologie,* de París; el interesante artículo sobre *La Paz del Mundo,* del señor Carlos Brandt, insertado en el número de mayo del corriente año, que ha sido traducido al inglés y reproducido íntegramente por la revista *Inter-América,* de Nueva York, en su edición correspondiente al mes de julio último; el estudio de nuestro compañero señor Enrique Gay Calbó sobre la *Diplomacia Interamericana,* publicado en julio de este año y comentado extensamente por *The American Review of Reviews,* en su número del mes de octubre; y, finalmente, el trabajo de la señora Emilia Bernal acerca de *Gabriel de la Concepción Valdés: su vida y su obra,* inserto en la edición del mes de julio y reproducido íntegramente por la citada revista *Inter-América,* de Nueva York, en su número correspondiente al actual mes de diciembre.

CUBA CONTEMPORÁNEA agradece a las mencionadas publicaciones el honor dispensado a los trabajos traducidos, reproducidos o comentados, y felicita a sus autores por el éxito y la repercusión que han alcanzado los mismos fuera de nuestra patria.

INDICE DEL TOMO TRIGESIMOSEXTO

(SEPTIEMBRE-DICIEMBRE, 1924)

POR MATERIAS

POR AUTORES

Imp. "El Siglo XX", República del Brasil 27, La Habana.

